

HERMAN GORTER

ANTON PANNEKOEK

CONTRA EL NACIONALISMO, CONTRA EL IMPERIALISMO Y LA GUERRA: ¡REVOLUCIÓN PROLETARIA MUNDIAL!



Karl Liebknecht arenga a la muchedumbre en Berlín el 4 de enero de 1919



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

**CONTRA EL NACIONALISMO,
CONTRA EL IMPERIALISMO
Y LA GUERRA:**

**¡REVOLUCIÓN PROLETARIA
MUNDIAL!**



EDICIONES ESPARTACO INTERNACIONAL

Títulos de los textos en versión francesa:

-Lutte de classe et nation

-L'impérialisme, la guerre et la socialdémocratie

**-Le développement de la révolution mondiale et la tactique
du communisme**

Traductor y editor: Emilio Madrid Expósito

Primera edición en español:

Abril de 2005

Ediciones Espartaco Internacional

I.S.B.N.: 84-609-5225-8

Depósito legal:

Impresión: Publidisa

Lutte de classe et nation

L'impérialisme, la guerre et la socialdémocratie ha sido traducido de la revista francesa INVARIANCE de septiembre de 1996

Le développement de la révolution mondiale et la tactique du communisme ha sido traducido de la revista francesa (DIS)CONTINUITÉ nº 7, julio de 1999

El presente título y los demás de esta colección se encuentran

en: <http://perso.wanadoo.es/emex>

Correspondencia: emex@wanadoo.es

Anton PANNEKOEK

LUCHA DE CLASE Y NACIÓN

Introducción

Al no ser austríaco, quizá haya que disculparse al tomar la palabra sobre la cuestión de las nacionalidades. Si fuese una cuestión puramente austríaca, nadie que no conociese con mucha precisión la situación práctica y no se viese obligado a ello por la práctica misma, no se inmiscuiría en examinarla. Pero esta cuestión adquiere una importancia cada vez mayor también para otros países. Y gracias a los escritos de los teóricos austríacos, sobre todo gracias a la valiosa obra de Otto Bauer *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*¹, ha dejado de concernir exclusivamente a la práctica austríaca para convertirse en una cuestión de teoría socialista general. Actualmente esta cuestión, el modo de tratarla y sus consecuencias no pueden sino suscitar un interés muy grande en todo socialista que considere la teoría como el hilo conductor de nuestra práctica; en la hora actual también se pueden emitir juicios y críticas fuera de la práctica austríaca específica. Como tendremos que combatir aquí ciertas conclusiones de Bauer, digamos previamente que esto no disminuye en nada el valor de su obra; su importancia no reside en que establece en este dominio resultados definitivos e inatacables, sino en que pone los cimientos de un debate y una discusión ulteriores sobre esta cuestión.

Esta discusión parece especialmente oportuna en la actualidad. La crisis separatista pone la cuestión de las nacionalidades a la orden del día en el partido y nos obliga a reexaminar estas cuestiones, a revisar nuestro punto de vista de arriba aba-

¹ Ver *Les marxistes et la question nationale, op. cit.*, pp. 233-272 así como Arduino Agnelli, «Le socialisme et la question des nationalités chez Otto Bauer», *Histoire du marxisme contemporain*, II, 10/18, pp. 355-406

jo. Y quizá un debate sobre los fundamentos teóricos no sería totalmente inútil aquí; con este estudio esperamos aportar a los camaradas austriacos nuestro concurso para este debate. Que el camarada Strasser haya llegado, en su estudio *El obrero y la nación*, a las mismas conclusiones que nosotros, por una vía completamente diferente, a partir de la práctica austriaca (guiado ciertamente por la misma concepción marxista de base), ha jugado un papel determinante en la publicación del presente folleto. Por tanto, nuestros trabajos pueden complementarse para apoyar este punto de vista. A. P.

I. La nación y sus mutaciones

Concepción burguesa y concepción socialista

El socialismo es una nueva concepción científica del mundo humano que se distingue fundamentalmente de todas las concepciones burguesas. La manera burguesa de representarse las cosas considera las diferentes formaciones e instituciones del mundo humano ya sea como productos de la naturaleza, alabándolos o condenándolos según que se presenten en conformidad o en contradicción con la “naturaleza humana eterna”, ya sea como productos del azar o de la arbitrariedad humana que pueden ser transformados a placer por medidas de violencia artificiales. Por el contrario, la socialdemocracia las considera como productos surgidos naturalmente del desarrollo de la sociedad humana. Mientras que la naturaleza casi no cambia prácticamente – la génesis de las especies animales, unas respecto a las otras, ha tenido lugar en períodos de muy larga duración – la sociedad humana está sometida a un desarrollo rápido y constante. Pues su fundamento, el trabajo para asegurar la supervivencia, ha tenido que tomar incesantemente nuevas formas a medida que las herramientas se perfeccionaban; la vida económica se trastocaba y de ahí surgían nuevas maneras de ver y nuevas ideas, un derecho nuevo, nuevas instituciones políticas. Es ahí, por tanto, donde reside la oposición entre las concepcio-

nes burguesa y socialista: allí, un carácter inmutable por naturaleza y, al mismo tiempo, la arbitrariedad; aquí, un devenir y unas transformaciones incesantes según leyes establecidas del modo de la economía, sobre la base del trabajo.

Esto también vale para la nación. La concepción burguesa ve en la diversidad de las naciones diferencias naturales entre los hombres; las naciones son grupos constituidos por la comunidad de la raza, del origen, de la lengua. Pero al mismo tiempo cree poder, por medio de medidas políticas de coerción, aquí oprimir naciones, allí ampliar su dominio a expensas de otras naciones. La socialdemocracia considera las naciones como grupos humanos que han llegado a ser una unidad como consecuencia de su historia común. El desarrollo histórico ha producido las naciones en sus límites y en su peculiaridad; igualmente produce el cambio del sentido y de la esencia de la nación en general con el tiempo y las condiciones económicas. Sólo a partir de las condiciones económicas se puede comprender la historia y el desarrollo de la nación y del principio nacional.

Desde el punto de vista socialista, es Otto Bauer quien ha suministrado, en su obra *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, el análisis más profundo; su exposición constituye el punto de partida indispensable para continuar examinando y discutiendo las cuestiones nacionales. En esta obra, el punto de vista socialista es formulado de la manera siguiente: “Así, la nación no es, para nosotros, un objeto petrificado, sino un proceso en devenir, esencialmente determinado por las condiciones en las que los hombres luchan por sobrevivir y por la conservación de la especie” (p. 120). Y un poco más adelante: “La concepción materialista de la historia puede considerar la nación como el producto nunca acabado de un proceso que continúa y que es movido en última instancia por las condiciones de la lucha del hombre con la naturaleza, las transformaciones de las fuerzas productivas humanas, las modificaciones de las relaciones del trabajo humano. Esta concepción hace de la nación *lo que es histórico en nosotros*” (p. 122). El carácter nacional es “historia fijada”.

La nación como comunidad de destino

Bauer define muy acertadamente la nación como “*el conjunto de los hombres ligados por una comunidad de destino en una comunidad de carácter*”. Esta fórmula ha sido atacada frecuentemente pero sin razón, pues es perfectamente exacta. El malentendido reside siempre en que se confunde similitud y comunidad. Comunidad de destino no significa sumisión a un destino idéntico, sino experiencia común de un mismo destino a través de cambios constantes, en una reciprocidad continua. Los campesinos de China, de la India y de Egipto convergen por la similitud de su modo económico; tienen el mismo carácter de clase y, sin embargo, no hay rastro de comunidad. Por el contrario, los pequeños burgueses, los negociantes, los obreros, los propietarios de la tierra nobles, los campesinos de Inglaterra, aunque presenten tantas diferencias de carácter como resultado de su posición de clase diferente, no por ello dejan de constituir una comunidad; la historia vivida en común, la influencia recíproca que han ejercido unos sobre otros, aunque sea bajo la forma de luchas, todo por medio de la lengua común, hacen de ellos una comunidad de carácter, una nación. Al mismo tiempo, el contenido espiritual de esta comunidad, la cultura común, es transmitido por las generaciones pasadas a las generaciones siguientes gracias a la lengua escrita.

Esto no significa de ninguna manera que dentro de la nación los caracteres sean semejantes. Por el contrario, en ella puede haber grandes diferencias de carácter, según la clase o el lugar de residencia. El campesino alemán y el gran capitalista alemán, el bávaro y el habitante de Oldenburg, tienen diferencias de carácter manifiestas; y sin embargo, no por eso dejan de formar parte de la nación alemana. Esto tampoco quiere decir que no haya otras comunidades de carácter más que las naciones. Por supuesto que aquí no se trata de sociedades especiales, limitadas en el tiempo, como las sociedades por acciones o los sindicatos. Pero *toda organización humana que es una unión*

duradera, legada de generación en generación, constituye una comunidad de carácter nacida de una comunidad de destino.

Las comunidades religiosas ofrecen otro ejemplo. También son “historia fijada”. No son simplemente un grupo de personas de la misma confesión que se han reunido con un fin religioso. Pues, por así decir, se nace en su iglesia y raramente se pasa de una a otra. Pero, al principio, la comunidad religiosa comprendía a todos los que estaban ligados socialmente de una u otra manera por el origen, la aldea o la clase; la comunidad de intereses y de las condiciones de existencia creaba al mismo tiempo una comunidad de representaciones mentales básicas que revestían una forma religiosa. Creaba igualmente el vínculo de los deberes recíprocos, de la fidelidad y de la protección entre la organización y sus miembros. La comunidad de religión era la expresión de una pertenencia social, en las comunidades tribales primitivas y en la iglesia de la Edad Media. Las comunidades religiosas nacidas en la época de la Reforma, las Iglesias y las sectas protestantes, eran organizaciones de la lucha de clases contra la Iglesia dominante, y entre sí; por tanto, correspondían en cierta medida a los partidos políticos actuales. Por consiguiente, las diferentes confesiones religiosas expresaban algo vivo, intereses reales, profundamente sentidos; se podía uno convertir de una religión a otra de la misma manera que hoy se pasa uno de un partido a otro. Posteriormente, estas organizaciones se han petrificado en comunidades de fe en las que sólo la capa dirigente, el clero, mantiene en su seno relaciones que se sitúan por encima de toda la Iglesia. Ha desaparecido la comunidad de intereses; dentro de cada Iglesia han surgido, con el desarrollo social, numerosas clases y contradicciones de clases. La organización religiosa se ha convertido cada vez más en un envoltorio vacío, y la profesión de fe, en una fórmula abstracta desprovista de contenido social. Su lugar ha sido ocupado por otras organizaciones, en tanto que uniones vivas de intereses. De este modo, la comunidad religiosa constituye un grupo cuya comunidad de destino pertenece cada vez más al pasado, y se disuelve progresivamente. *La religión es también un sedimento de lo que es histórico en nosotros.*

La nación no es, pues, *la única* comunidad de carácter surgida de una comunidad de destino, sino sólo una de sus formas, y a veces es difícil distinguirla de las demás sin ambigüedad. Es ocioso intentar saber qué unidades de organización de los hombres se pueden calificar de nación, sobre todo en los tiempos antiguos. Las unidades tribales primitivas, grandes o pequeñas, eran comunidades de carácter y de destino en cuyo seno eran hereditarias las características, las costumbres, la cultura y el lenguaje. Igual sucede con las comunas aldeanas o las regiones del campesinado de la Edad Media. Otto Bauer descubre en la Edad Media, en la época de los Hohenstaufen, la “nación alemana” en la comunidad política y cultural de la nobleza alemana. Por otro lado, la Iglesia medieval tenía numerosos rasgos que hacían de ella una especie de nación; era la comunidad de los pueblos europeos, con una historia común y unas representaciones mentales comunes, que tenían incluso una lengua común, el latín de la Iglesia, que permitía que se ejerciese una influencia recíproca entre las gentes cultivadas, la intelectualidad dominante de toda Europa, y que las unía en una comunidad de cultura. Sólo en la última parte de la edad Media surgen progresivamente las naciones en el sentido moderno del término, con una lengua nacional propia, una unidad y una cultura nacionales.

La *lengua común* es, en tanto que vínculo vivo entre los hombres, *el atributo más importante* de la nación; *pero no por eso las naciones se pueden identificar con los grupos humanos de la misma lengua*. Los ingleses y los americanos son, a pesar de tener una misma lengua, dos naciones cada una con una historia diferente, dos comunidades de destino diferentes que presentan una diversidad notable de carácter nacional. Es asimismo equívoco contar a los suizos alemanes como si formasen parte de una nación alemana común que englobase a todos los germanófonos. Cualquiera que sea la cantidad de elementos culturales que una lengua escrita idéntica haya permitido intercambiar, el destino ha separado a suizos y alemanes desde hace varios siglos. El hecho de que unos sean ciudadanos libres de una república democrática y los otros hayan vivido sucesiva-

mente bajo la tiranía de pequeños potentados, bajo la dominación extranjera y bajo la presión del nuevo Estado policíaco alemán, debía conferirles, a pesar de que lean a los mismos escritores, un carácter muy diferente y no se puede hablar de una comunidad de destino y de carácter. El aspecto político es todavía más evidente entre los holandeses; el rápido desarrollo económico de las provincias marítimas, que se rodearon por el lado de la tierra firme de una muralla de provincias bajo su dependencia, para convertirse en un poderoso Estado comercial, en una entidad política, ha hecho del bajo alemán una lengua escrita moderna particular, pero sólo para una pequeña parte separada de la masa de los que hablan bajo alemán; todos los demás han quedado excluidos de ello por la separación política y han adoptado, en cuanto partes de Alemania sometidas a una historia común, la lengua escrita alto-alemana y la cultura alto-alemana. Si los alemanes de Austria continúan subrayando su calidad de germanos a pesar de la larga independencia de su propia historia y de que no hayan compartido los más importantes de los destinos más recientes de los alemanes del Imperio, ello se debe esencialmente a su posición de lucha frente a las demás naciones de Austria.

La nación campesina y la nación moderna

Con frecuencia se califica a los campesinos como guardianes inquebrantables de la nacionalidad. Pero, al mismo tiempo, Otto Bauer los califica como el telón de fondo de la nación que no participa en la cultura nacional. Esta contradicción revela de golpe que lo que es “nacional” en el campesinado es una cosa muy diferente de lo que constituye las naciones modernas. Por supuesto, la nacionalidad moderna ha salido de la nacionalidad campesina, pero difiere de ella de modo fundamental.

En la antigua economía natural de los campesinos, la unidad económica se reduce a su medida más pequeña; el interés no supera los límites de la aldea o del valle. Cada distrito constituye una comunidad que apenas mantiene relaciones con

las otras, una comunidad que tiene su propia historia, sus costumbres propias, su propio dialecto, su carácter propio. Quizá cada una de ellas esté emparentada con las de los distritos vecinos, pero no hay entre ellas más influencia recíproca. El campesino se aferra muy fuertemente a esta especificidad de su comunidad. En la medida en que su economía no tiene nada que ver con el mundo exterior, en la medida en que sus siembras y sus cosechas no se ven afectadas sino excepcionalmente por las vicisitudes de los acontecimientos políticos, todas las influencias del exterior se deslizan sobre él sin dejar huella. Pues de ningún modo se siente concernido y continúa pasivo; no penetran en su yo íntimo. Sólo es susceptible de modificar su naturaleza lo que el hombre capta activamente, lo que le obliga a cambiarse a sí mismo y aquello en lo que él participa por su propio interés. Por esto el campesino conserva su particularismo contra todas las influencias del mundo exterior y permanece “sin historia” mientras su economía sigue siendo autosuficiente. Pero desde el momento en que es arrastrado por el engranaje del capitalismo y colocado en otras condiciones – se convierta en burgués o en obrero, que el campesino empiece a depender del mercado mundial y entre en contacto con el resto del mundo – desde el momento en que tiene nuevos intereses, el carácter indestructible del antiguo particularismo se pierde. Se integra en la nación moderna, se hace miembro de una comunidad de destino más vasta, de una nación en el sentido moderno.

Con frecuencia se habla de este campesinado como si las generaciones precedentes hubiesen pertenecido ya a esta misma nación a la que pertenecen sus descendientes bajo el capitalismo. El término “naciones sin historia” da a entender la concepción según la cual los checos, los eslovenos, los polacos, los rutenos, los rusos, eran desde siempre otras tantas naciones diferentes y específicas pero que, de alguna manera, han estado durmiendo largo tiempo en tanto que naciones. De hecho, no se puede hablar de los eslovenos, por ejemplo, más que como cierto número de grupos o de distritos con dialectos emparentados, sin que estos grupos hayan constituido una unidad o una comunidad verdadera. Lo que el nombre comporta de exacto es que,

por regla general, el dialecto decide a qué nación se incorporarán los descendientes. Pero la evolución real decide, en último análisis, si los eslovenos y los serbios, los rusos y los rutenos, deben convertirse en *una* comunidad nacional con una lengua escrita y una cultura comunes, o en dos naciones separadas. No es la lengua lo decisivo, sino el proceso de desarrollo político-económico. Con tan poca razón se puede decir que el campesino de la Baja Sajonia es el fiel guardián de la nacionalidad alemana, como de la holandesa, según a qué lado de la frontera habite; sólo preserva su particularidad aldeana o provincial propia; falta la misma razón para decir que el campesino de las Ardenas preserva tenazmente una nacionalidad belga, valona o francesa cuando se aferra al dialecto y a las costumbres de su valle, o si decimos que un campesino de Carintia de la época precapitalista pertenece a la nación eslovena. La nación eslovena *no aparece sino* con las clases burguesas modernas que se constituyen en nación específica y el campesino no accede a ella más que cuando es ligado a esta comunidad por intereses reales.

Las naciones modernas son integralmente producto de la sociedad burguesa; han aparecido con la producción de mercancías, es decir, con el capitalismo, y sus agentes son las clases burguesas. La producción burguesa y la circulación de mercancías necesitan vastas unidades económicas, grandes territorios a cuyos habitantes unen en una comunidad con administración estatal unificada. El capitalismo desarrollado refuerza incesantemente la potencia estatal central; acrecienta la cohesión del Estado y lo deslinda netamente en relación con los otros Estados. El Estado es la organización de combate de la burguesía. En la medida en que la economía de la burguesía reposa sobre la competencia, en la lucha contra sus semejantes, las asociaciones en las que se organiza deben luchar necesariamente entre sí; cuanto más poderoso sea el Estado, más grandes son las ventajas a las que aspira su burguesía. La lengua no ha sido preponderante más que para delimitar estos Estados; las regiones con dialectos emparentados se han visto constreñidas a la fusión política en la medida en que no intervenían otras fuerzas, por-

que la unidad política, la nueva comunidad de destino, necesitaba una lengua unificada como medio de intercambio. La lengua escrita y de comunicación se crea a partir de uno de estos dialectos; es, por tanto, en cierto sentido una formación *artificial*. Pues Otto Bauer tiene razón cuando dice: “Yo no creo una lengua común más que con las gentes con quienes estoy en contacto estrecho” (p.113). De este modo han aparecido los Estados nacionales que son a la vez Estado y nación². No se han convertido en entidades políticas simplemente porque ya constituían una comunidad nacional; el nuevo interés económico, la necesidad económica es el fundamento de una sólida unión de los hombres en conjuntos tan vastos; pero si son estos Estados los que han aparecido y no otros; si, por ejemplo, Alemania del sur y Francia del norte no han constituido juntos una unidad política sino que éste fue el caso para Alemania del sur y del norte, ello se debe principalmente al parentesco primitivo de los dialectos.

La extensión del Estado nacional y su desarrollo capitalista hacen que coexistan en él una extrema diversidad de clases y de poblaciones; por eso, a veces parece dudoso calificar al Estado nacional como comunidad de destino y de carácter, por cuanto clases y poblaciones no actúan directamente unas sobre otras. Pero la comunidad de destino de los campesinos y de los grandes capitalistas alemanes, de los bávaros y de las gentes de Oldenburg, consiste en que todos son miembros del Imperio alemán, en que libran sus luchas políticas y económicas dentro de este marco, en que soportan la misma política, deben tomar posición frente a las mismas leyes y actúan, por consiguiente, los unos sobre los otros; por eso constituyen una comunidad real a pesar de todas las diversidades dentro de esta comunidad.

No sucede lo mismo con los Estados que han aparecido como unidades dinásticas bajo el absolutismo, sin colaboración directa de las clases burguesas y, por consiguiente, han englo-

² Por esta razón se utiliza en Europa occidental Estado y nación como sinónimos. La deuda de Estado se llama deuda nacional y los intereses de la comunidad estatal son calificados siempre como intereses nacionales. (Nota de Pannekoek).

bado por medio de la conquista poblaciones con los más variados dialectos. Cuando en ellos progresa la penetración del capitalismo, surgen varias naciones dentro del mismo Estado, que se convierte en un Estado de nacionalidades, como Austria. La causa de la aparición de nuevas naciones al lado de las antiguas reside nuevamente en el hecho de *que la competencia es el fundamento de la existencia de las clases burguesas*. Cuando a partir de un grupo de población puramente campesina aparecen las clases modernas, cuando en las ciudades se instalan masas importantes como obreros de industria, pronto seguidos por los pequeños comerciantes, los intelectuales y los patronos, estos últimos deben esforzarse entonces por sí mismos en asegurarse la clientela de estas masas que hablan la misma lengua, poniendo el acento en su nacionalidad. La nación, como comunidad solidaria, constituye, para los que forman parte de ella, una clientela, un mercado, un dominio de explotación en el que disponen de una ventaja respecto a los competidores de otras naciones. Como comunidad de clases modernas, deben elaborar una lengua escrita común que es necesaria como medio de comunicación y se convierte en lengua de cultura y de literatura. El contacto permanente de las clases de una sociedad burguesa con el poder estatal, que hasta entonces no conocía más que el alemán como lengua oficial de comunicación, las obliga a combatir por el reconocimiento de su lengua, de su escuela y de su administración, en lo que la clase más interesada en el plano material es la intelectualidad nacional. Como el Estado debe representar los intereses de la burguesía y apoyarlos materialmente, cada burguesía nacional debe asegurarse una influencia sobre el Estado tan grande como sea posible. Para conquistar esta influencia debe luchar contra las burguesías de las otras naciones; cuanto mejor logre reunir alrededor de ella a toda la nación en esta lucha, más poder ejercerá. Mientras el papel dirigente de la burguesía esté fundamentado por la esencia misma de la economía y se le reconozca como que cae de su peso, podrá contar con las otras clases que se sienten ligadas a ella en este punto por la identidad de intereses.

En esto también la nación es totalmente un producto del desarrollo capitalista, e incluso un producto necesario. Allí donde el capitalismo penetra, aquella debe aparecer necesariamente como comunidad de destino de las clases burguesas. La lucha de las nacionalidades en semejante Estado no es la consecuencia de una opresión cualquiera, o del atraso de la legislación, es la expresión natural de la competencia como condición fundamental de la economía burguesa; la lucha (de las burguesías) las unas contra las otras es la condición indispensable de la abrupta separación de las diferentes naciones entre sí.

Espíritu humano y tradición

Lo nacional en el hombre es parte de su naturaleza, pero sobre todo de su naturaleza espiritual. Los rasgos físicos heredados permiten eventualmente distinguir los pueblos, pero no los separan y, menos aún, los hacen entrar en conflicto. Los pueblos se distinguen como comunidades de cultura. La nación es, ante todo, una comunidad de cultura, transmitida por la lengua común; en la cultura de una nación, que se puede calificar de naturaleza espiritual, está inscrita toda la historia de su vida. El carácter nacional no está compuesto por rasgos físicos, sino por el conjunto de sus costumbres, de sus concepciones y de sus formas de pensamiento a través del tiempo. Si se quiere captar la esencia de la nación, es necesario ante todo ver claramente cómo se constituye el aspecto espiritual en el hombre a partir de la influencia de las condiciones de vida.

Todo lo que pone al hombre en movimiento debe pasar por su cabeza. La fuerza directamente motriz de toda su acción reside en su espíritu. Puede consistir en hábitos, pulsiones e instintos inconscientes que son la expresión de repeticiones, siempre semejantes, de las mismas necesidades vitales en las mismas condiciones exteriores de vida. También puede llegar a la conciencia de los hombres como pensamiento, idea, motivación, principio. ¿De dónde vienen? La concepción burguesa ve ahí la influencia de un mundo superior, sobrenatural, que nos

impregna, la expresión de un principio moral eterno en nosotros, o bien considera que son producto espontáneo del espíritu mismo. Por el contrario la teoría marxista, el materialismo histórico, explica que *todo lo que es espiritual en el hombre es producto del mundo material que lo rodea*. Todo este mundo real penetra por todas partes en el espíritu a través de los órganos de los sentidos y deja su huella: nuestras necesidades vitales, nuestra experiencia, todo lo que vemos y oímos, lo que los otros nos comunican como su pensamiento, de igual manera que lo que observamos nosotros mismos³. Por consiguiente se excluye toda influencia de un mundo irreal, simplemente supuesto, sobrenatural. Todo lo que hay en el espíritu ha venido del mundo exterior que designamos con el nombre de mundo material, no significando material como constituido por materia física que se puede medir, sino todo lo que existe realmente, incluso el pensamiento. Pero el espíritu no juega aquí el papel que a veces le otorga una concepción mecanicista estrecha, el de espejo pasivo que refleja el mundo exterior, el de recipiente inanimado que absorbe y conserva todo lo que se echa en él. *El espíritu es activo, actúa, modifica todo lo que penetra en él desde el exterior para hacer de ello algo nuevo*. Y es Dietzgen quien ha mostrado más claramente la manera como lo modifica. El mundo exterior transcurre ante el espíritu como un río sin fin, siempre cambiante; el espíritu capta sus influencias, las

³ La relación entre el espíritu y la materia ha sido expuesta muy claramente en los escritos de Joseph Dietzgen quien, por su análisis de los fundamentos filosóficos del marxismo, mereció bien el nombre con el que Marx le designó en una ocasión: filósofo del proletariado. (Nota de Pannekoek). Ver Joseph Dietzgen, *L'essence du travail intellectuel. Écrits philosophiques annotés par Lenin*, presentación y traducción de J.-P. Osier, Paris, Maspero, 1973; así como Joseph Dietzgen, *Essence du travail intellectuel humain*, traducción de M. Jacob, con un prefacio de A. Pannekoek, Paris, Champ Libre, 1973. De hecho, Marx escribía el 28 de octubre de 1868 a Meyer y Vogt a propósito de Dietzgen: "Es uno de los obreros más geniales que conozco", Marx-Engels, *Werke*, 32, p. 575. En cuanto a Engels, atribuye a Dietzgen el descubrimiento paralelo de la dialéctica materialista.

junta, las añade a lo que poseía anteriormente y las combina entre sí. A partir del río de fenómenos infinitamente variados, forma conceptos sólidos y constantes en los que la realidad movediza queda paralizada y fijada de alguna manera y acaban con su aspecto fugitivo. El concepto de “pez” comporta una multitud de observaciones sobre los animales que nadan, el de “bien” innumerables tomas de posición sobre diferentes acciones, el de “capitalismo” toda una vida de experiencias, frecuentemente muy dolorosas. Todo pensamiento, toda convicción, toda idea, toda conclusión, como, por ejemplo, los árboles no tienen hojas en invierno, el trabajo es duro y desagradable, quien me da empleo es mi benefactor, el capitalista es mi enemigo, la organización hace la fuerza, es bueno luchar por la nación de uno, son el resumen de una parte del mundo vivo, de una experiencia multiforme en una fórmula breve, abrupta y, se podría decir, rígida, inanimada. Cuanto mayor y más completa es la experiencia que sirve para documentarlo, cuanto más fundamentado y sólido es el pensamiento, la convicción, más verdadero es. Pero toda experiencia es limitada, el mundo cambia constantemente, nuevas experiencias se añaden incesantemente a las antiguas, se integran en las viejas ideas o entran en contradicción con ellas. Por eso el hombre debe reestructurar sus ideas, abandonar algunas como equivocadas – como la del capitalista benefactor –, conferir a ciertos conceptos un sentido nuevo – como el concepto de pez, del que se substraen las ballenas –, crear nuevos conceptos para nuevos fenómenos – como el de imperialismo –, encontrar otras relaciones de causa entre ellos – el carácter intolerable del trabajo proviene del capitalismo –, evaluarlos de modo diferente – la lucha nacional perjudica a los obreros –, en una palabra, debe aprender de nuevo sin cesar. Toda la actividad y todo el desarrollo espirituales de los hombres consisten en que reestructuran sin cesar los conceptos, las ideas, los juicios y los principios para mantenerlos lo más conformes posible con la experiencia cada vez más rica de la realidad. Esto es lo que sucede de modo consciente en el desarrollo de la ciencia.

De este modo resalta más netamente el sentido de la definición de Bauer según la cual la nación es lo que es histórico en nosotros, y el carácter nacional es historia fijada. La realidad material común produce en los espíritus de los miembros de una comunidad un modo de pensamiento común. La naturaleza específica de la entidad económica que constituyen juntos determina sus pensamientos, sus costumbres, sus concepciones; produce en ellos un sistema coherente de ideas, *una ideología* que les es común y que forma parte de sus condiciones materiales de vida. La vida en común ha impregnado su espíritu: luchas comunes por la libertad contra los enemigos exteriores, luchas de clases comunes en el interior. Se narra en los libros de historia y se transmite a la juventud como recuerdo nacional. Lo que la burguesía ascendente deseó, esperó y quiso ha sido magnificado y expresado claramente por los poetas y los pensadores y estos pensamientos de la nación, sedimento espiritual de su experiencia material, han sido preservados en forma de literatura para las generaciones futuras. La constante influencia espiritual recíproca consolida y refuerza todo esto; al extraer del pensamiento de cada uno de los con-nacionales lo que es común, lo que es esencial, característico para el conjunto, es decir, lo que es nacional, constituye el patrimonio cultural de la nación. Lo que vive en el espíritu de una nación, su cultura nacional, es la síntesis abstracta de su experiencia común, de su existencia material como entidad económica.

Por tanto, todo lo que es espiritual en el hombre es producto de la realidad, pero no sólo de la realidad *actual*; todo el pasado subsiste ahí más o menos fuerte. El espíritu es lento con relación a la materia; absorbe sin cesar las influencias del exterior mientras que su vieja existencia se hunde lentamente en el Leteo del olvido. *Por tanto, la adaptación del contenido del espíritu a la realidad renovada constantemente sólo es progresiva.* Pasado y presente determinan, ambos, su contenido, pero de manera diferente. La realidad viva que ejerce constantemente una misma influencia sobre el espíritu, se incrusta en él y se imprime en él cada vez más fuerte. Pero lo que ya no se alimenta de la realidad actual, ya no vive sino del pasado y puede ser

mantenido largo tiempo todavía sobre todo por las relaciones que los hombres mantienen entre sí, por un adoctrinamiento y una propaganda artificiales, pero en la medida en que estos residuos se ven privados del terreno material que les dio vida, desaparecen necesariamente poco a poco. De este modo han adquirido un carácter tradicional. Una *tradición* es también una parte de la realidad que vive en el espíritu de los hombres, actúa sobre otros y por eso dispone con frecuencia de un poder considerable y potente. Pero *es una realidad de naturaleza espiritual cuyas raíces materiales se hunden en el pasado*. De este modo la religión se ha convertido, para el proletario moderno, en una ideología de naturaleza puramente tradicional; quizá influencia todavía poderosamente su acción, pero esta potencia no tiene raíces sino en el pasado, en la importancia que tenía en otros tiempos para su vida la comunidad de religión; ya no se alimenta en la realidad actual, en su explotación por el capital, en su lucha contra el capital. Por esto no dejará de extinguirse en él. Por el contrario, la realidad actual cultiva cada vez más la conciencia de clase que, por consiguiente, ocupa un lugar cada vez más amplio en su espíritu, que determina cada vez más su acción.

Nuestra tarea

He ahí planteada la tarea que se asigna nuestro estudio. La historia ha dado origen a las naciones con sus límites y su especificidad. Pero estas no son todavía algo acabado, un hecho definitivo con el que hay que contar. Pues la historia sigue su curso. Cada día continúa construyendo y modificando lo que los días anteriores edificaron. No basta, pues, con constatar que la nación es lo que es histórico en nosotros, historia fijada. *Si no es más que historia petrificada*, es de naturaleza puramente tradicional, como la religión. Pero para nuestra práctica, para nuestra táctica, la cuestión de saber si no es más que eso reviste una importancia extrema. Por supuesto, hay que contar con ella en cualquier caso, como con toda gran potencia espiritual en el

hombre; pero que la ideología nacional no se presente más que como una potencia del pasado, o hunda sus raíces en el mundo actual, son dos cosas completamente diferentes. Para nosotros, la cuestión más importante y determinante es la siguiente: ¿cómo actúa la *realidad presente* sobre la nación y sobre lo nacional? ¿En qué sentido se modifican hoy? La realidad de que se trata aquí es *el capitalismo altamente desarrollado y la lucha de clase proletaria*.

He aquí, pues, nuestra posición hacia el estudio de Bauer: en otros tiempos, la nación no desempeñaba ningún papel en la teoría y la práctica de la socialdemocracia. Por lo demás, no había razón para ello; en la mayoría de los países no es útil prestar atención a lo nacional para la lucha de clase. Obligado por la práctica austriaca, Bauer ha llenado esta laguna. Ha demostrado que la nación no es producto de la imaginación de algunos literatos ni producto artificial de la propaganda nacional; con la herramienta del marxismo ha demostrado que aquella hundía sus raíces materiales en la historia y ha explicado por el ascenso del capitalismo la necesidad y la potencia de las ideas nacionales. Y la nación se nos presenta como una poderosa realidad con la que debemos contar en nuestra lucha; ella nos da la llave para comprender la historia moderna de Austria, y por esto hay que responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es la influencia de la nación, de lo nacional, en la lucha de clase, de qué manera hay que tenerla en cuenta en la lucha de clase? Esa es la base y el hilo conductor de los trabajos de Bauer y de los otros marxistas austríacos. Pero de este modo, la tarea no está realizada más que a la mitad. Pues la nación no es simplemente un fenómeno acabado cuyo efecto sobre la lucha de clase hay que verificar: ella está sometida a su vez a la influencia de las fuerzas actuales, entre las cuales tiende cada vez más a tomar el primer plano la lucha revolucionaria de emancipación del proletariado. *¿Cuál es, pues, el efecto que ejerce a su vez la lucha de clase, el ascenso del proletariado, sobre la nación?* Bauer no ha examinado esta cuestión, o lo ha hecho de modo insuficiente; estudiarla conduce en muchos casos a juicios y conclusiones que divergen de las suyas.

II. La nación y el proletariado

El antagonismo de las clases

La realidad actual que determina de la manera más intensa el ser y el espíritu de los hombres es el *capitalismo*. Pero no se ejerce de la misma manera sobre los hombres que viven juntos; es una cosa muy distinta para el capitalista que para el proletariado. Para los miembros de la clase burguesa, el capitalismo es el mundo de la producción de riquezas y de la competencia; más bienestar, aumento de la masa del capital del que intentan sacar la máxima ganancia posible en una lucha competitiva individualista con sus semejantes y que les abre la vía del lujo y del disfrute de una cultura refinada, he ahí lo que les aporta el proceso de producción. Para los obreros, es el mundo de un duro trabajo de esclavitud sin fin, la inseguridad permanente de la vida, la eterna pobreza, sin esperanza de ganar otra cosa más que un salario de miseria. Por consiguiente, el capitalismo debería ejercer un efecto muy distinto sobre el espíritu de la burguesía y sobre el de la clase explotada. La nación es una entidad económica, una comunidad de trabajo, incluso entre obreros y capitalistas. Pues el capital y el trabajo son necesarios los dos y deben conjugarse para que la producción capitalista pueda existir. Es una comunidad de trabajo de naturaleza particular; en esta comunidad, el capital y el trabajo aparecen como polos antagónicos; constituyen una comunidad de trabajo de la misma manera que los animales predadores y sus presas constituyen una comunidad de vida.

La nación es una comunidad de carácter surgida de una comunidad de destino. Pero con el desarrollo del capitalismo, es la *diferencia de destino* la que domina cada vez más entre la burguesía y el proletariado de un mismo pueblo. Para explicar la comunidad de destino, Bauer habla (p. 113) de las “relaciones entre los obreros ingleses y los burgueses ingleses por el hecho de habitar la misma ciudad, de leer los mismos carteles,

los mismos periódicos y participar en los mismos acontecimientos políticos o deportivos y, ocasionalmente, hablar entre ellos, especialmente a través de los diferentes intermediarios entre capitalistas y obreros”. Ahora bien, el “destino” de los hombres no consiste en leer los mismos carteles, sino en *grandes e importantes experiencias* que son totalmente diferentes para cada una de las clases. Todo el mundo conoce la frase del ministro inglés Disraeli a propósito de dos naciones que viven en nuestra sociedad moderna una al lado de la otra en un mismo país sin comprenderse. ¿No quiere decir que ninguna comunidad de destino liga ya a las dos clases?⁴

Por supuesto, no hay que tomar al pie de la letra esta afirmación en su sentido moderno. Pues la comunidad de destino del pasado ejerce todavía su influencia sobre la comunidad actual de carácter. Mientras el proletario no tenga una conciencia clara de la particularidad de su propia experiencia, mientras su conciencia de clase no se haya despertado o lo haga apenas, sigue siendo prisionero del pensamiento tradicional, su pensamiento se nutre de las escorias de la burguesía, constituye todavía con ella una especie de comunidad de cultura, ciertamente de la misma manera que los criados en la cocina son los invitados de sus dueños. Las peculiaridades de la historia inglesa hacen que esta comunidad espiritual sea allí todavía muy fuerte, mientras que en Alemania es extremadamente débil. En todas las jóvenes naciones en que el capitalismo hace su aparición, el espíritu de la clase obrera está dominado por las tradiciones de la época campesina y pequeño-burguesa anterior. Sólo poco a poco, con el despertar de la conciencia y la lucha de clase bajo el efecto de los nuevos antagonismos, desaparecerá la comunidad de carácter entre las dos clases.

Sin duda, sigue habiendo relaciones entre ellas. Pero estas se limitan a las órdenes del reglamento de fábrica y del trabajo a realizar, para lo que la comunidad de lengua ni siquiera es necesaria, como demuestra la utilización de obreros alófonos.

⁴ Ver Earl of Beaconsfield (Benjamin Disraeli), *Sybil, or two nations*, Londres, Longmans, Green and Co, 1913, pp. 76-77.

Cuanta más conciencia toman los obreros de su situación y de la explotación, cuanto más frecuentemente luchan contra los patronos para mejorar sus condiciones de trabajo, tanto más se transforman en enemistad y en lucha las relaciones entre las dos clases. Hay tan poca comunidad entre ellas como la que puede crearse entre dos pueblos a los que opone constantemente un conflicto fronterizo. Cuanto más se dan cuenta los obreros del desarrollo social y cuanto más se les aparece el socialismo como la meta necesaria de su lucha, más sienten la dominación de la clase de los capitalistas como una *dominación extranjera*, y con esta expresión se da uno cuenta hasta qué punto se difumina la comunidad de carácter.

Bauer califica el carácter nacional como la “*diversidad de las orientaciones de la voluntad*”, el hecho de que un mismo impulso desencadene movimientos diversos, que una misma situación suscite resoluciones diversas” (p. 111). ¿Puede uno imaginarse orientaciones más antagónicas que las de la voluntad de la burguesía y del proletariado? Los nombres de Bismarck, Lasalle, 1848, suscitan sentimientos no sólo diferentes sino incluso opuestos en los obreros alemanes y en la burguesía alemana. Los obreros alemanes del Imperio que pertenecen a la nación alemana juzgan casi todo lo que pasa en Alemania de modo distinto y opuesto a la burguesía. Todas las demás clases se entusiasman juntas por aquello que contribuye a la grandeza y al poderío exterior de su Estado nacional, mientras que el proletariado combate todas las medidas que conducen a ello. Las clases burguesas hablan de la guerra contra otros Estados para acrecentar su propio poder, mientras el proletariado piensa en la manera de impedir la guerra o encontrar en la derrota de su propio gobierno la ocasión de su propia liberación.

De ello resulta que no se puede hablar de la nación como entidad sino antes de que se despliegue en ella ampliamente la lucha de clases, pues entonces la clase obrera sigue todavía los pasos de la burguesía. *El antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado tiene como efecto que su comunidad nacional de destino y de carácter desaparece cada vez más.* Por

tanto, las fuerzas constitutivas de la nación deben ser examinadas separadamente en cada una de las dos clases.

La voluntad de constituir una nación

Bauer tiene toda la razón al considerar las diferencias de orientación de la voluntad como el elemento esencial de las diferencias de carácter nacional. Allí donde todas las voluntades están orientadas de la misma manera, se forma una masa coherente; allí donde los acontecimientos y las influencias del mundo exterior suscitan determinaciones diferentes y opuestas, se acaba en la ruptura y en la separación. La diferencia de voluntad ha separado las naciones unas de otras; pero, ¿de la voluntad de quién se trata? De la voluntad de la burguesía ascendente. Como resulta de las demostraciones precedentes sobre la génesis de las naciones modernas, su voluntad de constituir la nación es la fuerza constitutiva más importante.

¿Qué es lo que hace de la nación checa una comunidad específica en relación con la alemana? Lo adquirido por la vida en común, el contenido de la comunidad de destino que continúa influenciando prácticamente el carácter nacional, es extremadamente débil. El contenido de su cultura está tomado casi integralmente de las naciones modernas que la han precedido, sobre todo la alemana; por eso Bauer dice (p. 118): “No es totalmente falso decir que los checos son alemanes que hablan checo”. A esto vienen a añadirse algunas tradiciones campesinas completadas con reminiscencias de Huss, Ziska y la batalla de la Montaña blanca⁵ exhumadas de la historia y que no tienen

⁵ Juan Huss (1369-1415), reformador checo, condenado por el Concilio de Constanza y quemado. El día de su muerte fue celebrado durante mucho tiempo en Bohemia como fiesta nacional y religiosa. Fue igualmente uno de los promotores de la lengua checa.

Jan Ziska von Trocnov (1370-1424), jefe husita. El 14 de julio de 1420 rechazó el ataque del Emperador Segismundo en el Monte Witka, cerca de Praga. Vencedor una vez más del Emperador dos años más tarde, murió por la peste en el cerco de Pribyslau.

incidencia práctica en el presente. ¿Cómo se ha podido hacer una “cultura nacional” propia sobre la base de una lengua particular? Porque la burguesía *necesita* una separación, porque *quiere* trazar una frontera tajante, porque *quiere* constituirse en nación en relación con los alemanes. Lo quiere porque lo necesita, porque la competencia capitalista le obliga a monopolizar en la medida de lo posible un territorio de mercados y de explotación. El conflicto de intereses con los otros capitalistas crea la nación allí donde existe un elemento necesario, la lengua específica. Bauer y Renner muestran claramente en su exposición de la génesis de las naciones modernas que la voluntad de las clases burguesas ascendentes creó las naciones. No como voluntad consciente o arbitraria, sino como querer al mismo tiempo que deber, consecuencia necesaria de factores económicos. *Las “naciones” de que se trata en la lucha política, que luchan entre sí por la influencia sobre el Estado, por el poder en el Estado (Bauer, §19) no son otra cosa que organizaciones de las clases burguesas, de la pequeña burguesía, de la burguesía, de la intelectualidad – clases cuya existencia se basa en la competencia – y ahí los proletarios y los campesinos juegan el papel de segundo plano.*

El proletariado no tiene nada que ver con esta necesidad de competencia de las clases burguesas, con su voluntad de constituir una nación. La nación no puede significar para él un privilegio de clientela, de puestos, de posibilidades de trabajo. Los capitalistas se lo han hecho comprender de golpe al importar obreros alófonos. Mencionar esta práctica capitalista no tiene por objeto primordial desenmascarar la hipocresía nacional, sino ante todo hacer comprender a los obreros que bajo la dominación del capitalismo la nación jamás puede ser para ellos sinónimo de monopolio de trabajo. Y sólo excepcionalmente se oye hablar, entre los obreros retrógrados, como los viejos sindi-

La Montaña blanca (Bila Hora) está situada al oeste de Praga. La batalla tuvo lugar el 8 de noviembre de 1620. El ejército protestante de Bohemia fue vencido allí por las tropas imperiales. Según el análisis de Bauer, la derrota de la Montaña blanca, que privó a la nación checa de sus capas cultas, la convirtió en una “nación sin historia”.

calistas americanos, de un deseo de restringir la inmigración. Temporalmente, lo nacional puede también revestir un significado propio para el proletariado. Cuando el capitalismo penetra en una región agraria, los patronos pertenecen entonces a una nación capitalista más desarrollada, los obreros salidos del campesinado a otra. El sentimiento nacional puede ser entonces para los obreros un primer medio de tomar conciencia de su comunidad de intereses frente a los capitalistas alófonos. El antagonismo nacional es en este caso la forma primitiva del antagonismo de las clases, de la misma manera que en Renania-Westfalia, en la época de la *lucha por la cultura*, el antagonismo religioso entre los obreros católicos y los patronos liberales era la forma primitiva del antagonismo entre las clases. Pero desde el momento en que una nación está lo suficientemente desarrollada como para tener una burguesía propia que se encargue de la explotación, el nacionalismo proletario pierde sus raíces. En la lucha por mejores condiciones de vida, por el desarrollo intelectual, por la cultura, por una existencia más digna, las demás clases de su nación son los enemigos jurados de los obreros mientras que sus camaradas de clase alófonos son sus amigos y sus apoyos. La lucha de clase crea en el proletariado una comunidad internacional de intereses. *Por tanto, no se puede hablar en el proletariado de una voluntad basada en los intereses económicos, en su situación material, para constituirse en nación frente a otras.*

La comunidad de cultura

Bauer encuentra en la lucha de clases otra fuerza constitutiva de la nación. No en el contenido económico de la lucha de clases, sino en sus efectos culturales. Califica la política de la clase obrera moderna de *política evolucionista-nacional* (páginas 160 y 161) que llegará a reunir a todo el pueblo en una nación. Esto debe ser más que una manera primitiva y popular de expresar nuestros objetivos en el lenguaje del nacionalismo, con la intención de ponerlos al alcance de los trabajadores que están

enredados en la ideología nacional y no han tomado conciencia todavía de la gran importancia revolucionaria del socialismo. Pues Bauer añade: “Como el proletariado lucha necesariamente por la propiedad de los bienes culturales que su propio trabajo crea y permite que existan, el efecto de esta política es necesariamente llamar a todo el pueblo a participar en la comunidad nacional de cultura y por ahí hacer una nación de la totalidad del pueblo”.

A primera vista, esto parece completamente justo. Mientras los trabajadores, aplastados por la explotación capitalista, se deterioran en la miseria física y vegetan sin esperanza ni actividad intelectual, no participan en la cultura de las clases burguesas, cultura que se fundamenta en el trabajo de aquellos. Sólo forman parte de la nación como el ganado en el establo, no constituyen más que una propiedad, no son más que el segundo plano de la nación. Es la lucha de clases la que les despierta a la vida; es a través de la lucha como consiguen tiempo libre, mejores salarios y, así, la posibilidad de un desarrollo intelectual. Por el socialismo, su energía es despertada, su espíritu es estimulado; se ponen a leer, en primer lugar folletos socialistas y periódicos políticos, pero pronto la aspiración y la necesidad de perfeccionar su formación intelectual los lleva a abordar obras literarias, históricas y científicas: las comisiones de educación del partido se afanan incluso muy especialmente en poner a su alcance la literatura clásica. De este modo entran en la comunidad de cultura de las clases burguesas de su nación. Y cuando el trabajador - contrariamente a su situación actual en que sólo puede apropiarse, en escasos ratos de ocio y con dificultad, de pequeños fragmentos de aquélla - pueda entregarse libremente y sin coerción a su desarrollo intelectual bajo el socialismo que lo liberará de la esclavitud sin fin del trabajo, solamente entonces podrá impregnarse de toda la cultura nacional y convertirse, en el pleno sentido de la palabra, en un miembro de la nación.

Pero en esta reflexión se descuida un punto importante. Entre los trabajadores y la burguesía no puede existir una comunidad de cultura más que superficialmente, en apariencia y de modo esporádico. Ciertamente, los trabajadores pueden leer,

en parte, los mismos libros que la burguesía, los mismos clásicos y las mismas obras de historia natural, pero de ahí no resulta ninguna comunidad de cultura. Al ser totalmente divergentes los fundamentos de su pensamiento y de su visión del mundo, los trabajadores leen en estas obras *otra cosa muy distinta* que la burguesía. Como se ha demostrado más arriba, la cultura nacional no está suspendida en el aire; es la expresión de la historia material de la vida de las clases cuyo auge creó la nación. Lo que encontramos expresado en Schiller y en Goethe no son abstracciones de la imaginación estética, sino los sentimientos y los ideales de la burguesía en su juventud, su aspiración a la libertad y a los derechos del hombre, su manera propia de aprehender el mundo y sus problemas. El obrero consciente de hoy tiene otros sentimientos, otros ideales y otra visión del mundo. Cuando, en su lectura, se trata del individualismo de Guillermo Tell o de los derechos de los hombres, eternos e imprescriptibles, etéreos, la mentalidad que allí se expresa no es la suya, que debe su madurez a una comprensión más profunda de la sociedad y que sabe que los derechos del hombre no pueden ser conquistados más que por la lucha de una organización de masas. No es insensible a la belleza de la literatura antigua; es precisamente su juicio histórico el que le permite comprender los ideales de las generaciones precedentes a partir de su sistema económico. Es capaz de sentir la fuerza de aquellos y, así, apreciar la belleza en las obras en las que han encontrado su más perfecta expresión. Pues lo bello es lo que abarca y representa lo más perfectamente posible la universalidad, la esencia y la sustancia más profunda de una realidad.

A esto viene a añadirse que, en muchos puntos, los sentimientos de la época revolucionaria burguesa suscitan en él un poderoso eco; pero lo que encuentra en él un eco, no lo encuentra justamente en la burguesía moderna. Esto es más válido aún en lo concerniente a la literatura radical y proletaria. De lo que entusiasma al proletario en las obras de Heine y de Freiligrath⁶,

⁶ Ferdinand Freiligrath (1810-1876), poeta, uno de los dirigentes del partido demócrata en la revolución de 1848, colaboró con Marx y

la burguesía no quiere saber nada. La lectura, por las dos clases, de la literatura de que disponen en común, es totalmente diferente; sus ideales sociales y políticos son diametralmente opuestos, sus visiones del mundo no tienen nada en común. Esto es cierto en una medida aún mayor en lo concerniente a la historia. Lo que, en la historia, la burguesía considera como los recuerdos más sublimes de la nación, no suscita en el proletariado consciente más que odio, aversión o indiferencia. Nada indica aquí que posean una cultura común. Sólo las ciencias físicas y naturales son admiradas y honoradas por ambas clases. Su contenido es idéntico para las dos. Pero qué diferente de la actitud de las clases burguesas es la del trabajador que ha reconocido en ellas el fundamento de su dominio absoluto sobre la naturaleza y sobre su destino en la sociedad socialista futura. *Para el trabajador, esta visión de la naturaleza, esta concepción de la historia, este sentimiento de la literatura, no son elementos de una cultura nacional de la que participa, son elementos de su cultura socialista.*

El contenido intelectual más esencial, los pensamientos determinantes, la verdadera cultura de los socialdemócratas alemanes no hunden sus raíces en Schiller ni en Goethe, sino en Marx y en Engels. Y esta cultura, surgida de una comprensión socialista lúcida de la historia y del futuro de la sociedad, del ideal socialista de una humanidad libre y sin clases, así como de la ética comunitaria proletaria, y que por ahí mismo se opone en todos sus rasgos característicos a la cultura burguesa, es internacional. Esta cultura, a pesar de que difiera de un pueblo a otro en matices – como la manera de ver de los proletarios varía según sus condiciones de existencia y la forma de la economía – a pesar de que esté fuertemente influenciada por los antecedentes históricos propios de la nación, sobre todo allí donde la lucha de clases está poco desarrollada, es en todas partes la misma. Su forma, la lengua en la que se expresa, es diferente, pero todas las demás diferencias, incluso nacionales, se ven cada vez

Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*. Sus poesías forman parte del patrimonio cultural de la socialdemocracia.

más reducidas por el desarrollo de la lucha de clases y el crecimiento del socialismo. Por el contrario, la separación entre la cultura de la burguesía y la del proletariado se acrece sin cesar.

Por tanto, es inexacto decir que el proletariado lucha por la propiedad de los bienes culturales nacionales que produce con su trabajo. No lucha para apropiarse de los bienes culturales de la burguesía, lucha por el control de la producción y para establecer, sobre esta base, su propia cultura socialista. Lo que llamamos efectos culturales de la lucha de clases, la adquisición por parte del trabajador de una conciencia de sí mismo, del saber y del deseo de instruirse, de exigencias intelectuales elevadas, no tiene nada que ver con una cultura nacional burguesa, sino que representa el crecimiento de la cultura socialista. Esta cultura es un producto de la lucha, que es una lucha contra el conjunto del mundo burgués. Y del mismo modo que vemos desarrollarse en el proletariado la humanidad nueva, orgullosa y segura de su victoria, liberada de la infame esclavitud del pasado, formada por combatientes valientes, capaces de penetrar sin prejuicios y comprender completamente la marcha del mundo, unidos por la más estrecha de las solidaridades en una estrecha unidad, así despunta desde ahora en este proletariado el espíritu de la humanidad nueva, la cultura socialista, débil al principio, confusa y mezclada con tradiciones burguesas, pero después cada vez más clara, cada vez más pura, más bella, más rica.

Evidentemente, esto no quiere decir que la cultura burguesa no va a continuar también reinando todavía durante mucho tiempo y poderosamente en el espíritu de los trabajadores. Demasiadas influencias provenientes de este mundo actúan sobre el proletariado, voluntaria e involuntariamente; no sólo la escuela, la Iglesia y la prensa burguesa, sino todas las bellas letras y las obras científicas penetradas por el pensamiento burgués. Pero cada vez con más frecuencia y de manera incesantemente ampliada, la vida misma y la experiencia propia triunfa en el espíritu de los trabajadores de la visión burguesa del mundo. Y así debe ser. Pues en la medida en que esta última se apodera de los trabajadores, los hace menos capaces de luchar; bajo su influencia, los trabajadores se llenan de respeto hacia las

fuerzas dominantes, se les inculca el pensamiento ideológico de estas, su conciencia de clase lúcida es oscurecida, se los levanta a unos contra otros de una a otra nación, se hacen dispersar y *son, por tanto, debilitados en la lucha y desposeídos de su confianza en sí mismos*. Ahora bien, nuestro objetivo exige un género humano orgulloso, consciente de sí mismo, audaz tanto en sus pensamientos como en su acción. Y por esta razón las exigencias mismas de la lucha liberan a los trabajadores de estas influencias paralizantes de la cultura burguesa.

Es, pues, inexacto decir que los trabajadores acceden a través de su lucha a una “comunidad nacional de cultura”. Es la política del proletariado, la política internacional de la lucha de clases, la que engendra en él una nueva cultura, internacional y socialista.

La comunidad de la lucha de clase

Bauer opone la nación en tanto que *comunidad de destino* a la clase, en la que la *similitud* del destino ha desarrollado rasgos de carácter similares. Pero la clase obrera no es solamente un grupo de hombres que han conocido el mismo destino y, por consiguiente, tienen el mismo carácter. *La lucha de clase suelta al proletariado en una comunidad de destino*. El destino vivido en común es la lucha llevada *en común* contra el mismo enemigo.

En la lucha sindical, obreros de nacionalidades diferentes se ven confrontados al mismo patrón. Deben librar la lucha como unidad compacta, conocen sus vicisitudes y efectos en la más estrecha de las comunidades de destino. De su país han traído sus diferencias nacionales mezcladas con el individualismo primitivo de los campesinos o de los pequeños burgueses, quizá también un poco de conciencia nacional, mezclada con otras tradiciones burguesas. Pero toda esta diferencia es tradición del pasado frente a la necesidad de resistir ahora en una masa compacta, frente a la viviente comunidad de combate de hoy. *Sólo* una diferencia tiene aquí una significación práctica: la

de la *lengua*; toda explicación, todo proyecto, toda información deben ser comunicados a cada uno en su propia lengua. En las grandes huelgas de América (la de las acerías de McKees Rocks o la de la industria textil en Lawrence, por ejemplo), los huelguistas – una mezcla inconexa de las nacionalidades más diversas: Franceses, italianos, polacos, turcos, sirios, etc. – se constituyeron en secciones separadas según la lengua, cuyos comités celebraban sesión siempre juntos y comunicaban simultáneamente las propuestas a cada sección en su propia lengua, preservando así la unidad del conjunto, prueba de que, a pesar de las dificultades inherentes a las diferencias lingüísticas, se puede realizar una estrecha comunidad de lucha proletaria. Querer proceder aquí a una separación organizativa entre lo que une la vida y la lucha, el interés real – y esa separación es la que pretende el separatismo – es tan contrario a la realidad que el éxito sólo puede ser temporal.

Esto no es cierto sólo para los obreros de la misma fábrica. Para poder librar su lucha con éxito, los obreros de todo el país deben unirse en un sindicato; y todos sus miembros consideran el avance de un grupo local como su propia lucha. Es más necesario aún cuando en el curso del desarrollo, la lucha sindical reviste formas más ásperas. Los patronos se unen en cárteles y asociaciones patronales; estas últimas no se diferencian porque se trate de patronos checos o alemanes, pues agrupan a todos los patronos de todo el Estado, e incluso a veces van más allá de las fronteras del Estado. Todos los obreros de un mismo oficio que están en el mismo Estado hacen huelgas y sufren los cierres de fábricas en común y por consiguiente constituyen una comunidad de destino vivido, y esto es lo más importante, superando todas las diferencias nacionales. Y en el último movimiento de reivindicaciones salariales de los marinos que se opusieron en el verano de 1911 a una asociación internacional de armadores, se ha podido ver ya una comunidad internacional de destino surgiendo como realidad tangible.

Lo mismo ocurre con la lucha política. En el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, se puede leer a este propósito: “En la forma, aun no siéndolo en el fondo, la lucha del proleta-

riado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es necesario naturalmente que el proletariado de cada país acabe primero con su propia burguesía”⁷. Está claro en esta frase que la palabra “nacional” no es utilizada en el sentido austríaco, sino que surge de la situación de Europa occidental en que Estado y nación pasan por ser sinónimos. Esta frase significa simplemente que los obreros ingleses no pueden librar la lucha de clase contra la burguesía francesa, ni los obreros franceses contra la burguesía inglesa, sino que la burguesía inglesa y el poder de Estado inglés no pueden ser atacados y vencidos más que por el proletariado inglés. En Austria, el Estado y la nación son entidades diferentes. La nación surge naturalmente como una comunidad de intereses de las clases burguesas. *Pero es el Estado el que es la verdadera organización sólida de la burguesía para proteger sus intereses*. El Estado protege la propiedad, se ocupa de la administración, pone a punto la flota y el ejército, recauda los impuestos y contiene a las masas populares. Las “naciones”, o, mejor aún: las organizaciones activas que se presentan en su nombre, es decir, los partidos burgueses, no sirven más que para luchar por la conquista de la influencia adecuada sobre el Estado, una participación en el poder del Estado. Para la gran burguesía, cuyo espacio de intereses económicos abarca todo el Estado y va incluso más allá, que tiene necesidad de privilegios directos, de aduanas, de pedidos y de protección en el extranjero, es un Estado bastante vasto el que constituye la comunidad natural de intereses y no la nación. La independencia aparente que el poder de Estado ha sabido mantener durante mucho tiempo gracias al conflicto entre las naciones, no puede enmascarar el hecho de que ha sido también un instrumento al servicio del gran capital.

Por esta razón el centro de gravedad de la lucha política de la clase obrera se desplaza cada vez más hacia el Estado. Mientras la lucha por el poder político quede aún en segundo plano y la agitación, la propaganda y la lucha de las ideas – que,

⁷ *Obras completas de Karl Marx. El Manifiesto comunista*, traducción Molitor, Paris, Costes, 1934, p. 77.

naturalmente, deben expresarse en cada una de las lenguas – ocupen todavía el primer plano de la escena, los ejércitos de proletarios siguen separados nacionalmente para la lucha política. En este primer estadio del movimiento socialista, lo importante es liberar a los proletarios de la influencia ideológica de la pequeña burguesía, arrancarlos de los partidos burgueses e inculcarles la conciencia de clase. Los partidos burgueses, separados por naciones, se convierten entonces en los enemigos a combatir. El Estado aparece como un poder legislativo del que se exigen leyes de protección para el proletariado; conquistar una influencia sobre el Estado a favor de los intereses proletarios se presenta a los proletarios escasamente conscientes, aún modestos, como el primer objetivo de la acción política. Y la meta final, la lucha por el socialismo, se presenta como una lucha *por* el poder en el Estado, *contra* los partidos burgueses.

Pero cuando el partido socialista consigue el rango de factor importante en el Parlamento, esto cambia. En el Parlamento, donde se zanján todas las cuestiones políticas esenciales, el proletariado se ve confrontado a los representantes de las clases burguesas de todo el Estado. La lucha política esencial, en la que se integra y a la que se somete cada vez más el trabajo de educación, se desarrolla en el terreno del Estado. Es común a todos los obreros del Estado, cualquiera que sea la nación a la que pertenezcan. Amplía la comunidad de lucha al conjunto del proletariado del Estado, proletariado para el que la lucha común contra el mismo enemigo, contra el conjunto de los partidos burgueses de todas las naciones y su gobierno, se convierte en un destino común. *No es la nación, sino el Estado, el que determina para el proletariado las fronteras de la comunidad de destino que es la lucha política parlamentaria.* Mientras la propaganda socialista siga siendo la actividad más importante para los rutenos de Austria y para los rutenos de Rusia⁸, seguirán estrechamente ligados entre sí. Pero desde el momento en que el desarrollo llega al punto en que la lucha política real es librada contra el poder del Estado – mayoría burguesa y gobierno –

⁸ Es decir, los ucranianos.

tienen que separarse, luchar en lugares diferentes y con métodos a veces completamente diferentes. Los primeros intervienen en Viena en el Reichsrat junto con obreros tirolese y checos, los otros luchan ya sea en la clandestinidad, ya sea en las calles de Kiev contra el gobierno del zar y sus cosacos. Su comunidad de destino está rota.

Todo esto se presenta tanto más claramente cuanto que el empuje del proletariado se hace más poderoso y su lucha ocupa cada vez más el campo de la historia. El poder de Estado y todos los poderosos medios de que dispone, es el feudo de las clases poseedoras; el proletariado no puede liberarse, no puede eliminar el capitalismo más que derrotando primero esta organización poderosa. La conquista de la hegemonía política no es solamente una lucha por el poder de Estado, sino una lucha contra el poder de Estado. La revolución social que desembocará en el socialismo consiste esencialmente en vencer el poder de Estado por la potencia de la organización proletaria. Por eso debe ser realizada por el proletariado de todo el Estado. *Esta lucha de liberación común* contra el mismo enemigo es la experiencia más importante, *por así decir, toda la historia de la vida del proletariado* desde su primer despertar hasta la victoria. *Ella hace de la clase obrera, no de la misma nación, sino del mismo Estado, una comunidad de destino.* Sólo en Europa occidental, donde Estado y nación coinciden más o menos, la lucha librada en el terreno estatal-nacional por la hegemonía política da origen en el proletariado a comunidades de destino que coinciden con las naciones.

Pero también en este caso se desarrolla cada vez más el carácter internacional del proletariado. Los obreros de los diferentes países intercambian teoría y práctica, métodos de lucha y concepciones y los consideran como un asunto común. Ciertamente éste era también el caso de la burguesía ascendente; en sus concepciones económicas y filosóficas, los ingleses, los franceses, los alemanes se han influenciado mutua y profundamente por el intercambio de ideas. Pero de ello no resultó ninguna comunidad pues su antagonismo económico les condujo a organizarse en naciones hostiles unas hacia las otras; precisa-

mente la conquista, por parte de la burguesía francesa, de la libertad burguesa que tenía desde hacía mucho tiempo la burguesía inglesa fue lo que provocó las enconadas guerras napoleónicas. Semejante conflicto de intereses está totalmente ausente en el proletariado y por esta razón la influencia espiritual recíproca que ejerce la clase obrera de los diferentes países puede actuar sin coerción en la constitución de una comunidad internacional de cultura. Pero la comunidad no se limita a esto. Las luchas, las victorias y las derrotas en un país tienen profundas consecuencias en la lucha de clase de los demás países. Las luchas que libran nuestros camaradas de clase en el extranjero contra su burguesía no es *nuestro propio asunto* sólo en el terreno de las ideas, sino también *en el plano material*; forman parte de nuestro propio combate y las sentimos como tales. Eso lo saben muy bien los obreros austriacos, para los cuales la revolución rusa fue un episodio decisivo de su propia lucha por el sufragio universal⁹. El proletariado de todos los países se percibe como *un ejército único*, como una gran unión a la que sólo razones prácticas obligan a escindirse en numerosos batallones que deben combatir al enemigo separadamente, puesto que la burguesía está organizada en Estados y, por consiguiente, son numerosas las fortalezas a tomar. Es también bajo esta forma como la prensa nos relata las luchas en el extranjero: las huelgas de los portuarios ingleses, las elecciones en Bélgica, las manifestaciones callejeras en Budapest son todas asunto de nuestra gran organización de clase. De este modo, la lucha de clase internacional se convierte en *la experiencia común* de los obreros de todos los países.

⁹ En efecto, la revolución rusa dio impulso a la lucha por el sufragio universal en Austria. Tras un gran movimiento de masas en que la socialdemocracia jugó el papel dirigente al final de 1905, el Emperador aprobó en enero de 1907 el proyecto de reforma electoral que instauraba el sufragio universal en el territorio de Austria (que excluía la otra parte de la monarquía bicéfala, Hungría o Transleitania).

La nación en el Estado del futuro

En esta concepción del proletariado se reflejan ya las condiciones del orden social futuro, en el que los hombres ya no conocerán antagonismos estatales. Al superar las organizaciones estatales rígidas de la burguesía por la potencia organizativa de las masas proletarias, el Estado desaparece como potencia de coerción y terreno de dominación que se delimita netamente con relación al exterior. Las organizaciones políticas revisten una nueva función: “el gobierno de las personas deja paso a la administración de las cosas”, diría Engels en el *Anti-Dühring*¹⁰. Para regular conscientemente la producción se necesita organización, órganos ejecutivos y una actividad administrativa; pero para ello no es necesaria ni posible la centralización más estricta tal como la practica el Estado actual. Esta cederá el lugar a una amplia descentralización y a la auto-administración. Según las dimensiones de una rama de producción, las organizaciones abarcarán áreas más o menos grandes; mientras que, por ejemplo, el pan se producirá a escala local, la producción del hierro y la circulación ferroviaria necesitan entidades económicas de la magnitud de un Estado. Habrá unidades de producción de las más diversas dimensiones, desde el taller y la comuna hasta el Estado e, incluso, para ciertas ramas, hasta toda la humanidad. Los grupos humanos aparecidos naturalmente, las naciones, ¿no ocuparán entonces el lugar de los Estados desaparecidos en tanto que unidades organizativas? Sin duda será ese el caso, por la simple razón práctica, pero sólo por esta razón, de que son *comunidades de la misma lengua* y todas las relaciones entre los hombres pasan por la lengua.

Pero Bauer confiere a las naciones de la sociedad futura una significación complementaria totalmente distinta: “El hecho de que el socialismo haga autónoma a la nación y su sino sea producto de su voluntad consciente, determina una diferenciación creciente entre las naciones en la sociedad socialista y

¹⁰ Ver F. Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Moscú, Ediciones Progreso, t. III, p. 98.

conlleve una afirmación más pronunciada de su peculiaridad y una separación más tajante de sus caracteres” (p.105). Ciertamente que unas reciben de otras el contenido de la cultura y las ideas de diversas maneras, pero no las recogen sino en ligazón con la cultura nacional. “Por esta razón, la autonomía en el socialismo significa necesariamente, a pesar de la igualación de los contenidos materiales de cultura, una diferenciación cada vez mayor de la cultura espiritual de las naciones.” (p. 108)... Así “la nación, que descansa en una comunidad de educación, lleva en sí la tendencia a la unidad; somete a todos sus hijos a una educación común, todos los con-nacionales trabajan juntos en los talleres nacionales, cooperan todos juntos en la formación de la voluntad colectiva de la nación, suministran juntos los bienes culturales nacionales. Así el socialismo lleva igualmente en sí la garantía de la *unidad de la nación*.” (p. 109). Hay ya en el capitalismo la tendencia a reforzar las separaciones nacionales de las masas y a dar a la nación una coherencia interior más fuerte. “Pero será privilegio del socialismo llevar (esta tendencia) a la victoria. Por la diversidad de la educación y de las costumbres según las naciones, la sociedad socialista distinguirá a todos los pueblos los unos de los otros tan tajantemente como lo son hoy únicamente las gentes cultivadas de las diferentes naciones. Cae de su peso que dentro de la nación socialista habrá también comunidades de carácter más restringidas; pero entre ellas no se podrá encontrar comunidades culturales independientes, pues las comunidades locales mismas estarán colocadas bajo la influencia de la cultura de toda la nación, en una relación cultural y un intercambio de ideas con la nación en su conjunto.”(p.135)

La concepción que se expresa en estas frases no es otra cosa sino la transposición ideológica de la actualidad austríaca a un futuro socialista. Confiere a las naciones bajo el socialismo el papel que hoy recae en los Estados, a saber, aislarse cada vez más con relación al exterior y nivelar en el interior todas las diferencias; entre los muchos niveles de unidades económicas y administrativas, da a las naciones un rango privilegiado, semejante al que hoy recae en el Estado tal como lo conciben nuestros adversarios, que ponen el grito en el cielo a propósito de la

“omnipotencia del Estado” bajo el socialismo, e incluso se habla aquí de “talleres nacionales”. Por lo demás, mientras que en los escritos socialistas se habla siempre de talleres y de medios de producción de la “comunidad” por oposición a la propiedad privada, sin precisar las dimensiones de la comunidad, aquí se considera a la nación como la única comunidad de los hombres, autónoma respecto del exterior, indiferenciada en el interior.

Semejante concepción sólo es posible a condición de abandonar totalmente el terreno material del que han surgido las relaciones mutuas y las ideas de los hombres e insistir solamente en las fuerzas espirituales como factores determinantes. Pues las diferencias nacionales pierden entonces totalmente las raíces económicas que hoy les dan un vigor tan extraordinario. El modo de producción socialista no desarrolla oposiciones de intereses entre las naciones, como ocurre con el modo de producción burgués. La unidad económica no es ni el Estado ni la nación, sino el mundo. Este modo de producción es mucho más que una red de unidades productivas nacionales ligadas entre sí por una política inteligente de comunicaciones y por convenciones internacionales, tal como lo describe Bauer en la página 519; es una *organización de la producción mundial en una unidad* y asunto común de toda la humanidad. En esta comunidad mundial, de la que es un comienzo desde ahora el internacionalismo del proletariado, no puede tratarse de una autonomía de la nación alemana, por poner un ejemplo, más que de una autonomía de Baviera, de la ciudad de Praga o de la fundición de Poldi. Todas arreglan parcialmente sus propios asuntos y todas dependen del todo en cuanto partes de este todo. Toda la noción de autonomía proviene de la era capitalista en la que las condiciones de la dominación conllevan su contrario, a saber, la libertad respecto a una dominación determinada.

Esta base material de la colectividad, *la producción mundial organizada, transforma la humanidad futura en una sola y única comunidad de destino*. Para las grandes realizaciones que les esperan, la conquista científica y técnica de toda la tierra y su acondicionamiento en una morada magnífica para

una raza de señores [*ein Geschlecht von Herrenmenschen*] feliz y orgullosa de su victoria y que se ha hecho dominadora de la naturaleza y de sus fuerzas, para estas grandes realizaciones – que apenas podemos imaginar hoy – las fronteras de los Estados y de los pueblos son demasiado estrechas y restringidas. *La comunidad de destino unirá a toda la humanidad en una comunidad intelectual y cultural.* La diversidad lingüística no será obstáculo, pues toda comunidad humana que mantenga con otra una comunicación verdadera creará un lenguaje común. Sin pretender abordar aquí la cuestión de una lengua universal, indicaremos solamente que ya hoy es fácil apropiarse varias lenguas extranjeras una vez superado el estadio de los estudios primarios. Por eso es inútil abordar la cuestión de saber hasta qué punto son de naturaleza permanente las actuales delimitaciones y diferencias lingüísticas. Lo que Bauer dice a propósito de la nación en la última de las frases citadas, vale entonces para la humanidad entera: aunque dentro de la humanidad socialista subsistan comunidades de carácter restringidas, no podrá haber comunidades de cultura independientes pues toda comunidad local (y nacional), sin excepción, se encontrará, bajo la influencia de la cultura del conjunto de la humanidad, en comunicación cultural, en un intercambio de ideas, con la humanidad entera.

Las transformaciones de la nación

Nuestra investigación ha demostrado que bajo la dominación del capitalismo avanzado, al que acompaña la lucha de clases, el proletariado no puede encontrar ninguna fuerza constitutiva de la nación. No forma comunidad de destino con las clases burguesas, ni una comunidad de intereses materiales, ni una comunidad que pudiese ser la de la cultura intelectual. Los rudimentos de semejante comunidad, que se esbozan justo al comenzar el capitalismo, desaparecen necesariamente con el desarrollo de la lucha de clases. Mientras que en las clases burguesas poderosas fuerzas económicas generan el aislamiento

nacional, un antagonismo nacional y toda la ideología nacional, en el proletariado están ausentes. En su lugar, la lucha de clase, que da a su vida lo esencial de su contenido, crea una comunidad internacional de destino y de carácter en la que no tienen significación práctica las naciones en tanto que grupos de la misma lengua. Y como el proletariado es la humanidad en devenir, esta comunidad constituye la aurora de la comunidad económica y cultural de la humanidad entera bajo el socialismo.

Por tanto, hay que responder afirmativamente a la pregunta que habíamos planteado al principio: *Lo nacional no tiene para el proletariado más significado que el de una tradición. Sus raíces materiales se hunden en el pasado y no pueden alimentarse en las vivencias del proletariado.* Por tanto, la nación juega para el proletariado un papel parecido al de la religión. Notemos la diferencia, a pesar de este parentesco. Las raíces materiales de los antagonismos religiosos se pierden en el pasado lejano y ya casi no son conocidas por el hombre de nuestro tiempo. Por esta razón, estos antagonismos están totalmente desligados de todos los intereses materiales y aparecen como querellas puramente abstractas acerca de cuestiones sobrenaturales. Por el contrario, las raíces materiales de los antagonismos nacionales se encuentran justo detrás de nosotros, en el mundo burgués moderno con el que estamos en contacto constante, por eso conservan toda la frescura y vigor de la juventud y conmueven tanto más cuanto que somos capaces de sentir directamente los intereses que expresan; pero, al tener raíces menos profundas, les falta la resistencia tan difícilmente quebrantable de una ideología petrificada por los siglos.

Por eso nuestra investigación nos lleva a una concepción completamente distinta a la de Bauer. Éste supone, al contrario del nacionalismo burgués, una transformación continua de la nación hacia nuevas formas y nuevos caracteres. Así, la nación alemana ha revestido, a través de la historia, apariencias continuamente renovadas del proto-germano hasta el futuro miembro de la sociedad socialista. Pero, bajo estas formas cambiantes, permanece la nación misma, e incluso si ciertas naciones deben desaparecer y surgir otras, la nación sigue siendo

siempre la estructura fundamental de la humanidad. Por el contrario, según nuestras conclusiones la nación no es más que una estructura temporal y transitoria en la historia de la evolución de la humanidad, una de las numerosas formas de organización que se suceden o se manifiestan simultáneamente: tribus, pueblos, imperios, Iglesias, comunidades aldeanas, Estados. Entre ellas, la nación, en su especificidad, es un producto de la sociedad burguesa y desaparecerá con ella. Querer encontrar la nación en todas las comunidades pasadas y futuras es tan artificial como interpretar, a la manera de los economistas burgueses, el conjunto de las formas económicas pasadas y futuras como formas variadas del capitalismo y concebir la evolución mundial como evolución del capitalismo, que iría desde el “capital” del salvaje, su arco, hasta el “capital” de la sociedad socialista.

Aquí aparece el fallo de la idea básica en la obra de Bauer, tal como la citamos más arriba. Cuando éste dice que la nación no es una cosa rígida sino un proceso en devenir, ello implica que la nación en cuanto tal es permanente y eterna. Para Bauer, la nación es “el producto jamás acabado de un proceso eternamente en curso.” *Para nosotros, la nación es un episodio en el proceso de la evolución humana que progresa hacia el infinito.* La nación constituye para Bauer el elemento fundamental permanente de la humanidad. Su teoría es *una reflexión sobre el conjunto de la historia de la humanidad bajo el ángulo nacional.* Las formas económicas se transforman, las clases nacen y mueren, pero eso sólo son mutaciones de la nación, dentro de la nación. La nación sigue siendo el elemento primario al que las clases y sus transformaciones confieren simplemente un contenido cambiante. Por esta razón Bauer expresa las ideas y los objetivos del socialismo en la lengua del nacionalismo y habla de nación allí donde otros han empleado los términos de pueblo y humanidad: la “nación”, por la propiedad privada de los medios de trabajo, ha perdido el control de su destino; la “nación” no lo ha decidido conscientemente, son los capitalistas los que determinan el destino de la “nación”; la “nación” del futuro se convertirá en el artífice de su propio destino; ya hemos citado más arriba los talleres nacionales. Así

Bauer es llevado a calificar de políticas evolucionista-nacional y conservadora-nacional las dos direcciones opuestas de la política, la del socialismo, dirigida hacia delante, y la del capitalismo, que intenta mantener el orden económico actual. Siguiendo el ejemplo citado más arriba, se podría calificar igualmente el socialismo de política evolucionista-capitalista.

La manera como Bauer trata la cuestión de las nacionalidades es una teoría específicamente austriaca, constituye una doctrina de la evolución de la humanidad que sólo podría nacer en Austria, donde las cuestiones nacionales dominan toda la vida pública. Se constata, y no es ciertamente con la intención de estigmatizarlo, que un investigador que maneja con tal éxito el método de la concepción marxista de la historia, se convierte a su vez, al sucumbir a la influencia de su entorno, en una prueba de esta teoría.

Sólo esta influencia lo ha puesto en condiciones de hacer progresar hasta tal punto nuestra comprensión científica. Y es que nosotros no somos máquinas de pensar lógicamente sino seres humanos que vivimos dentro de un mundo que nos obliga a dominar, apoyándonos en la experiencia y la reflexión, los problemas que nos plantea la práctica de la lucha.

Pero nos parece que en la diferencia de las conclusiones interviene también una diferencia de los conceptos filosóficos fundamentales. ¿En qué ha desembocado siempre nuestra crítica de las concepciones de Bauer? En una evaluación diferente de las fuerzas materiales e intelectuales. Mientras que Bauer se apoya en la potencia indestructible de las cosas del espíritu, de la ideología en tanto que fuerza independiente, nosotros ponemos siempre el acento en su dependencia de las condiciones económicas. Se siente uno tentado de poner esta desviación del materialismo marxista próxima al hecho de que Bauer se ha presentado en varias ocasiones como defensor de la filosofía de Kant y cuenta entre los kantianos. Así su obra confirma doblemente que el marxismo es un método científico precioso e indispensable.

Sólo él le ha permitido enunciar los numerosos resultados notables que enriquecen nuestra comprensión; allí donde se

manifiestan ciertas carencias es precisamente donde su método se aleja de las concepciones materialistas del marxismo.

III. La táctica socialista

Las reivindicaciones nacionales

La táctica socialista está basada en la ciencia de la evolución social. El modo como una clase obrera se hace cargo de sus intereses está determinado por su concepción de la evolución futura de las condiciones. Su táctica no debe dejarse influenciar por todos los deseos y objetivos que pueden surgir en el proletariado oprimido ni por todas las ideas que dominan su espíritu; si están en contradicción con la evolución efectiva no son realizables pues toda la energía y todo el trabajo que se les consagran lo son en vano y pueden incluso causar daño. Eso ocurrió con todos los intentos y esfuerzos para frenar la marcha triunfal de la gran industria y restablecer el antiguo orden de las corporaciones. El proletariado en lucha ha rechazado todo esto; guiado por su comprensión del carácter inevitable del desarrollo capitalista, ha establecido su objetivo socialista. Lo que se producirá efectiva e inevitablemente es lo que constituye la línea directriz de nuestra táctica. Por esta razón era de importancia primordial establecer, no qué papel juega en este momento lo nacional en un proletariado cualquiera, sino cuál será a la larga su parte en el proletariado bajo la influencia del ascenso de la lucha de clases. Nuestras concepciones sobre la significación futura de lo nacional para la clase obrera son las que deben determinar nuestras concepciones tácticas en las cuestiones nacionales.

Las concepciones de Bauer sobre el futuro de la nación constituyen el fundamento teórico de la *táctica del oportunismo nacional*. La táctica oportunista se dibuja por sí misma a partir del pensamiento fundamental de su obra, que considera la nacionalidad como el único resultado poderoso y permanente de toda la evolución histórica. Si la nación constituye, y no sólo

hoy sino cada vez más a medida que se desarrolla el movimiento obrero, y totalmente bajo el socialismo, el principio unificador y divisor natural de la humanidad, entonces es inútil querer luchar contra la potencia de la idea nacional en el proletariado. Entonces será necesario considerar el socialismo mucho más a la luz del nacionalismo y expresar su objetivo en el lenguaje del nacionalismo. Entonces será necesario que pongamos delante las reivindicaciones nacionales y nos esforcemos en convencer a los obreros patriotas de que el socialismo es el mejor y el único verdadero nacionalismo.

La táctica debe ser completamente diferente si se llega a la convicción de que lo nacional no es más que ideología burguesa que no tiene sus raíces materiales en el proletariado y que por esta razón desaparecerá a medida que se desarrolle la lucha de clase. En este caso, lo nacional no sólo es una manifestación pasajera en el proletariado, sino que entonces constituye, como toda ideología burguesa, *un obstáculo para la lucha de clases cuyo poder perjudicial debe ser eliminado en la medida de lo posible*. Y superarlo se sitúa en la línea misma de la evolución. Las consignas y los objetivos nacionales desvían a los trabajadores de sus objetivos proletarios específicos. Dividen a los obreros de las diferentes naciones, provocan su hostilidad recíproca y destruyen así la unidad necesaria del proletariado. Alinean codo con codo los trabajadores y la burguesía en un mismo frente, obscureciendo así su conciencia de clase y hacen del proletariado el ejecutor de la política burguesa. Las luchas nacionales impiden que se hagan valer las cuestiones sociales y los intereses proletarios en la política y condenan a la esterilidad este importante método de lucha del proletariado. Todo esto es alentado por la propaganda socialista cuando ésta presenta a los obreros las consignas nacionales como válidas, independientemente del objetivo propio de su lucha y cuando utiliza el lenguaje del nacionalismo en la descripción de nuestros objetivos socialistas. Inversamente, es indispensable que el sentimiento de clase y la lucha de clase arraiguen profundamente en el espíritu de los obreros; es entonces cuando se darán cuenta progre-

sivamente de lo irreal y de lo fútil de las consignas nacionales para su clase.

Por esta razón, objetivos de Estado-nación, tal como, por ejemplo, el restablecimiento de un Estado nacional independiente en Polonia, no caben en la propaganda socialista. La razón de ello no es que carecería totalmente de interés un Estado nacional perteneciente al proletariado. Pues resulta molesto para la adquisición de una lúcida conciencia de clase que el odio contra la explotación y la opresión tome fácilmente la forma de un odio nacional contra los opresores extranjeros, como en el caso de la dominación extranjera ejercida por Rusia, que protege a los capitalistas polacos. Sino porque el restablecimiento de una Polonia independiente es utópico en la era capitalista. Esto vale igualmente para la solución de la cuestión polaca que propone Bauer: la autonomía nacional de los polacos en el marco del Imperio ruso. Por deseable o necesario que sea este objetivo para el proletariado polaco, mientras reine el capitalismo la evolución real no será determinada por lo que el proletariado cree necesitar, sino por lo que quiere la clase dominante. Si, por el contrario, el proletariado es lo suficientemente poderoso para imponer su voluntad, el valor de tal autonomía es entonces infinitamente pequeño en comparación con el valor real de sus reivindicaciones de clase, que llevan al socialismo. La lucha del proletariado polaco contra la potencia política cuya opresión sufre realmente – el gobierno ruso, prusiano o austriaco, según el caso – está condenada a la esterilidad en tanto que lucha nacional; sólo como lucha de clase alcanzará su objetivo. El único objetivo que se puede alcanzar y que por esta razón se impone, es el de triunfar, junto con los otros obreros de estos Estados, del poder político capitalista y luchar por el advenimiento del socialismo. Ahora bien, bajo el socialismo el objetivo de la independencia de Polonia ya no tiene sentido pues nada se opondrá entonces a que todos los individuos de lengua polaca tengan libertad para fusionarse en una unidad administrativa.

En la posición respecto de los dos partidos socialistas polacos¹¹, la diferencia en la evaluación es evidente. Bauer insiste en el hecho de que ambos tienen justificación, pues cada uno de ellos encarna una faceta de la naturaleza de los trabajadores polacos: el P. P. S., el sentimiento nacional, la S. D. de Polonia y Lituania, la lucha internacional de clase. Esto es justo, pero incompleto. Nosotros no nos contentamos con el método histórico muy objetivo que prueba que todo fenómeno o tendencia es explicable y proviene de causas naturales. Nosotros debemos añadir que una faceta de esta naturaleza se refuerza en el curso de la evolución, mientras que la otra decae. El principio de uno de los dos partidos se basa en el futuro, el del otro se basa en el pasado, uno constituye la gran fuerza del progreso, el otro es una tradición obligatoria. Por esta razón, los dos partidos no representan la misma cosa para nosotros; en tanto que marxistas que basamos nuestro principio en la ciencia de la evolución real, en tanto que socialdemócratas revolucionarios que encontramos el nuestro en la lucha de clases, debemos dar la razón a uno y apoyar su posición contra el otro.

Hemos hablado más arriba de la carencia de valor de las consignas nacionales para el proletariado. Pero, ¿ciertas reivindicaciones nacionales no tienen igualmente la mayor importancia para los obreros, y no deberían éstos luchar por ellas de acuerdo con la burguesía? Las escuelas nacionales, por ejemplo, en las que los hijos del proletariado tienen la posibilidad de instruirse en su propia lengua, ¿no tienen un valor cierto? *Para*

¹¹ La argumentación de Pannekoek es aquí idéntica a la de Rosa Luxemburgo. Sin embargo, al día siguiente de la revolución de 1905, Rosa Luxemburgo reivindica la autonomía para Polonia dentro de un Imperio ruso que sería constitucional.

Hubo después en estos partidos reestructuraciones y transformaciones en las que no vamos a entrar aquí porque se trata solamente de un ejemplo para ilustrar las tomas de posición teóricas (Nota de Pannekoek). En efecto, el PPS se escindió en dos fracciones. La de derecha tomará el poder con Pilsudski a la cabeza después de la primera guerra mundial. La de izquierda – el PPS-Levitsa – se fusionará con la SDKPiL para formar el PC polaco.

nosotros constituyen reivindicaciones proletarias y no reivindicaciones nacionales. Las reivindicaciones nacionales checas van dirigidas contra los alemanes, los cuales las combaten. Si, por el contrario, a los obreros checos les interesan escuelas checas, una lengua administrativa checa, etc., porque les permiten acrecentar sus posibilidades de formación y su independencia respecto de los empresarios y de las autoridades, interesan otro tanto a los obreros alemanes, los cuales tienen todo el interés en ver a sus camaradas de clase adquirir el máximo posible de fuerzas en la lucha de clases. Por tanto, no sólo los socialdemócratas checos sino también sus camaradas alemanes deben reivindicar escuelas para las minorías checas, y poco importa a los representantes del proletariado que sea la potencia de la “nación” alemana o la de la “nación” checa, es decir, la potencia de la burguesía alemana o checa dentro del Estado, la que se vea reforzada o debilitada por ello. Es siempre el interés proletario el que prevalece. Si la burguesía, por razones nacionales, formula una reivindicación idéntica, en la práctica persigue algo totalmente distinto puesto que tampoco sus objetivos son los mismos. En las escuelas de la minoría checa, los obreros alentarán el conocimiento de la lengua alemana porque esto constituye una ayuda para los niños en la lucha por la existencia, pero la burguesía checa se empleará en apartarlos de la lengua alemana. Los obreros reivindican la pluralidad más grande de lenguas empleadas en la administración, los nacionalistas quieren suprimir la lengua extranjera. *Sólo en apariencia, pues, concuerdan las reivindicaciones lingüísticas y culturales de los obreros y las reivindicaciones nacionales. Son reivindicaciones proletarias las planteadas en común por el conjunto del proletariado de todas las naciones.*

Ideología y lucha de clase

La táctica marxista de la socialdemocracia se basa en el reconocimiento de los verdaderos intereses de clase de los obreros. No puede ser desviada por las ideologías, aun cuando éstas

parecen arraigadas en la cabeza de las gentes. Por su modo marxista de comprender, sabe que las ideas y las ideologías que aparentemente no tienen base material, de ninguna manera son sobrenaturales ni están investidas de una existencia espiritual desligada de lo corporal, sino que son la expresión tradicional y fijada de intereses de clase anteriores. Por esto estamos seguros de *que frente a la enorme densidad de los intereses de clase y de las necesidades reales y actuales*, por poco que se tenga conciencia de ello, *ninguna ideología arraigada en el pasado, por poderosa que sea, puede resistir a la larga*. Esta concepción de base determina también la manera como luchamos contra su fuerza.

Los que consideran las ideas como potencias autónomas en la cabeza de los hombres, que aparecerían por sí mismas o gracias a una influencia espiritual extraña, tienen dos posibilidades para poder ganar a los hombres a sus nuevos objetivos: o bien combatir las antiguas ideologías directamente, demostrando su inexactitud con consideraciones teóricas abstractas e intentar así arrebatar su poder sobre los hombres; o bien intentar poner la ideología a su servicio presentando sus nuevos objetivos como la consecuencia y la realización de las ideas antiguas. Tomemos el ejemplo de la religión.

La religión es la más poderosa de las ideologías del pasado que dominan al proletariado e intentan desviarlo de la lucha de clase unitaria. Socialdemócratas confusos, que han visto erigirse ante ellos este poderoso obstáculo para el socialismo, han podido intentar combatir la religión directamente y demostrar la inexactitud de las doctrinas religiosas – de la misma manera en que había procedido anteriormente el racionalismo burgués – a fin de quebrantar así su influencia. O a la inversa, han podido presentar el socialismo como un cristianismo mejor, como la verdadera realización de las doctrinas religiosas, y convertir así a los cristianos creyentes al socialismo. Pero estos dos métodos han fracasado allí donde se han intentado; los ataques teóricos contra la religión no han podido hacerle mella y han reforzado los prejuicios contra el socialismo; de igual modo, no se ha podido convencer a nadie cubriéndose ridículamente con

atributos cristianos, porque la tradición a la que los hombres están firmemente apegados no es un cristianismo cualquiera en general, sino una doctrina cristiana precisa. Era evidente que ambos estaban destinados al fracaso. Pues las discusiones y consideraciones teóricas que acompañaban a estos intentos orientan el espíritu hacia las cuestiones religiosas abstractas, lo desvían de la realidad de la vida y refuerzan el pensamiento ideológico. La fe no puede, en general, ser atacada con pruebas teóricas; sólo cuando su fundamento – las antiguas condiciones de existencia – ha desaparecido y aparece en el hombre una nueva concepción del mundo, surge la duda a propósito de las doctrinas y de los dogmas antiguos. Únicamente la nueva realidad, que impregna el espíritu cada vez más nítidamente, puede derribar una fe transmitida; por supuesto, es necesario que antes esa realidad llegue claramente a la conciencia de los hombres. *Sólo por el contacto con la realidad el espíritu se libera del poder de las ideas heredadas.*

Por esto la socialdemocracia marxista no sueña en absoluto con combatir la religión con argumentos teóricos, o ponerla a su servicio. Esto serviría para mantener artificialmente las ideas abstractas recibidas, en lugar de dejar que se disipen poco a poco. *Nuestra táctica consiste en esclarecer cada vez más a los obreros acerca de sus verdaderos intereses de clase, en mostrarles la realidad de la sociedad y de su vida a fin de que su espíritu se oriente cada vez más hacia el mundo real de hoy. Entonces las antiguas ideas, que no encuentran ya de qué alimentarse en la realidad de la vida proletaria, se doblan ellas solas.* Lo que los hombres piensan de los problemas teóricos nos es indiferente con tal de que luchemos juntos por el nuevo orden económico del socialismo. Por esta razón la socialdemocracia no habla ni debate jamás sobre la existencia de Dios o de controversias religiosas; sólo habla de capitalismo, de explotación, de intereses de clase, de la necesidad para los obreros de librar juntos la lucha de clase. De este modo desvía el espíritu de las ideas secundarias del pasado para dirigirlo a la realidad de hoy; priva así a estas ideas del poder de desviar a los obreros de la lucha de clase y de la defensa de sus intereses de clase.

Por supuesto, no de un solo golpe. Lo que permanece petrificado en el espíritu no puede ser reblandecido y disuelto más que progresivamente bajo el efecto de fuerzas nuevas. ¡Cuánto tiempo ha transcurrido hasta que los obreros cristianos de Renania-Westfalia han abandonado en gran número la bandera del Zentrum¹² para pasarse a la socialdemocracia! Pero la socialdemocracia no se dejó desviar; no intentó acelerar el giro de los obreros cristianos por medio de concesiones a sus prejuicios religiosos; no se dejó llevar por la impaciencia ante la escasez de sus éxitos, ni se dejó seducir por la propaganda antirreligiosa. No perdió la fe en la victoria de la realidad sobre la tradición, se atuvo firmemente al principio, no eligió ninguna desviación táctica que diese la ilusión de un éxito más rápido; siempre opuso la lucha de clase a la ideología. Y ahora ve madurar incesantemente los frutos de su táctica.

Lo mismo ocurre frente al nacionalismo, con la única diferencia de que aquí, al ser una ideología más reciente y menos petrificada, hay que estar menos prevenido contra el error del combatir en el plano teórico abstracto y sí contra el error de transigir. *En este caso también nos basta poner el acento en la lucha de clase y despertar el sentimiento de clase a fin de desviar la atención de los problemas nacionales.* En este caso también toda nuestra propaganda puede parecer inútil contra el poder de la ideología nacional¹³; muy en primer lugar, podría parecer que el nacionalismo progresa más en los obreros de las jóvenes naciones. Así en Renania los sindicatos cristianos se fortalecieron también al mismo tiempo que la socialdemocracia; esto se puede comparar con el separatismo nacional, que es una parte del movimiento obrero que concede más importancia a una ideología burguesa que al principio de la lucha de clases. Pero en la medida en que tales movimientos no pueden, en la

¹² Partido cristiano social de Alemania, católico.

¹³ Así, en su reseña del folleto de Strasser *"El obrero y la nación"* en *der Kampf* (V,9), Otto Bauer dudaba de que poner el acento en los intereses de clase del proletariado pudiese tener un impacto cualquiera frente al brillante atractivo de los ideales nacionales (Nota de Pannekoek).

práctica, sino ir a remolque de la burguesía y suscitar así contra ellos el sentimiento de clase de los obreros, perderán progresivamente su poder.

Por consiguiente, iríamos completamente descaminados si quisiéramos ganar masas obreras al socialismo siendo más nacionalistas que ellas, transigiendo. Este *oportunismo nacional* puede, como máximo, permitir ganarlas exteriormente, en apariencia, para el partido, pero *no por eso han sido ganadas a nuestra causa, a las ideas socialistas*; las concepciones burguesas continuarán dominando su espíritu como antes. Y cuando llegue la hora decisiva en que tengan que elegir entre intereses nacionales y proletarios, aparecerá *la debilidad interna de este movimiento obrero*, como ocurre actualmente en la crisis separatista. ¿Cómo podemos agrupar a las masas bajo nuestra bandera si dejamos que se inclinen ante la del nacionalismo? Nuestro principio de la lucha de clase no podrá dominar más que cuando los otros principios que manipulan y dividen a los hombres de otra manera se queden sin efecto; pero si, por nuestra propaganda, reforzamos el crédito de los otros principios, arruinaremos nuestra propia causa.

Como resulta de lo expuesto más arriba, sería un error total querer combatir los sentimientos y las consignas nacionales. En los casos en que están arraigados en las cabezas, no pueden ser eliminados por argumentos teóricos sino únicamente por una realidad más fuerte, a la que se deja actuar sobre los espíritus. Si se comienza a hablar de ello, el espíritu del que escucha se orienta inmediatamente hacia el terreno de lo nacional y no piensa sino en términos de nacionalismo. Por consiguiente es mejor no hablar de ello en absoluto, no inmiscuirse en ello. Tanto a todos los eslóganes como a todos los argumentos nacionalistas, se responderá: explotación, plusvalía, burguesía, dominación de clase, lucha de clases. Si ellos hablan de las reivindicaciones de una escuela nacional, nosotros llamaremos la atención sobre la insuficiencia de la enseñanza dispensada a los niños de obreros, que no aprenden más de lo que necesitan para poder deslomarse más tarde al servicio del capital. Si hablan de letreros callejeros y de cargas administrativas, noso-

tros hablaremos de la miseria que obliga a los proletarios a emigrar. Si hablan de la unidad de la nación, nosotros hablaremos de la explotación y de la opresión de clase. Si ellos hablan de la grandeza de la nación, nosotros hablaremos de la solidaridad del proletariado en todo el mundo. Sólo cuando la gran realidad del mundo actual – el desarrollo capitalista, la explotación, la lucha de clase y su meta final, el socialismo – haya impregnado el espíritu entero de los obreros, se desvanecerán y desaparecerán los pequeños ideales burgueses del nacionalismo. *La propaganda por el socialismo y la lucha de clase constituyen el único medio, pero un medio que da resultados seguros, para quebrantar la potencia del nacionalismo.*

El separatismo y la organización del partido

En Austria, después del congreso de Wimberg, el partido socialdemócrata está dividido por naciones, cada uno de los partidos obreros nacionales es autónomo y colabora con los de las otras naciones sobre una base federalista¹⁴. Esta separación nacional del proletariado no presentaba inconvenientes demasiado grandes y era considerada frecuentemente como el principio organizativo natural del movimiento obrero en un país profundamente dividido en el plano nacional. Pero cuando esta separación dejó de limitarse a la organización política para aplicarse a los sindicatos bajo el nombre de separatismo, el peligro se hizo tangible de repente. Lo absurdo del proceso según el cual los obreros del mismo taller están organizados en sindicatos distintos y obstaculizan así la lucha común contra el patrón, es evidente. Estos obreros constituyen una comunidad de intereses, no pueden luchar y vencer más que como masa coherente y, por consiguiente, deben estar agrupados en una organización

¹⁴ El Congreso del Partido socialdemócrata de Austria, reunido en 1897 en Viena-Wimberg, aprobó la estructura que se había proporcionado la socialdemocracia austriaca: una federación basada en el principio de las nacionalidades para garantizar la autonomía y la individualidad de sus seis partidos nacionales componentes.

única. Los separatistas, que introducen en el sindicato la separación de los obreros según las naciones, rompen la fuerza de los obreros como lo han hecho los escisionistas sindicales cristianos y obstaculizan en gran medida el ascenso del proletariado.

Los separatistas lo saben y lo ven tan bien como nosotros. ¿Qué es, pues, lo que les empuja a esta actitud hostil hacia los obreros a pesar de haber sido condenada por unanimidad aplastante en el Congreso internacional de Copenhague¹⁵? En primer lugar, el hecho de que consideran el principio nacional como infinitamente superior al interés material de los obreros y al principio socialista. Pero, en este caso, hacen referencia a las decisiones de otro congreso internacional, el Congreso de Stuttgart (1907), según las cuales *el partido y los sindicatos de un país deben estar estrechamente unidos en una comunidad constante de trabajo y de lucha*¹⁶. ¿Cómo es esto posible cuando el partido está articulado según las naciones y el movimiento sindical está centralizado al mismo tiempo internacionalmente en todo el Estado? ¿Dónde encontrará la socialdemocracia checa el movimiento sindical al que debe asociarse estrechamente si no crea un movimiento sindical checo propio?

Es literalmente escoger la posición más débil proceder como lo hacen muchos socialdemócratas alemanes de Austria y presentar como argumento esencial en la lucha teórica contra el separatismo la disparidad total de las luchas políticas y sindicales. Ciertamente, no tienen otra salida si quieren defender al mismo tiempo la unidad internacional en los sindicatos y la

¹⁵ El Congreso socialista internacional de Copenhague de 1910 condenó por unanimidad el “separatismo” sindical checo.

¹⁶ La resolución adoptada en el Congreso socialista internacional de Stuttgart en 1907 estipulaba especialmente: “La lucha proletaria se emprenderá tanto mejor y será tanto más fructífera cuanto más estrechas sean las relaciones entre los sindicatos y el partido, sin comprometer la necesaria unidad del movimiento sindical. El Congreso declara que va en interés de la clase obrera el que, en todos los países, se establezcan estrechas relaciones entre los sindicatos y el partido y se hagan permanentes”.

separación nacional en el partido. Pero este argumento no puede darles resultados.

Esto proviene de la situación de los comienzos del movimiento obrero cuando ambos han debido afirmarse lentamente luchando contra los prejuicios en las masas obreras y cuando cada cual buscaba su propia vía: entonces parece que los sindicatos sólo están para mejorar la situación material inmediata, mientras que el partido libra la lucha por la sociedad del futuro, por ideales generales e ideas elevadas. En realidad ambos luchan por mejoras inmediatas y ambos contribuyen a edificar el poder del proletariado que permitirá el advenimiento del socialismo. Solamente que, en la medida en que la lucha política es una lucha general contra toda la burguesía, hay que darse cuenta de las consecuencias más lejanas y de los fundamentos más profundos de la visión del mundo, mientras que en la lucha sindical, en la que los argumentos y los intereses inmediatos son manifiestos, la referencia a los principios generales no es necesaria, incluso puede perjudicar la unidad del momento. Pero en realidad son los mismos intereses obreros los que determinan las dos formas de lucha; sólo que en el movimiento del partido están algo más enmascarados bajo la forma de ideas y principios. Pero cuanto más se desarrolla el movimiento, más se acercan, más se ven obligados a luchar juntos. Las grandes luchas sindicales se convierten en movimientos de masas cuya importancia política enorme conmueve toda la vida social. Inversamente, las luchas políticas toman dimensiones de acciones de masas que exigen la colaboración activa de los sindicatos. La resolución de Stuttgart encarna esta necesidad cada vez mayor. Por esto, todos los intentos de batir al separatismo arguyendo la total disparidad entre los movimientos sindical y político, se estrellan contra la realidad.

El error del separatismo consiste, pues, no en querer la misma organización para el partido y los sindicatos, sino en aniquilar el sindicato para poder hacerlo. *Pues la raíz de la contradicción no está en la unidad del movimiento sindical, sino en la división del partido político.* El separatismo en el movimiento sindical no es más que la consecuencia ineluctable de la au-

tonomía nacional de las organizaciones del partido; como subordina la lucha de clase al principio nacional, es incluso la consecuencia última de la teoría que considera a las naciones como los productos naturales de la humanidad y ve en el socialismo, a la luz del principio nacional, la realización de la nación. *Por esta razón no se puede superar realmente el separatismo más que si en todas partes, en la táctica, en la agitación, en la conciencia de todos los camaradas domina como único principio proletario el de la lucha de clase* frente al que todas las diferencias nacionales no tienen ninguna importancia. La unificación de los partidos socialistas es la única salida para resolver la contradicción que ha originado la crisis separatista y todos los perjuicios que ha causado al movimiento obrero.

En el capítulo titulado “La comunidad de la lucha de clase” se ha mostrado ya que la lucha política se desarrolla en el terreno del Estado y hace de los obreros de las naciones de todo el Estado una unidad. También se ha constatado en él que en los comienzos del partido socialista, el centro de gravedad se sitúa todavía en las naciones. Esto explica el desarrollo histórico: a partir del momento en que comenzó a llegar a las masas a través de su propaganda, el partido se escindió en unidades separadas en el plano nacional que debieron adaptarse respectivamente a su ambiente, a la situación y a los modos de pensar específicos de su nación, y que por eso mismo se han visto más o menos contaminadas por las ideas nacionalistas. Pues todo movimiento obrero ascendente está atiborrado de ideas burguesas de las que no se desembaraza sino progresivamente en el curso del desarrollo, por la práctica de la lucha y una comprensión teórica creciente. Esta influencia burguesa sobre el movimiento obrero, que en otros países ha tomado la forma del revisionismo o del anarquismo, necesariamente tenía que revestir en Austria la del nacionalismo, no sólo porque el nacionalismo es la más poderosa de las ideologías burguesas, sino también porque allí se opone al Estado y a la burocracia. La autonomía nacional en el partido no resulta únicamente de una decisión errónea, pero evitable, de un congreso cualquiera del partido, también es una

forma natural del desarrollo, creada progresivamente por la situación misma.

Pero cuando la conquista del sufragio universal creó el terreno de la lucha parlamentaria propio de un Estado capitalista moderno, y el proletariado se convirtió en una potencia política importante, esta situación no podía durar. Se iba a ver si los partidos autónomos constituían todavía realmente un solo partido global (Gesamtpartei). Ya no se podía uno contentar con declaraciones platónicas sobre su cohesión; en lo sucesivo se necesitaba una unidad más sólida, a fin de que las fracciones socialistas de los diferentes partidos nacionales se sometiesen en la práctica y en los hechos a una voluntad común. El movimiento político no ha superado esta prueba; en algunas de las partes que lo componen, el nacionalismo tiene ya raíces tan profundas, que tienen el sentimiento de estar tan cerca, si no más, de los partidos burgueses de su nación que de las otras fracciones socialistas. Así se explica una contradicción que no es más que aparente: el partido global se ha hundido en el momento preciso en que las nuevas condiciones de la lucha política exigían un verdadero partido global, la unidad sólida de todo el proletariado austriaco; el laxo vínculo que existía entre los grupos nacionales se rompió cuando se vieron confrontados a la exigencia de convertirse en una unidad sólida. Pero al mismo tiempo se hizo evidente que esa ausencia de partido global no podía ser más que transitoria. *La crisis separatista debe desembocar necesariamente en la aparición de un nuevo partido global que será la organización política compacta de toda la clase obrera austriaca.*

Los partidos nacionales autónomos son formas del pasado que ya no corresponden a las nuevas condiciones de lucha. La lucha política es la misma para todas las naciones y se desarrolla en un Parlamento único en Viena; allí, los socialdemócratas checos no luchan contra la burguesía checa sino que luchan junto con todos los demás diputados obreros contra toda la burguesía austriaca. A esto se ha objetado que la campaña electoral tiene como marco la nación: los adversarios no son entonces el Estado y la burocracia, sino los partidos burgueses de su propia

nación. Es justo; pero la campaña electoral no es, por así decir, más que una prolongación de la lucha parlamentaria. *No son las palabras, sino los hechos de nuestros adversarios, los que constituyen la materia de la campaña electoral*, y estos actos se perpetran en el Reichsrat, forman parte de la actividad del parlamento austriaco. Por eso la campaña electoral hace salir, a su vez, a los obreros del pequeño mundo nacional, los remite a un organismo de dominación más grande, poderosa organización de coerción de la clase capitalista, que domina su vida.

Tanto más cuanto que el Estado, que en otros tiempos parecía débil y desprotegido frente a las naciones, afirma cada vez más su poder como consecuencia del desarrollo del gran capitalismo. El desarrollo del *imperialismo*, que arrastra tras de sí a la monarquía danubiana, pone en manos del Estado, con fines de política mundial, instrumentos de poder cada vez más potentes, impone a las masas una presión militar y fiscal cada vez mayor, contiene la oposición de los partidos burgueses nacionales y hace pura y simplemente caso omiso de las reivindicaciones sociopolíticas de los obreros. El imperialismo debería dar un poderoso impulso a la lucha de clase común de los obreros; y frente a sus luchas, que conmocionan el mundo, que oponen el capital y el trabajo en un conflicto agudo, el objeto de las querellas nacionales pierde toda significación. Y no está excluido totalmente que los peligros comunes a los que la política mundial expone a los obreros, sobre todo el peligro de guerra, reúnan más pronto de lo que se piensa, para una lucha común, a las masas obreras ahora separadas.

Por supuesto que, a causa de las particularidades lingüísticas, la propaganda y las explicaciones deben ser suministradas en cada nación en particular. La práctica de la lucha obrera debe tener en cuenta a las naciones en tanto que grupos de lengua diferente; esto vale tanto para el partido como para el movimiento sindical. *En tanto que organización de lucha, partido y sindicato deben estar organizados los dos de manera unitaria a escala estatal-internacional. Con fines de propaganda, de explicación, de esfuerzos en la educación que les con-*

ciernen también y en común, necesitan una sub-organización y una articulación nacionales.

La autonomía nacional

Aun cuando nosotros no entremos en el campo de los eslóganes y de las consignas del nacionalismo y continuemos empleando los eslóganes del socialismo, esto no significa que nosotros prosigamos una especie de política del avestruz frente a las cuestiones nacionales. Pues se trata de cuestiones reales que preocupan a los hombres y cuya solución esperan. Nosotros hacemos que los trabajadores tomen conciencia de que, para ellos, no son esas cuestiones, sino la explotación y la lucha de clases, las cuestiones vitales más importantes y que lo dominan todo. Pero esto no hace desaparecer las otras cuestiones y debemos mostrar que somos capaces de resolverlas. Pues la socialdemocracia no deja a los hombres pura y simplemente con la promesa del Estado futuro, también presenta en su programa de reivindicaciones inmediatas la solución que propone para cada una de las cuestiones particulares que son objeto de la lucha actual. Nosotros no sólo intentamos unir en la lucha de clase común a los obreros cristianos y a los demás, sin tomar en consideración la religión, sino que en nuestra propuesta de programa *Proclamación del carácter privado de la religión*, les mostramos igualmente el medio de salvaguardar sus intereses religiosos mejor que con luchas y querellas religiosas. Frente a las luchas de las Iglesias por el poder, luchas inherentes a su carácter de organizaciones de dominación, nosotros planteamos el principio de la autodeterminación y de la libertad de todos los hombres para practicar su fe sin sufrir por ello perjuicio por parte de otro. Esta propuesta de programa no proporciona la solución de cada cuestión en particular, pero contiene una solución de conjunto en cuanto pone las bases sobre las que podrán arreglar a su voluntad las cuestiones particulares. Al quitar toda coerción pública, se suprime al mismo tiempo cualquier necesidad de defensa y de querellas. Las cuestiones religiosas son

eliminadas de la política y dejadas a las organizaciones que los hombres crearán a su voluntad.

Nuestra posición en lo referente a las cuestiones nacionales es comparable. *El programa socialdemócrata de la autonomía nacional propone aquí la solución práctica que quitaría su razón de ser a las luchas entre naciones.* Por el empleo del principio personal en lugar del principio territorial, las naciones serán reconocidas en tanto que organizaciones en las que recae, en el marco del Estado, el cuidado de todos los intereses culturales de la comunidad nacional. Así cada nación obtiene el poder jurídico de arreglar sus asuntos de manera autónoma incluso allí donde está en minoría. De este modo, ninguna nación se encuentra en la sempiterna obligación de conquistar y preservar este poder en la lucha por ejercer una influencia sobre el Estado. Así se pondría fin definitivamente a las luchas entre naciones que, por la obstrucción sin fin, paralizan toda la actividad parlamentaria e impiden que sean abordadas las cuestiones sociales. Cuando los partidos burgueses se desencadenaban ciegamente los unos contra los otros, sin avanzar un solo paso, y se encontraban desarmados ante la cuestión de saber cómo salir del caos, la socialdemocracia ha mostrado la vía práctica que permite satisfacer los deseos nacionales justificados, sin que por ello sea necesario hacerse daño mutuamente.

Esto no significa que este programa tenga posibilidades de verse realizado. Todos nosotros estamos convencidos de que nuestra reivindicación de la proclamación del carácter privado de la religión, así como la mayor parte de nuestras reivindicaciones inmediatas, no será realizado por el Estado capitalista. Bajo el capitalismo, la religión no es, como se le hace creer a la gente, asunto de convicción personal – si lo fuese, los portavoces de la religión deberían recoger y llevar a la práctica nuestra propuesta de programa – sino un medio de dominación en manos de la clase poseedora. Y ésta no renunciará a este medio. Una idea similar se encuentra en nuestro programa nacional, que pretende que las naciones sean la realidad de la imagen que se da de ellas. Las naciones no son únicamente grupos de hombres que tienen los mismos intereses culturales y que, por esta

razón, quieren vivir en paz con las otras naciones; son organizaciones de combate de la burguesía que sirven para ganar el poder en el Estado. Toda burguesía nacional espera ensanchar el territorio donde ejercer su dominación a expensas del adversario; por tanto, es totalmente dudoso pensar que podrían poner fin por iniciativa propia a estas luchas agotadoras, de la misma manera que está excluido que las potencias mundiales capitalistas traigan la paz mundial eterna por un arreglo sensato de sus diferencias. En efecto, la situación es tal que en Austria se dispone de una instancia superior capaz de intervenir: el Estado, la burocracia dominante. Se espera que el poder central del Estado se esfuerce en resolver las diferencias nacionales, porque éstas amenazan con desgarrar el Estado e impiden el funcionamiento regular de la máquina del Estado; pero el Estado ha aprendido ya a coexistir con las luchas nacionales hasta el punto de servirse de ellas para reforzar el poder del gobierno frente al Parlamento, de manera que ya no es necesario en absoluto allanarlas. Y lo que es más importante: la realización de la autonomía nacional, tal como la reivindica la socialdemocracia, tiene como fundamento la auto-administración democrática. Y esto es lo que aterroriza, con toda razón, a los ambientes feudales, clericales, del gran capital y militaristas que gobiernan Austria.

Pero, ¿tiene la burguesía verdadero interés en poner fin a las luchas nacionales? Muy al contrario, tiene el mayor interés en no ponerles fin, tanto más cuanto la lucha de clases toma auge. Pues al igual que los antagonismos religiosos, *los antagonismos nacionales constituyen un medio excelente para dividir al proletariado, desviar su atención de la lucha de clases con ayuda de eslóganes ideológicos e impedir su unidad de clase*. Cada vez más, las aspiraciones instintivas de las clases burguesas de impedir que el proletariado se una, sea lúcido y potente, constituyen un elemento mayor de la política burguesa. En países como Inglaterra, Holanda, Estados Unidos e incluso Alemania (donde el partido conservador de los *Junker* tiene un lugar excepcional como partido de clase netamente definido como tal), observamos que las luchas entre los dos grandes partidos burgueses – generalmente se trata de un partido “liberal” y de

un partido “conservador” o “clerical” – se vuelven tanto más encarnizadas, y los gritos de combate tanto más estridentes, cuanto que el antagonismo real de sus intereses decrece y su antagonismo consiste en eslóganes ideológicos heredados del pasado. Cualquiera que tenga una concepción esquemática del marxismo que le hace ver en los partidos sólo la representación de los intereses de grupos burgueses, se encuentra aquí ante un enigma: cuando se podía esperar que se fusionasen en una masa reaccionaria para hacer frente a la amenaza del proletariado, parece, por el contrario, que se profundiza y amplía la escisión entre ellos. La explicación, muy simple, de este fenómeno es que han comprendido instintivamente que es imposible aplastar al proletariado simplemente por la fuerza y que es infinitamente más importante desconcertar y dividir al proletariado por medio de consignas ideológicas. Por esta razón las luchas nacionales de las diversas burguesías de Austria *se inflamarán tanto más cuanto menos razón de ser tengan*. Cuanto más se aproximan estos señores entre bastidores para repartirse el poder de Estado, más furiosamente se atacan en los debates públicos a propósito de bagatelas nacionales. En el pasado, cada burguesía se ha esforzado en agrupar en un cuerpo compacto al proletariado de su nación con el fin de poder combatir con más fuerza al adversario. Hoy se produce lo contrario: la lucha contra el enemigo nacional debe servir para reunir al proletariado tras los partidos burgueses e impedir así su unidad internacional. El papel jugado en otros países por el grito de combate: “¡Con nosotros por la cristiandad!”, “¡Con nosotros por la libertad de conciencia!”, por medio de los cuales se espera desviar la atención de los obreros de las cuestiones sociales, este papel será desempeñado cada vez más en Austria por los gritos de combate nacionales. Pues en las cuestiones sociales se afirmaría su unidad de clase y su antagonismo de clase frente a la burguesía.

Nosotros no debemos esperar que jamás se aplique la solución práctica a las querellas nacionales propuesta por nosotros, precisamente porque las luchas dejarían de tener objeto. Cuando Bauer dice “política de potencia nacional y política proletaria de clase son, por lógica, difícilmente compatibles;

psicológicamente se excluyen; el ejército proletario se ve dispersado a cada instante por los antagonismos nacionales, la querella nacional hace imposible la lucha de clase. La constitución centralista-atomística, que hace inevitable la lucha por el poder nacional, es, pues, insoportable para el proletariado” (páginas 313 y 314), es quizá justo en parte, en la medida en que sirve para fundamentar la reivindicación de nuestro programa. Si, por el contrario, significa que la lucha nacional debe cesar previamente para que después se pueda desplegar la lucha de clases, es falso. Pues precisamente el hecho de que nosotros nos esforcemos en hacer desaparecer las luchas nacionales es lo que lleva a la burguesía a mantenerlas. Pero no por eso conseguirá detenernos. *El ejército proletario sólo es dispersado por los antagonismos nacionales mientras la conciencia de clase socialista es débil.* Pues, a fin de cuentas, la lucha de clase supera de lejos la querella nacional. *La potencia funesta del nacionalismo será rota en los hechos no por nuestra propuesta de la autonomía nacional, cuya realización no depende de nosotros, sino únicamente por el reforzamiento de la conciencia de clase.*

Por tanto, sería falso querer concentrar toda nuestra fuerza en una “política nacional positiva” y apostar todo a esta única carta, a la realización de nuestro programa de las nacionalidades como condición previa al desarrollo de la lucha de clase. Esta reivindicación del programa no sirve, como la mayoría de nuestras reivindicaciones prácticas del momento, más que para demostrar con qué facilidad seríamos capaces de resolver estas cuestiones con sólo tener el poder, y para ilustrar, a la luz de la racionalidad de nuestras soluciones, lo irracional de las consignas burguesas. Pero mientras domine la burguesía, nuestra solución racional se quedará probablemente en el papel. Nuestra política y nuestra agitación sólo pueden estar dirigidas a la necesidad de llevar a cabo siempre y únicamente la lucha de clase, a despertar la conciencia de clase a fin de que los trabajadores, gracias a una clara comprensión de la realidad, se hagan insensibles a las consignas del nacionalismo.

Anton Pannekoek

Reichenberg, 1912

Herman GORTER

EL IMPERIALISMO, LA GUERRA Y LA SOCIAL-
DEMOCRACIA

Advertencia

El primero, el tercero y el último capítulo de este opúsculo contienen, en su mayor parte, el discurso que el autor habría debido pronunciar en la conferencia socialista internacional de Basilea. Este discurso no pudo ser pronunciado porque el congreso decidió que no hubiese discusiones. La primera guerra mundial imperialista, que el autor combate ahora, hace necesaria la publicación de este discurso, aumentado con una crítica de la actitud de la Internacional frente al imperialismo y a la guerra mundial.

Octubre de 1914

1.- EL IMPERIALISMO

La Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada por Marx en 1864, desaparecida en 1872, resucitada en 1889, es un montón de ruinas. La primera vez que debería haberse afirmado como internacional, se ha hundido. En la guerra entre Alemania y Austria, por un lado, Inglaterra, Francia, Rusia, Serbia y Bélgica, por otro, los partidos obreros de Alemania, Austria, Inglaterra, Francia y Bélgica se han alineado al lado de la burguesía de su país y en uno y otro campo se elevan las más violentas acusaciones de un partido obrero contra el otro, como si fuesen enemigos. Casi se podría decir que la Internacional ha renegado de las ideas socialistas.

Esta catástrofe, esta derrota del pensamiento y de las organizaciones socialdemócratas, constituye la materia de este libro, en el cual buscaremos las causas de ello. Expondremos cuál ha sido hasta ahora la naturaleza de la Internacional, cuál fue la causa de su ruina, explicaremos el carácter de los cambios que han intervenido en ella, mostraremos la forma que debe asumir y la lucha para la que debe armarse si quiere alcanzar, por otras vías, su meta.

El enorme aumento del capital, producido por el crecimiento de las fuerzas productivas durante el siglo 19, ha dado origen al imperialismo, que es la aspiración de todos los Estados poderosos a conquistar nuevos territorios, especialmente en Asia y en África.

De la misma manera que en el dominio económico la libre competencia ha debido ceder frente al monopolio de los trusts y de los cárteles, en el dominio político cada Estado capitalista poderoso aspira al monopolio de la propiedad de la tierra y de la explotación de los países extranjeros.

El primer despertar del nuevo imperialismo, su partida de nacimiento, fue la ocupación de Egipto por Inglaterra. Después vinieron la guerra de Japón contra China con la conquista de Corea, la guerra de América contra España con la ocupación

de Cuba y Filipinas, la guerra de los ingleses contra los Boers, las expediciones de los Estados europeos contra China y la guerra de Japón contra Rusia.

Pero el mundo había sido repartido. Apenas quedaban algunos países libres, incluso en África.

Entonces estallaron las crisis una tras otra. Las distintas potencias deseaban ardientemente las posesiones de las otras.

La crisis marroquí amenazaba por tres veces la paz europea y la crisis de los Balcanes la amenazaba por dos. Después le llegó el turno a la guerra ítalo-turca por Trípoli, a las guerras de Serbia, de Bulgaria y de Grecia, que querían arrancar a Rusia partes de su territorio.

Así la tensión se hace cada vez más grave. La división de Turquía desencadena todas las pasiones, la avidez y la sed de dominación de todas las potencias. Alemania quiere apoderarse de Asia Menor, de Mesopotamia, del Congo belga, del Congo francés, de las Indias holandesas, de las colonias portuguesas – imperio africano unificado que va de este a oeste – de Marruecos y, probablemente también, de una parte de las colonias inglesas. Francia quiere conservar el enorme imperio colonial conquistado el último siglo y, si es posible, ensancharlo también con Siria, una parte de Asia Menor y territorios alemanes de África.

Italia aspira a agrandar su territorio en África y, si es posible, también al este del Mediterráneo. Inglaterra quiere conservar lo que tiene y hacer de África un continente inglés. Quiere un imperio unido desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Egipto y, por el canal de Suez, a través de Mesopotamia, Persia, Afganistán hasta la India¹.

¹ El carácter del imperialismo de los diversos países es diferente: por ejemplo, el imperialismo ruso no tiene la misma naturaleza que el imperialismo inglés. Demostrarlo nos llevaría muy lejos. Sólo indicaremos que el imperialismo de los Estados cuyo capitalismo no ha llegado todavía a madurez, como el de Austria-Hungría, Rusia y Japón, es igualmente de naturaleza capitalista. Estos Estados quieren asegurarse su futuro capitalista.

Alemania, Francia, Rusia, Inglaterra y Japón aspiran a apoderarse de China.

Los Países Bajos quieren conservar las Indias holandesas. Lo mismo le sucede a Bélgica con el Congo y a Portugal con sus colonias africanas.

Todos estos pequeños Estados quieren acrecentar y hacer más intensa la explotación y la esclavización de sus colonias.

Austria-Hungría quiere la costa oriental del Adriático, Serbia, un trozo de Macedonia y el acceso al Mar Egeo.

Rusia quiere los Balcanes, Turquía, Asia Menor, Persia, Mongolia y quizá también puertos en el Océano Atlántico.

Todos los Estados buscan mercados para la venta de sus productos e inversiones a alto interés para sus capitales.

El imperialismo no quiere solamente colonias, quiere también esferas de influencia para su comercio y un monopolio industrial y financiero.

Sin embargo, no hay que creer que el imperialismo aspira sólo a una ampliación de su territorio más allá de los mares, en las colonias; el conflicto entre Rusia y Austria-Hungría, que quieren ensanchar sus territorios en Europa, lo prueba.

Si esto aparece necesario para la conquista y dominación de las colonias, el capital busca extenderse conquistando Estados extranjeros en Europa y sometiéndolos o, al menos, reduciéndolos a un estado de dependencia. Así Alemania intenta actualmente someter Bélgica, Polonia, los Países Bajos y más tarde quizá Dinamarca porque, a causa de sus posiciones y de sus puertos, necesita estos países para su expansión en el mundo y para su lucha contra Inglaterra. Todos los grandes Estados aspiran a la dominación del mundo, al dominio de los mares, a una posición monopolista decisiva para su pueblo.

Para alcanzar todos estos objetivos o, al menos, algunos y para impedir que los demás los alcancen, las grandes potencias se han aliado entre sí. Alemania se ha aliado con Austria-Hungría, e Inglaterra con Francia y Rusia.

Y para llevar a cabo esta lucha, al menos por ahora, y al menos en su primera fase, se ha desencadenado esta guerra. La

verdadera causa, el iniciador, el autor de esta guerra no es, pues, un Estado en particular, son todos los Estados que hacen una política imperialista y que quieren extender su territorio: Alemania, Inglaterra, Francia, Austria-Hungría, Rusia, Bélgica y Japón: cada uno por separado y todos en conjunto son su causa².

² Kautsky, ciertamente, es de otra opinión. En su libro **Estado nacional, Estado imperialista y Liga de los Estados** (páginas 62-65), escribe que la guerra actual no ha surgido por motivos imperialistas.

¿Cómo puede llegar Kautsky a esta conclusión? Admite que la lucha entre Alemania e Inglaterra por la vía terrestre que conduce a las Indias a través de los Balcanes, Turquía, Asia Menor y Arabia fue uno de los motivos principales de su antagonismo. Pero este motivo – dice – ya no existe. Entre Austria y Turquía habría ahora una barrera de Estados independientes: Serbia, etc. Por esta razón – escribe Kautsky – la política alemana en Turquía y en Asia Menor pierde su carácter amenazante para Inglaterra. “Se está autorizado, pues, a decir que el punto de partida europeo-oriental de la guerra no es imperialista.” La política europeo-oriental no estaba dominada por designios imperialistas. Y “en el momento del estallido de la guerra, Europa occidental no estaba dividida por rivalidades imperialistas. Todas habían sido arregladas.”

Nosotros nos preguntamos: ¿Y el **ultimátum** de Austria a Serbia? ¿El **ultimátum** que Alemania ha dictado probablemente y que en cualquier caso deseaba?

¿Qué era este **ultimátum** sino la conclusión de toda la cuestión balcánica, su solución violenta en el sentido germano-húngaro con la que eran puestas de nuevo automáticamente sobre el tapete las cuestiones de Turquía, Asia Menor, Arabia e igualmente también de la India? Así el **ultimátum** austriaco tocaba lo más íntimo del antagonismo anglo-alemán.

Así la afirmación de Kautsky es demolida. Después veremos que Kautsky ha llegado a esa tergiversación de los hechos por miedo. Por miedo a la lucha inevitable entre el imperialismo y el proletariado, por miedo a su arma principal: la acción de masas.

Con esta afirmación Kautsky se ha convertido en aliado de las clases imperialistas, de la gran banca y de sus servidores. En efecto, nada puede agradar más a éstos que mostrar a los obreros que esta guerra, la masacre de los pueblos y el asesinato de los obreros de Europa no son

Todas las charlatanerías de los partidos burgueses y socialistas y de sus órganos, según los cuales estaríamos asistiendo a una guerra de defensa a la que nos veríamos obligados pues habríamos sido agredidos, todas estas charlatanerías no son más que un engaño destinado a disimular sus propias faltas bajo una bella apariencia.

Decir que Alemania, Prusia o Inglaterra son la causa de la guerra es tan estúpido y falso como afirmar que las grietas surgidas en un volcán son la causa de la erupción.

Desde hacía años y más años, todos los Estados europeos se armaban para este conflicto. Todos quieren satisfacer su propia rapacidad y avaricia. Todos son igualmente culpables.

2.- LA GUERRA MUNDIAL

Por consiguiente, la causa de esta primera guerra mundial es el capitalismo. El capitalismo mundial que intenta extenderse.

El devenir de todo el capitalismo es una única historia sanguinaria de asesinatos. Asesinato de los competidores, de los obreros, de su propio pueblo y de los pueblos extranjeros.

En la historia del capitalismo moderno, las páginas llenas de sangre son innumerables: desde la época de su nacimiento y, después, de su desarrollo con la lucha de los portugueses y los españoles por la conquista y la posesión de las Indias y América, para continuar con la lucha de los españoles contra los holandeses, de los holandeses contra los ingleses y de los ingleses contra los franceses. A una escala cada vez mayor, por un poder cada vez más grande, hasta que los ingleses, con su victoria sobre Napoleón, conquistaron el dominio del mundo. En la

la consecuencia necesaria de su insaciable hambre de nuevos territorios.

Como es natural, en una guerra tan gigantesca, existen asimismo aquí y allí otros motivos. No obstante, estos no tienen importancia frente al imperialismo y por esta razón pueden ser dejados de lado. Sólo queremos recordar que Serbia lucha por conservar su estado nacional.

lucha por el poder capitalista en los continentes europeo y americano, innumerables son las páginas llenas de sangre. Pero ninguna de estas páginas está impregnada de sangre como la que se escribe hoy.

Los países que participan directa o indirectamente en esta guerra tienen una superficie total igual a más de la mitad de toda la superficie de la tierra y una población de 900 millones de habitantes. Los ejércitos que estos países pueden poner, y pondrán, en campaña cuentan con docenas de millones de hombres; y los muertos, los heridos y los lisiados de por vida se contarán por millones.

La tierra es alimentada en esta guerra con más cadáveres de los que jamás le suministró ninguna guerra.

La responsabilidad de estos hechos recae únicamente en el capitalismo y en las clases capitalistas, en cada una y en todas.

En efecto, todo esto acontece únicamente a causa del deseo de ganancia del capital.

Todas las clases capitalistas se proponen, con esta guerra, difundir el capital por toda la tierra para poder extraer ganancias cada vez mayores de esta expansión y de todos los pueblos de la tierra que quieren transformar en sus asalariados.

Es la ganancia para la clase dominante, cuyos representantes no son más que miserables fantoches en manos de la evolución mundial; es esta ganancia la que defienden los emperadores y los reyes cuando recurren a la charlatanería de la patria que llama a sus hijos, y de Dios que es testigo de la noble voluntad de sus pueblos y de la justeza de su causa, el Dios que les ayudará y que les dará la victoria. Miserables fantoches en la historia de la evolución de la humanidad, historia que es ahora grande y magnífica – puesto que prepara ya el mundo para el socialismo – y que constriñe a los hombres a ser tan pequeños.

Es la ganancia para la clase capitalista la que llama a los banqueros y a los industriales, a los capitalistas del comercio y de los transportes y a los propietarios de la tierra, invitándolos a votar a favor de la guerra en los parlamentos, a hacer declarar la guerra.

Es la ganancia, la pequeña y miserable ganancia, la que constriñe a la clase media, al campesino y al aparcerero a alinearse en esta guerra al lado del gran capital, aunque con miedo y ansiedad.

Es la ganancia, la sed de oro, la que constriñe a la totalidad de la ciencia, del arte y de la religión, a mancharse las manos – junto a las clases capitalistas – con la sangre de millones de hombres.

Es la ganancia, la abyecta ganancia material, la que constriñe a todas estas clases a la mayor y más extendida de las mentiras, a la hipocresía suprema puesto que contradice de la manera más evidente y más dura la realidad tan clara de la situación actual; esa hipocresía declara que sus naciones hacen la guerra por una causa justa, que pretenden alcanzar los fines más nobles y elevados, que sirven a la civilización, que su nación es la depositaria de la sabiduría, de la humanidad y de la cultura. Es la ganancia, la abyecta ganancia material, la que empuja a estas clases a proferir tales mentiras e hipocresías.

Todo esto no es más que mentira y engaño. Es posible que de esta guerra salga un progreso. Pero no era el objetivo de las clases dominantes, no será resultado de su voluntad. Lo que ellas quieren, para alcanzar su objetivo, es sangre, sangre humana. La sangre de sus enemigos, que son hombres como ellos. Y su único fin es la ganancia.

Ganancia del capital. Plusvalía succionada a los pueblos más débiles y a los obreros.

La mugrienta y abyecta ganancia, y no la cultura.

Sólo por la ganancia, y con la ganancia, las clases dominantes arrastran a los obreros a esta guerra.

La obrera cuyo marido, hijo o prometido cae en este momento en el norte de Francia, en Flandes o en Polonia, puede pensar: “Mi marido, mi hijo, reposa ahora allí porque debía combatir por la ganancia que los capitalistas pueden extraer del Congo, de China o de Asia Menor”.

Desde este ángulo, y sólo desde este ángulo, deben ser vistos los emperadores y los reyes, los ministros y los parlamen-

tarios, los banqueros y los industriales, los profesores, los curas y los artistas que apoyan esta guerra.

Muchos socialistas, especialmente en Alemania, hablan de la locura de los armamentos, de la locura del imperialismo.

Pero por parte de los capitalistas se trata de una cosa muy distinta a la locura; si un país capitalista aspira a tener colonias y un monopolio sobre los territorios, si este país se arma para ser, a tal fin, lo más fuerte posible y si para tales armamentos gasta miles de millones, sólo por falta de argumentos se habla de locura. En efecto, ganancias enormes afluyen desde los territorios conquistados, si son ricos, hasta la metrópoli. Si Alemania pudiese conquistar como territorio a explotar una parte de China o de las Indias holandesas, entonces millones y miles de millones afluirían cada año a manos alemanas, de la misma manera que desde las colonias inglesas afluyen hoy millones y miles de millones a manos inglesas. La gran banca alemana y el pequeño grupo de grandes industriales y de comerciantes que hoy dominan Alemania harían pagar a toda la población alemana los gastos militares y navales necesarios; pero los miles de millones de ganancia los guardarían para ellos.

Por tanto, son totalmente razonables y, desde su punto de vista, actúan con una perspicacia muy lúcida cuando obligan al pueblo alemán a armarse y cuando empujan a Alemania a una guerra de expansión imperialista para apoderarse de colonias. Y con una perfecta sensatez atraen a ellos a la clase media puesto que, a fin de cuentas, también ésta se embolsará ganancias directas. ¿No vive esta clase media, en gran parte, del gran capital? No está del lado de los capitalistas la locura, ni tampoco está del lado de la clase media.

Detrás de todas estas clases, detrás de los reyes y emperadores, detrás de los parlamentos y de todos los ejércitos, están ocultos, y solamente visibles a la mirada científica y penetrante, los grandes magnates del acero, del hierro y de las minas, la gran banca, los cárteles mundiales, los trusts de los transportes, los grandes concesionarios y los monopolistas. Ellos son los que dominan los grandes movimientos del capital y, por consi-

guiente, la sociedad. Son poco numerosos, pero todos les obedecen. Invisibles, inhumanos, sin piedad, sin compasión, regulan los movimientos del capital sólo con la fría razón. La producción que se extiende los ha empujado a esta guerra para permitir al capitalismo, a su capitalismo, conseguir una expansión más vasta, para hacerlo más importante, más poderoso. Para que ellos se conviertan en la única potencia mundial.

Pero el capitalismo y todas las clases capitalistas son responsables de esta guerra. En efecto, todas siguen al gran capital. Las clases capitalistas se han convertido, gracias a él, en una entidad única, y como entidad única son responsables de esta masacre de masas.

La naturaleza del capital es la producción de plusvalía. Una producción de plusvalía cada vez mayor por medio de los mejores instrumentos de trabajo. Su naturaleza, su vida, su actividad, su expansión están expandiéndose siempre sobre toda la tierra.

El medio de expansión del capital, que ha nacido de la propiedad privada de los medios de producción y que se encuentra en manos de personas particulares, es el conflicto.

Esta guerra mundial nace, pues, de la naturaleza del capitalismo. Es una necesidad. Es el destino, como se decía en otros tiempos, o la voluntad de Dios, como se ha dicho después. Es la evolución necesaria, el resorte y el efecto del capital moderno, como pensamos hoy.

La clase capitalista debe realizar todavía una gran misión en el mundo: la expansión del capital por toda la tierra.

Tiene todavía un poder enorme para alcanzar este fin.

El proletariado es todavía demasiado débil; la parte del proletariado que tiene conciencia de su fin y de su ideal es todavía demasiado poco importante. El proletariado es todavía demasiado débil para realizar su misión, que es la emancipación del mundo de las garras del capitalismo.

El imperialismo y la política imperialista exterior y colonial, es decir, la expansión del capitalismo, es decir, la expansión de los métodos de trabajo más evolucionados sobre toda la tierra, esta fase necesaria en la evolución del capitalismo, aca-

ban por producir el socialismo mundial. Pero el modo como se realiza esta evolución del capitalismo amenaza con arruinar al proletariado. Y es precisamente la lucha contra este modo de evolución la que vuelve a dar fuerzas al proletariado y lo hace maduro para la libertad.

3.- EL PROLETARIADO.

EL TRABAJO MUNDIAL FRENTE AL CAPITAL MUNDIAL

Gracias al imperialismo, el capital se encuentra frente al proletariado en nuevas condiciones.

Gracias al imperialismo, el proletariado se encuentra frente a la burguesía en nuevas condiciones.

En general, el imperialismo agrava las condiciones de vida del proletariado.

Debemos detenernos un poco más ampliamente sobre estos puntos.

Si queremos reconocer que el proletariado debe oponerse con todas sus fuerzas al imperialismo, debemos admitir que el imperialismo hace daño al proletariado.

En general, la política colonial proporciona las mayores ventajas a la sociedad capitalista.

Fue la política colonial la que en los siglos 16 y 17 hizo afluir a Europa los metales preciosos, creando así el capitalismo moderno en los Países Bajos, en Inglaterra y en Francia.

De la política colonial nació el comercio capitalista y la industria capitalista; de la política colonial nació el mercado transoceánico.

América del Norte y del Sur, Australia y África se han convertido en fuentes de productos agrícolas para Europa, gracias a la política colonial.

Gracias a la política colonial nacieron por primera vez las condiciones que hacían posible en Inglaterra, y después en los demás países de Europa, la gran industria.

Gracias a la política colonial afluyeron a Europa desde California, Australia y el Transvaal torrentes de oro que fecundaron nuevamente el capitalismo acrecentándolo enormemente.

La política colonial, pues, aporta oro, crea nuevos mercados y trae cada vez más materias primas y productos alimenticios.

Desde el siglo 17 hasta hoy, esta fuerza creadora se ha desarrollado irresistiblemente con una intensidad cada vez más fuerte.

La política colonial creó el capital, creó y crea la industria y, por tanto, también el proletariado.

Por tanto, la política colonial, y también el imperialismo, pueden aportar ventajas igualmente al proletariado.

Estas ventajas dependen sólo de las colonias. Hay colonias que reportan ganancias exclusivamente a un pequeño grupo de capitalistas, y hay otras que reportan ganancias a numerosos capitalistas, empleados, oficiales; sin embargo, al proletariado no aportan nada o prácticamente nada. Pero hay otras colonias que aportan ganancias a una gran parte de la clase capitalista y a una parte de la clase obrera.

Las Indias británicas y las Indias holandesas, con sus enormes riquezas naturales y con sus poblaciones jóvenes y numerosas, trabajadoras y evolucionadas, reportan ganancias incluso a las clases obreras de Inglaterra y de los Países Bajos en forma de salario y de trabajo. Así, hay varios países, por ejemplo, China, a los cuales el capital ha echado el ojo.

Si se exporta capital, digamos, a las Indias holandesas, de ello resulta: “Exportación de artículos de hierro y de acero, máquinas, etc., que son producidos en los Países Bajos.” El capital holandés, una vez en las colonias, al hacer sus compras, a igualdad de precio y de calidad, da preferencia a la metrópoli. De donde resulta una ventaja directa para el obrero holandés.

Además, la producción para la exportación a las colonias, para las zonas de la esfera de influencia y para los países

débiles, como por ejemplo, China, ocupa a numerosos obreros. Así sucede en los Países Bajos para numerosos obreros de la industria del textil. Incluso en eso, las colonias, las zonas de la esfera de influencia, los territorios bajo dominación, cuando las demás condiciones son iguales, favorecen a la metrópoli.

Además, para el transporte a las colonias, se construye mucho en la metrópoli, por ejemplo, los navíos. A su vez, esto da trabajo a los obreros y ejerce también una influencia en las otras industrias, por ejemplo, la industria de las minas, de los ferrocarriles, del acero, de las minas del carbón.

Además el comercio con las Indias holandesas orientales y occidentales produce muchas industrias, como las del tratamiento del arroz y del café, de producción de cacao, etc.

Finalmente, incluso una parte de los gigantescos beneficios que son extraídos de las Indias recaen en las clases medias y en los obreros. Hay ciudades y regiones en la metrópoli que viven en parte con la ayuda de estas ganancias; y hacen vivir igualmente a una parte de la clase obrera, como por ejemplo, los obreros del sector de la construcción, de la producción de objetos de lujo, los empleados en los servicios (lacayos diversos, etc.)

Todos estos obreros juntos forman en los Países Bajos, y más aún en Inglaterra, una masa importante.

Y a todos los obreros que piensan sólo en su ventaja directa y que ven en la ganancia del burgués su propia ganancia, la política colonial les parece ventajosa¹.

Y el imperialismo acrecienta enormemente estas ventajas directas e indirectas.

A pesar de estas ventajas directas e indirectas, la socialdemocracia revolucionaria se opone a la política colonial capitalista. ¿Por qué?

¹ Ahí está una de las raíces del reformismo. Más adelante veremos que ahí está igualmente una de las raíces de la debilidad de la Internacional y de la cooperación armoniosa con la burguesía en esta guerra mundial.

Porque la política colonial se hace siempre por medio de rapiñas, saqueos, asesinatos y por medio de la explotación más terrible².

La socialdemocracia revolucionaria no puede dar su consentimiento, no sólo en nombre de sus más altos principios e ideales de humanidad que representa, sino también por su propio interés. Los obreros de las colonias son empleados como competidores para poder rebajar los salarios. Los pequeños campesinos y los obreros de las Indias y de los continentes oprimidos por los Estados más poderosos son futuros socialistas. Se acerca cada vez más el momento en que no sólo los obreros japoneses y chinos, sino también las poblaciones trabajadoras de la India y de ciertas partes del África negra participarán en el movimiento obrero. El proletariado no debe enajenarse estos obreros y estos pequeños campesinos.

Debe ayudarles y dar asistencia en todo, puesto que él debe ser ayudado por ellos.

Deben reconocer desde ahora que pertenecen al proletariado europeo, americano y australiano.

La política colonial provoca enemistades entre los obreros cuando obreros de nacionalidades distintas participan en ella. La política colonial despierta entre los obreros el imperialismo, el nacionalismo y el chovinismo, por esta razón los divide.

Por tanto, la política colonial puede, en cierta medida y momentáneamente, aportar ventajas al proletariado; sin embargo, a largo plazo y para sus objetivos finales es ruinosa para la clase obrera.

La política colonial puede, parcialmente y en pequeñas proporciones, ser útil a una parte de la clase obrera (los obreros de las minas, de los ferrocarriles, de las acerías, de la industria naval, en suma, todos los que hemos mencionado). Sin embargo, a la larga es ruinosa para la lucha de clases.

² Ver, entre otras cosas, el sistema fiscal en las Indias holandesas y en las Indias británicas.

Así pues, el proletariado no puede, por razones generales, apoyar la política colonial capitalista y a causa de ella se encuentra en un enconado antagonismo con el capital.

Si todo lo que acabamos de decir era característico de la política colonial en general, comprendida la de los tiempos antiguos, con más razón es cierto para la política colonial moderna y capitalista.

En primer lugar, el imperialismo moderno impone a los obreros cargas insoportables en tiempos de paz. Gracias al imperialismo, el militarismo crece hasta el infinito, la legislación social se detiene, los impuestos y las tasas sobre las importaciones aumentan, la vida se hace cada vez más cara, los salarios reales bajan, la reacción se hace más fuerte.

En segundo lugar, en tiempos de guerra el proletariado es aplastado por el imperialismo. Sus organizaciones son aplastadas, se le imponen cargas ilimitadas. Es sometido al hambre y a la miseria, al paro y a la muerte, a sufrimientos infinitos, a destrucciones de generaciones enteras; el progreso es obstaculizado durante años y más años; los pueblos son excitados unos contra otros y del seno de la guerra nacen fermentos de nuevas guerras.

En tercer lugar, después de la guerra la probabilidad de progreso para el proletariado es muy incierta y quizá destruida para muchos años. Los Estados mismos, con esta guerra de larga duración, quizá queden tan empobrecidos, tan cubiertos de deudas, su depresión económica y el retroceso de su producción sean tan grandes, que si quieren proseguir la carrera a nuevos armamentos con vistas a nuevas guerras, es posible que se asista a la ruina económica del proletariado y, por consiguiente, a su final como clase combatiente.

Como consecuencia de todo esto, el proletariado no puede, menos que nunca, asociarse a la política colonial capitalista, es decir, al imperialismo.

En efecto, todos estos perjuicios son más importantes que las pocas ventajas, directas o indirectas, a las que hemos aludido más arriba³.

Por todas estas razones, el proletariado se encuentra, a causa del imperialismo, en una posición todavía más hostil frente a las clases poseedoras.

En cuarto lugar – y esto es la principal mutación, la inconmensurable profundización y exacerbación producida por el imperialismo en las relaciones entre capital y trabajo – por primera vez en la historia mundial todo el proletariado internacional está ahora unido, gracias al imperialismo, en tiempos de paz así como en tiempos de guerra, forma un todo en un combate que no puede librarse más que contra toda la burguesía internacional.

He ahí lo que el imperialismo produce de nuevo.

He ahí el dato nuevo que hay que reconocer.

He ahí lo que no han reconocido ni la Internacional ni los partidos nacionales que la componen.

Sólo el que reconozca este dato nuevo puede comprender los tiempos nuevos, la nueva fase en la que, gracias al imperialismo, ha entrado la lucha entre el capital y el trabajo.

Basándose en todo esto, basándose en este reconocimiento, hay que fijar la nueva táctica que se debe seguir contra el imperialismo.

³ Y el proletariado, si cae de repente en la cuenta de que la política colonial desarrolla el capitalismo, **tiene derecho** a oponerse a ella porque conoce y quiere otra sociedad, mejor que la sociedad capitalista, y **porque al menos dos Estados de Europa occidental, Alemania e Inglaterra, están materialmente maduros para esta sociedad socialista.**

En esta argumentación que acabamos de desarrollar está igualmente contenido el programa colonial de la socialdemocracia revolucionaria. Éste comprende: 1. La protesta contra la violencia colonial y la explotación; 2. El intento de defender y liberar a los indígenas mientras estos sean demasiado débiles para la acción revolucionaria; 3. El apoyo a todo intento revolucionario de los indígenas y a su reivindicación de independencia política y nacional desde el principio de su acción revolucionaria.

Todos los Estados modernos, sin ninguna excepción⁴, amenazan continuamente en tiempos de paz y aplastan en tiempos de guerra a la totalidad del proletariado.

En tiempos de paz, la burguesía, el gobierno, el capitalismo alemán, con su imperialismo, amenazan no sólo al proletariado alemán, sino igualmente a los proletariados francés, inglés, austriaco, ruso y les imponen cargas insoportables. Los capitalismos francés, inglés y ruso hacen otro tanto con el proletariado de todos los países.

En tiempos de guerra, el imperialismo alemán destruye no sólo la potencia del proletariado alemán, sino al mismo tiempo la potencia del proletariado francés, inglés, ruso y austriaco. Los imperialismos ruso, francés, austriaco e inglés, cada uno por su cuenta y todos juntos, hacen lo mismo con el proletariado de todos los países.

Y el imperialismo domina el mundo entero.

En todas partes se arman.

En esta guerra, la mayor parte del mundo ha entrado ya en liza. La mayor parte de Europa, la mayor parte de Asia, toda Australia, una parte muy grande de África – el África meridional, Egipto, Argelia, Túnez, todas las posesiones francesas, inglesas y alemanas – Canadá y quizá pronto también otras potencias.

Por tanto, el capital mundial está, en sus diversas partes y por primera vez, en los hechos y a causa del fenómeno del imperialismo, como un todo frente al proletariado mundial.

Por primera vez, el proletariado mundial tiene que vérselas realmente con el capital mundial.

Hasta hoy, en la lucha y la política práctica de los socialistas contra los gobiernos de la burguesía, el proletariado de cada país sólo se encontraba frente a su burguesía nacional.

De modo parecido, en la lucha sindical, el proletariado nacional se encontraba, hasta hoy, frente al capital nacional.

⁴ Incluso las pequeñas naciones – los Países Bajos, Bélgica, Portugal – toman parte en la política colonial imperialista. Dinamarca, Noruega, Suecia, etc., toman una parte indirecta en ella con su comercio y sus transportes.

Los congresos internacionales de los partidos socialistas tenían como fin formular principios comunes, pero no fijar un plan de guerra común.

Los congresos de los sindicatos no decidían más que sobre una ayuda recíproca, pero raramente sobre cooperación, lo máximo en ciertos casos especiales e incluso entonces no se concebía más que una lucha de una pequeña parte de los obreros contra una pequeña parte del capital.

Se luchaba poco, o nada en absoluto, a escala internacional. Los trusts, la Liga internacional de los empresarios se movían ciertamente en el sentido de una internacionalización de la lucha. Pero el imperialismo logró hacer lo que todavía no habían podido hacer los trusts y la Liga internacional de los empresarios, es decir, unir a todo el proletariado por medio de una presión, de una amenaza, de una lucha, unirlo en un todo para la acción.

Todos los partidos burgueses en todos los países son favorables a los armamentos y a la guerra. Por tanto, todos amenazan en tiempos de paz y destruyen en tiempos de guerra a la totalidad del proletariado internacional.

La primera guerra imperialista que se hicieron los Estados imperialistas, esta guerra para la que se preparaba el capital desde 1871 y que hoy se ha sentido capaz de declarar, esta guerra es la culminación del ciclo de la lucha de las clases emprendida con la fundación de la Internacional. Esta guerra pone por primera vez a la Internacional en su conjunto como una totalidad frente al capitalismo internacional.

Y el imperialismo es un fenómeno duradero.

Por tanto, la burguesía de un solo país no es el único enemigo del obrero. Por medio de la fragmentación que hace saltar al proletariado en millones de pedazos, que hace posible la actual explotación en las fábricas y en las oficinas, por medio de las múltiples divisiones que hacen posible la opresión en los Estados nacionales, por medio de todo esto y por otros medios más, el imperialismo empuja a la clase obrera a un frente único frente al capital. Y es la primera vez en la historia universal.

Bajo la amenaza del capital mundial, frente al imperialismo mundial, el proletariado será, después de esta guerra, una totalidad no ya frente a una sola burguesía sino frente a la burguesía de todos los Estados⁵.

Las palabras de Marx en el Manifiesto de los Comunistas, según las cuales los obreros de todos los países deben desembarazarse primero de su propia burguesía, han sido reducidas a la nada. El imperialismo ha mostrado que eran erróneas.

4.- EL NACIONALISMO DEL PROLETARIADO

Por primera vez desde su fundación en 1864, a la Primera Internacional se ha ofrecido la ocasión de mostrar, no con palabras sino por una demostración única de todos los partidos que la componen, que es una sola y está unida.

Por primera vez, la dimensión estrictamente nacional de cada partido podía desaparecer y transmutarse en una verdadera Internacional. La dimensión internacional y sin patria – que, hasta entonces, sólo era una máscara, un simulacro y llevado como se lleva una bella flor o un collar – podía entonces, en la lucha contra la carrera hacia los armamentos y contra la guerra, a causa del imperialismo, mostrarse plenamente con toda su fuerza y con toda su potencia.

¿Quién no comprende que ésta sería la ocasión?

Ahora que todas las naciones se preparan para la lucha y para combatir por el mismo fin: la posesión del mundo.

¿Qué socialista no ha confiado siempre, no ha esperado y deseado ardientemente que se realice una única acción de todos los partidos burgueses, de todas las naciones burguesas del capital internacional, contra la totalidad del proletariado mundial, contra la clase obrera del mundo entero?

Desde hace muchos años ya se veía que esta guerra se aproximaba.

⁵ La actitud de un partido socialista nacional no tiene ya sólo un interés teórico para los otros partidos socialistas, sino que se trata de una cuestión vital y por esta razón, es objeto de crítica y de lucha.

Numerosos autores, entre los cuales Kautsky en primera línea, habían explicado que los antagonismos entre las grandes potencias podrían desembocar, y muy probablemente deberían desembocar, en esta espantosa guerra mundial y que la revolución podría ser la consecuencia de semejante guerra.

En su libro “El capital financiero”, que puede ser considerado como la continuación del “Capital” de Marx y que trata de la fase del capitalismo posterior a la conocida por Marx, Hilferding había ilustrado las causas que producen el imperia-
lismo.

Los congresos de Stuttgart y de Basilea habían impuesto al proletariado impedir esta guerra por todos los medios, hasta los más extremos.

Por tanto, estábamos preparados.

Si no es que la guerra es todavía más colosal que la que esperábamos.

Nadie había previsto que la participación de los Estados capitalistas en esta guerra habría sido tan general.

Pero, ¿no era evidente y claro que el capital mundial en cada una de sus partes luchaba por sí mismo poniéndose así frente al proletariado mundial?

Desde el punto de vista de la propaganda socialista, ¿qué podía haber más importante que el hecho de que la totalidad del proletariado mundial se veía arrastrado a esta guerra?

Finalmente, hoy se asiste al choque entre el trabajo y el capital mundial, antagonismo creado por el capitalismo mismo por su desarrollo y sin que el proletariado lo haya querido.

Por una parte el capitalismo que, con sus manifestaciones más modernas y potentes – monopolios, trusts, capital bancario concentrado – ha provocado la guerra que destruye obreros y tierra; por la otra, el proletariado que no quería la guerra y que se oponía a ella con toda firmeza.

¡Qué magnífico progreso desde 1864, desde 1871, fecha de la última guerra en Europa occidental! En aquella época, una guerra entre dos naciones capitalistas había sido la causa de la consolidación de un pueblo que quería convertirse en Estado. Pequeño comienzo de lo que llegaría a ser Alemania. Y enton-

ces, en consecuencia, sólo algunos obreros se opusieron individualmente.

Ahora se trata de un choque mundial de los pueblos unidos y compactos de todos los países, excepto América, por la dominación del mundo, a fin de que el capital emprenda su última marcha triunfal sobre la tierra y a favor de la consolidación del capital mundial. Y frente a estas potentes fuerzas, millones y millones de obreros unidos habrían debido defenderse contra el capital que les había oprimido por su propia cuenta con cargas infinitas y que ahora intentaba servirse de ellos como carne de cañón; contra el capital que, por medio de un armamento demente y salvaje y a través de una guerra ciega y de consecuencias inconmensurables, los exponía ahora a nuevas armas, a nuevas guerras y los amenazaba con la ruina.

¿Qué hay más simple y claro que una protesta y una acción unificada que no retrocede ante ningún medio por parte de los obreros contra el peligro de todos los Estados? De todos y de cada uno.

¿Qué habría sido más simple? ¿Qué acción habría sido más natural, qué acto habría sido más espléndido en sus consecuencias para la propaganda, la organización y la revolución, qué acción habría podido iluminar más a las masas hasta en los rincones más oscuros y alejados que una lucha única en todos los países, llevada de la misma manera por todos los miembros de la Internacional contra esta guerra? ¡Qué claro, importante y atractivo para todos los obreros e incluso para una parte de la pequeña burguesía y de la clase media habría sido que se tuviese en todos los parlamentos el mismo lenguaje y que en todos los países se hubiesen realizado las mismas acciones!

Y una vez más: ¿Qué más simple, más claro y más en coherencia con la realidad de los hechos y de las condiciones materiales? El trabajo del mundo entero por primera vez frente al capital mundial.

Es lo que habría debido suceder, se pensaba.

Pero el curso de los acontecimientos fue totalmente distinto. En lugar de la lucha contra el capital, se tuvo la sumisión al capital y la cooperación con el capital; en lugar de la unidad

de los obreros, se tuvo la división de los obreros en tantas partes como naciones hay; en lugar del internacionalismo, hubo nacionalismo y chovinismo.

Sólo los socialistas serbios votaron en el parlamento contra la guerra, los socialistas rusos se abstuvieron de votar abandonando la asamblea¹.

En Alemania, los socialistas han acordado miles de millones al gobierno, en Austria-Hungría han aprobado la guerra.

En Francia y en Bélgica han entrado en los ministerios burgueses para hacer la guerra.

En Inglaterra, el partido obrero ha aconsejado enrolarse en el ejército.

En Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en Suiza y en los Países Bajos, los socialistas han acordado créditos de guerra para la movilización, para el mantenimiento de la neutralidad, es decir, créditos para la guerra, para la guerra imperialista².

En casi todos los países, pues, al contrario de una lucha contra la burguesía, sólo hubo cooperación con la burguesía.

Sin embargo, un buen conocedor de la socialdemocracia internacional habría podido prever todo esto desde hacía mucho tiempo. El congreso de Stuttgart fue el último en el que se tomó seriamente posición contra el imperialismo. En Copenhague se comenzó a doblegarse y en Basilea fue la desbandada.

Estaba claro que la socialdemocracia se volvía tanto más miedosa cuanto más se reforzaba el imperialismo, cuanto mayor y más próximo aparecía el peligro de guerra. En Basilea, todavía se hizo fanfarria; pero en las frases vacías de Jaurès, en las huera amenazas de Keir Hardie, en los viles sollozos de Victor Adler sobre la ruina de la cultura, en las palabras blandengues e insignificantes de Haase, en las vanas fanfarronadas del congreso mismo se percibía ya la impotencia y la repugnancia, la aversión hacia toda acción.

¹ En la Duma, se trata de la forma más violenta de protesta; más todavía que votar contra los créditos de guerra.

² En Italia, la cámara no ha sido convocada. Los socialistas italianos se opusieron magníficamente a la guerra.

Peor aún: ya entonces se afirmaba la intención de marchar junto con la burguesía³.

La burguesía, que ejercitada por su propia putrefacción tiene un olfato muy desarrollado para sentir la podredumbre moral, sintió inmediatamente el olor de podredumbre que emanaba de este congreso y de la Internacional. Comprendió que de un congreso semejante no había nada que temer. Puso la catedral de Basilea a nuestra disposición. ¡Y qué lugar habría sido más apropiado para la hipocresía de la socialdemocracia y para un congreso que decía una cosa y pensaba otra, que una iglesia en la que desde hacía siglos era proclamada, día tras día, la hipocresía cristiana!

Ahora vamos a explicar cuáles son las causas que han hecho nacer esta impotencia y esta hipocresía.

Pero antes de hacerlo queremos demostrar con muchos detalles, por medio del ejemplo de Alemania, hasta qué punto ha llegado la Internacional, a qué vergüenza y daño para sí misma, a qué escisión interna, por no haberse atrevido a llevar hasta el final la lucha contra la guerra imperialista del capitalismo mundial y por no haberse presentado unido como un único proletariado en esta lucha contra la guerra.

Y al mismo tiempo tendremos ocasión de refutar las principales razones que ha dado para explicar su conducta.

5.- EL EJEMPLO DE ALEMANIA.

LAS RAZONES DEL NACIONALISMO PROLETARIO Y SU REFUTACIÓN.

Sea el ejemplo de Alemania.

Esta guerra es la guerra de Alemania.

³ En efecto, Greulich declaró en el congreso que los suizos marcharían ciertamente a la frontera en caso de guerra. Renner declaró lo mismo poco después en el Reichsrat. Troelstra lo había prometido ya muchas veces en los Países Bajos y después del congreso reafirmó aún esta concesión.

No en el sentido en que otra de las grandes potencias habría tenido una **responsabilidad** menor. No en el sentido en que otra potencia habría sido causa de esta guerra en menor medida que Alemania.

Sino en el sentido en que Alemania ha preparado la guerra mejor que todos los países, ha hecho los mayores esfuerzos, ha sido empujada por las mayores fuerzas materiales y espirituales y apunta a la meta más elevada. Por estas razones tiene que ser el agresor y – considerándola desde el puro punto de vista capitalista, técnico y económico, y sin tener en cuenta ningún otro factor – merece vencer.

Gracias a sus esfuerzos, Alemania se ha convertido después de 1870 en el segundo de los grandes Estados capitalistas de Europa.

Pero Alemania es superior a Inglaterra por la organización de la industria, del comercio, de las comunicaciones y de los bancos. En estos sectores es netamente más poderosa. Con los Estados Unidos de América, Alemania es el único Estado capitalista organizado de manera moderna. Su absolutismo, su poderosa clase de los junkers y, consecuentemente, su burocracia y su ejército, en unión con su sistema bancario centralizado, con su comercio concentrado, con su industria y sus transportes, han hecho de ella un modelo de Estado imperialista, el único Estado imperialista perfecto del mundo. Alemania une a los poderosos medios de la burguesía los de la monarquía absoluta. Gracias a todo esto, sus energías y su fuerza expansiva son más fuertes que las de Inglaterra privada de sus colonias.

Pero a Alemania se le ha quitado la posibilidad de una expansión perfecta porque ha accedido demasiado tarde al rango de gran potencia. Los territorios más ricos del mundo ya eran poseídos por las otras potencias. Y estas últimas se han arreglado para que Alemania no tenga nada o poca cosa. Todos los intentos de Alemania para procurarse territorios que correspondan a su potencia han fracasado completamente, o casi. Francia se apoderó de Marruecos, Bélgica del Congo e Inglaterra de la mayor parte del África restante; además, Alemania no pudo tener para ella sola la vía férrea que desemboca en Bagdad

pues las líneas laterales que desembocaban allí, tanto a derecha como a izquierda, cayeron en otras manos. Lo que consiguió en Asia es irrisorio y le quedó bien poco en África. Le quedaron prohibidas las gigantescas ganancias que el capitalismo alemán habría podido amasar gracias a los monopolios coloniales y a las esferas de influencia monopolistas.

El capitalismo alemán llegó a parecerse, pues, a una caldera de vapor cuyo vapor no puede salir. Alemania no podía hacer trabajar sus capitales según su deseo. Francia, Inglaterra, Rusia, se esforzaban desde hacía años en obstaculizar la expansión de Alemania en provecho de su capitalismo respectivo.

Alemania no podía soportarlo más tiempo. Y por esta razón se ha preparado desde hace muchos años para esta guerra para poder conquistar el espacio del que se la quería privar.

Con este fin se lanzó en 1903 el empréstito de varios miles de millones y la creación del Banco del Imperio, mejor que todos los demás bancos nacionales.

Alemania quiere ahora poner fin a su estrechez, quiere romper las cadenas. Quiere ahora Marruecos, una gran parte del resto del África francesa, quiere las posesiones francesas del Asia oriental, Siam y Cochinchina. Quiere el Congo belga. Quiere posesiones inglesas; quizá en África meridional. Quiere apoderarse de la vía continental a la India. Quiere la dominación económica y política de una gran parte de China. Para alcanzar estos objetivos, Alemania quiere someter a Bélgica y los Países Bajos o, al menos, reducir estos dos países a la condición de dependientes. Todo esto es lo que Alemania quiere conseguir, y quiere intentar llegar a ello por medio de esta guerra. Y en realidad, desde el punto de vista capitalista y económico, el capitalismo alemán tiene todo el derecho. En el mundo capitalista, el más fuerte merece la mejor parte. Situándose en el punto de vista del progreso puramente capitalista y no desde nuestro punto de vista, no desde el punto de vista de la evolución del

proletariado y de su lucha por alcanzar el poder y la unidad, se podría esperar la victoria del capitalismo alemán¹.

Alemania, con su fuerza de organización, con su sistema bancario concentrado, con sus industrias de armamento centralizadas, con su comercio, con su industria, ¿podría sacar una ganancia mucho más enorme de estos territorios de lo que lo hacen Inglaterra, Bélgica, los Países Bajos, Francia y Portugal! ¡Contribuiría mucho más a la evolución del capitalismo en el mundo!

El capitalismo alemán sabe perfectamente que ha llegado la hora en que debe actuar. De hecho, si con el debilitamiento de Turquía, Rusia se apodera de Rumania, Francia de Siria y de una parte de Asia Menor, Inglaterra de la otra parte, de Egipto y de Arabia y si Inglaterra y Rusia se apoderan de trozos de Persia, entonces se desvanecen para Alemania todas las posibilidades de conquista de un gran territorio asiático. Y si Inglaterra se apodera también de la ruta del Cairo al Cabo, y si China se vuelve poderosa e independiente dentro de algún tiempo, entonces – pues es difícil para los europeos apoderarse de América del sur – Inglaterra será dueña de una gran parte del mundo²; Rusia, Estados Unidos y más tarde China serán sus únicos competidores y para Alemania habrá pasado definitivamente el momento de obtener un imperio mundial.

Por tanto, en esta primera guerra imperialista mundial, Alemania es la fuerza motriz, sobre todo por las tendencias expansionistas que la empujan más allá de las fronteras del Imperio, después, por la forma que ha tomado su imperialismo, en tercer lugar a causa de su acción contra los poderosos Estados que se oponen desde todos los lados a su expansión, y finalmente a causa de su mayor objetivo, que es el de todos los Estados contemporáneos.

¹ Ya hemos aludido más arriba al punto siguiente: el punto de vista del socialismo revolucionario es la lucha contra el imperialismo de todos los países, contra el imperialismo de cualquier país. En efecto, todo imperialismo amenaza a la clase obrera, la cual, a su vez, no se refuerza más que luchando contra este imperialismo.

² Mientras India, Egipto, etc. no proclamen su independencia.

Alemania debe ser, por tanto, el ejemplo con el que debemos ilustrar la política imperialista y sus consecuencias, oponiéndolas a la posición del proletariado. Por otro lado, Alemania también tiene la más fuerte de las clases obreras. Marx había dicho ya que “los comunistas de todos los países vuelven sus miradas hacia” Alemania. Ésta ha llevado a cabo su evolución capitalista en condiciones y circunstancias mucho más modernas que aquéllas en que los demás países de Europa realizaron esta evolución. Como consecuencia de ello, el proletariado alemán está organizado y entrenado mejor que ningún otro y menos cargado de tradiciones burguesas que los otros.

En Alemania, los capitalistas mejor y más fuertemente organizados se enfrentan, pues, a los obreros mejor organizados. El partido socialista tiene más de un millón de miembros; en las elecciones recogió más de cuatro millones de votos; los sindicatos cuentan de dos a tres millones de adherentes. Un número muy grande de obreros lee cada día los periódicos socialistas.

Y de la misma manera que en Alemania, mucho más que en Inglaterra, el capital está organizado en trusts, cárteles y bancos centralizados, de igual modo en Alemania, mucho más que en Inglaterra, las sociedades obreras, a su vez, han llegado a la unificación y a una potente centralización.

De todo ello resulta que el antagonismo entre las clases capitalistas y las clases obreras en Alemania es mucho más agudo que en todos los demás Estados de Europa occidental. El absolutismo del sistema de los junkers y las cargas militares agudizan aún este antagonismo al máximo.

Y, por tanto, la burguesía más poderosa e imperialista se enfrenta al proletariado más socialista.

En este país, mejor que en cualquier parte, se puede reconocer claramente el antagonismo entre el capitalismo imperialista que quiere someter y esclavizar a todos los habitantes de la tierra, y el socialismo proletario que quiere emanciparlos.

Y sin embargo, es precisamente la clase obrera alemana la que, tan directamente como por medio de sus representantes en el Parlamento, ha dado el ejemplo de la cooperación con el

imperialismo. Es precisamente en Alemania donde se ha aprobado el presupuesto de la guerra. Es precisamente en Alemania donde los obreros han ido a la guerra no sólo sin resistencia notable, sino frecuentemente incluso con entusiasmo.

¿Cómo ha podido suceder todo esto?³

¿Cuáles son las justificaciones alegadas por los obreros alemanes?

Antes de pasar a examinar esto, debemos decir antes de nada algo a propósito de la guerra, algo a lo que hasta ahora simplemente hemos aludido y que dará fuerza a la refutación de esas razones que fueron alegadas por los socialistas en general y por los socialistas alemanes en particular para justificar su participación en la guerra.

En el caso de que esta primera guerra imperialista mundial durase mucho tiempo – y, dadas las fuerzas gigantescas y los recursos casi inagotables de Inglaterra, de Alemania y de Rusia, hay que tener por probable que durará mucho tiempo, muchísimo tiempo – es posible que se asista a un hundimiento de la sociedad europea.

A los cientos de miles de millones que, en este caso, la guerra costará a Europa para el armamento y el mantenimiento de sus ejércitos, hay que añadir también las destrucciones en las ciudades, en los continentes y en los mares, así como el valor de la fuerza de trabajo de millones de obreros mutilados o asesinados y, finalmente, el valor de las mercancías que no se han podido producir.

Después de la guerra, habrá que pagar los intereses por los cientos y cientos de miles de millones prestados.

Pero entonces es posible que los países europeos estén debilitados hasta el punto de no poder hacer que su máquina productiva vuelva a ponerse en marcha y comprar en los otros continentes las materias primas necesarias si no es con las mayores dificultades.

Muy evidentemente, es el proletariado el que sufrirá más esta guerra. Entonces habrá que esperar una enorme y pro-

³ Veremos las verdaderas razones en el próximo capítulo.

longada crisis, acompañada de paro – quizá después de una fase de prosperidad parcial, breve y sólo aparente.

Pero esto no es todavía lo peor, pues todo esto quizá podría arreglarse después de cierto tiempo.

Todavía hay una amenaza mucho peor.

El que quiera comprender las consecuencias de esta primera guerra imperialista mundial debe intentar entrever su desenlace.

Dos conclusiones son posibles.

Es posible que uno de los dos campos sea vencedor.

Sin embargo, ninguno puede destruir al adversario. Si Alemania se lleva el gato al agua, quizá aplaste a Bélgica y Francia. Sin embargo, no puede destruir la potencia de Inglaterra. Y todavía es menos posible para Alemania vencer definitivamente a Rusia⁴.

Por tanto, si Alemania vence, Rusia e Inglaterra comenzarán de nuevo inmediatamente a armarse; y lo harán precisamente con una energía infinitamente más grande que antes. Y entonces amenazará una nueva guerra.

Si, por el contrario, son Rusia, Inglaterra y Francia las que vencen, no podrán aplastar a Alemania, demasiado fuerte dentro de sus fronteras⁵.

Por tanto, si estos países vencen, Alemania volverá a comenzar a armarse con mucha más fuerza todavía que antes, y una nueva guerra será inminente.

Puede suceder también que ninguno de los dos campos pueda vencer y que todos los países sean demasiado débiles para poder continuar combatiendo y tengan, pues, que concluir la paz. Pero entonces, desde el momento en que puedan, todos comenzarán otra vez a armarse para volver a comenzar la guerra a partir del momento en que se hayan fortalecido lo suficiente.

A nuestro parecer, éstas son las dos únicas salidas posibles a esta guerra.

⁴ Alemania necesita una Rusia fuerte. En el futuro, debe apoyarse en Rusia en su lucha contra Inglaterra.

⁵ Ni Rusia ni Inglaterra quieren destruir Alemania, puesto que cada una de ellas necesita una Alemania fuerte para luchar contra la otra.

Pero en los dos casos, ello significa el aplastamiento del proletariado por el imperialismo.

Si se imponen más impuestos y cargas para financiar una nueva carrera armamentística que conducirá a una nueva guerra al proletariado ya exhausto por la larga guerra y sus consecuencias, y que tiene que sufrir durante mucho tiempo el paro, no podrá soportar esta carga y seguir siendo una clase organizada y combativa⁶.

La grave miseria material causada por la guerra y por la depresión económica lo habrá agotado espiritualmente y habrá disminuido su fuerza de resistencia; un nuevo imperialismo, nuevos armamentos y una nueva guerra destruirán su fuerza económica⁷.

En esta primera guerra mundial, es la existencia de los obreros y, bien entendido, de los obreros como clase combatiente, lo que está en juego.

Dada esta posibilidad, el proletariado debía combatir con encarnizamiento y por todos los medios el imperialismo y la guerra mundial. A la vez para preservar su futuro y por su propia conservación.

Además, como ya hemos visto, después de esta guerra amenazan con estallar muchas otras guerras por la posesión monopolista de una gran parte del mundo.

Por esta razón también, el proletariado debería prepararse para defenderse con todas sus fuerzas.

Examinemos ahora las razones que los socialistas alemanes – y, con ellos, los socialistas franceses, belgas, ingleses, etc. – presentan para justificar su participación en la guerra mundial.

Decían: “Antes del desencadenamiento de la guerra, lo hemos hecho todo para impedirla.” Ahora bien, esto es falso. El

⁶ Hablaremos de la probabilidad de una paz mundial y de la creación de una Sociedad de las Naciones en el penúltimo capítulo.

⁷ Sería posible una revolución como consecuencia de esta miseria. Pero tendría lugar en las peores condiciones y sería hecha por un proletariado agotado y sin defensa.

medio más eficaz contra el imperialismo, la acción de masas, no ha sido empleado.

Ni durante los años de la preguerra, cuando las masas habrían podido hacer temblar a las clases dominantes ante la potencia del proletariado y hacerlas retroceder espantadas ante la idea de la guerra, ni después, cuando la guerra ha comenzado.

Las otras razones invocadas para defender la colaboración voluntaria en la guerra una vez que ésta estalló, son de tres órdenes. Se derivan:

Primero, de la naturaleza de la guerra de defensa.

Segundo, del interés del proletariado en la victoria de uno de los dos campos.

Tercero, de la necesidad de mantener al enemigo fuera del país para defender la propia existencia, el propio país, la propia nación. Examinaremos una tras otra estas razones.

La socialdemocracia alemana declara: Rusia ha agredido a Alemania, teníamos que defendernos.

Hemos visto ya más arriba que esto no es sino apariencia.

El capitalismo alemán, por medio de su imperialismo, es tan agresor como el capitalismo ruso.

Por tanto, no es cierto que la socialdemocracia alemana haga una guerra de defensa.

Pero, ¿qué hay del interés del proletariado mundial?

Ustedes dicen: Alemania busca la victoria en Rusia en interés del proletariado mundial; Rusia es un país despótico en el que los obreros no tienen libertades.

Los franceses, los belgas y los ingleses, por su parte, dicen: es beneficioso para el proletariado mundial que Francia e Inglaterra venzan puesto que Alemania es un Estado absolutista en el que gobiernan los junkers y en el que la constitución no es todavía más que una vana apariencia.

¿Quién tiene razón?

Nosotros respondemos: ninguno de los dos tiene razón. La situación en Europa es tal que, en todos los países excepto Rusia, la clase obrera vive en condiciones casi idénticas de libertad y de esclavitud. Las desventajas de un país son compen-

sadas por las de otro. Incluso en Rusia, la democracia progresa gracias a la fuerza de los obreros.

Y este proceso de nivelación de todas las clases obreras europeas está influenciado permanentemente del modo más favorable por la industrialización de todos los Estados.

¿Qué significa todo esto?

Esto significa que esta guerra y toda futura guerra imperialista mundial de los Estados europeos (y podemos añadir, norteamericanos y australianos) van a causar daños terribles al proletariado si acepta desgarrarse mutuamente; sólo sacará provecho si combate unido contra la guerra, como una totalidad, contra la burguesía europea, contra la burguesía mundial.

Pero añadamos aún otra cosa.

Ustedes dicen: “Nosotros debemos defendernos del imperialismo ruso.” ¡Y para esto ustedes ayudan al imperialismo austro-húngaro! Ustedes ayudan al imperialismo austriaco, que es el enemigo del proletariado serbio.

Y para poder defenderse de Rusia, ustedes deben intentar aniquilar al proletariado francés, belga e inglés.

Para poder salvarse del absolutismo de Rusia, ustedes deben abandonar al proletariado francés, belga y, si es posible, también holandés y danés a merced del absolutismo alemán.

¿Esto es la táctica proletaria justa? ¿Esto es el interés del proletariado?

Y ni siquiera hablamos aquí de los proletariados americano, asiático y africano que ustedes combaten.

La ayuda que ustedes dan al imperialismo austriaco, el intento que ustedes hacen para aplastar a los proletariados francés e inglés y a una gran parte del proletariado mundial, el solo hecho de que ustedes, para rechazar la agresión rusa, tengan que intentar destruir estos proletariados, estos simples hechos demuestran que la táctica de ustedes, la táctica de cooperación en una guerra de defensa – incluso cuando esta guerra hubiese sido una guerra de defensa – es injusta e inutilizable⁸.

⁸ Hubo épocas, en el siglo 19, durante las cuales los obreros tuvieron que hacer la guerra con la burguesía.

Y lo que es válido para ustedes, vale para todas las demás naciones.

El hecho de que, siguiendo esta táctica, los proletarios de los diferentes países intenten destruirse recíprocamente, muestra la necesidad de observar toda la cuestión de la guerra contra el imperialismo de otro modo, desde un punto de vista más elevado, no ya según el antiguo punto de vista nacional, no ya desde el punto de vista de la guerra de agresión o de defensa,

Las guerras nacionales del siglo 19, cuya finalidad era la fundación o la consolidación de los Estados nacionales de Bélgica, Italia y Alemania, eran necesarias para la evolución capitalista y, por tanto, para el proletariado. En efecto, el proletariado no podía desarrollar su organización y su lucha contra la burguesía nacional más que sobre la base de estos Estados nacionales. Entonces era comprensible que el proletariado se asociase a estas guerras. Sin embargo, Bebel y Liebknecht rehusaron apoyar la guerra de 1870. Así expresaron la naciente lucha de los proletarios contra el nuevo orden en Alemania.

El segundo ejemplo era el de las guerras hechas por razones dinásticas, como por ejemplo, las realizadas por Napoleón III. El proletariado debía participar en tal guerra con las armas en la mano.

El tercer caso era aquel en que se podía quebrantar, por medio de una guerra, un gobierno reaccionario como era, por ejemplo, el ruso.

He aquí las principales condiciones en las que el proletariado daba su acuerdo a una guerra.

Pero el imperialismo no hace la guerra para fundar Estados nacionales – al contrario, los destruye – y menos aún con fines dinásticos. En efecto, los príncipes son sólo esclavos de la gran banca. Y menos que nunca, el imperialismo no combate la autocracia. Más bien subsiste el peligro de que el imperialismo dé nuevo vigor al absolutismo.

Por tanto, de todas las causas que en la época de Marx podían empujar al proletariado a la guerra no queda ninguna.

Pero se argumentará el necesario desarrollo del capital por medio del imperialismo y de las guerras mundiales imperialistas.

A esto hay que responder que la situación ha cambiado completamente después de Marx.

Necesitamos una nueva táctica contra el imperialismo.

No es la guerra por la burguesía nacional, sino la lucha contra la burguesía internacional, la que es necesaria en nuestros días para el desarrollo del proletariado.

sino desde el punto de vista de la lucha del proletariado internacional unido contra el imperialismo internacional.

Y aún hay que tener presente otra cosa.

Al combatir los imperialismos ruso, francés e inglés, ustedes refuerzan a su propio imperialismo, el imperialismo alemán. Ustedes refuerzan a sus propios enemigos, que no son los rusos, sino la propia clase dominante de ustedes.

Si su propio gobierno, con su ayuda, vence a Rusia, Inglaterra y Francia, entonces ustedes habrán reforzado a su propio imperialismo, a sus príncipes, a sus junkers y a sus capitalistas. Entonces el yugo de ustedes se hará más pesado. Entonces ustedes habrán abatido al mismo tiempo a sus propios hermanos en Inglaterra, en Francia, en Rusia y en todos los países que ustedes combaten, y ustedes se habrán derrotado a sí mismos. Entonces, después de una victoria de Alemania, los proletariados no alemanes serán debilitados, su gobierno respectivo les hará la vida insostenible a causa de la nueva carrera imperialista hacia los armamentos y el gobierno de ustedes responderá con gastos cada vez más importantes para los armamentos, lo que le permitirá oprimirles cada vez más. Así ustedes serán todavía más esclavos que antes.

He ahí el cambio aportado por el imperialismo.

Todas las naciones poderosas aspiran a agrandar su territorio. Y esta aspiración no puede ser realizada más que por la guerra. El proletariado da su consentimiento a la guerra y así amenaza y destruye al proletariado de otra nacionalidad. Así debilita a sus propios hermanos y revigora al imperialismo en general, el imperialismo de todos los Estados y, ante todo, el imperialismo de su propia clase capitalista dominante. Por tanto, se debilita a sí mismo así como a todo el proletariado.

Las cosas se resumen así: un proletariado nacional ya no puede, con su burguesía, rechazar o atacar a otra nación sin arrastrar al mismo tiempo a los otros proletariados y a sí mismo a la ruina. He ahí la nueva situación creada por el imperialismo.

Ustedes pueden elegir: o con su gobierno contra el proletariado de otro país, de varios países o incluso de todos los

demás países, o con el proletariado de todos los países contra su gobierno.

La época del nacionalismo durante la cual los obreros podían ser y vivir nacionalmente al mismo tiempo que tenían un discurso internacionalista, se ha acabado. Se ha acabado la época de los discursos internacionales y de la práctica nacional.

La socialdemocracia alemana dice: “Puede muy bien que Alemania sea culpable por su imperialismo; pero después que lo hemos intentado todo para impedir la guerra y de que Rusia nos haya atacado, teníamos que defendernos.”

La comparación, que quizá era justa en tiempos de Marx, ya no lo es ahora. Entonces se trataba de adaptarse al nuevo enemigo estratégico, que no era sólo enemigo de la burguesía, sino también de los obreros. Sin embargo, ahora las cosas ya no son así. Hoy es el proletariado el agredido. Es agredido tanto por su propia burguesía como por la burguesía extranjera. Por supuesto que el proletariado debe defenderse de su enemigo e incluso derribarlo a tierra. Pero su enemigo ya no es sólo extranjero sino también el imperialismo, incluido el de su propia burguesía.

El imperialismo ruso ataca al imperialismo alemán. El imperialismo alemán ataca al imperialismo ruso. Pero el imperialismo ruso y el imperialismo alemán atacan ambos al proletariado alemán, de la misma manera que atacan también al proletariado ruso. Y ocurre lo mismo en todos los países. Los imperialismos de todos los países atacan simultáneamente a los proletariados de todos los países.

Los tiempos han cambiado. El capitalismo se ha desarrollado de tal manera que no puede continuar desarrollándose ulteriormente sino masacrando al proletariado de todos los países.

Ha nacido un capitalismo mundial y se revuelve contra el proletariado mundial.

Por tanto, es falso que los intereses del proletariado exigiesen aprobar la guerra una vez que ésta se desencadenó.

Pasemos ahora al argumento de la defensa de los obreros, de la nación y de la nacionalidad.

La socialdemocracia alemana sostiene que, una vez declarada la guerra, el proletariado debe rechazar al enemigo para escapar del terror de la invasión, del asesinato, del saqueo, del incendio; y que los obreros deben defenderse por amor a su país, a su clase, a su nación.

Es su argumento más fuerte.

Nosotros respondemos que, por principio, el imperialismo en general es para el proletariado incomparablemente más peligroso que la guerra y que la invasión. En efecto, el imperialismo es algo duradero que amenaza al proletariado europeo.

Por esta razón, a no importa qué precio, y quizá incluso al precio de una invasión, el proletariado debe oponerse al imperialismo y a la guerra del imperialismo.

De esto, igualmente, aportaremos la prueba detallada.

Ustedes dicen: “Es nuestro instinto de conservación el que nos impulsa a defender nuestra patria.”

Nosotros respondemos a esto: el imperialismo les amenaza más como proletarios que como alemanes. Una serie de guerras imperialistas por la posesión del mundo, un imperialismo cada vez más potente amenaza a vuestra clase.

Por tanto, vuestra existencia como proletarios es la que está en juego. Ustedes utilizan falsa, ciega e inconscientemente su instinto de conservación, en este caso su patriotismo. Este instinto de conservación deben emplearlo ustedes de otra manera, consciente y oportunamente; y en lugar de combatir al lado de los alemanes por el imperialismo alemán, ustedes deben combatir con los proletarios de todo el mundo contra el imperialismo.

Ustedes dicen: “Si nos levantamos contra el imperialismo alemán, caeremos por decenas de miles puesto que el gobierno nos atacará.” Nosotros respondemos: “Es la guerra la que les hará morir por cientos de miles, quizá por millones.”

Ustedes dicen: “Con la lucha revolucionaria contra el imperialismo alemán, nuestras organizaciones, que son nuestra única fuerza, serán destruidas.”

Nosotros respondemos: “El imperialismo alemán, con esta guerra, vuelve impotentes sus organizaciones y las volverá

todavía más impotentes después de la guerra por una nueva carrera hacia los armamentos y por nuevas guerras.” Nosotros respondemos: “La organización no es un fin, sino un medio para la lucha”⁹.

Ustedes dicen: “Pero nuestras ciudades, nuestras tierras, serán devastadas por el enemigo si no lo rechazamos.” Nosotros respondemos que para el proletariado internacional, actualmente bajo el yugo del imperialismo del siglo veinte, si una ciudad o una comarca es destruida, poco importa que sea alemana, belga, francesa o rusa.

Nosotros respondemos que ustedes pueden elegir entre dos vías: o ustedes aprueban la guerra y la devastación de su país o de otro país; o ustedes resisten colectivamente con los otros proletariados contra la guerra.

Nosotros respondemos que el imperialismo amenaza con la ruina a Europa, a su país y al mundo, no sólo ahora sino durante muchos años.

Nosotros respondemos que ustedes deben decidir: o ustedes quieren asociarse durante muchos años a la devastación de países enteros, o ustedes quieren comenzar, de una vez por todas, a poner fin a todas las devastaciones.

Nosotros respondemos que ustedes deben unirse al proletariado internacional para poner freno a la devastación del mundo.

Nosotros respondemos que hoy, bajo la dominación del imperialismo, el internacionalismo está por encima de la nacionalidad.

Pero ustedes dicen: “Si no nos defendemos, los rusos nos aniquilarán a los obreros en tanto que individuos y en tanto que clase. Y no podemos tolerarlo.”

Nosotros respondemos: “No es sólo el imperialismo ruso la causa de este fenómeno. Lo es también el imperialismo alemán. Vuestro imperialismo alemán asesina a cientos de miles de hijos de vuestro pueblo.”

⁹ Volveremos sobre este punto más adelante.

Y si ustedes no ponen atención, si ustedes hacen la guerra como lacayos del imperialismo, incluso después de la paz el imperialismo alemán continuará aplastándoles en tanto que clase. Lo hará gracias a nuevos armamentos y a una nueva guerra. Ustedes no están sino en el comienzo. Toda la preparación para la lucha de vuestra clase, de vuestro partido obrero alemán, está amenazada por el imperialismo mundial así como por el imperialismo alemán.

Nosotros respondemos: “El imperialismo mundial amenaza a la clase obrera del mundo entero.”

Nosotros respondemos que ustedes deben defenderse hasta el final, no con la burguesía alemana contra el aniquilamiento de la clase obrera alemana, sino con el proletariado del mundo contra el aniquilamiento de la clase obrera mundial.

Ustedes dicen: “Pero nuestra nación será destruida si no rechazamos a Rusia. Rusia es, en efecto, un país bárbaro y despótico, y su victoria significa la conquista y la recaída de nuestro país en la barbarie.”

Nosotros respondemos como ya lo hemos hecho: “Esta razón valía cuando Rusia era un país asiático; hoy, ya no vale.”

Hoy, gracias al heroísmo del proletariado ruso, Rusia ya no es un país asiático, sino que está en la vía de Europa occidental.

Tiene un parlamento. Su agricultura se desarrolla bajo la influencia de los efectos de la revolución. El mercado interior atraviesa un período de rápido desarrollo, se puede presumir que la industria llegará a la prosperidad y entonces Rusia... será igual que Prusia.

Y además tiene un proletariado que, desde el punto de vista político, compensa su debilidad numérica gracias a su inteligencia y su fuerza de voluntad.

Antes de que pase mucho tiempo, el proletariado ruso hará que las condiciones rusas sean parecidas a las de Europa occidental.

Ustedes no pueden, ustedes no deben ya combatir a otro proletariado.

Nosotros respondemos: “Para las grandes naciones como Alemania, Rusia, Inglaterra y Francia, no hay ningún peligro de que la nación sucumba.”

Ni Rusia, ni Francia, ni Inglaterra se anexionarán Alemania, de la misma manera que Alemania no se anexionará ninguno de estos países¹⁰.

Para Rusia, no es Königsberg sino Erzerum lo que estaba en juego; para Alemania, la apuesta no era Calais, Boulogne, Chemnitz o Irlanda, sino la Mesopotamia y el Congo; en cuanto a Francia, las apuestas no eran territorios europeos, ni siquiera Alsacia, sino especialmente Siria, territorios africanos, territorios asiáticos, etc.

Nosotros respondemos: “Pero incluso si hubiese sido así, incluso si vuestra nación, si vuestra nacionalidad, si una parte de vuestro país hubiese sido amenazada, la continua amenaza de vuestra nación y de todas las naciones imperialistas con sus guerras es mucho peor con su consecuencia posible: la ruina del proletariado.”

Es precisamente el imperialismo el que amenaza realmente la felicidad, el bienestar, e incluso quizá la existencia de la nación.

Nosotros respondemos: “Es vuestra burguesía la que da a entender que esta guerra, que toda guerra imperialista es una guerra para la protección y para la defensa de vuestro país o de vuestra nación.”

Os engañan para poder teneros como soldados para la realización de su propio fin, de su fin verdadero que no os descubren y para poder convencerlos de que os dejéis conducir a la masacre.

Por esta razón os dicen que la guerra, como ocurrió otras veces en el pasado, es una guerra por la patria, por la na-

¹⁰ Por lo que respecta a las pequeñas naciones, su nacionalidad está ciertamente amenazada por todos los campos, por el campo “amigo” y por el campo enemigo. A largo plazo, no pueden tener política independiente. Por esta única razón, el proletariado de estos países debe arreglar su política con la de los proletariados de los grandes países, defendida por nosotros.

ción. De hecho, su fin es la extensión de sus posesiones, muy especialmente en las colonias, esclavizando pueblos más débiles más allá de los océanos y esclavizando proletarios en todos los países.

Vosotros combatís por su poderío mundial y por su ganancia.

Nosotros os respondemos que cuando hayáis aumentado su poderío y sus ganancias, os oprimirán tanto más duramente, a vosotros y a vuestros hermanos del exterior.

El imperialismo reportará a las clases dominantes ganancias y a vosotros daños terribles. Os ahoga con impuestos y obstaculiza todo progreso. Destruye la unidad del proletariado internacional, os asesina, os amenaza con la ruina. Continúa comportándose así. Cuanto más reforcéis el imperialismo, tanto más realizará todo esto. Y aún lo hará durante muchos años.

Ustedes dicen: “Pero hay proletariados más fuertes que otros y mientras sea así, es imposible toda acción simultánea contra la guerra mundial. En efecto, el proletariado más fuerte se opondrá a su gobierno con una fuerza mayor de la que podrá hacerlo el proletariado más débil, debilitará el ejército y la acción de su propia nación más de lo que lo hará el otro proletariado; y entonces el enemigo vencerá.”

Nosotros respondemos, de acuerdo con lo que hemos dicho más arriba sobre la nacionalidad, que bajo la dominación del imperialismo, poco importa al proletariado considerado en su totalidad quién será el vencedor¹¹.

Nosotros respondemos que, para el proletariado en su conjunto, lo más importante es que combata como un todo al

¹¹ Por lo demás, no era fácil saber qué proletariado, si el ruso o el alemán, en una lucha común contra el imperialismo y la guerra, habría desplegado la mayor fuerza y ejercido la mayor presión.

La debilidad de la argumentación citada aparece cuando se considera que, en esta guerra, según todas las probabilidades, no habría habido gran diferencia entre las fuerzas del proletariado germano-austro-húngaro y las del proletariado anglo-franco-ruso en el caso en que ambos hubiesen puesto en acción todas sus fuerzas contra la guerra.

imperialismo, que se refuerce como un todo y que se defienda contra el capitalismo, que quiere su ruina.

Nosotros respondemos que hoy, cuando el capital mundial se prepara para conquistar la tierra y que, con este fin, ha desencadenado la primera guerra mundial imperialista, en el momento en que comienza la lucha entre el capital y el trabajo y en que el capital mundial se revuelve contra el proletariado mundial por medio de una opresión tal como nunca antes existió, por medio de la guerra, de las destrucciones y de la muerte, nosotros respondemos que en este nuevo período el proletariado debe oponerse como clase combatiente por la libertad, a menos que quiera sucumbir material, espiritual y éticamente. Nosotros respondemos que el proletariado debe hacerse fuerte y debe impedir su propia ruina, querida por el imperialismo.

Una vez más respondemos:

El imperialismo nacional amenaza al proletariado tanto como el imperialismo de las otras naciones. Por esta razón, para el proletariado en su conjunto es necesario que combata de igual manera, es decir, con la misma energía, todos los imperialismos, el suyo propio y el extranjero.

El imperialismo alemán es tan peligroso para el proletariado alemán como los imperialismos francés, inglés y ruso; el imperialismo inglés es tan peligroso para el proletariado inglés como los imperialismos ruso, francés y alemán; el imperialismo francés es tan peligroso para el proletariado francés como los imperialismos inglés, alemán, ruso, etc.

Nosotros respondemos: “El imperialismo internacional es igualmente peligroso para cada proletariado nacional y, por tanto, igualmente peligroso para el proletariado internacional.”

Nosotros respondemos: “Frente al imperialismo burgués, que amenaza de igual manera a todos los proletariados, el nacionalismo del proletariado desaparece.”

Nosotros respondemos: “El nacionalismo – en el sentido de alimentar sentimientos hostiles hacia las otras naciones – que más o menos está siempre vivo en el proletariado, es eliminado completamente por el imperialismo desde el momento en que el proletariado lo comprende y lo reconoce.”

Nosotros respondemos: “El internacionalismo, la ausencia de patria – en el sentido de rehusar la lucha contra toda otra nación – es un sentimiento poco extendido todavía en el proletariado; pero, gracias al imperialismo, se convierte en una **condición sine qua non**, una condición vital para el proletariado revolucionario internacional.

La lucha internacional común contra el imperialismo de todas las naciones se convierte en una condición vital para todos los proletariados nacionales y para el proletariado mundial en su conjunto.

Nosotros respondemos: “La guerra os amenaza con una invasión. Vuestro instinto os dice que debéis rechazar la agresión. Si lo hacéis espontáneamente, reforzáis el imperialismo.”

Pero el imperialismo os amenaza con el peligro de la carrera a los armamentos, de la opresión y de la ruina.

Vuestro instinto debe, pues, deciros que si no queréis vuestra ruina, no debéis rechazar la agresión sino el imperialismo.

Por tanto, debéis elegir: o ayudar espontáneamente a rechazar la agresión y reforzar así el imperialismo; o, unido con el proletariado de todos los países, resistir hasta el final y no tomar parte en una guerra imperialista más que constreñido y a la fuerza.

Ahora podéis elegir: o ayudar a vuestra burguesía nacional y su imperialismo, o combatirla.

La elección para vosotros reside en esta alternativa: o ayudar a la burguesía internacional y su imperialismo, o combatirla.

Para el proletariado mundial, ahora que el imperialismo amenaza para muchos años al proletariado mundial, la elección se resume así: o participar en el imperialismo y, por tanto, en el aniquilamiento del proletariado mundial, o combatir al imperialismo mundial y, por tanto, vencer a la burguesía mundial y ayudar consiguientemente al proletariado a vencer.

Nosotros respondemos: “Ustedes deben elegir ahora por o contra las burguesías nacionales; por o contra el nacionalismo.”

Ustedes deben hoy elegir entre dos cosas: por o contra la burguesía mundial imperialista; por o contra el imperialismo internacional.

En una palabra, ustedes deben elegir entre imperialismo y socialismo.

Naturalmente, para una clase es muy difícil, aún mucho más difícil que para un individuo, cambiar el instinto de conservación que actúa en el inconsciente y transformarlo en un instinto consciente, y oponerse a un peligro próximo a causa de un peligro mucho mayor que aún está lejos.

Pero precisamente la tarea de la socialdemocracia es transformar en razón el instinto inconsciente de los obreros.

Y así, a nuestro parecer, hemos refutado igualmente el último argumento, el peligro de una invasión y, por tanto, todos los argumentos de los partidarios del apoyo a esta guerra.

Por consiguiente, el imperialismo, cima actual de la evolución del capitalismo, une por primera vez al proletariado de todos los países en una acción internacional.

El imperialismo es el hogar en el que el proletariado de todos los países se une para actuar.

Esta guerra mundial, la guerra imperialista, es el crisol en el que el proletariado de todos los países del mundo llega a ser por primera vez una unidad.

El imperialismo esclarece al proletariado, empujándolo por primera vez, pero para siempre, al internacionalismo.

Por tanto, el imperialismo no es, como creen Kautsky, los “radicales” y los supuestos marxistas y revisionistas en Alemania y en otras partes, algo secundario o un fenómeno pasajero. Es el pivote alrededor del cual se mueve la evolución social, el ascenso, la lucha del proletariado y, finalmente, la revolución misma. El imperialismo es el gran problema de hoy y de su estudio teórico, así como de los medios para combatirlo, depende para mucho tiempo e incluso para siempre, todo el porvenir del proletariado.

Es el núcleo del que depende toda la evolución de la lucha obrera.

La revolución social e internacional – sólo puede ser internacional – depende de la lucha contra el imperialismo.

No en el sentido en que esta lucha nos traería inmediatamente el socialismo. Sino en el sentido en que, de modo revolucionario, puede hacernos dar un importante salto adelante en la vía del socialismo.

Siempre que la lucha sea llevada de modo revolucionario.

La clase obrera alemana ni siquiera ha librado este combate. Ha marchado con el imperialismo. Ha traicionado así su propia causa, que es la causa de la Internacional y de ella misma.

Aún nos queda por refutar un argumento adoptado por una parte de la socialdemocracia alemana para explicar su colaboración espontánea en la guerra.

Una parte del partido obrero alemán dice: “Nuestro fin en la lucha contra Rusia es la liberación de Finlandia y de los obreros rusos.”

Extraño: la misma lucha que debe aplastar a los obreros ingleses y franceses, debe liberar a los obreros rusos y polacos.

Pero ustedes no pueden liberar a los obreros rusos, finlandeses y polacos porque esta liberación no depende de ustedes.

Esta liberación depende del Káiser, de vuestro dueño, de vuestros junkers y de vuestros capitalistas. Estos no quieren liberar a los rusos, los polacos y los finlandeses.

En manos de quién está la dirección de la guerra, ¿en las vuestras o en las suyas? Tienen una enorme ventaja sobre la autocracia rusa, que, por lo demás, los apoya... contra vosotros. Jamás llegarán hasta aplastar o humillar a Rusia.

Todos – y vosotros con ellos – hacen la guerra, ante todo, contra Francia e Inglaterra. Es una guerra imperialista. Quieren ante todo las colonias belgas e inglesas y adueñarse de la vía continental a la India.

Ustedes citan a Marx y dicen que él quería, en su tiempo, vencer a Rusia para que los obreros rusos fuesen emancipados.

Estos argumentos revelan la miserable debilidad de vuestra política.

Marx nunca quiso combatir un país en el que los obreros eran tan potentes.

Marx jamás quiso una guerra que podría dar nuevas fuerzas al zarismo.

Marx jamás quiso combatir a Rusia debilitando a los obreros franceses e ingleses.

¡Pero ustedes revelan así la falsedad de su política! De hecho, socialistas alemanes, un gran número de entre ustedes conocía perfectamente su propio imperialismo.

Una gran parte de ustedes sabía que su imperialismo quería y **debía** atacar a Francia e Inglaterra (así como a Bélgica y Portugal) a causa de sus colonias. Se podía leerlo cientos de veces en sus periódicos.

La verdadera razón por la que una gran parte de ustedes participó en la guerra no es la lucha contra Rusia, sino el deseo de colaborar en la política colonial y en el imperialismo¹² **en unión con la burguesía**; y para otra parte de entre ustedes, la verdadera razón es la falta de coraje para oponerse a la guerra.

Se puede decir lo mismo de todos los demás partidos de la Internacional. Volveremos sobre este tema.

Ustedes hacen exactamente lo que ustedes pretenden no querer hacer, ustedes humillan a Francia y a Inglaterra. Y lo que ustedes pretenden hacer – humillar a Rusia – no pueden hacerlo.

Esto revela suficientemente la miserable debilidad de su política.

¡Ustedes harían mejor dejando exclusiva y completamente al capital la responsabilidad de la sangre de esta guerra! ¡Ustedes harían mejor si no quisiesen emancipar a los obreros rusos de esta manera!

Los obreros rusos no pueden ser emancipados más que por ellos mismos.

Pero, ¡la cultura, dirán ustedes!

¹² En la clase obrera europea, en una gran parte de esta clase, predomina un imperialismo y un nacionalismo oculto. Nos ocuparemos ampliamente de este problema cuando hablemos del reformismo.

¡Ustedes quieren salvar la cultura alemana de los bárbaros rusos!

¿De qué cultura hablan ustedes?

¿La del pasado?

Pero de este modo ustedes atacan la cultura inglesa y francesa, que no es ciertamente inferior a la de ustedes. En general, la cultura francesa y la cultura inglesa son superiores a la vuestra porque admiten y reconocen la libertad civil, mientras ese no es el caso para ustedes¹³; y vuestras artes, vuestra ciencia y vuestra filosofía recogieron los magníficos frutos de aquéllas.

Sin embargo, los obreros no participan de esta cultura.

¿A menos que ustedes se refieran a la cultura del siglo XIX?

En el siglo XIX los ingleses tuvieron la más sublime de las poesías, los franceses la más sublime de las prosas, y ustedes tuvieron, por su parte, la más sublime de las músicas.

Todo estaba distribuido, pues, con suficiente lealtad.

Pero todas estas cosas están al resguardo, están dispersadas por todo el mundo. Ustedes no tienen necesidad de preocuparse por ello.

Sin embargo, los obreros no toman parte tampoco en esta cultura. Pero, ¿quizá entienden ustedes por cultura la cultura contemporánea, la cultura del período imperialista, la cultura de comienzos del siglo XX?

El gran arte está hoy muerto. La gran poesía de todos los países está hoy muerta. La gran prosa está muerta, como el impresionismo, el naturalismo y el gran realismo burgués están muertos.

La gran arquitectura está muerta; lo que sobrevive con el nombre de arquitectura es sin corazón, sin amor. La música ya no es sino la sombra de lo que fue.

La gran pintura está muerta. La filosofía está muerta, el ascenso del proletariado la ha matado. La religión está agonizante.

¹³ “Nosotros, los alemanes, nos hemos encontrado una sola vez en compañía de la libertad: el día de su entierro”. (Marx, Sobre la crítica de la filosofía del derecho de Hegel).

El arte duda entre las grandes, duras, crueles sensaciones capitalistas, las muelles y tiernas sensaciones pequeño-burguesas y un cobarde misticismo. Ya no contiene ni un solo pensamiento elevado o general. En su desesperación, en su individualismo llevado hasta el extremo, se extravía frecuentemente hasta la locura.

La filosofía ha caído muy bajo hasta Mach y Ostwald, los cuales ya no conocen la sociedad humana, e incluso hasta el reaccionario Bergson. Kant y Hegel deambulan como espectros.

La vida de la religión ya no está sino en la agonía. Y la religión no tiene éxito más que en la burguesía, pero no ya en el proletariado combatiente.

Pero, ¿quizá entienden ustedes por cultura la dulzura y la belleza de las costumbres? Pero el imperialismo, con su cruel y sanguinaria opresión de los pueblos más débiles y con el estancamiento de la legislación social que causa, produce un acrecentamiento general de la grosería, de la brutalidad y del salvajismo.

Por el contrario, un estadio elevado de la cultura, de ardor del alma y de los espíritus, de belleza espiritual y moral es rebajado por el imperialismo a un nivel profundo.

Esta guerra es la prueba de ello. Ya no hay gran cultura en ningún lugar del mundo capitalista.

¿Cultura? Pero, ¿en qué consiste la cultura del período imperialista?

Los individuos y los Estados son arrastrados como en un torbellino a una caza desenfrenada del dinero y del poder. La brutal potencia del dinero y de la violencia atropella a todos los débiles. Todos los pueblos del mundo, todos los individuos, todas las personas, todas las razas – amarillos, negros y morenos – los salvajes y los civilizados, le son sometidos. Y la gran masa de ellos se convierte en proletarios.

¿Qué significa todo esto? La felicidad y la independencia de los hombres desaparecen. Su libertad, muy relativa, se desvanece. Ellos se convierten en cosas. No ya hombres, sino cosas sometidas al capital. Son arrancados y arrastrados por la

furiosa omnipotencia del capital y se convierten en apéndices de máquinas.

Pero incluso en el mundo de los capitalistas crece la codicia desenfrenada de dinero, de poder y de disfrute. Crecen la corrupción y el lujo desmesurado. Aumentan la locura y las enfermedades de los nervios. Por el contrario, disminuyen los nacimientos, y la limitación artificial del número de niños se convierte en algo general.

En las clases obreras crece la intensidad del trabajo. El trabajo de las mujeres y de los niños crece con la explotación.

Se acrecienta la violencia de la lucha. Se acrecienta igualmente la potencia de los patronos, de los gobiernos, de los cárteles y de los monopolios.

Frente a todas estas potencias, la potencia de los obreros disminuye, las cargas que pesan sobre ellos aumentan y su vida es cada vez más difícil.

La lucha de los sindicatos se revela cada vez más difícil, la lucha parlamentaria se hace cada vez más problemática. La legislación social está parada.

Los capitalistas y los obreros, empujados por el poder del capitalismo, continúan su carrera en un torbellino furioso. Los capitalistas buscan dinero y poder, intentan aplastar a los hombres. Ellos mismos son pobres esclavos: en efecto – y esta guerra ofrece una nueva prueba de ello – tampoco son dueños de su destino. Deben hacer lo que no querían hacer y lo que temían hacer. La aplastante potencia del capital, dueño del destino, los empuja adelante. El capital los echa con una rabia loca a unos contra otros. Como bestias que no saben lo que hacen intentan desgarrarse los unos a los otros. Contra su voluntad, contra su esperanza y contra su profundo deseo de vivir. Pero deben hacerlo porque el capital, en su fase última y en su expansión, lo quiere así. ¿Llaman ustedes cultura a semejante estado de cosas y a tales condiciones espirituales?

Y la situación es la misma en todos los países. Ya no hay ninguna diferencia entre la cultura rusa, alemana, francesa e inglesa. Las diferencias que había entre ellas son niveladas ahora por el capital. Y en todas partes hay la misma barbarie.

Los obreros también son empujados a esta corriente de locura. Intentan vanamente resistir. Se unen y luchan por su emancipación en vano. Son arrastrados con los demás. Son débiles, sin inteligencia, sin claridad y sin coraje en su mayoría.

El capital es todopoderoso. Esta guerra demuestra que los obreros ya no pueden nada y no tienen ningún peso. ¿Esto es la cultura?

Los capitalistas y los obreros son marionetas de fuerzas materiales infinitamente más grandes que ellos. El proceso de producción – en esta última fase del capitalismo, más poderoso y más terrible que nunca – los domina enteramente. La calma apacible, el bello disfrute de la vida, el momento de reposo, el alma clara y abierta que ve todo y observa con calma y que al observar embellece, al tiempo que domina, lo que ha sobrevenido, el alma clara y abierta que respeta toda la época, toda la sociedad, en la belleza espiritual y la más elevada sabiduría, todas estas cosas no pueden subsistir. Ni para los dominadores ni para los dominados. Todo es extraño en esta época.

¿Llaman ustedes cultura a todo esto?

El salvaje, el bárbaro, el artesano, el campesino libre, eran más libres, más independientes que el hombre bajo el capitalismo. Si la libertad es la cultura, ellos tenían más cultura.

¿Quizá entienden ustedes por cultura el sindicato y los partidos políticos de los obreros? ¿Es esto la cultura de ustedes, la que ustedes quieren salvar?

Cuando los sindicatos y los partidos políticos obreros quieren mejoras, no son más que asociaciones de esclavos que quieren mejoras de su servidumbre.

En la asociación, en la ayuda recíproca, puede haber el principio de una alta cultura; sin embargo, el hecho de que son siervos y esclavos los que se unen y se ayudan recíprocamente, esta esclavitud reduce enormemente el alcance del fenómeno.

No hay belleza ni alta cultura allí donde no hay libertad. Sólo la libertad social es portadora de belleza.

La solidaridad de los esclavos es una cultura con la única condición de que vaya acompañada de una acción cada vez más consciente con el fin de abolir la esclavitud.

¿Es verdaderamente éste el caso en las asociaciones obreras?

Esta guerra lo ha demostrado de nuevo.

¿Cuántos obreros luchan **realmente** por su emancipación general? Esta guerra lo demuestra otra vez. Bien pocos. Muy pocos.

La cultura presente entre los obreros, cultura en tanto que consiste en la lucha por la libertad – y en la hora presente, ninguna otra cultura existe – es un fenómeno muy raro, casi inexistente.

¿Quizá entienden ustedes por cultura la ciencia?

Es cierto que la ciencia es internacional, prospera por todas partes; pero solamente para hacer posible esta cultura capitalista e imperialista y para producir todos estos fenómenos abominables. Y en realidad, cuando no hace esto, se mantiene fuera de la sociedad y se parece a una planta que vive fuera de la tierra y del agua.

Pero los obreros tampoco participan en la cultura científica.

Pero esta incultura, este salvajismo, arrastra a todos los hombres a una tempestad de locura; esta incultura, impulsada por las fuerzas sociales salvajes y licenciosas, alcanza hoy su apogeo con esta guerra. Como producción suprema del capitalismo, como único medio de rejuvenecerse, de acrecentarse, de difundirse y de desarrollarse, la cultura capitalista produce hoy el asesinato de masas. El asesinato de millones de hombres y de mujeres y, más particularmente, el asesinato masivo, mecánico e industrial, el asesinato de pueblos alistados en grandes ejércitos.

Como consecuencia lógica, como conclusión de su existencia maquinal, como derivación de la letanía de sus hazañas, de su existencia que se compone de la explotación de las masas obreras por el trabajo que conlleva mutilaciones y masacres, el capitalismo llega ahora al asesinato de millones de hombres en el mundo entero sobre los campos de batalla. He ahí la suprema producción del capitalismo, su suprema perfección.

Sólo así el capitalismo es todavía capaz de entusiasmar y de hacer fraternizar comunitariamente a los hombres de una nación: ¡en el asesinato de masas!

¿Ustedes llaman a esto cultura? ¡Qué espectáculo terrible! Los capitalistas son arrastrados a una guerra, a un asesinato de masas cuyo fin no se puede prever.

Y mientras tanto, fingen hipócritamente creer que esta guerra es librada por amor a la civilización y a la humanidad.

Y los obreros prestan oídos a estas peroratas, marchan con ellos y se dejan explotar y engañar por ellos. Obedecen a los capitalistas que les dan la orden de masacrarse los unos a los otros y declaran, a su vez, que toda esta guerra es una guerra librada por amor a la humanidad.

¡Por amor a una barbarie que los esclaviza!

¡Por amor a una civilización que no existe!

Dueños y obreros, todos esclavos. Siervos como desde hace siglos y siglos. No hay más que una sola civilización. La civilización proletaria.

La que quiere hacer comunista la propiedad y socialista el trabajo y poner así fin a toda lucha y asesinato. Y todas las hazañas que tienden conscientemente a este fin.

Es la única civilización que existe aún bajo el imperialismo.

La clase obrera alemana, la socialdemocracia alemana y sus representantes habrían podido salvar, difundir, ampliar y elevar esta cultura oponiéndose con todas sus fuerzas a la guerra y negándose a votar los créditos de guerra.

Por el contrario, ha pisoteado y ultrajado esta cultura no oponiéndose a tiempo y con todas sus fuerzas a la guerra, y votando los créditos de guerra.

La socialdemocracia alemana ha reforzado la incultura capitalista e imperialista. Se ha hecho cómplice de todas las consecuencias de esta incultura y ha abandonado su propia cultura.

La socialdemocracia alemana ha consentido después en la guerra y ha causado daño a nuestra causa, como jamás antes se había hecho.

Dando su consentimiento a la guerra, la socialdemocracia alemana ha destruido toda posibilidad de revolución después de la guerra en la medida en que dependía de ella.

¡Cuántas veces Marx, Engels, Kautsky y tantos otros declararon que la guerra era la causa más probable de la revolución proletaria!

¿Y cuántas veces lo ha sido ya?

Ahora, la socialdemocracia alemana aprueba la guerra más destructora posible, la más incierta, la guerra que encierra en sí una infinidad de nuevas agravaciones, nuevas carreras a los armamentos y a otras guerras, una guerra que esclaviza a una gran parte del proletariado, una guerra, en fin, que divide, separa, debilita, desgarrar y quizá destruye al proletariado.

¿No era posible que Alemania, Francia, Rusia e Inglaterra, varios de estos países o uno de ellos, fuesen derrotados de manera que el pueblo trabajador se rebelase? Cuando regresen los ejércitos, quizá haya tal paro, tal miseria, tal penuria que los pueblos expulsen, con las armas en la mano, a los gobiernos y puedan instituir una nueva forma más libre de gobierno.

Puede que los Estados sean tan potentes que no puedan destruirse los unos a los otros, entonces yacerán en su sangre y serán constreñidos a concluir la paz, pues ninguno podrá vencer. Entonces el proletariado internacional podría sublevarse, no en un país, sino en muchos países y expulsar a los responsables de esta guerra.

Los proletarios presentarán los postulados socialistas y podrán intentar fundar una comunidad socialista.

Esta posibilidad sigue subsistiendo. La esperanza de semejante salida de la guerra no se ha desvanecido todavía completamente. Nosotros no podemos creer todavía que el proletariado soportará todo esto sin reaccionar. Nosotros alimentamos todavía la esperanza de que los pueblos se subleven, en todo caso, al menos un pueblo. Pero la socialdemocracia alemana, al cooperar sin resistencia en esta guerra, ha disminuido considerablemente, incluso destruido, las posibilidades de ver desarrollarse un tal levantamiento.

En efecto, ¿cómo podría la socialdemocracia alemana, que ha acordado los créditos para la guerra, que ha cooperado en las decisiones y en la conducción de la guerra, invertir sus posiciones y dirigir una revolución contra la burguesía, su aliada? ¿Cómo podría ser su guía?

Si acaece una revolución, será sin la cooperación de la socialdemocracia y contra su voluntad, por otra vía y quizá por otro fin que el perseguido por la socialdemocracia.

La conducta de la socialdemocracia durante esta guerra fue un delito contra su espíritu y contra el espíritu de la Internacional. Fue el aniquilamiento de su propia naturaleza.

Hemos refutado con mucho detalle las razones con las que se defiende la socialdemocracia alemana, porque la causa que exponemos y defendemos es nueva; es la unidad del proletariado producida por el imperialismo. Hemos insistido porque nuestro punto de vista no puede ser despachado con un solo eslogan – como la solidaridad del proletariado o el antagonismo entre capital y trabajo – y porque es necesaria una refutación de las razones presentadas por el partido alemán, hasta en sus más pequeños detalles, vista la extrema importancia de la cuestión.

Pero para acabar, aún diremos:

Hay momentos en la lucha de clase en los que sólo puede ser tomado en consideración el antagonismo entre el trabajo y el capital; entonces, el que hace pasar a segundo plano este antagonismo y, considerando todas las posibilidades y dificultades, acaba por abstenerse de la acción y de la lucha, ése traiciona la causa del proletariado.

Hay momentos en los que una derrota es preferible al hecho de evitar el peligro.

Hay momentos en los que retroceder frente al peligro inminente es certeza de derrota para el futuro, y hay momentos en los que hay que sacrificarlo todo para garantizar el futuro.

Hay momentos en los que hay que combatir a pesar de todas las dificultades.

Y actualmente vivimos precisamente uno de esos momentos. El capitalismo se presenta por primera vez con toda su fuerza, con su fuerza suprema, para conquistar el mundo, pero

igualmente para asesinar a cientos de miles de proletarios, para esclavizar durante años y años al proletariado por medio de su expansión sobre toda la tierra y quizá para llevarlo a la ruina económica durante muchos años.

Por primera vez, el capital intenta alcanzar este fin por medio de una guerra mundial.

Aquí, se trata del “*principiis obsta*”¹⁴.

He aquí el momento en que el proletariado debe mostrar que ha reconocido esta necesidad.

He aquí el momento de declarar y comenzar la lucha porque una vez que se ha empezado a inclinar la cabeza, la lucha se hace infinitamente más difícil.

El proletariado no lo comprende. Agacha la cabeza por falta de juicio, por bajos deseos de pequeñas ventajas que no podrá alcanzar, y por cobardía.

El proletariado ha agachado la cabeza como un esclavo que es.

No hace ningún esfuerzo para luchar por la libertad.

Se debilita a sí mismo y por mucho tiempo.

Seguirá siendo tratado como un esclavo que no desea la libertad y después de la guerra le será impuesto un yugo todavía más pesado.

Resumamos brevemente.

Mientras el proletariado europeo era amenazado de ruina por esta guerra, la socialdemocracia alemana no hizo nada para impedirlo¹⁵. Por el contrario, a través de sus representantes, ha ayudado al imperialismo a preparar la masacre, el debilitamiento y quizá la ruina de este proletariado.

Al dar su consentimiento a la guerra, la socialdemocracia ha debilitado al proletariado internacional y ha hecho del capital internacional una potencia dominante incluso para el futuro.

El proletariado, ante todo el proletariado alemán, era el único enemigo del imperialismo, el único que éste debía temer.

¹⁴ Opuesto a los principios cuando comienza el mal.

¹⁵ La manifestación, hecha demasiado tarde el martes por la tarde antes de la guerra, no tenía absolutamente ninguna importancia.

El proletariado ha inclinado la cabeza, el imperialismo es en adelante el dueño indiscutible del mundo.

La socialdemocracia alemana ha renegado de la única cultura posible, ha tomado sobre sí la corresponsabilidad de los asesinatos de masas, de los incendios, de los saqueos, de las devastaciones y destrucciones de regiones enteras y de antiguas civilizaciones, llevadas a cabo por el nuevo capitalismo, el imperialismo, que es su manifestación suprema y su forma suprema.

La socialdemocracia alemana ha asesinado ella misma la revolución.

Pero lo que hemos dicho aquí de la socialdemocracia alemana vale, por las mismas razones y en igual medida, para las socialdemocracias francesa, belga, inglesa, y para las socialdemocracias de todos los países en que los partidos obreros han aprobado los créditos para el armamento y la movilización para la guerra.

Los partidos obreros de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Suiza, de los Países Bajos, de Dinamarca, de Noruega y de Suecia no han hecho nada, sino que por el contrario han ayudado al imperialismo europeo cuando éste ha amenazado con arruinar al proletariado por medio de esta guerra - que contiene en sí nuevas guerras imperialistas futuras¹⁶. El proletariado internacional en su conjunto, al no oponer resistencia a esta guerra, se ha desgarrado a sí mismo, ha permitido el pleno desarrollo de las fuerzas del capitalismo y del imperialismo internacional y ha asesinado la revolución.

¹⁶ El espacio de que disponemos no nos permite hablar del caso de cada país. El lector completará por sí mismo los detalles y las diversidades. En diferentes países hubo ciertamente grupos que votaron contra la guerra y los créditos; por ejemplo, un pequeño grupo en el parlamento alemán, el Independent Labour Party, etc. Desgraciadamente, no hubo comprensión real del imperialismo. Los sindicalistas, en su gran mayoría, han aprobado la guerra. Los anarquistas, naturalmente, la han considerado desde el punto de vista abstracto, desde el punto de vista del derecho, que se decía haber sido violado incluso en Bélgica.

6.- LAS CAUSAS DEL NACIONALISMO EN EL SENO DEL PROLETARIADO.

a – La ignorancia frente al imperialismo.

b – El reformismo.

Hasta ahora hemos visto las razones que han sido presentadas por los socialistas mismos.

Pero, ¿cuál es la verdadera causa de todo esto?

¿Cómo puede el proletariado renegar de ese modo de sus propios intereses y ponerse así al servicio de la burguesía?

Si buscamos la razón de ello, encontramos como primera causa ésta:

El proletariado no sabe todavía movilizarse como un todo internacional contra la burguesía.

La segunda causa es ésta:

El proletariado no sabe todavía combatir por objetivos lejanos y elevados, sino sólo por objetivos pequeños y cercanos.

Por esta razón, cuando debía combatir a escala internacional por sus objetivos no inmediatos, fue incapaz de ello.

No sabía qué hacer.

En una palabra: no conocía la lucha internacional por la suprema finalidad que es el socialismo.

En efecto, la lucha contra el imperialismo, dueño del mundo, es la lucha contra la expansión del capital, contra la naturaleza del capitalismo y la lucha por el socialismo.

Por tanto, la razón por la que el proletariado internacional actuó así fue la ignorancia. Ante todo la ignorancia.

La clase obrera, el proletariado internacional, necesitan un nivel de conciencia elevado si quieren actuar internacionalmente.

El nacionalismo del proletariado es de naturaleza muy distinta al de la burguesía. La nación es para el burgués la

organización político-económica que, por medio de su unidad y de su potencia, le da la posibilidad de hacer productivo su capital tanto en el interior como en el exterior. La nación domina, en su interés, a los obreros en el interior, defiende por las armas sus propios intereses y hace más grande su propia potencia en el exterior.

He aquí la razón del nacionalismo burgués, que es activo en el más alto grado, como el capital mismo.

Por el contrario, el obrero no tiene capitales, solamente recibe su salario. El obrero es nacionalista de forma pasiva, de igual modo que recibe su salario de manera pasiva.

Pero los obreros, en su aplastante mayoría, viven del capital nacional. El capital nacional es ciertamente su enemigo, pero es el enemigo que les da de comer. El obrero es, pues, nacionalista sólo pasivamente, pero lo es hasta un punto tal que ya no es realmente socialista, es y debe ser necesariamente... nacionalista.

Ya que la nación, el capital nacional, es la base de su existencia.

Cree, por tanto, y mientras no es socialista debe creerlo, que el interés del capital nacional es el suyo y que debe defenderlo contra sus enemigos puesto que la salvaguardia del capital es también su propia salvaguardia.

El nacionalismo del obrero consiste en un conjunto de numerosas sensaciones e instintos, la mayor parte ínfimos, que se unen al instinto de conservación y se amalgaman con él. Se trata, ante todo, del instinto de conservación de la vida por medio del trabajo y del salario. Y los sentimientos de la patria, de la casa paterna, de la familia, de la tradición, de la costumbre, de la amistad, de las relaciones, del pueblo, de la clase y del partido se unen a este sentimiento de conservación y se funden con él. Además, estos sentimientos se refieren inmediatamente al *yo* y están ligados estrechamente, pues, al instinto de conservación. En la vida cotidiana estos instintos existen en estado latente y más o menos adormecidos, pero se manifiestan con gran fuerza cuando un peligro amenaza o parece amenazar –

precisamente por esta conexión íntima con el instinto de conservación.

Estos instintos estallan en un incendio de pasión y odio contra el enemigo, de amor fanático por su propio país cuando el instinto de conservación se une a los instintos sociales de comunidad con los compatriotas, los camaradas de clase de la misma nacionalidad. Se necesita un alto nivel de conocimiento para que, en un momento dado y, de hecho, en todo momento, este instinto y estos sentimientos sean superados continuamente y para que la lucha de clases no sea dejada de lado en provecho de la guerra por amor a la nación.

El obrero debe saber que el nacionalismo, bajo la dominación del capitalismo, le traerá muchos más daños que ventajas. Debe saber cuáles son estas ventajas y cuáles son estos daños, y debe haberlos ponderado. Y este pensamiento y este saber deben ser de tal naturaleza, y haber penetrado en su conciencia de tal manera, que pueda no sólo superar, sino igualmente sustituir los instintos nacionalistas. Es una tarea extraordinariamente difícil y que requiere mucho tiempo.

En efecto, para tal fin es indispensable que haya en la clase obrera y en cada obrero un grado elevado de conciencia y de conocimiento del imperialismo.

El capitalismo está frente al obrero en la fábrica, en la oficina y en el Estado. Es, por tanto, nacional. El imperialismo está frente al obrero en la política exterior del Estado, en la gran banca, en los trusts capitalistas, en el armamento mundial y en la política mundial.

Se necesita un elevado grado de conocimiento para poder captar el lazo entre las cuestiones de la lucha del proletariado – tanto sindical como política – y la política mundial y el imperialismo internacional.

El obrero debe saber que el imperialismo domina toda la política, y debe saber de qué modo la domina. Debe saber que, al provocar guerras hasta el infinito, el imperialismo amenaza con la ruina y la escisión al proletariado. Debe saber que, bajo el imperialismo, no puede haber guerras de defensa. Finalmente, y principalmente, debe saber que el imperialismo (y

en este punto está tan estrictamente ligado al nacionalismo que está mezclado inextricablemente con él), une a todos los capitalismos nacionales contra el proletariado mundial, el cual debe, a su vez, estar unido contra él. El obrero debe saber, por consiguiente, que la lucha contra el imperialismo es la lucha por el socialismo.

Todo esto debe saberlo el obrero. Debe saberlo no por un conocimiento libresco o de cháchara, no por un conocimiento vano, superficial y fugaz, sino por medio de un conocimiento profundo y perfecto; esta concepción debe convertirse en la sangre de su sangre.

Y esto es una tarea larga y difícil. El conocimiento del imperialismo y la extirpación del nacionalismo son grandes pasos adelante, un progreso enorme en el avance de la conciencia y en la evolución del proletariado combatiente.

La nueva propaganda, necesaria para llegar a tales fines, es una de las tareas más sublimes, más bellas y más portadoras de frutos que pueda ser desarrollada al servicio del proletariado.

Contra el imperialismo, contra el nacionalismo y por el socialismo.

Pero todo esto, el proletariado no lo ha realizado nunca todavía. Siempre fue únicamente nacional y no combatió nunca internacionalmente.

Jamás ha luchado contra el imperialismo internacional.

El proletariado nacional y, por tanto, tampoco el proletariado internacional, no conoce la lucha contra el imperialismo internacional.

Ciertamente, entre los obreros de todos los países, y especialmente en Alemania, había grupos e individualidades que, con conocimiento y sabiduría, habían superado los instintos nacionales.

Ciertamente, la socialdemocracia había logrado arrancar de los corazones de numerosos obreros semejantes instintos. Y estos grupos e individualidades habrían luchado gustosamente contra la guerra con todas sus fuerzas. Sin embargo, a nuestro parecer, estos grupos y estas individualidades eran un número

muy reducido en Alemania. En Inglaterra, casi no había¹. Se podría decir otro tanto de Francia.

En segundo lugar, no están en el buen camino que permite luchar contra la guerra. E incluso aquellos que conocen el medio de luchar contra la guerra, no saben cómo utilizar este medio.

El único medio que existe contra la guerra imperialista, como veremos más adelante, es la acción nacional de masas del proletariado, aplicada al mismo tiempo por todo el proletariado internacional.

Si estos grupos obreros hubiesen sabido cómo utilizar este medio, si lo hubiesen tenido claramente ante sí, lo habrían escogido; y además habrían arrastrado con ellos grandes masas obreras.

Las razones por las que estos grupos no reconocieron esta vía serán expuestas en las páginas siguientes.

¿Cuál fue hasta hoy la historia de la Internacional?

Fue primeramente una liga de sindicatos y de grupos progresistas y socialistas que, de modo espléndido, especialmente en la política exterior y en las cuestiones políticas europeas, dieron expresión a los pensamientos y a los sentimientos de los grupos de la clase obrera más evolucionados, es decir, los grupos que estaban en la vanguardia; era una liga de sindicatos y de grupos progresistas y socialistas que, por primera vez en la historia universal, para estupor de los obreros y el terror de la burguesía, se ayudaban internacionalmente y estrechaban vínculos entre los proletarios; proclamaron públicamente el comunismo como su fin y la Internacional fue un faro espléndido para los obreros y la primera gran amenaza contra la burguesía internacional; sembraron así las semillas de los futuros partidos.

Un genio caminaba delante de ellos como un sembrador a través de los países de Europa y América.

Tenían **un** programa y **una** dirección que enviaba sus mensajes – salidos del cerebro de Marx – que iluminaban, como

¹ Las razones por las que el Independent Labour Party, en Inglaterra, está contra la guerra, son de naturaleza pequeño-burguesa. Sus miembros piensan que Inglaterra tiene suficientes colonias.

una antorcha deslumbrante, el camino del futuro y eran una guía para ellos.

Sin embargo, nunca hicieron nada más que manifestaciones.

Como consecuencia de las escisiones internas en la Internacional, ésta se deshizo en 1872 antes de que hubiese podido hacer más como totalidad. Era todavía demasiado débil para la lucha práctica e internacional pues los tiempos no habían madurado aún. Sólo había sembrado la simiente en los diferentes países.

Lentamente, los partidos nacionales y los sindicatos aparecieron entonces.

Entonces comenzó una gran época para los obreros.

En todos los países, grupos de hombres y de mujeres, entusiasmados por las ideas de Marx y de la Internacional, se lanzaron entre los obreros para hacer propaganda por el comunismo y el socialismo. Eran las mejores cabezas, los corazones más apasionados y fervientes, los templos más elevados y conocidos. En efecto, la lucha era pavorosa y erizada de peligros. La resistencia de la burguesía era encarnizada. La ganancia material era baja, si no nula.

Y los obreros que les escuchaban eran los mejores. Los más impetuosos, los más sagaces y los más valerosos.

Todos se lanzaron al mismo tiempo a la teoría y a la práctica.

La política obrera estaba entonces orientada hacia un fin teórico y grandioso: la revolución. Así era en numerosos países de Europa, en Alemania, en Austria, en Francia, en Bélgica, en Dinamarca, en los Países Bajos, en España y en Italia.

Este período se podría llamar el período teórico-práctico-revolucionario.

El número de participantes era todavía débil. Pero durante este período obtuvieron, en la mayoría de los países, resultados muy grandes. Lo mismo sucede con las reformas. El asalto de los obreros había sido tan poderoso y generoso, la estupefacción y el horror de las clases dominantes tan grandes, que estas últimas debieron concederles reformas. En muchos países,

las más grandes reformas del derecho electoral y de la legislación social datan de esta época.

Pero esta Internacional, estos partidos nacionales no se preocuparon más que de los problemas nacionales y de los intereses a corto plazo de la clase obrera.

Todos los partidos nacionales se volcaron en los problemas de la legislación, del parlamentarismo, de las elecciones. Todos los sindicatos se lanzaron sobre la cuestión de los aumentos de salario y la disminución de la jornada de trabajo, sobre la protección social de sus adherentes, etc.

A decir verdad, tenían un programa perfectamente socialista nacido del genio de Marx.

Pero este programa no era sino teoría, propaganda común, pero no era acción.

En los partidos nacionales no se planteó nunca la pregunta: ¿capitalismo o socialismo, reforma o revolución?

Esto duró muchos años.

Así la Revolución se convirtió sólo en teoría y la práctica se hizo reformista.

Durante este período nada impuso nunca a los partidos ser internacionalistas y rechazar en la práctica su nacionalismo.

Así, a pesar de toda la teoría, a pesar de la más bella y leal propaganda, a pesar de las más bellas consignas, la Internacional se convirtió en un complejo de partidos que aspiraban a una mejora de las condiciones de existencia y no lo deseaban sino para ellos a escala nacional.

Sin embargo, la verdad de una teoría o de una consigna no se demuestra más que en la práctica.

La gran masa del partido internacional se componía de hombres que tenían sed de mejoras de sus condiciones de vida, de las de sus camaradas de clase y de sus conciudadanos. No querían más. El socialismo internacional no era más que su consigna más elevada. Para el internacionalismo, faltaba la acción práctica.

Así fue incluso en la hermosa época heroica de los alumnos de Marx y de la vieja Internacional; este período revolucionario teórico-práctico comienza con Lasalle y declina poco

a poco para acabar en 1890. La Internacional era al principio un complejo de partidos que vivieron rápidamente cada uno para sí, y por esta razón no estaba ya unida por ningún vínculo exterior.

A este período teórico-práctico-revolucionario siguió, en los países de Europa de los que hablamos aquí, otro período.

Las grandes masas obreras proclives al reformismo fueron atraídas por el éxito de los partidos obreros. Estaban compuestas por los obreros más pasivos, menos radicales y menos animosos; era la masa, compuesta de obreros medios.

Bajo el régimen capitalista, la masa es aplastada por el trabajo y le es imposible toda evolución espiritual. Esta masa, en todo caso su mayoría, no se ocupaba y no podía ocuparse más que de las cosas cotidianas, del trabajo, del alimento, etc. He ahí lo que era la masa.

La lucha se había hecho más fácil. Los partidos obreros habían conseguido finalmente ser reconocidos. Los gobiernos y los capitalistas habían hecho un cierto número de concesiones y habían venido al encuentro de estos partidos obreros.

La gran masa nacional estaba ávida de reformas.

Pero de reformas solamente. Y es esta masa la que se hizo preponderante.

Con la gran masa se podía conquistar la potencia. Con muchos votos se podían conquistar escaños en el parlamento. Se dio menos importancia a la calidad de los electores.

Entre estas masas, en los sindicatos nacionales y en los partidos nacionales, se luchaba exclusivamente por la reforma.

La mejora de la calidad de la vida se convirtió en el objetivo. La teoría y la dimensión revolucionarias fueron olvidadas. De igual modo se dejó de lado el contenido internacional de la lucha. Todas las consignas revolucionarias e internacionales se transformaron en palabras huecas y frases formales.

Después vino el revisionismo, que teorizó esta práctica. Dio origen a la teoría que afirma: ¡obreros, obreros de la nación, uníos por las reformas! La reforma, el movimiento, lo es todo. Uníos también con la burguesía o con una parte de ella y conseguiréis aún más reformas.

Esta doctrina arraigó en las cabezas de los obreros, accesibles a tales ideas tanto más cuanto que sobrevinieron después varias fases de prosperidad y una oleada de oro inundó Europa; después de las oleadas llegadas de California y de Australia, vino la del Transvaal. Las ideas revolucionarias palidecieron cada vez más en las cabezas de estos obreros y ya no pensaron más que en las reformas. En eso se convirtió la masa.

A continuación se impusieron nuevos jefes.

En los comienzos, los jefes habían sido los hombres de principios. Hombres que se habían inflamado con la idea del socialismo, que ponían el socialismo por encima de todo y que lo esperaban todo de su trabajo de propaganda. Eran hombres que tenían el mayor coraje, un espíritu y una voluntad verdaderamente revolucionarios, así como una fuerza revolucionaria verdaderamente poderosa. Eran hombres que intentaban, y muy especialmente cuando no eran obreros, destruir en ellos el ser burgués, identificarse completamente con la clase obrera. Estos hombres se identificaban, o intentaban identificarse, con la idea de que podían hacerse de una clase obrera que combatía por su propia emancipación. Estos hombres ajustaban todas sus palabras, todos sus actos y todas sus propuestas a este ideal.

Con una claridad más o menos grande, anunciaron a los obreros la revolución.

Y fue el período de Bebel, Guesde, Liebknecht, Plejanov, Axelrod, Kautsky, Mehring, Labriola, Lafargue, Hyndman, Quelch, Domela Nieuwenhuis en su primer período y tantos otros.

Pero con el crecimiento del movimiento vinieron otros jefes.

Filántropos, moralistas, burgueses altamente cultivados, ambiciosos, hombres desprovistos de toda conciencia, embaucadores de masas. Fueron muy numerosos, a la vez débiles y bien intencionados, los que no sabían nada del socialismo ni de su teoría. Hubo quienes se engañaban a sí mismos, politicastros de profesión que hacían del socialismo un oficio, una industria rentable y su medio de vida.

Todos aceptaron el revisionismo por filantropía, por moral burguesa, por inteligencia, por ambición, por estupidez, por ignorancia, por falta de carácter y de conciencia o por sentido práctico. Para todos, la revolución es algo malo e imposible, o demasiado lejano. Por su parte, la reforma es posible, al alcance de la mano, buena y ventajosa. ¡Pero los obreros son tan débiles e ignorantes, el número de sus votos en las elecciones a los parlamentos y en los consejos municipales es tan poco elevado, que hay que llegar a compromisos con la burguesía!

Los viejos y los radicales comprendieron que los más grandes ideales revolucionarios estaban en trance de desaparición. Se opusieron a este movimiento.

¿Pero para qué? Las grandes masas se habían hecho reformistas en todas partes hasta tal punto – las reformas ante todo, frecuentemente, incluso, sólo las reformas – que siguieron muy pronto a los reformistas y ya no tuvieron en cuenta los consejos de los idealistas radicales, que no podían desencadenar la revolución.

De este modo, la revolución se convirtió cada vez más en un problema abstracto en el que, ciertamente, continuaban pensando los mejores, pero sólo de cuando en cuando como en algo bonito y grande; la revolución se convertía cada vez más en una cuestión puramente sentimental remitida a un futuro muy lejano. Pero en la práctica, la lucha por las reformas se hizo la norma y lo cotidiano, único objeto de los pensamientos de la masa.

El movimiento sindical, que luchaba sólo por objetivos limitados, y que no conseguía satisfacción más que gracias a pequeñas concesiones hechas por los patronos y a través de contratos concertados con estos últimos, favorecía con todas sus fuerzas semejante evolución.

Las direcciones de los sindicatos estaban en todas partes en manos de los reformistas. Los reformistas estaban en todas partes, en la dirección del partido, en las redacciones de los periódicos, en los consejos municipales y en los parlamentos. En todas partes constituían la mayoría y en la mayoría de los países eran la única potencia dirigente.

Pero tanto en el movimiento sindical como en los partidos políticos, son los jefes y los diputados, por tanto, las individualidades, los que vencieron – incluso si se trataba sólo de una victoria aparente – en los parlamentos y en los consejos municipales frente a los otros partidos y en las conversaciones con los patronos.

El centro de gravedad se desplazó, pues, de la masa a los jefes. Se formó una burocracia obrera.

Sin embargo, la burocracia es conservadora por naturaleza.

La masa, completamente dominada por el deseo de mejoras inmediatas y no por el de revolución, fue aún reforzada por los jefes. La masa lo abandonó todo en manos de los jefes y se hizo muelle e indolente. Y cuanto menos activas y conscientes de sus fines eran las masas, más se veían los jefes a sí mismos como los verdaderos gestores del movimiento. Y más comenzaron a creer estos jefes que la acción proletaria de los obreros consistía, en primer lugar, en la táctica y el compromiso puesto a punto por ellos mismos y que los obreros debían contentarse con votar correctamente, pagar la cotización a la sección sindical y participar de vez en cuando en una lucha sindical o en una manifestación. Estos jefes creyeron cada vez más que la masa era una masa pasiva que debía ser guiada y que ellos mismos eran la fuerza activa.

Esta fase es la segunda fase del movimiento socialista, que sucedió a la primera, la fase teórico-práctico-revolucionaria. Se la podría llamar la fase teórica y prácticamente reformadora².

² En el curso de esta fase – ya lo hemos dicho – que coincide en líneas generales con el ascenso del imperialismo, se concedieron el menor número de reformas, al menos en los países imperialistas más poderosos, como Alemania, Francia, los Países Bajos y Bélgica (Inglaterra, como veremos, representa una excepción). Mientras que en los períodos revolucionarios hubo importantes mejoras en la legislación social, ahora prácticamente ya no hay.

Los Países Bajos son un muy buen ejemplo. La primera oleada revolucionaria trajo una importante mejora del derecho electoral. A través

Lo mismo ocurrió en Inglaterra con el Labour Party. Lo mismo sucedió en Francia y aquí fue incluso peor, puesto que algunos socialistas llegaron a ministros. En Bélgica se consiguió ahogar la acción de masas por el derecho electoral, en los Países Bajos el movimiento obrero fue encadenado al liberalismo y en Italia el movimiento fue vendido a los radicales. En Alemania, se desplegó una política de apaciguamiento y se estranguló la acción de masas por el derecho electoral en Prusia. Lo mismo se produjo en Suecia, en Dinamarca, en Suiza y en todos los demás países, con especificidades determinadas por las condiciones políticas y económicas particulares, pero en todas partes con el mismo resultado: desviación del proletariado de la idea revolucionaria e interés sólo por las reformas, sumisión a los jefes, renuncia a toda acción de masas.

de la propaganda revolucionaria teórico-práctica se obtuvo la ley sobre los seguros contra los accidentes que concedía a los obreros que habían quedado inválidos por los accidentes de trabajo un 70% de su salario sin que tuviesen que pagar ninguna contribución. Durante el período reformista, los pobres – y no los obreros – si eran muy pobres, si se comportaban bien y si la municipalidad los tomaba a su cargo, conseguían la promesa de cobrar 2 florines a la semana. Por tanto, caridad pública. Derecho a limosna: he ahí el paso del período revolucionario al período reformista.

Se observa la misma cosa en Alemania. La legislación social se consiguió por la lucha radical; la táctica reformista no acabó en nada. Lo mismo en Bélgica: ampliación del derecho electoral gracias a la táctica revolucionaria. Con la táctica reformista: nada.

Y, ¿qué consiguieron en Francia Millerand, Briand y Viviani?

Se podría preguntar uno: ¿cómo es que precisamente bajo el imperialismo, que hace imposible toda reforma, florece el reformismo?

La respuesta es ésta: para los reformistas, el movimiento obrero y el socialismo consiste únicamente en la lucha por las reformas. No pueden concebir otro movimiento obrero. Por consiguiente, cuantas menos reformas eran realizadas, tanto más debían dar a entender que había que reivindicar otras nuevas y luchar por ellas. Sin esta lucha por las reformas, toda su existencia y, según ellos, incluso el movimiento obrero, no habrían tenido ninguna finalidad y habrían perdido toda sustancia. Y esto era tanto más cierto bajo el imperialismo, porque precisamente éste hacía imposible toda reforma.

Los partidos obreros de Francia, Inglaterra, Alemania y de todos los países se convirtieron en masas que no se interesaban más que en bagatelas nacionales. Pero con el militarismo y el imperialismo, que exigían para su despliegue todo el dinero disponible, las reformas mismas se hicieron imposibles y sólo fueron posibles las bagatelas.

Cuanto más reformas prometían los reformistas, más desmoralizadas estaban las masas. En efecto, nada es más desmoralizante y ruinoso que hacer falsas promesas a las masas al tiempo que nada se consigue y las masas continúan esperando con confianza las reformas.

Pero el imperialismo internacional se hace cada vez más poderoso. Y cada vez era más necesaria la potente y vasta perspectiva internacional, en lugar de las preocupaciones nacionales. Por eso, e incluso sin quererlo, más por instinto que por clara conciencia, todos estos partidos ya corrompidos por el reformismo fundaron la segunda Internacional, ese cuerpo vacío que conocemos y que hoy se ha deshecho.

Los reformistas hicieron converger todas las miradas de esa poderosa clase mundial que someterá todas las fuerzas de la tierra, de la naturaleza y de la sociedad, en esos mezquinos aumentos de salario y en la mediocre legislación social, tomados ambos como único fin. Atraeron la atención de los obreros – de esa clase que debe vencer a la mayor potencia mundial que jamás haya existido, el capitalismo y sus gestores, el capitalismo de los grandes bancos, de los trusts y del imperialismo – hacia sus bellas palabras, con las que embaucaron a esos obreros diciéndoles que debían creerles y marchar con ellos.

Esta clase poderosa fue domeñada así por algunos jefes ambiciosos, ignorantes o idiotas. Esta clase fue a su ruina por su falta de juicio y su servilismo.

Una vez más, lo que entonces tuvo éxito lo había tenido ya mil veces en el mundo, pero no debía haber triunfado ahora que esta clase tenía como misión conquistar el poder, el poder exclusivo y total; pero se ha logrado, con engaños, reducir esta masa al estado de esclavitud.

Y esto le ha salido bien a la burguesía gracias a los reformistas y a la socialdemocracia.

Estos reformistas llegaron hasta ser favorables a la expansión del capital en las colonias y las esferas de influencia, en una palabra, se hicieron partidarios de la política colonial. No se preguntaban si el proletariado se hacía consciente de su misión de clase, si maduraba para la revolución, si íntima y espiritualmente se hacía revolucionario y socialista.

No se interesaban más que en la ganancia momentánea... del capitalismo.

La política colonial nacional y el imperialismo – así como la guerra imperialista – pueden, como hemos dicho más arriba, por medio de la expansión capitalista que permiten, ayudar a la nación y su burguesía a hacer ganancias enormes. La política colonial permite nuevos empleos para el capital, hace que la industria se ponga de nuevo en marcha y acrecienta la riqueza. Acrecienta en una medida extraordinaria el comercio, los transportes, en una palabra, toda la vida económica de la nación. A decir verdad, si el proletariado se asocia a ella, provoca también la decadencia de la conciencia de clase en las masas y, por tanto, a largo plazo, la decadencia del proletariado. A decir verdad, aporta al proletariado una grave opresión, impuestos, el militarismo, la guerra y las disensiones. Pero todo esto importa poco a los reformistas. Con tal de que el capital crezca y prospere.

Por esta razón, numerosos reformistas y los grandes burgueses se convierten en los defensores de la política colonial y, por tanto, del imperialismo. Así, por ejemplo, Schippel y Calwer en Alemania. Van der Velde, que aprobó la anexión del Congo en Bélgica y Van Kol en los Países Bajos, que aceptó un puesto en el gobierno que favorecía el imperialismo en las Indias neerlandesas, etc.

Otros reformistas son favorables a la política colonial a causa de las pequeñas mejoras inmediatas que puede aportar al proletariado, sin preguntarse un solo momento cuáles pueden ser las consecuencias para el futuro.

Ya hemos visto más arriba que la política colonial y, por tanto, el imperialismo, pueden aportar pequeñas ventajas inmediatas a pequeños o, incluso, más importantes grupos obreros; por ejemplo, trabajo o salarios. Migajas de la mesa dorada de las ganancias coloniales caen igualmente para los pequeños burgueses, los pequeños patronos y los tenderos.

Por esta razón, los reformistas pequeño-burgueses alemanes – Bernstein, Noske, etc.- están a favor de la política colonial. Lo mismo ocurre con los reformistas pequeño-burgueses en los Países Bajos, como Troelstra, Vliegen, el grupo parlamentario, todos los jefes y casi todos los miembros del partido socialdemócrata obrero, todos los cuales son hostiles a la independencia e inmediata liberación de las Indias neerlandesas.

Por esta razón, en todos los países imperialistas que poseen colonias – Inglaterra, Alemania, Países Bajos, Francia y Bélgica – e igualmente en todos aquellos que aspiran a tomar una parte predominante en el comercio mundial, a obtener una influencia mundial y convertirse en una potencia mundial – Italia, América, Australia, etc. – un cierto número de jefes y una parte de las masas obreras son favorables a la política colonial, es decir, al imperialismo.

Y era precisamente la política colonial la favorecida por el revisionismo.

Y prometían a los obreros que les aportaría grandes ventajas.

Los obreros, preocupados por sus intereses inmediatos, se dejaron atrapar.

Los obreros se convirtieron, como los reformistas, en partidarios de la política colonial sobre la que está fundado el imperialismo y se convirtieron, por tanto, en partidarios del imperialismo.

Pero el imperialismo es nacionalismo.

El imperialismo, que estaba cada vez más cerca, amenazaba a los obreros con la guerra, la muerte, con ruinas y disensiones, debía asesinarlos como individuos y como clase y después debilitarlos infinitamente y destruirlos. El imperialismo, con su militarismo y su cortejo probablemente infinito de

guerras, debía impedir todas las reformas ahora y durante muchos años. Este imperialismo y esta política colonial es la que aceptaron los obreros de los reformistas, de los socialdemócratas y, por tanto, de los partidos de la Internacional³.

Por tanto, en los años que precedieron a esta guerra, la Internacional aceptó el imperialismo y su propia ruina, causada tanto por la burguesía como por ella misma.

Los obreros, ávidos solamente de ventajas inmediatas, deben aceptar lógicamente la política colonial, es decir, el imperialismo y el nacionalismo que les prometen precisamente estas ventajas inmediatas.

Únicamente aquel que ve más lejos, se da cuenta de que, a largo plazo, la política colonial traerá más daños que beneficios; y, sobre todo, aquel que ve cómo la política colonial divide y desgarrar al proletariado. En una palabra, sólo aquel que piensa de modo realmente revolucionario y socialista puede oponerse al imperialismo nacional a pesar de las ventajas que puede procurar momentáneamente.

Y sólo aquel que, reflexionando aún más profundamente, se da cuenta de que el imperialismo une contra el proletariado a todos los capitalismos del mundo, puede extirpar completamente de su propio corazón el nacionalismo y unirse con el proletariado mundial en una única asociación y por una única lucha revolucionaria contra el capital mundial.

Pero después de las oleadas del reformismo y del revisionismo, ha desaparecido toda percepción teórica profunda y clara, así como todo sentimiento revolucionario e internacional.

Por consiguiente, el reformismo es el responsable de que los obreros, ya muy preocupados por las pequeñas ventajas momentáneas, no pensasen más que en la obtención de éstas.

El reformismo es el responsable, pues, de que los obreros, ya nacionalistas sin ninguna duda, se hiciesen aún más nacionalistas.

³ Había socialdemócratas que querían votar los créditos de guerra con el único fin de obtener reformas; reformas que no podían ser concedidas por el imperialismo. Así, por ejemplo, el partido socialdemócrata obrero de los Países Bajos (S.D.A.P.).

El reformismo es responsable de que los obreros apoyasen la política colonial cuando el imperialismo se aproximaba.

Es también causante de que, al tiempo que el imperialismo se acercaba, se desviase de él la atención de los obreros y que éstos no tuviesen ningún conocimiento de ello.

El reformismo es la causa de que, en todos los países, los jefes de la Internacional obrera y los obreros mismos – a pesar de lo que ellos hayan podido pensar de sí mismos y a pesar de lo que hayan declarado – fuesen en realidad nacionalistas, imperialistas y – cuando la guerra amenazaba – también patrioteros.

Más que la ignorancia del proletariado, son los reformistas y el reformismo los responsables de que el proletariado haya abrazado la causa del imperialismo y la guerra mundial hasta su propia ruina. Es culpa suya si el proletariado no se ha defendido – y no se ha reforzado al defenderse – sino que, por el contrario, ha estado jubiloso y entusiasmado ante su propio debilitamiento.

Los reformistas no buscaban más que las reformas y por esta razón llegaron a ser nacionalistas e imperialistas.

Sólo se interesaban en la obtención de reformas dentro del marco nacional, y por esta razón fueron vencidos por la fuerza internacional del imperialismo.

Si se reflexiona hoy sobre que tales partidos no actuasen más que nacionalmente, sobre que nunca se había presentado la ocasión para una acción compleja, unificada e internacional contra el capital; sobre que la lucha por objetivos nacionales sólo se libraba dentro de las mezquinas fronteras nacionales; sobre que no se elevaba uno a la concepción de la lucha de la totalidad del proletariado mundial contra la totalidad del capital mundial; sobre que esta lucha era la única lucha real; si se reflexiona, pues, sobre todo esto, entonces hay que admitir ciertamente que la clase obrera no comprendió todo esto y continuó, como de costumbre, luchando, en su pequeño marco nacional limitado, por ventajas momentáneas y egoístas al tiempo que se acercaba lentamente el gran choque mundial entre capital y trabajo, obra del imperialismo que provocaba este choque

mundial que, no obstante, alineaba a toda la clase obrera contra el capital mundial.

Sólo en Alemania pequeños órganos del partido enseñaron al proletariado qué era el imperialismo.

La mayoría de ellos, y entre éstos incluso el órgano central **Vorwärts** y el órgano científico **Die Neue Zeit**, hizo lo posible para ocultar el fenómeno del imperialismo, es decir, para no hacer del imperialismo el eje alrededor del cual se movía la política y para no hacer de él el centro de las preocupaciones y de la acción del proletariado. En todos los demás países, a excepción de la **Tribune** en los Países Bajos, no hubo ningún otro órgano, que sepamos, que actuase de otro modo.

Los revisionistas: Bernstein, Adler, Vandervelde, Jaurès, Liegen, Branting – sólo citamos los más famosos – habían atraído la atención del proletariado sobre bagatelas. Los obreros cayeron en la trampa.

Y se beneficiaron de un impuesto más justo y de una jubilación – de hecho, casi siempre se trató sólo de una promesa de todo esto – con la posibilidad de aliarse con los liberales, los progresistas o los radicales, que les otorgarían un derecho electoral más favorable...

Los obreros dirigían la mirada hacia los jefes, hacia el parlamento, y ellos mismos permanecían totalmente pasivos. La salvación ya no debía venir más que de los jefes y de los parlamentos.

Lentamente, pero con seguridad, el imperialismo se acercaba.

Egipto fue ocupado, después lo fue el Transvaal y China. Alemania, la potencia capitalista mundial, fue cercada por las potencias enemigas.

Los obreros no se percataron de nada.

¿Sabes tú, ¡oh lector!, qué es el imperialismo? Es la forma más alta de la lucha de clases que jamás ha existido.

Por consiguiente, es también la más perfecta y decisiva refutación del revisionismo; la refutación que lo tira por tierra.

La teoría revisionista jamás ha significado nada. Kautsky la refutó inmediata y definitivamente. No ha quedado nada

de las teorías revisionistas, tanto de la del apaciguamiento de la lucha de clases y de la del gradualismo como de sus grandes esperanzas que basaba en los trusts, en el desarme, en las clases medias y en el neo-liberalismo; nada de esto se ha realizado. La teoría carecía de base, y entonces los revisionistas se han refugiado en el dominio de la práctica en la que han confinado a los obreros y los han envenenado con el opio de vanas esperanzas.

Pero esta práctica, lo único que les quedó a los revisionistas, ha sido agarrada por la garganta y liquidada por el imperialismo.

Piensa, ¡oh lector!, cómo se ha realizado esta evolución.

Los obreros de todos los países se ocupaban de bellos proyectos que los reformistas habían hecho brillar ante sus ojos. Se ocupaban de los seguros obreros, de las propuestas de reformas fiscales, de leyes electorales y de jubilaciones que esperaban ver conseguidas con la ayuda de los liberales. ¡Qué no hicieron con tal de obtener el menor progreso! Aquí, se entró en un ministerio, allí se hizo una alianza con los liberales, se arrastraron por el polvo, en otro lugar se humillaron, se moderó su acción e incluso se expulsó a veces a los marxistas.

Todos estaban preocupados por estas acciones de poca envergadura. Como minúsculos enanos, los miles de diputados estaban manos a la obra y los millones de las masas estaban a la espera.

Durante este tiempo, la ruina y la muerte se acercaban.

Pues el imperialismo es la ruina y la muerte.

Para millones de obreros, para sus hijos, para sus mujeres, para sus padres, para sus madres. El imperialismo es el estancamiento, la regresión y la muerte de sus organizaciones para mucho tiempo.

Los revisionistas, Troelstra, Südekum, Scheidemann, Anseele, Turati, Frank, Mac Donald, se exhibían con la burguesía y prometían votar por todo – incluso por los presupuestos de guerra –, visitaban a los príncipes, a los generales; prometían a la burguesía sus votos y a los obreros montañas de oro, mejoras de sus condiciones de vida, la democracia, etc., con tal de que los obreros los eligiesen para los consejos municipales, para los

escaños de diputados y para los ministerios y con tal de que los dejaran hacer... Durante este tiempo, la primera gran guerra imperialista verdaderamente mundial se acercaba lenta y sigilosamente.

Los revisionistas habían prometido reformas para la época presente. La reforma viene bajo forma de muerte. Los revisionistas habían prometido la democracia a los obreros. La igualdad vino, pero con la muerte. De hecho, capitalistas y obreros son iguales en la muerte. Los revisionistas habían prometido el sufragio universal sólo con la condición de confiar en los liberales. ¡Los liberales han dado a los obreros el derecho de voto, pero en la muerte! Una vez muertos, los miles de obreros protestan contra el revisionismo por su muerte.

Los revisionistas prometieron la reconciliación de las clases con tal de que se siga su táctica. La guerra une todas las clases en la muerte.

¡Los revisionistas también habían prometido la reconciliación de la humanidad, así como el desarme! Los pueblos de la tierra se enfrentan armados hasta los dientes y chorreando sangre, a lo largo de frentes de miles de kilómetros.

Los revisionistas han prometido el apaciguamiento de la lucha de clases. La guerra mundial y el imperialismo de todas las naciones representan una exacerbación de esta lucha de clases como nunca conoció la sociedad desde que el capitalismo existe.

Los revisionistas prometieron ventajas gracias a la política colonial. Ahora bien, es precisamente esta política colonial la que trae la ruina. Los revisionistas prometieron reformas para el futuro. Después de esta guerra, nuevas guerras amenazan, así como una nueva carrera hacia los armamentos. Por consiguiente, no se constata más que deterioro y ruina y, evidentemente, ninguna reforma.

Una clase que ha escuchado durante veinte años que debe confiar en la burguesía, ya no puede combatirla.

Los revisionistas, con los partidos burgueses, al prometer a los obreros mejoras de sus condiciones de vida, los deslumbraban con promesas y preparaban la ruina del proletariado.

Y he aquí la cima del engaño revisionista en la que debemos detenernos.

Pero esta cima es también la ruina del revisionismo y de la lucha exclusiva por las reformas.

Es la ruina de esta segunda fase de la lucha de los obreros, la que llamamos reformadora.

En efecto, los reformistas, al mismo tiempo que los capitalistas y la falta de conocimiento de los obreros, no son sólo la causa de la impotencia, de la ignorancia y de la cobardía actuales del proletariado así como de su nacionalismo, de su patriotería y de su imperialismo, de la misma manera que no son sólo responsables de la miseria, del debilitamiento y de la escisión actuales del proletariado; también comparten la responsabilidad y son cómplices de todo lo que ocurrirá después de la guerra: el debilitamiento del proletariado para muchos años, la miseria, la ausencia de toda reforma, la necesidad de comenzar de nuevo la lucha por la revolución con un proletariado muy debilitado y, quizá, espiritualmente desmoralizado.

¡Ojalá que el desenlace de esta guerra y la carrera a la miseria con todas las demás consecuencias puedan extirpar de las filas de los obreros a los reformistas y a todos aquellos que se les parecen!

Desde hace ya muchos años, el autor de este libro y el partido al que pertenece han puesto en guardia al proletariado de su país. Él y los miembros de su partido, en múltiples campañas, en numerosos escritos y artículos de periódicos sobre el imperialismo, han afirmado, hasta el estallido de la guerra, que ninguna de todas las bellas promesas de la burguesía y de los revisionistas podría ser mantenida porque el militarismo, la política colonial y, en una palabra, el imperialismo, exigen para sí la totalidad de los capitales, obstaculizan toda posibilidad de progreso, agravan las cargas y, según toda probabilidad, preparan una guerra mundial e incluso una era de guerras mundiales.

Por esta razón, nosotros condenamos la colaboración con los partidos burgueses, que no serviría para nada.

Por esta razón los revisionistas nos expulsaron de la socialdemocracia neerlandesa y tuvimos que fundar nuestro propio partido.

Fuimos expulsados de la socialdemocracia a causa del imperialismo que nosotros queríamos combatir y que ellos, por el contrario, querían apoyar.

Los obreros pueden ver hoy quiénes tenían razón.

7 – LA ACCIÓN NACIONAL DE MASAS

Y, sin embargo, el imperialismo no podía difundirse por el mundo sin constreñir a los obreros a un nuevo gran conflicto.

Los revisionistas, los diputados, los jefes y los dirigentes sindicalistas, en sus pequeños círculos restringidos, no podían percatarse del advenimiento del imperialismo; por el contrario, intentaban por todos los medios aprisionar a los obreros en sus luchas por objetivos irrisorios. Sin embargo, el capital mismo, con su nueva y enorme expansión en todos los países, hace vanas sus aspiraciones o, al menos, las desmiente.

El imperialismo conlleva automáticamente enormes gastos estatales, impuestos elevados, tasas sobre las importaciones, hambres, disminuciones de los salarios reales, la omnipotencia de las organizaciones patronales, la disminución del poder de los sindicatos, el estancamiento de la legislación social y la decadencia del parlamentarismo.

Los reformistas tratan lo más posible con la burguesía. Intentan también prostituir lo más posible a la clase obrera. Además, los jefes de los sindicatos forman una burocracia que obstaculiza la libertad de movimiento de los obreros, desvía su vida de clase a una vía mezquina, y finalmente esclaviza y pulveriza su espíritu. El desarrollo del capitalismo hacia el imperialismo se hace sentir cada vez con más fuerza.

El capital no es una potencia paralizada, muerta o estancada, de la misma manera que no es sólo una fuente viva de abundantes beneficios. Es una fuerza que se desarrolla incesantemente engendrando siempre conflictos.

¿Y cuáles son las características, cuál es la nueva fuerza, cuál es la nueva evolución, qué aporta de nuevo este nuevo período capitalista que es el imperialismo? ¿Qué nuevos conflictos engendra el imperialismo?

¿Cuáles son las grandes transformaciones que aporta hoy este imperialismo a la vida de los obreros?

¿Qué aporta hoy de positivo el imperialismo a los obreros atacándolos?

¿Qué poder positivo aporta el imperialismo por primera vez hoy al proletariado?

La gran novedad positiva es que la masa debe comenzar a actuar por sí misma.

En el período pre-imperialista – tras los primeros tiempos de la unión de los obreros y de sus primeros levantamientos revolucionarios teórico-prácticos contra la burguesía – la acción fue guiada lo más frecuentemente por pequeños grupos y por sus jefes.

Pero contra los trusts, contra los bancos y los gobiernos imperialistas, contra el imperialismo mismo, muy poco pueden hacer pequeños grupos y, con mayor razón, los jefes, aun con la táctica más astuta.

¿Qué puede hacer contra un trust la dirección de una agrupación sindical? ¿Qué puede hacer contra un parlamento imperialista un diputado solo o incluso un grupo parlamentario?

Cualquiera que sepa lo que significa el poder de un trust frente a un sindicato, el poder de un banco sobre la economía y sobre la política de un país frente a la representación popular, y el poder de un gobierno imperialista, que quiere la guerra, frente a un partido parlamentario, reconocerá que al lado de la representación en el parlamento y al lado de los jefes, la acción de masas es igualmente necesaria.

El poder que hace frente a los obreros es enorme. Este poder es aumentado sin límites por los trusts y el imperialismo.

Para que los trusts, las organizaciones patronales y el gobierno se vean constreñidos al progreso, a pesar del imperialismo, la masa debe salir a la calle.

La masa nacional.

Para el proletariado no hay otra vía que conduzca al progreso y a la reforma.

Para el proletariado no hay otra vía que conduzca al futuro, a la sociedad de la libertad, de la igualdad y de la unidad.

Una nueva fase comienza.

La fase teórico-radical fue la primera. Sirvió para propagar las semillas del futuro.

La fase reformadora fue la segunda. Se dividió en revolucionaria-reformadora y en revisionista-reformadora. Sirvió para conseguir las reformas que era posible conquistar.

He aquí ahora el tercer período. Permite reunir a las masas contra el capital bancario, contra los trusts y contra los gobiernos imperialistas.

Interpela a las masas.

La primera fase invitaba al individuo singular al conocimiento teórico.

La segunda fase invitaba a las masas a luchar por las reformas a través de los jefes.

La tercera fase invita a las masas a la acción revolucionaria.

Con esta fase, alcanzamos el radicalismo más elevado¹.

¿Comprendes tú, ¡oh lector!, lo que esto significa? La masa aparece en escena.

Esto significa que, al fin, la masa se despierta. Esto significa que comienza a actuar sin jefes o, al menos, sin que su cooperación tenga mucha importancia.

Esto significa que damos un paso adelante más grande de lo que jamás lo dio la clase obrera.

Esto significa que estamos muy próximos de nuestra meta final.

¹ Esta fase es infinitamente más radical que la conocida por Marx.

Para el proletariado no hay otra vía para alcanzar el socialismo.

La masa debe comenzar ahora a actuar por sí misma, ha llegado su hora.

El capitalismo, al producir por su evolución los trusts, la gran banca, el parlamento y el gobierno imperialistas, no permite que sea de otro modo.

A pesar de todas las bellas palabras, de todas las promesas y todos los convenios acordados con la burguesía, a pesar de todos los engaños a expensas de los obreros y de todos los esfuerzos por parte de los empleados permanentes sindicales y de los diputados para monopolizar todo el trabajo desde la cima a la base, la masa ha asumido su tarea.

En Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en Inglaterra, en los Países Bajos, en Francia, en Bélgica, en Italia, en España, en Austria y en Rusia, el proletariado mismo, por medio de huelgas generales, de huelgas de protesta y de manifestaciones, por medio de huelgas económicas y políticas, por medio de huelgas de toda la población obrera, ha mostrado que se había percatado de la nueva evolución. Con ayuda de la huelga general, ha ayudado a los pequeños sectores del proletariado contra sus capitalistas, ha vencido a grandes empresas capitalistas, ha sacudido ciudades y países; por medio de la huelga general como consecuencia directa de la guerra imperialista, el proletariado ha hecho la primera revolución proletaria.

En Inglaterra, estos últimos años el proletariado se había arrojado con furia a huelgas contra la voluntad de los jefes y bajo los efectos del imperialismo. Y la manifestación hecha hace algunos años por el proletariado alemán contra el derecho electoral en Prusia, era un intento de oponerse a la evolución imperialista que cada día se hacía más poderosa.

En los Estados Unidos, estos últimos tiempos los obreros se han servido muchas veces de la acción de masas para arrancar reformas a los poderosos trusts y para defender su derecho a la asociación.

Desde hace años ya, la clase obrera de Europa y América se agita para quebrantar el imperialismo o al menos para

obtener, en la lucha contra él, nuevas fuerzas y una unidad más potente y compacta.

La acción de masas ha venido... por sí misma.

La acción contra el imperialismo es **a priori** y por naturaleza acción de masas.

La acción contra la guerra imperialista no puede ser más que la acción internacional de las masas. Sólo si el proletariado nacional comprende que el capitalismo extranjero debe ser combatido con el mismo título que el capitalismo nacional, podrá entonces unirse con el proletariado internacional para rechazar la guerra y ponerle fin.

Pero la acción de masas del proletariado se ha limitado hasta ahora a una pequeña escala, inconsciente de la gran causa y del gran fin. En una palabra, todavía estaba sin organizar y... era nacional.

Durante esta fase, el capital concentrado, el trust, la gran banca, el imperio de los ricos y el imperialismo de los potentes imperios no pueden ser combatidos y vencidos más que de manera consciente, organizada e internacional.

8 – LAS CAUSAS DEL NACIONALISMO EN EL PROLETARIADO.

c - Los radicales* y Kautsky.

Todavía no hemos mencionado todas las causas y fuerzas adversas que impidieron a la clase obrera abandonar la antigua vía nacional para comprometerse en la vía grandiosa del internacionalismo.

* Conservamos el término “radicales”: designa a Kautsky y sus partidarios (nota del traductor francés).

Contra la nueva arma de los obreros – la acción de masas – una nueva fuerza entra en escena, además del revisionismo, para cerrarle el paso.

Esta nueva oposición vino de parte de hombres cuyo pasado no permitía prever esta evolución. Vino de marxistas o de obreros radicales y de jefes de partidos socialistas.

En el paso obligado del proletariado de la antigua a la nueva táctica, paso combatido por sus representantes y por pequeñas partes del proletariado, y hasta la acción de masas en general y la huelga general en particular, y en el paso del proletariado de la acción nacional a la acción internacional, los partidarios y los jefes de la antigua táctica le cerraron el paso; pero estos adversarios no eran sólo los revisionistas, sino también marxistas.

Más precisamente, estos marxistas fueron aquellos que habían sido los dirigentes obreros en el primer período revolucionario teórico-práctico y que, en el período siguiente, el del revisionismo, opusieron a éste una vigorosa y magnífica resistencia.

También aquí es Alemania la que ofrece el mejor ejemplo.

Aunque este fenómeno se constata en todas partes, en los Países Bajos y en Bélgica, en Francia y en Italia, en Austria y en Inglaterra, se manifiesta con la mayor claridad en Alemania a causa de la gran amplitud de las luchas.

Mientras los jefes (y los obreros) revisionistas alemanes hacían cada vez más todo lo posible para desviar al proletariado de las acciones de masas fuera del parlamento, prometiéndoles pequeñas ventajas conseguidas gracias a la ayuda de la burguesía en el parlamento o gracias a la acción sindical cotidiana, los jefes radicales intentaban conseguir el mismo fin... la desmoralización de los obreros.

Encerraban en el círculo de la nación todas las acciones antigubernamentales de las masas. Mientras que el imperialismo se hacía cada vez más poderoso, por un lado los reformistas continuaban prometiéndoles más ventajas gracias a la colaboración con los partidos que eran gestores del imperialismo y que, por

tanto, empujaban a la guerra, y por otro lado, los jefes radicales exhortaban a las masas a no hacer nada, a permanecer pasivos e inactivos.

Por supuesto, no aconsejaban expresamente tal actitud, pero permanecían extraños a toda acción de masas e incluso se oponían a ella con todas sus fuerzas.

¿Cómo se ha podido llegar hasta ahí? ¿Cómo han podido estos radicales renegar de la táctica revolucionaria del proletariado?

La mayor parte de estos radicales, que eran marxistas o que se llamaban así, tenían miedo de los nuevos medios de lucha del proletariado y por esta razón querían que las acciones se quedasen exclusivamente en campañas electorales, sindicales y que siguiesen siendo monopolio de los jefes. El primer teórico del partido, Kautsky, era uno de esos radicales y se convirtió incluso en el teórico de estos últimos.

Kautsky ha hecho todo lo posible por retener al proletariado alemán e impedirle desarrollar una acción propia¹.

En su discusión con Rosa Luxemburgo, Kautsky combatió la huelga general en Alemania. Como si Alemania hubiese sido una excepción en Europa.

Durante este período, atrajo la atención del proletariado principalmente hacia el parlamento. Según él, el parlamento era la nueva arena decisiva. Como si el imperialismo pudiese ser vencido por medio del parlamento.

En este período, durante el cual los obreros todavía podían desarrollar acciones propias, les ha dicho que la lucha dependía de la ayuda que podía proporcionarles la clase media y que era necesario ante todo tener esta clase de su lado. ¡Como si la clase media no estuviese del lado del imperialismo!

¹ Hubo ciertamente un pequeño impulso contra el derecho electoral prusiano, pero este movimiento fue ahogado muy pronto. A propósito de este episodio y de otros puntos, véase en la **Neue Zeit** las discusiones entre Rosa Luxemburgo, Pannekoek, Mehring y otros, por un lado, y Kautsky por otro. Aquí solamente damos el sentido general del artículo de Kautsky.

Para mantener la paz, aconsejó la creación de una Liga de los Estados europeos. Como si estuviese en manos de los obreros contribuir a la fundación de una tal Liga, como si el imperialismo fuese a esperar pacíficamente que los obreros se organizaran, como si una Liga de los Estados no reforzase más todavía al imperialismo. Como si entre la burguesía hubiese hoy fuerzas considerables contra la guerra; como si los obreros no estuviesen solos.

Todavía en octubre de 1911, Kautsky desalentaba en la **Neue Zeit** a la masa de los obreros organizados diciéndoles que no se debía confiar en la masa de los desorganizados. Como si la masa de los desorganizados no pudiese entrar en escena sino por medio de la lucha.

En 1910, sostuvo la posibilidad del desarme para la burguesía y en esta época hizo del desarme la consigna del proletariado. Así desvió la atención del proletariado alemán del único medio posible entonces de combatir el imperialismo: la acción de masas. Como si en 1910 y hoy bajo la dominación del imperialismo fuese posible el desarme.

El congreso de Copenhague hizo otro tanto siguiendo el consejo de Kautsky y con ayuda de todos los revisionistas y de todos los marxistas de su tendencia. Como si la burguesía quisiese el desarme, como si pudiese quererlo.

En 1912, cuando el imperialismo empujaba ya a la guerra en todos los grandes Estados y esta guerra estaba ya delante de la puerta, Kautsky dio el consejo, con ocasión de las elecciones, de apoyar a los liberales, esos grupos de la burguesía que se cuentan entre los partidarios más encarnizados del imperialismo. Como si estos liberales, estos armadores, estos intelectuales no fuesen, más que ningún otro partido, los gestores del imperialismo.

Así ha hecho creer a los obreros que del parlamento y de la alianza con los liberales podía salir algo distinto a la más grave de las opresiones, la guerra y la ruina.

En su calidad de teórico de los radicales, Kautsky desaconsejó la acción de masas porque podría ser peligrosa para las organizaciones obreras. Como si las organizaciones fuesen el

fin y no el medio de la lucha de clase. Como si el imperialismo no amenazase a las organizaciones obreras de manera mucho más terrible.

¡Como si las organizaciones obreras no pudiesen renacer!

Kautsky ha combatido con todas sus fuerzas a todos los que intentaban persuadir al proletariado de que ahora debía actuar por sí mismo.

Es cierto que la lucha a la que se oponía Kautsky y los radicales tenía como fin cuestiones de política nacional en tiempos de paz, especialmente la acción de masas a favor del sufragio universal en Prusia. Pero es evidente que la masa, desanimada por él, jamás se habría atrevido a emprender algo contra el imperialismo ascendente y la guerra mundial futura.²

Con esta táctica, Kautsky quería – como dijo él mismo – agotar al gobierno y las clases dominantes. Hoy, se ve bien que no ha agotado a las clases dominantes sino que más bien ha extenuado hasta la muerte a la clase obrera.

En el congreso de Basilea, Kautsky, de acuerdo con los jefes reformistas y radicales, ha hecho imposible toda discusión sobre una acción común e internacional del proletariado. Como si – precisamente en esta época – esta acción no fuese la única posibilidad.

Ahora, en este período de evolución del capitalismo en que todos los Estados se atacan mutuamente y atacan al proletariado, Kautsky dice a los obreros: debéis combatir por la patria si vuestra patria es agredida³. Como si no hubiese llegado la hora de la lucha contra el imperialismo.

² Se pudo ver cómo el proletariado alemán, que era el más organizado de todo el mundo, era impotente con ocasión de la visita del zar a Berlín. El proletariado socialista berlinés, más fuertemente organizado que el de cualquier otra ciudad del mundo, ni se movió. No hubo ninguna manifestación ni mitin.

³ Vean, entre otras cosas, la **Neue Zeit** del 2 de octubre de 1914, página 4: “Todo pueblo, e igualmente el proletariado de todo pueblo, tiene un vivo interés en impedir que el enemigo atraviese la frontera” (es

Esta característica de la acción de los radicales vale para todos los países de Europa occidental: estaban contra la acción de masas del proletariado. Eran favorables a que se diese libre curso al imperialismo. Eran resueltamente partidarios del imperialismo⁴.

La manifestación más poderosa de la era capitalista, la conquista decisiva de todo el mundo, al menos de toda la parte no conquistada todavía, por este capitalismo, hace progresos gigantescos y se encamina hoy hacia su conclusión.

Amenaza al proletariado con una prolongación considerable de la duración de su esclavitud.

Amenaza al proletariado con un período de regresión, de debilitamiento y, quizá, de ruina: los radicales tipo Kautsky no tienen nada que oponer a esto. Lo único que dicen es: celebrad vuestras asambleas políticas y sindicales, haced manifesta-

decir, interés en hacer esta guerra imperialista) “a causa de los horrores y devastaciones causadas por una invasión”.

Y en la página 7: “De ello resulta que los socialistas de todas las naciones tienen el mismo derecho y el mismo deber de participar en la defensa”.

No olvidemos después que Kautsky ha impedido precisamente, en cuanto ha podido, que los obreros se opongan a la guerra y que ha actuado de manera que la socialdemocracia y la masa no hiciesen nada.

Todo esto nos da derecho a afirmar lo que afirmamos más arriba sobre Kautsky.

En cuanto a saber si la voluntaria cooperación del proletariado y el fortalecimiento del imperialismo que de ello se sigue, podían traer horrores y devastaciones peores que todo lo que se había conocido, Kautsky se desinteresa de ello en sus consideraciones.

⁴ “O una cosa o la otra, no hay camino intermedio”, “Quien no está conmigo está contra mí”. Véase más arriba el capítulo 4, en el que hemos mostrado que, para los obreros, la elección consiste entre acción colectiva – es decir, acción de masas – del proletariado mundial contra el imperialismo, o colaboración con el imperialismo. El que está a favor de la lucha contra el imperialismo debe estar a favor de la acción de masas puesto que, para vencer al imperialismo, no hay otro medio.

ciones de vez en cuando y elegid a fecha fija vuestros diputados al parlamento.

Más aún: el capital mundial, en todo caso al menos una parte muy importante de éste, se revuelve, por primera vez en la historia universal, contra el proletariado de toda Europa, de una gran parte de América y de Asia, de una parte de África y de toda Australia en un ataque único.

Por primera vez, el proletariado mundial en su conjunto se encuentra en oposición al capital mundial. Y el marxista, el alumno de Marx, no sabe qué decir al proletariado: cada uno de vosotros debe combatir por la patria, debéis obedecer al capitalista.

Puesto que combatir y vencer esta especie de marxismo es una cuestión vital para el proletariado con el mismo título que combatir y vencer al revisionismo, queremos citar aún un ejemplo:

Cunow ((véase **Parteizusammbruch!**, páginas 13-21) dice que no debe intentarse cerrar el paso al imperialismo, es decir, vencerlo, porque el imperialismo es una fase evolutiva del capitalismo necesaria históricamente, y porque Europa y el mundo no están todavía maduros para el socialismo. La lucha contra las máquinas fue una estupidez y lo mismo sucede con la lucha para destruir el imperialismo.

Cunow es, junto con Kautsky, el modelo clásico del antiguo marxista. Uno cree que los obreros no pueden combatir el imperialismo y que deben someterse a este último. El otro dice que no hay que combatir el imperialismo porque es necesario históricamente.

Es cierto que Kautsky declara querer combatir el imperialismo. Pero rechaza la única y verdadera arma contra el imperialismo, rechaza la acción de masas.

Cunow también declara querer combatir. Acepta incluso la acción de masas. Pero⁵... sólo para el futuro, de hecho, para una época lejana no precisada.

⁵ Véase **Parteizusammenbuch?**, página 21.

Por tanto, tampoco él quiere la única y verdadera arma del proletariado. Rechaza el combate.

Kautsky quiere hacer girar hacia atrás la rueda de la historia. El capitalismo debe retornar a sus antiguas formas de la época pre-imperialista: las alianzas políticas y los tratados comerciales. Kautsky es incluso un utópico: el imperialismo debe recurrir a medios pacíficos como los tribunales de arbitraje y el desarme.

Kautsky no quiere oír hablar del último y gigantesco combate para la difusión del capitalismo en todo el mundo, de donde debe salir el socialismo. Los combatientes gigantesco deberían ponerse de acuerdo en lugar de combatir⁶.

Kautsky quiere una resistencia impotente y utópica. En realidad, Kautsky es aquel que quiere sustituir de nuevo la máquina por el artesanado.

Cunow, que sostiene la necesidad del imperialismo y de su lucha internacional, tiene razón frente a Kautsky.

Pero, ¿qué consecuencias saca Cunow de sus análisis?

El análisis de Cunow desemboca en rechazar toda resistencia y en aconsejar a los obreros europeos y, ante todo, a los obreros alemanes e ingleses que no combaten, y después incluso aconsejarles que esperen a que Europa y el mundo estén maduros para el socialismo. En una palabra, aconsejaba a los obreros que se dejen asesinar.

Por otras razones, Kautsky aconseja lo mismo.

De hecho ambos, Kautsky y Cunow, se parecen.

En efecto, los dos rehúsan la lucha del proletariado contra el imperialismo.

Antes de ir más lejos, demostraremos aún ampliamente que Cunow no quiere combatir. En efecto, estos radicales tipo Kautsky están acostumbrados a darse aires de ser partidarios de la lucha revolucionaria con ayuda de una fraseología de la época pre-imperialista. Y de la misma manera que los revisionistas engañan al proletariado con falsas promesas, de igual modo los

⁶ Por qué son ahora imposibles los acuerdos, el desarme, etc., lo demostraremos en el último capítulo.

radicales lo engañan con esta apariencia de lucha revolucionaria.

Y de igual modo, después de esta guerra estos radicales intentarán, con su falsa apariencia, impedir a los obreros que luchen: por tanto, debemos disipar tales falsos pretextos.

Queremos exponer aquí cómo Cunow se imagina esta lucha, utilizando sus propias palabras.

Escribe (**Parteizusammenbruch!**, página 18): “Esto no significa que la clase obrera deba soportar pacientemente y sin ninguna resistencia la dominación del imperialismo... El partido socialista obrero tiene incluso la tarea de defenderse lo mejor posible de los efectos nocivos del imperialismo y aprovecharse, por el contrario, sin excluir ningún medio y en interés de los obreros, de estas nuevas formaciones económicas de las que se puede sacar ventaja para los obreros y que pueden servir para hacer más grande su organización y, si es necesario, transformarla de modo más adecuado para los nuevos objetivos... En una palabra, para salvaguardar sana y salva a la clase obrera en este nuevo período del capitalismo”. Además, reivindica la conquista y explotación del poder político, el control del Estado, la administración estatal de la gran producción... He ahí la lucha propuesta por Cunow.

¿Qué significan todas estas palabras?

¡Comparémoslas con las condiciones reales de clase creadas por el imperialismo y por la guerra!

Ahora vamos a mostrar qué es esta lucha contra el imperialismo.

Cunow quiere defenderse de las consecuencias nocivas del imperialismo. ¿Cuáles son éstas? Son la guerra, son los millones de muertos. Son los cientos de miles de millones de la deuda de Europa y las decenas de miles de deuda que tendrá Alemania. ¿Cómo quería y quiere Cunow rechazar estas consecuencias sin la acción de las masas?

Era y sigue siendo imposible utilizando solamente la papeleta de voto y el grupo parlamentario.

El imperialismo se burla de estos medios.

Cunow quiere aprovecharse de las nuevas formaciones económicas. ¿Qué entiende por eso? Los poderosos nuevos bancos que nacerán del endeudamiento del mundo y, más especialmente, del endeudamiento de Alemania, verán su poder multiplicado diez y cien veces por tales endeudamientos. ¿Cómo quiere explotar Cunow estas nuevas formaciones económicas en provecho de los obreros... sin la acción de las masas?

Cunow quiere hacer más grandes las organizaciones obreras. ¿Cómo lo hará si, tras la guerra, las organizaciones obreras de Inglaterra y de Alemania, pero también de Francia, de Rusia, de Italia y de Bélgica se encuentran sin fuerza y, a causa de la guerra, yacen aplastadas bajo el peso de la deuda pública y de los impuestos? ¿Si sus cajas están vacías y sus adherentes sin trabajo? ¿Cómo encara esto sin la acción de las masas?

En suma, Cunow quiere permitir a la clase obrera sobrevivir sin problemas en la nueva época imperialista. Cunow se ha preocupado de ello un poco tarde. En efecto, la clase obrera que quiere proteger yace desangrada en Europa, en África, en América, en Australia y en Asia, está mutilada, debilitada, dividida y desunida. Ha pasado el momento de rechazar toda esta miseria. Ha pasado también porque Cunow y los radicales han rehusado la acción de masas. ¿Cómo quiere salvaguardar la clase obrera de semejantes ruinas sin la acción de masas?

Es irrisorio para un radical decir que quiere salvaguardar sana la masa en esta nueva fase imperialista rechazando la acción de esta misma masa.

Continuemos el examen del programa de Cunow: administración estatal y control por el Estado de la industria pesada. ¿No se da cuenta Cunow que el poder que controla y administra la industria pesada, es decir, la gran banca, va a salir de la guerra diez y cien veces más grande? ¿No ve que está camino de ser más grande que jamás lo haya sido ninguna otra potencia social antes? ¿No ve que la organización obrera, por el contrario, saldrá más débil que nunca de esta guerra? ¿No ve que ahora, frente a un organismo cada vez más potente se alinea un

organismo eminentemente debilitado y que hoy los obreros no son fuertes más que gracias a su número?

¿Cómo quiere combatir esta potencia y sustituirla por la potencia del pueblo sin la acción de la masa?

Y para acabar: ¿Quién deberá arrancar el poder político a las clases dominantes? ¿Quién deberá destruir el imperialismo, la gran banca y el Estado basado en ella?

¡Es sin duda la clase obrera arruinada, el proletariado postrado bajo las tasas, las organizaciones que actualmente están aplastadas, la clase obrera que se ha hecho esclava del imperialismo!

¡Y esta clase obrera debería hacer todo esto entregándose aún al imperialismo y evitando las acciones de masas!

Cunow ni siquiera menciona la acción de masa, ese único medio para impedir la guerra, para sacar provecho de las nuevas formas económicas, para no dejar aplastar las organizaciones obreras, en una palabra, para salvar la clase obrera. No la menciona ni una sola vez como medio que debe ser empleado ahora e inmediatamente o, si es imposible, justo después de la guerra. Esta acción de masa es la única capaz de vencer al imperialismo, al Estado y conquistar el poder político.

Cunow se burla de los hombres que quieren recurrir a las acciones de masas. No los menciona sino para un lejano futuro, no como una realidad sino como una palabra.

Las grandes frases de Cunow sobre la lucha no son sino palabras huecas. Son sólo frases que datan de la época pre-imperialista.

Con ayuda de estos eslóganes que datan de la época pre-imperialista y que hoy ya no son más que palabras vacías, quiere dar la impresión de querer combatir. “Aprovecharse de las nuevas formas económicas sin ninguna excepción, transformar las organizaciones y salvaguardarlas sanas y salvas en la nueva fase imperialista, conquista del poder político”... pero sin la acción de masas, sin el único medio que puede dar fuerza a estas afirmaciones y transformar estas palabras en hechos. Frente al gigantesco imperialismo, todo este discurso suena a vocinglería de niño o como el discurso de un ser pueril.

Cuando Cunow declara: “Yo no quiero lucha que destruya al imperialismo porque el imperialismo es necesario, pero yo quiero otra lucha”, hay que comprender que no quiere en absoluto ninguna lucha.

Las palabras de Cunow sólo son sonidos vacíos. Su lucha no es lucha.

Y Cunow, y con él los radicales, intentan ahora ocultar su impotencia y su enojo detrás de tres argumentos.

Dicen que el imperialismo es necesario históricamente. Que el capitalismo no puede ser destruido todavía. En fin, que el mundo no está maduro todavía para el socialismo.

La opinión de Cunow según la cual el imperialismo es una necesidad histórica y según la cual el mundo no está todavía maduro para el socialismo tiene la apariencia de ser marxista; es, además, la justificación principal para los manejos de los reformistas y revisionistas. Esta opinión, que se da aires de marxismo, puede, más que ninguna otra, engañar a los obreros y reforzarlos en su error. Por todas estas razones, queremos también combatir y refutar esta opinión muy especialmente.

Ante todo, y en cuanto a lo concerniente a la afirmación según la cual el mundo no estaría todavía maduro para el socialismo, y según la cual el capitalismo no podría ser destruido todavía, nosotros somos de otra opinión. Nosotros creemos que los dos Estados más poderosos, Inglaterra y Alemania, están materialmente maduros para el socialismo.

Son dos países en los que las ramas más grandes de la producción – la producción del hierro, del carbón y de las herramientas, la industria del vestido y, en parte, la de los productos alimenticios así como la industria de los transportes – han sido centralizadas enormemente y han alcanzado dimensiones gigantescas. Son países en los que hay una enormidad de cárteles y de trusts y en donde se podría centralizar fácilmente también otras ramas de la producción. Son países en los que las finanzas, centralizadas en los bancos, dominan totalmente la industria y los transportes. Nosotros consideramos tales países como material y técnicamente maduros para el socialismo.

La realización del socialismo, especialmente en los dos Estados más poderosos, Inglaterra y Alemania, depende hoy solamente de factores espirituales, de la voluntad, de la conciencia y del coraje del proletariado.

¿Quién puede negar el hecho de que, si los proletarios de Inglaterra y Alemania estuviesen espiritualmente maduros, especialmente si combatiesen unidos, uno junto al otro, las fuerzas productivas y las condiciones de producción los harían ya capaces de acciones grandiosas? Podrían entablar la lucha por la realización del socialismo, podrían, a través de una serie de grandes luchas, conquistar el poder político y, con relativa facilidad técnicamente, transformar la sociedad.

Sin embargo, estas afirmaciones no son más que afirmaciones. Sólo queremos plantearlas frente a las de Cunow a fin de que el lector entienda inmediatamente la tesis superior. Antes de entrar en el examen de estas distintas afirmaciones, queremos refutar la opinión de Cunow sobre la necesidad del imperialismo y la imposibilidad de combatirlo.

Hemos visto que Cunow no quiere combatir de verdad.

Extraña afirmación ésta: el proletariado no debe combatir al imperialismo, no debe cortarle el paso porque es una fase necesaria de la evolución. Extraña afirmación, sobre todo para un marxista.

El sentido más general del marxismo es la idea de la evolución dialéctica, es decir, de la evolución a través de la lucha; es la idea de que dos cosas puedan evolucionar al mismo tiempo y que por medio de la lucha entre estas dos cosas surja una nueva evolución, una nueva cosa.

Así ocurre con la evolución de la clase capitalista y de la clase obrera y su desenlace en el socialismo.

La clase capitalista evoluciona por medio de las fuerzas capitalistas de producción. Pero por medio de estas fuerzas de producción, el proletariado evoluciona también.

Y con la evolución de la clase capitalista por un lado, y del proletariado por el otro, la lucha entre las dos clases evoluciona también. Y de esta lucha surge una nueva cosa: el socialismo después del capitalismo.

La evolución del capitalismo es necesaria, la evolución del proletariado es necesaria, la lucha entre los dos es necesaria y únicamente a través de esta lucha nacerá el socialismo que, después de esta lucha, se hace necesario.

¡Qué cosa más extraña oír decir que no se debe combatir al imperialismo porque la evolución del capitalismo es necesaria!

Cada fase del capitalismo es necesaria y, por tanto, el imperialismo.

¡Qué cosa más extraña oír decir que por esta razón no se debe combatir al imperialismo! Pero no da uno crédito a sus propios ojos cuando se da uno cuenta de que esta afirmación proviene de un marxista.

¡Esta afirmación nunca ha sido verdad ni teórica ni prácticamente!

¿Hemos renunciado alguna vez a combatir alguna cosa bajo pretexto de que era necesaria?

En el pasado, nunca hemos querido sustituir algo necesario por otra cosa que hubiese supuesto un paso atrás.

Y continuamos sin querer hacerlo.

La comparación empleada por Cunow es falsa. En otros tiempos, los obreros querían reemplazar las máquinas por el artesanado retrógrado. Nosotros, por el contrario, queremos reemplazar el imperialismo por el socialismo que representa una fase evolutiva superior en relación con el imperialismo.

¿Hemos renunciado a combatir la organización patronal bajo pretexto de que era necesaria? Era necesaria y, sin embargo, la hemos combatido.

¿No hemos combatido los trusts y los cárteles? Son necesarios y, sin embargo, los combatimos.

¿No hemos combatido el militarismo? Es necesario y lo combatimos. ¿No hemos combatido el Estado al tiempo que también es, a su vez, necesario? De la misma manera que combatimos el fortalecimiento continuo del Estado a pesar de que sea igualmente necesario, etc., etc.

El capitalismo, a su vez, también era hasta hoy una fase necesaria de la evolución. Y sin embargo, los obreros no lo han

admitido sin lucha y lo han combatido. Y, no obstante, Cunow no quiere combatir al imperialismo porque es necesario.

Pero aquí es necesario decir otra cosa que decidirá si hay que combatir al imperialismo necesario.

Es precisamente la lucha contra cada fase necesaria del capitalismo, y sólo ella, la que nos hace más fuertes.

Nuestros grandes precursores, jefes y masas, han luchado contra cada fase necesaria de la evolución del capitalismo - y lo han hecho con todas sus fuerzas - y sólo a través de esta lucha es como se han hecho más fuertes.

Han combatido a la nobleza y a la burguesía, a la Iglesia y al Estado, no han deseado nunca el retroceso como hoy quiere Kautsky, y gracias a estas luchas han conseguido el derecho de voto, una legislación obrera y el derecho de asociación. Gracias a estas luchas han conseguido, ante todo, la unidad, la conciencia y una fuerza más grande.

Sabían que el capitalismo y sus enemigos eran necesarios; pero sabían que ellos mismos y el socialismo eran necesarios. Sabían que lo necesario combate lo necesario, pero también que el más fuerte - ahora el socialismo - consigue el triunfo. Y por esta razón combatieron siempre por él con todas sus fuerzas y hasta el final.

¡Y ahora Cunow no quiere la lucha porque el adversario es necesario!

Si nuestros predecesores hubiesen hecho lo que Cunow preconiza, ¿qué habría sucedido? Reflexionemos y veremos inmediatamente toda la falsedad de la táctica de Cunow.

Habrían sido vencidos; y en lugar de ser un ejército que lucha por la libertad con energía, perspicacia, unidad, organización, amor por la libertad y potencia, cosas todas que les han permitido continuar combatiendo para sustituir el capitalismo por el socialismo, se habrían convertido en una masa de esclavos obtusos, abyectos y sin ninguna fuerza. Esta lucha sin piedad contra el capitalismo, que sin embargo es necesario, se lo ha impedido.

Así, también nosotros queremos hoy combatir con todas nuestras fuerzas, con todos los medios de que disponemos,

contra el imperialismo necesario para convertirnos, no en una masa de culís, degenerada espiritual, material y moralmente, sino en un proletariado potente.

Aquí, se ve ya claramente la diferencia de concepción general entre los antiguos marxistas y nosotros.

No obstante, nosotros queremos poner en evidencia esta diferencia de manera todavía más clara y decisiva.

Queremos refutar las tesis según las cuales el mundo no está todavía maduro para el socialismo y el capitalismo no puede ser destruido todavía.

Cunow dice: Ustedes intentan cortar el paso al imperialismo y destruirlo. Ustedes quieren destruirlo a través de acciones de masas y por medio de huelgas generales. Ustedes quieren sustituirlo por el socialismo, pero este intento, tanto de cortar el paso como de destruirlo, es ilusorio porque el capitalismo es necesario todavía y el imperialismo es todavía una fase progresiva en la evolución del capitalismo; y, por tanto, porque el socialismo es todavía imposible.

Podríamos objetarle que toda lucha librada por los socialistas contra el capitalismo, incluso la más pequeña lucha sindical, es una lucha por la destrucción del capitalismo.

Quisiéramos objetarle que, en cada una de las fases del capitalismo, nuestros grandes precursores han concebido siempre su lucha como una lucha que debía destruir el capitalismo. Tanto por su vigorosa energía y su pasión, como por su clara perspicacia, siempre concibieron toda lucha como si hubiese podido desembocar en el socialismo. Esta visión, no sólo les ha insuflado un coraje y una fuerza inaudita, sino también, como veremos a continuación, una concepción teórica superior que debía vencer⁷.

A pesar de todo esto, admitamos por un instante que esta afirmación de Cunow sea justa. En efecto, es el punto card-

⁷ Como ejemplo, queremos citar aquí la última gran lucha: la revolución rusa. Sus grandes militantes lucharon por el derrocamiento del zarismo y por la pronta realización del socialismo. Sus postulados apuntaban a alcanzar estos dos fines.

nal, el núcleo de todas las disensiones entre antiguos y nuevos marxistas y entre partidarios de la antigua y la nueva táctica.

La diferencia entre la nueva fase y la antigua fase del capitalismo, entre la del siglo 19 y la del siglo 20 es la siguiente:

El capitalismo se ha desarrollado ya y se está desarrollando hasta alcanzar un estadio tal que ya no hay otro superior.

No hay nada que sobrepase al trust, al cártel o al monopolio.

Esto es cierto en el dominio económico. Y al trust y al monopolio en el dominio económico corresponde el imperialismo en el dominio político.

El imperialismo es la introducción y la difusión del capitalismo por toda la tierra, y ello, precisamente por medio de los trusts, cárteles, bancos, y monopolios financieros e industriales.

El imperialismo es, pues, la extensión del poder de la gran banca, de los trusts, de los cárteles y de los monopolios por toda la tierra.

Sin embargo, más allá del monopolio ya no puede haber evolución, puesto que éste permite al capitalismo conquistar toda la tierra y no quiere capitalizar las estrellas. Toda la tierra está bajo el dominio de los trusts y de los monopolios organizados; he aquí el punto culminante de la producción capitalista.

Y por tanto, con la ruina de la libre competencia, con la fundación de los monopolios financieros, industriales y de transportes y con el imperialismo que extiende este poder por toda la superficie de la tierra, el capitalismo ha llegado a su último punto de desarrollo.

Que se nos comprenda bien.

Sabemos que este proceso sólo está en sus comienzos. Sabemos que aún es capaz de ulteriores desarrollos. Sectores enteros del sistema están todavía en su período precedente⁸. Las

⁸ En el capítulo 10 mostraremos que la internacionalización del capital, condición del monopolio mundial, sólo está en sus comienzos.

sociedades gigantescas pueden todavía crecer y difundirse de modo desmesurado.

Esto no es todo. Las sociedades monopolistas pueden cambiarse, y no sólo cuantitativamente. En el futuro, pueden formar una liga gigantesca, casi un organismo único que abarque toda la tierra y todas las partes del cual vivan una al lado de la otra sin competencia entre sí. El imperialismo mismo, que no es más que la dominación del mundo por medio de los monopolios, podría volverse de naturaleza pacífica y los Estados podrían formar una liga mundial⁹ u organismos que ya no se hiciesen la guerra sino en los cuales los grandes monopolios unidos explotasen a todos los habitantes de la tierra y se apoderasen de toda la ganancia.

Sabemos todo esto.

Pero lo que queremos decir es esto: Esta evolución, más allá de la cual nadie puede imaginarse otra fase capitalista superior, y que los socialistas han considerado siempre como una base de su propia sociedad, sólo está en sus comienzos, pero ha comenzado ya.

El último estadio del capitalismo, según su naturaleza, está alcanzado ya aunque aún pueda desarrollarse, difundirse e incluso volverse pacífico. La base de la nueva sociedad existe ya con la formación del imperialismo.

He ahí la diferencia entre la época de Marx y la nuestra, entre el siglo 19 y el siglo 20.

¿Qué significa todo esto para la lucha?

Esto significa que:

Primero, que la lucha debe ser librada con medios extraordinariamente poderosos. Gracias a la acción de masas, como lo hemos expuesto. En efecto, hoy nos encontramos ante fuerzas gigantescas contra las cuales nuestros antiguos medios ya no son suficientes.

Pero, en segundo lugar, esto significa que, por necesidad, la lucha contra el capitalismo debe ser ahora – y llega a

⁹ A propósito de la posibilidad de fundar en nuestra época una liga de los Estados, remitimos al capítulo precedente.

serlo por sí misma – una lucha por la destrucción del adversario y por la victoria del proletariado.

Estas nuevas entidades propias de la última fase del capitalismo – el Estado imperialista, los trusts, los cárteles y, podemos añadir aún, las ligas patronales puesto que éstas son también una especie de cárteles puestos en pie para la lucha de clase – abarcan y penetran hasta tal punto completamente toda la sociedad y toda la economía nacional e internacional, que una lucha contra ellas estremece a todo el mundo y es una lucha contra la sociedad capitalista misma.

El gran capital financiero concentrado pasa, como la sangre por el cuerpo, a través de toda la industria así como a través de los transportes y el comercio y de tal manera que un potente golpe contra uno de estos sectores hace temblar a todo el cuerpo.

La lucha contra un sector del capital hace que inmediatamente se pongan en movimiento todos los demás sectores de la sociedad y el movimiento político acomete entonces a la totalidad de la sociedad de igual modo que una gran huelga se desencadena contra el Estado.

Como los trusts, los monopolios y, por tanto, el imperialismo que los difunde por la tierra, son las formas supremas del capitalismo en las que se basa hoy toda la sociedad, y como estos organismos son la armadura de toda la sociedad, la lucha contra estas formas no puede ser ahora para el socialista nada más que la lucha por destruir el capitalismo.

Y por esta razón toda la lucha librada contra las formas supremas del capitalismo, contra las gigantescas federaciones patronales, contra los cárteles y contra el imperialismo, es necesaria para el socialista y es en sí una lucha por el socialismo.

Decir ahora, como hace Cunow, que no se debe combatir el imperialismo para destruirlo, no significa nada más que decir que se debe renunciar a la lucha por la realización del socialismo.

Y como ahora la lucha consiste en una serie de tales luchas, las cuales atacan todas al capitalismo y lo amenazan de

destrucción, el consejo de no combatir el imperialismo no significa nada más que no realizar ninguna de estas luchas.

En efecto, todas estas luchas, contra una empresa, contra un trust, contra una liga patronal, contra un Estado imperialista, se han convertido todas en luchas para destruir el capitalismo y para fundar el socialismo, ni más ni menos que la lucha contra el imperialismo.

El que no quiere librar una de estas luchas, desaconseja igualmente la segunda. Y, por tanto, el consejo de Cunow no significa nada más que renunciar a toda lucha.

Pero la necesidad de la lucha y la falsedad del consejo de Cunow aparecen aún más claramente cuando se considera toda la evolución de la lucha entre proletariado y capital y cómo se desarrollará en adelante para desembocar en la victoria cierta del socialismo.

El último grado de la evolución alcanzado hoy por el capital es un largo proceso de varios decenios.

Igualmente, la lucha de la clase obrera contra estas últimas formas del capital - lucha que ha comenzado ahora - es un proceso que durará varios decenios; es un proceso de fortalecimiento de la potencia de la clase obrera.

Pero incluso la victoria del socialismo es un proceso de varios decenios.

La victoria del socialismo no es una catástrofe que llega de pronto.

Como la victoria del socialismo es un proceso compuesto de una larga serie de combates, ninguna lucha singular puede vencer por el momento completamente al capitalismo. Ninguna lucha singular puede por el momento destruirlo¹⁰.

¹⁰ Kautsky, Cunow y los marxistas de esta especie, hoy como siempre, presentan las cosas de manera que hacen creer que nosotros pensamos que es posible conseguir la victoria rápidamente o, incluso, de un solo golpe. Es falso. Cuando hablamos de destrucción, de extirpación, etc., no queremos decir destrucción de un solo golpe y no creemos tampoco en una victoria rápida.

Por el contrario: decir que no se quiere combatir el imperialismo porque el imperialismo es aún necesario o porque el socialismo es todavía

Toda lucha no es más que un intento de destruir el capitalismo y ayudar a la victoria del socialismo.

En adelante, toda victoria conseguida sobre las nuevas formas del capitalismo – la gran banca, un trust, una liga patronal, un cártel – o sobre el Estado imperialista, será una victoria del socialismo precisamente porque estas formas son las últimas y supremas formas del capitalismo. Y en estas luchas, la clase obrera se eleva a la más alta forma de organización, a la más alta conciencia de sí y a la mayor confianza en sí.

Una victoria sobre las últimas formas del capitalismo destruye en parte el capitalismo y es, por esta razón, una victoria del socialismo¹¹.

Para esclarecer todo esto más, citaremos dos ejemplos típicos.

Si los obreros lograsen concentrar en sus manos y tener en su poder aunque sólo fuese un consorcio, eso no sería todavía la destrucción del capitalismo ni la realización del socialismo, sino sólo una parte de la victoria del socialismo. Si los obreros lograsen, con sus acciones de masas, impedir una guerra imperialista, eso no sería aún la destrucción del capitalismo ni la fundación del socialismo, sino sólo una parte de la victoria del socialismo, una parte de su victoria.

Sería un aumento del poder de la clase obrera que, un día, conquistará todo el poder.

Y la serie de todas estas luchas y victorias, cada vez más poderosas, implicando una parte cada vez mayor de la sociedad, formará la victoria.

imposible, significa que se tiene una falsa idea de toda la evolución y que aún se está enredado en la concepción de la revolución como catástrofe que se realiza de un solo golpe.

¹¹ Este sentimiento según el cual toda victoria parcial es una victoria del socialismo, impulsaba igualmente a nuestros grandes predecesores en la lucha, a creer que luchaban por el socialismo. En un sentido más elevado tenían, pues, razón.

Nosotros tenemos aún mucha más razón al ver ante nosotros los grandes organismos sobre los que se elevará la sociedad socialista.

El que considera la cosa así, es decir, verdaderamente, y que concibe la lucha, el ascenso y la victoria del socialismo como un proceso, ve lo que significa el hecho de no querer combatir el imperialismo pretendiendo que no se puede todavía derrocar el capitalismo.

La lucha no debe derrocarlo completamente de un solo golpe, esto no es posible. Pero debe debilitarlo de manera que un día se hunda.

Está claro, pues, que la posición de Cunow significa no querer derrocar y vencer el capitalismo.

El imperialismo no es más que una de las formas supremas de la evolución del capitalismo, una entre muchas otras e igual a las otras, y combatir todas sus formas quebranta igualmente al capitalismo; por tanto, no querer destruir y no querer vencer el imperialismo significa no querer vencer la totalidad de estas formas capitalistas.

Si no se quiere vencer el imperialismo, es decir, las supremas manifestaciones y las supremas formas del capitalismo, entonces no se quiere vencer en absoluto, y no se tiene ninguna voluntad de vencer.

Como la victoria del socialismo es una serie de victorias parciales sobre las formas del capitalismo, no querer vencer el imperialismo significa renunciar a la victoria del socialismo.

Y entonces se ve claramente, al fin, que este consejo no es más que la renuncia a toda lucha en esta fase del capitalismo contra sus formas supremas de manifestaciones, como demuestra el que no se quiera ninguna victoria sobre estas formas y que se quiera la completa sumisión del proletariado a estas formas. He aquí, pues, lo que Cunow quiere; predica la sumisión¹².

¹² Que Cunow predica la sumisión, resulta de su concepción de la guerra. En la página 13 del opúsculo citado, escribe: "Que la cuestión de Sarajevo pueda ser el pretexto para una guerra, no lo creo posible. Un conflicto de esta clase me parece, a primera vista y en cierta manera, un intermedio sin consecuencias para el futuro; intermedio por el que el grupo parlamentario socialista del Reichstag no debe asumir ninguna responsabilidad y, por tanto, no votar los créditos de guerra. Sin embargo, cada vez me parece más evidente que la burguesía ingle-

Los dos enormes procesos evolutivos de nuestra época, el capitalismo y el movimiento obrero, están en pleno crecimiento.

El capitalismo alcanza un estado en el que se refuerza de modo gigantesco por medio de los monopolios y del imperialismo que difunde estos monopolios por toda la tierra. Los fundamentos del socialismo están echados.

Y es precisamente ahora cuando Cunow aconseja a la clase obrera que no libere la batalla por el advenimiento del socialismo... aconseja no reforzarse con el único medio que existe para alcanzar este objetivo: la lucha.

Los capitalistas aumentan su potencia. Los obreros deben permanecer tranquilos.

Los capitalistas de todos los países se precipitan sobre el proletariado mundial. Y es justamente ahora cuando Cunow aconseja al proletariado mundial que no se una por encima de las naciones para una acción de masas, y a cada proletariado nacional, que se deje masacrar separadamente en provecho de los capitalistas de su nación.

Ser masacrados por millones, ver después de la guerra sus organizaciones destruidas, ser pulverizados en grupos ene-

sa está bien decidida a aprovecharse de esta guerra como de una ocasión propicia para arreglar sus cuentas..."

Esta concepción de la guerra es pareja de la de Kautsky (ver página 67 de este libro, nota 2) según la cual la guerra actual no ha surgido por motivos imperialistas ni en el oeste ni en el este de Europa.

El lector recuerda que hemos mostrado que la política de Inglaterra, tendente a cercar a Alemania, no fue la causa de esta guerra menos que la política alemana. Pero que un socialista alemán acuse, no a las clases dominantes alemanas sino a las clases dominantes inglesas, demuestra que se somete a las clases dominantes alemanas.

Entre estos dos radicales, uno excusa a las clases dominantes, el otro acusa a Inglaterra. Así los dos se han convertido en aliados o, más bien, esclavos del imperialismo.

Los radicales de esta especie son, para el movimiento obrero, un peligro no menos grande que el de los revisionistas. En efecto, éstos quieren aliarse con la burguesía; los radicales quieren, bajo la apariencia de la lucha revolucionaria, la sumisión a la burguesía.

migos, encontrarse ante una situación de extraordinario paro y, finalmente, ser aplastados bajo el peso de las deudas del Estado, he ahí el consejo de Cunow a los proletarios.

Si los obreros siguen este consejo, se precipitarán en el abismo de la ruina espiritual, moral y material.

Si el proletariado se somete al imperialismo, entonces se somete al capital financiero, a los trusts, a los consorcios, a las ligas patronales, a los gobiernos imperialistas, al absolutismo, a la guerra; entonces se precipita en una profunda esclavitud.

He ahí lo que aconseja Cunow.

Por el contrario, nosotros aconsejamos al proletariado que combata al imperialismo como proletariado internacional.

Al capital internacional que combate por su despliegue sobre la faz de la tierra, nosotros queremos oponer el proletariado internacional.

Queremos que las fuerzas productivas vivas, los obreros, con la lucha contra el imperialismo, contra esta fase necesaria del desarrollo del capital, recorran la totalidad de su ciclo necesario: la unión internacional por una Internacional de la acción y de la lucha.

Sólo así el proletariado vencerá.

Por tanto, el consejo de Cunow desemboca en esto: aconseja al proletariado que no combata, que no se refuerce por medio de la lucha, que no libe batalla contra las formas más modernas del capitalismo, es decir, que renuncie al socialismo.

Aconseja renunciar a toda voluntad de lucha y de victoria y someterse al capitalismo en su fase suprema.

Todo esto es lo que hay dentro del consejo de Cunow de no combatir el imperialismo porque éste es necesario.

Y Cunow, como todos esos radicales, disimula este consejo con frases marxistas, con consignas de una época pasada y bajo una falsa apariencia.

Volvamos ahora al punto de partida de nuestro examen de las ideas de Cunow. Y a la luz de las concepciones que hemos expuesto – ahora que hemos clarificado los conceptos siguientes: necesidad del imperialismo, necesidad del capitalis-

mo, destrucción del capitalismo, madurez y victoria del socialismo – gritamos ahora a los obreros esta clara afirmación opuesta a la afirmación de Cunow:

La formación de consorcios, de trusts, de cárteles, de monopolios y el imperialismo que los expande por toda la tierra son tan progresistas que el proletariado debe comenzar la lucha contra ellos, es decir, la lucha por el socialismo.

Sólo a través de esta lucha el proletariado puede hacerse fuerte y maduro para la victoria.

Especialmente en Alemania y en Inglaterra, la organización de las fuerzas productivas, el dominio de las ramas más grandes de la producción por el capital financiero centralizado es tan importante que estos Estados están maduros para el socialismo.

De igual manera, la organización de los obreros es tan poderosa en estos dos países, que pueden hacerse cargo de la producción.

Guiado por estos dos proletariados, el proletariado de Europa y del mundo podrá superar poco a poco las formas supremas de la manifestación del capital – los monopolios y el imperialismo – y finalmente fundar el socialismo.

Por consiguiente, el proletariado de Europa debe aceptar la lucha contra el imperialismo.

El proletariado de Europa está ante un cruce de caminos. Puede elegir entre unirse a los revisionistas y los radicales, o unirse a los revolucionarios.

Después de este examen de las ideas de Cunow, volvamos a Kautsky.

Los radicales, ante la guerra imperialista, no saben decir otra cosa más que: no la rechacéis, es inevitable.

Enseñan la pasividad. ¿Cómo es ello posible, y cuál es la causa de este fenómeno?

Kautsky y los radicales fueron excelentes guías y excelentes combatientes mientras las condiciones del capitalismo siguieron siendo las que existían en la época de Marx y de Engels; mientras se trataba de combatir nacionalmente por la fundación y el fortalecimiento de los partidos nacionales en cada

país y mientras se debía combatir de modo tradicional, es decir, en el parlamento y en los sindicatos.

Fueron buenos guías en esta primera fase en que la lucha era todavía relativamente fácil, iluminaron excelentemente al proletariado sobre los movimientos del capital, los partidos, los patronos, los gobiernos, las relaciones de clase en esta época del capitalismo y los empujaron así a la acción.

Pero la lucha se desarrolla. El capital asume formas que Marx previó en parte, pero no conoció. Es la época de los trusts, del imperialismo y la gran banca manda sobre la economía mundial. La abundancia y la concentración del capital hacen que todos los Estados, en una única acción y para la conquista del mundo, combatan contra el proletariado mundial; el imperialismo comienza la serie de sus guerras. Se hace necesario otro modo de actuar, un modo de actuar que no sea el de la acción parlamentaria a través de representantes o el de los sindicatos, que moviliza a una parte del proletariado y sus jefes. Debe aparecer en escena la masa, la masa nacional y la masa internacional; sólo ella puede hacer que se plieguen las enormes nuevas potencias de los trusts y del capital mundial. Pero entonces Kautsky, Bebel, Guesde, Hyndman y muchos otros con ellos, retroceden aterrorizados y no saben qué hacer. Más vale no hacer nada, dejar que siga la evolución económica capitalista y dejar que el capitalismo siga su camino... Vale más – puesto que en la lucha, no resistir significa colaborar – marchar con los imperialistas en la guerra.

En el período anterior, del que Kautsky era el teórico, todo era simple y claro. En cada país, el obrero debía hacerse “socialista”, ¡como era claro que pertenecía a su sindicato y al partido! ¡Su interés inmediato lo exigía! Una vez librada la primera lucha, estas hazañas no reclamaban mucha perspicacia ni mucho valor, incluso si, comparados con la servidumbre anterior, representaban un gran progreso.

En esa época, las condiciones económicas mostraban por sí mismas y fácilmente el camino al obrero. Las condiciones económicas eran apremiantes. El obrero sólo tenía que dejarse llevar. Las condiciones económicas son más poderosas que el

hombre. En esa época, Kautsky era el verdadero teórico y los jefes centristas los verdaderos dirigentes.

Pero llega el imperialismo que arremete contra la clase obrera mundial. Ahora ya no se trata de combatir nacionalmente y por medio del sindicato. En la hora actual, ya no se trata de combatir a través de representantes. Se trata, para todos los proletarios, de combatir directamente. Se trata de combatir todos, no con palabras, no con grandes frases, sino por la acción. Hoy, se trata de bajar al campo de batalla contra el gobierno. Por primera vez, el imperialismo hace de la lucha una lucha mundial. Hoy se trata de renegar de la patria, el enemigo ya no es el capitalismo alemán sino, y directamente, los capitalismo ruso, francés e inglés. El enemigo, el verdadero enemigo, ya no es teórico sino real y práctico, en adelante y hasta que llegue el socialismo es el capital mundial. Por tanto, para la masa, se trata de bajar al campo de batalla directamente contra todos los gobiernos.

En nuestros días se trata, para el obrero y para la masa, de hacerse conscientes de su propia fuerza.

En nuestros días se trata, para la masa, de volverse socialista. Para la masa se trata de actuar verdaderamente de manera socialista.

La masa ya no debe ser ignorante, cobarde, fría, obtusa o indiferente. Ya no debe ser mediocre ni baja.

Ahora se trata de que la masa tenga un carácter más potente que nunca.

El proletariado debe pasar de la lucha pasiva a la lucha activa, de la lucha mezquina por medio de representantes a la lucha directa solo y sin jefes, o con los jefes en segundo plano. Debe dar un gran salto hacia la acción decisiva contra el más poderoso de los capitalismos, contra la fuerza social más grande que jamás haya existido: el capital imperialista mundial.

De la lucha a escala nacional por medio de sus representantes, el proletariado debe pasar, solo y confiando en sí mismo, a la gran lucha internacional.

Muy evidentemente, las fuerzas económicas son aún hoy las fuerzas motrices de todo este proceso. De la misma

manera que durante el período precedente la evolución del trabajo fue determinante, hoy es la evolución del trabajo, concentrado en los sindicatos, el que lleva a los obreros a esta nueva idea y a esta nueva acción. Pero ¡qué superiores son esta acción y esta idea a las de la época anterior! ¡Cómo deben elevarse la idea, el sentimiento y la acción del proletariado a fin de que comience la lucha!

Kautsky, Guesde y los radicales de la generación anterior ya no pueden seguir¹³. Se quedan atrás y piensan que ya no es posible una nueva lucha. No comprenden esta nueva lucha. No comprenden que hoy es necesaria la acción de las masas incluso para conseguir reformas. No ven que en lo sucesivo, sólo la acción de las masas es útil contra el imperialismo y la guerra. No ven que el imperialismo mundial se gira al mismo tiempo contra el proletariado mundial. No ven que el interés del proletariado está en no combatir ya por la patria imperialista sino, por el contrario, en luchar unido contra el imperialismo de todos los países. No comprenden la nueva acción internacional y mundial del proletariado contra el imperialismo.

“¡Luchad sólo por vuestra patria! No puede ser de otro modo”.

No comprenden que, finalmente, el imperialismo une por primera vez a los proletarios de todo el mundo.

Marx pensaba, ante todo, que los comunistas debían marchar delante y que representaban, en el movimiento, el futuro del mismo. Kautsky y los radicales siguen a cola del movimiento.

Marx fue el fundador del materialismo histórico. Esto quiere decir que creía que la evolución de las fuerzas productivas empuja a una clase a la victoria y que el espíritu de esta clase puede hacer desaparecer las dificultades que encuentra en el camino. Los problemas que la sociedad, es decir, el hombre, se plantea a sí misma, no pueden ser resueltos más que por el hombre mismo.

¹³ Y, desgraciadamente, incluso muchos jóvenes: ved la actitud de los marxistas austriacos.

Y, por tanto, Marx enseñaba, para quien le comprende correctamente, que el espíritu es el factor económico más poderoso, aunque no libre y que a fin de cuentas, en condiciones que se renuevan, forma y crea la sociedad.

Kautsky cree que las condiciones económicas, como el imperialismo capitalista hoy, son más poderosas que la clase obrera que fue creada y desarrollada por estas mismas condiciones. Cree que esta clase obrera no puede vencer a estas condiciones económicas. Las organizaciones obreras, que sin embargo son fuertes y gigantescas, deben rendirse sin haber luchado verdaderamente. Por esta razón, declara: “Ustedes no pueden hacer nada más que servir a su patria para que ésta alcance sus objetivos imperialistas. Ustedes no pueden adoptar otros métodos ni entablar nuevas acciones, ustedes deben capitular”.

A su parecer, la clase del futuro debe plegarse ante el imperialismo. Debe luchar por el imperialismo de su patria y bajo el imperialismo que hace de todos los Estados otros tantos Estados agresores, unos agresores de otros, agresores de las colonias habitadas por poblaciones en estado de debilidad, agresores, finalmente, del proletariado mundial. La clase del futuro debe, pues, según él, agredir a los habitantes de estas colonias y al proletariado mundial.

Debe, pues, agredirse a sí misma.

Debe, aliada al imperialismo y al capitalismo, debilitarse infinitamente a sí misma y al proletariado mundial; en provecho de la patria imperialista, debe debilitarse hasta arruinarse quizá para muchos años.

Debe hacer esto sin oponer el medio más enérgico que posee, medio que ya ha probado y puesto en práctica: la acción de masas llevada hasta el final.

Así, Kautsky, en su nueva versión, como teórico del radicalismo, ha dejado de ser para nosotros el teórico de la lucha práctica del proletariado¹⁴.

¹⁴ Evidentemente, para nosotros – y sólo para nosotros – los escritos teórico-prácticos del primer período de Kautsky hasta “El camino del poder”, guardan su valor, así como sus obras puramente teóricas.

La lucha preconizada por Kautsky ya no es la lucha de clases y no tiene nada que ver ni con el marxismo revolucionario, ni con el materialismo histórico. Disuelve la lucha de clase en un fatalismo económico y político.

Y los radicales alemanes, así como, por su culpa, un gran número de obreros, piensan, hablan, escriben y actúan como Kautsky. Y si ello es así en Alemania, ¿cómo está la cosa en los demás países donde ni siquiera se ha llegado al radicalismo!

En Francia, donde el marxismo no ha echado realmente raíces todavía, y en Inglaterra, donde la clase obrera actúa sin principios al azar de las ocasiones y de las oportunidades.

Son, pues, los radicales y los pseudo-marxistas quienes han llevado al proletariado al estado de debilidad en que lo vemos ahora.

Más que la ignorancia de los obreros y el reformismo, ellos son la causa efectiva por la cual los obreros no han hecho nada y han capitulado ante el imperialismo.

Ellos comparten la responsabilidad del nacionalismo y de la patriotería de las masas.

Y por consiguiente, comparten la responsabilidad de todo lo que sucede y pueda suceder después de la guerra: la escisión del proletariado, su debilitamiento como clase combatiente y su ruina quizá para muchos años¹⁵.

¹⁵ Hay en Alemania camaradas que, en la práctica, siguen siendo marxistas. Un grupo de 17 miembros del Reichstag estuvo, el 14 de agosto de 1914, contra la aprobación de los créditos de guerra, pero no osó manifestarse en el Reichstag. Citaremos aún a Mehring, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Radek y Carlos Liebknecht. Este último ha votado contra los créditos de guerra en la sesión del Reichstag de comienzos de diciembre de 1914; ha justificado así su voto:

“Mi voto contra el actual proyecto de ley se basa en estas consideraciones:

Esta guerra, que no ha sido querida por ninguno de los pueblos que han sido arrastrados a ella, no se ha desencadenado en provecho de los pueblos alemán o de otro pueblo. Nos encontramos ante una guerra imperialista y, por tanto, una guerra por la dominación política sobre grandes territorios que podrían explotar provechosamente el capital

Hoy en plena guerra, y después de la guerra cuando caiga sobre el proletariado la más terrible miseria, gritamos y gritaremos a los revisionistas de todos los países: ustedes son la causa de todo lo que sucede porque ustedes han engañado a los obreros sobre la naturaleza del capitalismo y de la burguesía. Y a los radicales, especialmente a los centristas alemanes, diremos: ustedes comparten la responsabilidad de todo esto porque ustedes no han querido la acción de masas.

Resumamos, pues: podemos decir que el reformismo y el radicalismo, es decir, la política interna de los partidos socialistas de estos últimos años, son los responsables de la impotencia del proletariado frente al estallido de la guerra.

industrial y el capital bancario. Desde el punto de vista de la competencia, se trata de una guerra provocada de común acuerdo por los partidos belicistas de Alemania y de Austria en las tinieblas del semi-absolutismo y de la diplomacia secreta para prevenir el ataque del adversario. Al mismo tiempo, esta guerra es un intento bonapartista para agotar y destruir el crecimiento del movimiento obrero. Los últimos meses transcurridos han demostrado claramente las observaciones precedentes, a pesar de los intentos despiadados para enturbiar los pensamientos.

La consigna alemana: “contra el zarismo” – semejante a las consignas francesa e inglesa “contra el militarismo” – es un intento de movilizar, excitando el odio de los pueblos, las inclinaciones, tradiciones e ideales revolucionarios del pueblo. Alemania, ese cómplice del zarismo y que hasta hoy fue un modelo de régimen político reaccionario, no puede erigirse de ninguna manera en emancipadora de los pueblos.

La emancipación del pueblo ruso, así como la emancipación del pueblo alemán, serán su obra propia.

La guerra no es una guerra de defensa alemana. Su carácter histórico y su curso inicial hacen que sea imposible confiar en un gobierno capitalista que pretexto la defensa de la patria para pedir el voto de los créditos de guerra”.

Hay que recordar igualmente, junto con esta declaración, el periódico socialista de Bremen que, antes de la guerra y en sus comienzos, ha hecho una espléndida agitación revolucionaria.

Esperamos que arrastrará tras de sí a un gran número de obreros alemanes.

La debilidad de la política nacional frente a las clases dominantes es la causa de la debilidad de la Internacional frente al imperialismo.

El proletariado ha sufrido la influencia deletérea de varios factores: las luchas por reivindicaciones corporativistas y nacionales por medio de los sindicatos y de los partidos; el reformismo que, al tiempo que se acercaba el imperialismo, prometía reformas por medio de la alianza con los partidos burgueses y quería cooperar con la política colonial del imperialismo; el antiguo radicalismo que, a pesar de que las masas hayan desencadenado acciones de masas a escala nacional, las desvía privándolas de una comprensión general del imperialismo y les impide acceder a la comprensión de que la única defensa contra el imperialismo es la acción internacional, que ningún partido nacional puede luchar contra el imperialismo mundial sin los otros partidos nacionales y que, por tanto, es necesaria la acción internacional de las masas. Bajo la influencia de todos estos factores, el proletariado coopera en la guerra y ha perdido prácticamente la razón; no se sirve de sus enormes y poderosas organizaciones y se inclina sin resistencia ante el imperialismo; está dividido en tantos partidos como naciones hay y la Internacional está dividida y arruinada. Finalmente, la socialdemocracia ha traicionado de la manera más miserable su propia causa y se ha puesto a sí misma a merced de un futuro que encierra los más graves peligros¹⁶.

¹⁶ Nosotros incluimos al sindicalismo francés en buen lugar como una de las causas de la debilidad del proletariado.

En efecto, ¡qué pueril se presenta la tentativa de querer vencer, por medio de los sindicatos, al Estado imperialista, al capital mundial y la guerra mundial!

Acusamos la actitud de los sindicalistas durante la guerra con el mismo título que la de los reformistas y los radicales.

Ha nacido un social-imperialismo y ha ocupado el lugar de la socialdemocracia. Todos han mostrado claramente su verdadera naturaleza. Por lo demás, aprovechamos la ocasión para observar que este opúsculo no se ha propuesto explicar, por medio de las condiciones económicas y políticas, las dos tendencias de la socialdemocracia. Este

El capital se había desarrollado espiritualmente mucho más rápido que el proletariado.

La potente burguesía lo había hecho todo por su propia prosperidad.

Como siempre, los esclavos no se han dado cuenta del acrecentamiento de poder de sus dueños. Como siempre, no han desarrollado contra este poder su propio poder.

9 - LA TENDENCIA MARXISTA REVOLUCIONARIA.

LA ACCIÓN NACIONAL E INTERNACIONAL DE LAS MASAS.

He aquí que ha llegado la primera guerra mundial imperialista.

Ahora, el proletariado puede ver, puede sentir en su propio cuerpo, puede comprender en su espíritu qué es el imperialismo. Si el imperialismo se ha desarrollado demasiado rápidamente para la inteligencia del proletariado, la evolución económica actúa, como siempre, de manera que este último comience finalmente a comprender.

Y ahora, el proletariado va a comenzar a juzgar qué método de lucha y qué tendencia son justas dentro del movimiento obrero.

A fin de que el proletariado pueda ahora tomar una decisión, debemos hablar aún de una tendencia que hasta ahora hemos pasado en silencio porque no ha ejercido ninguna in-

opúsculo sólo quiere combatirlas. Creemos que el momento lo exige. Una excelente explicación, tanto del radicalismo como del reformismo y de las condiciones que los han originado, se encuentra en el opúsculo de Trotsky **La guerra y la Internacional**, páginas 41-50.

fluencia y, por tanto, no ha contribuido a determinar la actitud del proletariado, su futuro y el futuro de la Internacional.

Además de las tendencias radicales y reformistas, hay aún una tendencia en la Internacional: la nuestra, la que defendemos en este opúsculo, la tendencia revolucionaria. Era una tendencia con efectivos muy pequeños en la Internacional.

Después que el imperialismo reveló claramente su objetivo y su carácter, nosotros estábamos convencidos de que la clase obrera habría debido comenzar una lucha revolucionaria contra la clase capitalista en Europa y en América. El imperialismo – con sus manifestaciones concomitantes tales como los trusts, los consorcios y las poderosas ligas patronales – implicaba un militarismo cada vez más potente, impuestos y una opresión de la clase obrera cada vez mayores; conllevaba también hambres, la impotencia económica de la clase obrera, la detención de la legislación social y la guerra, con la amenaza de un imperialismo futuro todavía más poderoso. Cuando tuvimos conciencia de todas estas consecuencias y cuando fue evidente que todos los partidos burgueses de todo el mundo apoyaban el imperialismo, entonces nos pareció evidente que sólo era posible una lucha: la lucha política revolucionaria.

A partir de ese momento, se habría debido denunciar y rechazar todos los compromisos y todas las alianzas con los partidos burgueses. Debía rechazarse toda complacencia, así como todo puesto en el gobierno y en las instituciones.

Toda política nacional habría debido ser exclusivamente revolucionaria.

Y se vio claramente que la acción de los sindicatos y de los grupos parlamentarios, tal como había tenido lugar hasta entonces, no bastaba ya frente al imperialismo que une a todos los partidos de la burguesía y los transforma realmente en un grupo único. Por esta razón, a nuestro parecer, se habría debido hacer propaganda en todos los países para la acción de masas **más bien que para las otras acciones, ya superadas**: propaganda en todos los mítines, en todos los órganos del partido, en las publicaciones, en los parlamentos. Y ante todo, habría sido

necesario hacer propaganda para la más poderosa de las acciones de masas: la huelga general¹.

Pero como el capitalismo, al mismo tiempo, empuja la nación a atacar al proletariado, esta acción de masas contra el imperialismo debía ser no sólo nacional, sino también y sobre todo internacional.

El imperialismo habría debido ser el punto cardinal de toda la política, en toda la prensa, en todas las asambleas, en todos los escritos: el punto cardinal de toda la lucha.

En efecto, el imperialismo era durante este período el factor principal que oprimía a los obreros y obstaculizaba todo progreso. El imperialismo amenazaba con la regresión y la ruina a la clase obrera.

El imperialismo era, para el futuro próximo y hasta un futuro lejano, el punto que lo dominaba todo.

Es ahí donde estaba el campo de batalla y el frente.

¹ Para la acción nacional en Alemania, esta propaganda ha sido hecha, de modo excelente, muy especialmente por Rosa Luxemburgo y por Anton Pannekoek.

Hay socialdemócratas que tratan de sindicalista, e incluso de anarcosindicalista, nuestra posición sobre la huelga general nacional e internacional porque esta huelga fue defendida por esta tendencia.

La diferencia entre nosotros y ellos es la siguiente: en la lucha parlamentaria, nosotros hemos visto siempre y seguimos viendo un arma poderosa, lo mismo que en la lucha política, la lucha proletaria que lo abarca todo. Naturalmente, con tal de que la lucha sea llevada de modo estrictamente revolucionario y en armonía y cooperación con la acción de masas. Además, otra diferencia es: los anarquistas y los sindicalistas hacían propaganda por la huelga general cuando no estaban maduras ni las fuerzas productivas, ni las condiciones de producción, ni las organizaciones obreras; por el contrario, nosotros hacemos propaganda por la huelga general ahora que Inglaterra y Alemania están materialmente maduras y el imperialismo mundial ataca al proletariado mundial – contra los consorcios y los trusts, contra el imperialismo de todos los gobiernos, con millones de obreros ~~Elgunidos~~ ^{Elgunidos} la importancia de una propaganda y de sus ideas depende solamente del momento en el que se hace esta propaganda.

El imperialismo – y ninguna otra cosa: ni el derecho electoral, ni la legislación social (aquel destruye la lucha por esta legislación), ni las tasas aduaneras, ni los impuestos, ni la escuela, ni la Iglesia - aparecía a los ojos de los obreros como la forma más elevada del capitalismo y como el campo de batalla.

Y el imperialismo no es sólo la manifestación más elevada del capitalismo aparecida hasta ahora, es también el marco ideal para su desarrollo. El imperialismo es igualmente la última ideología de la burguesía. Es el único ideal que aún queda. La religión de la burguesía está muerta, su filosofía está muerta, su arte está muerto, pero ella ha hecho de su poder, de su violencia grosera y de su dominación del mundo su ideal, su base y su fin, el principio y el fin de su pensamiento de clase, su fe y su ideal. El imperialismo, su poder nacional y mundial, es decir, el poder de los grupos de los dominantes, son sus dioses.

Contra esto, contra el imperialismo en su manifestación material y espiritual, se habría debido llevar, estamos convencidos, toda la lucha material y espiritual de los obreros.

Los obreros habrían debido oponer a la brutalidad de la violencia del imperialismo su propia fuerza material, la acción de masas, la huelga general; habrían debido oponer al ideal imperialista su propio ideal socialista.

Nosotros no afirmamos esto solamente hoy. Quizá se sabe que el partido al que el autor tiene el honor – y la suerte – de pertenecer, lo ha dicho ya desde hace años.

Pero ahora, el proletariado puede juzgar por sí mismo. Hoy puede confrontar el reformismo, el centrismo y nuestra tendencia, la tendencia marxista.

Hoy ve qué es el reformismo y lo que hace.

De todas las promesas del reformismo no se ha realizado ni una sola.

Ni el derecho electoral, ni el seguro de la vejez, ni una mejor legislación social, ni un mejor sistema fiscal han sido conseguidos en ningún Estado imperialista de Europa en donde

todas, o una parte de estas reivindicaciones, eran presentadas por los obreros².

De todas sus promesas, ninguna podrá ser realizada en el futuro cuando los Estados se hayan empobrecido a causa de la guerra y los obreros sean aplastados por los impuestos.

Han apoyado el imperialismo. Y cuando ha llegado la guerra, han marchado con él dándole su pleno apoyo.

¿Y los radicales?

No han acusado públicamente al gobierno de mentir y de engañar al pueblo trabajador para enrolarlo como soldado en provecho de los capitalistas; no han desenmascarado la política de bandidos de la clase dominante; e incluso, al votar los créditos de guerra, han marchado con la burguesía, con sus mentiras, con su hipocresía, contra el proletariado.

Los radicales han desalentado a las masas, no han hecho nada para impedir la guerra. Y cuando la guerra ha llegado, casi todos han votado por la guerra.

Cuando pensamos en todos los discursos y en todos los artículos de los radicales de Alemania en el curso de los últimos veinte o treinta años, en todas sus declaraciones según las cuales el proletariado era el único garante, el único defensor de la paz, y en las que pretendían que los gobiernos no se atreverían a desencadenar la guerra por miedo al proletariado y a la revolución tras la guerra, y cuando comparamos toda esta verborrea con su inercia, con sus esfuerzos para impedir la acción de las masas, con sus votos favorables a los créditos de guerra, entonces otros parlamentarios alemanes nos vienen a la memoria: los liberales de 1848.

De igual manera que en aquella época los liberales se inclinaban ante los príncipes y la nobleza, de la misma manera hoy los socialdemócratas radicales se inclinan ante el Káiser, los príncipes, los junkers y la burguesía.

² Sólo Inglaterra constituye una excepción. Inglaterra que, gracias a las riquezas desmesuradas que le llegan de las colonias, y porque hasta hoy no ha tenido ejército permanente en la metrópoli, está en condiciones - ¡estaba en condiciones! - de arrojar de vez en cuando migajas a los obreros.

¡Igual valor de palabra antes de la batalla! ¡La misma cobardía durante el combate!

Es siempre la misma mentalidad de esclavo.

Lanzamos tranquilamente acusaciones tan graves porque la conducta de los radicales lo merece; no se trata de ofenderlos, sino de mostrar al proletariado, y ante todo al proletariado alemán, que en la lucha del proletariado contra el imperialismo no hay vía intermedia posible, hay que estar con él, o contra él. Queremos mostrar que contra el imperialismo sólo hay una sola arma eficaz, la acción revolucionaria de las masas mismas.

En efecto, los radicales han llegado a semejante cobardía, tan abiertamente en contradicción con todo su pasado, porque sentían que las masas no estaban tras ellos.

Su aislamiento, es decir, el hecho de sentir que no estaban apoyados por las masas – de lo que ellos mismos eran responsables – les aterrorizaba. Y entonces traicionaron la causa del proletariado. Y lo que valía para los reformistas, valía también para los radicales; y en los demás países, fuera de Alemania, ¡fue peor!

Si se mira a Francia, Guesde se convirtió en ministro; en Inglaterra, Hyndman excitó a los obreros contra Alemania; en los Países Bajos, el presidente, radical, del partido socialdemócrata, propuso en el órgano del partido, “Het Volk”, que los Países Bajos declarasen la guerra a Alemania.

Así actuaron los reformistas y los radicales, hasta tal punto habían debilitado la lucha del proletariado.

A todo esto nosotros queremos oponer aquello por lo que hemos hecho propaganda y que, en cuanto nos fue posible, hemos hecho. Somos un pequeño número, somos poco poderosos. Por tanto, no podemos ejecutar la mayor parte de lo que queremos.

En primer lugar, desde el momento en que se hicieron evidentes los efectos del imperialismo, hemos aconsejado al proletariado que rompa con todos los partidos burgueses.

En segundo lugar, siempre hicimos propaganda por la acción de masas, junto a la habitual acción parlamentaria y económica.

Pero desde el momento en que apareció la amenaza de guerra con ocasión de la guerra balcánica y la tensión entre Rusia y Austria, propusimos en el congreso de Basilea de 1912 que los obreros de todo el mundo, siguiendo las consignas de la Internacional, hiciesen una huelga de protesta que habría servido de preparación y de advertencia a los gobiernos³.

Apenas desencadenada la guerra en 1914, los proletarios de todo el mundo habrían debido, a nuestro parecer, sublevarse todos al mismo tiempo. El sábado por la tarde, cuando se conoció el **ultimátum** de Austria a Serbia, la burguesía berlinesa y los estudiantes se manifestaron a favor de la guerra. Al día siguiente, domingo, el proletariado alemán, con sus millones de miembros, habría debido ser llamado por el partido a manifestarse contra la guerra en todas las ciudades alemanas⁴.

Los proletarios – los de todas las potencias arrastradas a la guerra primero, pero también los de los otros países – movilizados por la Internacional, habrían debido desencadenar este domingo o, en caso de que hubiese sido imposible, al día siguiente, lunes, manifestaciones en todas las ciudades de Europa contra la guerra. Es lo que nosotros escribimos inmediatamente en el órgano de nuestro partido, la “Tribune”.

A instigación de la Internacional y de los partidos nacionales, estas manifestaciones habrían debido repetirse todos los días. Todos los días con una amplitud cada vez mayor. Si, como es natural, se hubiesen opuesto la policía y el ejército, habría sido necesario comenzar de nuevo con una fuerza cada

³ Esta proposición no fue tenida en cuenta porque el congreso decidió que no se la debía discutir.

⁴ Esto no fue posible sino el martes. Ya que, evidentemente, con direcciones como las de la Internacional y de los partidos nacionales, es imposible una acción verdaderamente enérgica contra el imperialismo. Estas direcciones están compuestas todas por jefes de los sindicatos y por parlamentarios de la época pre-imperialista. No saben, por tanto, organizar la Internacional contra el imperialismo.

vez más grande y, en caso de necesidad, con violencia; además, habría sido necesario – esto se habría producido espontáneamente – reforzar estas manifestaciones con huelgas generales en todas partes, pero sobre todo en los países interesados directamente. Y estas acciones habrían debido continuar hasta que Serbia diese su respuesta, hasta la sesión del Reichstag y de los parlamentos que debían resolver sobre la guerra. En estas sesiones, habría sido necesario rechazar todos los créditos de guerra, en todas partes, en todos los países, incluso en los países neutrales. En efecto, bajo el imperialismo, la movilización para la defensa no es más que la preparación para la guerra de agresión imperialista.

Y en todos los parlamentos, se habría debido tener un discurso cuyo contenido habría sido más o menos el siguiente:

“Esta guerra es una guerra de agresión por parte de este país. Ustedes quieren conquistar otros territorios. Por esta razón les negamos los créditos. Esta guerra es una guerra de agresión de todos los países, unos contra otros. Por esta razón, y con nuestros hermanos de todos los otros países, les negamos todos los créditos. No es sólo una guerra de agresión de todos los países sino que también es una agresión del capital mundial contra el proletariado mundial con el fin de explotarlo aún más, de oprimirlo en proporciones todavía mayores y, finalmente, destruir a los proletarios como individuos y como clase combatiente. Quizá seamos todavía demasiado débiles para impedir una guerra, pero nosotros, los proletarios de todo el mundo, les amenazamos desde hoy con la revolución al acabar la guerra”.

Y mientras los representantes del partido hablaban así, se habría debido proseguir hasta el final la acción de masas.

He ahí lo que habríamos hecho los marxistas si hubiésemos podido.

Y hemos hecho propaganda para eso, en la medida de lo posible, en los Países Bajos, y eso es lo que, en la medida de lo posible, hemos preparado⁵.

⁵ Hasta los últimos días de agosto, al tiempo que se creía, generalmente, que incluso los Países Bajos serían arrastrados a la guerra y el ejército estaba movilizado, el partido socialdemócrata (S.D.P.) ha protes-

Creemos que si en todos los países hubiésemos adoptado contra el imperialismo la táctica que habíamos preconizado desde hacía muchos años, si en todos los países se hubiese denunciado el peligro del imperialismo y si, consecuentemente, se hubiese roto toda relación con los liberales y los partidos burgueses y, finalmente, si en todas las grandes luchas políticas y económicas se hubiese empujado las masas a la acción de masas – por ejemplo, en Alemania cuando las luchas por la reforma del derecho electoral prusiano –, pues bien, entonces los gobiernos, por temor a la actitud del proletariado en caso de guerra mundial, habrían sido más prudentes y quizá se habría evitado la guerra.

Quizá esto no habría servido para nada y quizá no habríamos podido retener a los gobiernos por el camino de la guerra. Quizá, incluso, la masa del proletariado no nos habría seguido.

Pero creemos que habría sucedido así. Creemos que, si desde el primer conflicto balcánico, la Internacional hubiese invitado a los obreros de todo el mundo a una huelga de protesta, cientos de miles de obreros habrían seguido la consigna. En efecto, ya hubo 160.000 sólo en Francia en aquella época.

Creemos que si en julio de 1914, en Berlín y en todas las ciudades de Alemania, hubiesen salido súbitamente a la calle cientos de miles de obreros llamados por el partido cuando todavía era hora, y que si en Petrogrado y en Moscú, en Riga y en Odesa, en Lodz y en Varsovia, en Kiev y en Jarkov, se hubiese sabido que cientos de miles e incluso millones de obreros alemanes organizados se manifestaban para impedir que ellos y los obreros rusos se masacraran los unos a los otros,

tado contra la guerra por medio de manifestaciones de calle. Por supuesto, la actitud del partido obrero socialdemócrata (S.D.A.P.) y de la Internacional ha debilitado considerablemente su acción. El S.D.P., a pesar de esto, ha logrado reunir a más de 25.000 obreros organizados en una acción contra la movilización. Por tanto, este partido ha permanecido fiel al programa de la Internacional y a las deliberaciones de los congresos.

creemos que en Rusia igualmente cientos de miles de obreros rusos habrían salido a manifestarse en la calle.

Creemos que si la noticia de que millones de alemanes y cientos de miles, y quizá millones, de rusos no querían degollarse unos a otros, hubiese retumbado por toda Europa, el grito de la Internacional habría sido seguido al menos por cientos de miles de obreros organizados en Francia, en Italia, en Austria, en Escandinavia, en Bélgica y en los Países Bajos. Creemos que incluso en Inglaterra⁶ se habrían movilizado muchos obreros. Creemos que en todas partes se habrían movilizado muchos obreros no organizados.

Un proletariado que puede hacer una huelga general por una reivindicación menor, por un aumento de salario, por una reforma electoral, puede igualmente hacerla contra la guerra.

Creemos que si la resistencia hubiese sido cada día más fuerte y vehemente en Alemania, en Rusia y en Francia – en los países que, en principio, debían tomar la decisión sobre la guerra – creemos que muchos otros países habrían conocido igualmente grandes huelgas.

Quizá no habríamos sido todavía lo suficientemente poderosos para impedir la guerra. El capital, la potente gran banca – que lo domina todo y a la que todo obedece, tanto entre la pequeña como entre la gran burguesía – el imperialismo con su idealismo, con su nacionalismo y con sus esclavos, son todavía demasiado poderosos. Probablemente es así.

Pero si hubiésemos resistido hasta el final y hasta el último momento, si en todos los parlamentos y hasta los tronos de los emperadores y reyes hubiese llegado el fiero rechazo del proletariado mundial, que se habría rebelado por primera vez y a la primera ocasión y se habría negado a dejarse asesinar en interés exclusivo del capital, entonces, al menos, todos habríamos cumplido con nuestro deber. En efecto, entonces habría sido mantenida por nosotros la unidad, la más alta organización del futuro, la propaganda por el futuro después de la guerra, y habría sido más fuerte, indestructible y gigantesca. Entonces

⁶ En este mismo momento tienen lugar huelgas en el País de Gales.

habríamos sido el astro que guía, el único astro que guía a todos los oprimidos del mundo que aún hoy están en la oscuridad. Entonces habríamos actuado en armonía con la evolución del capitalismo que, por medio del imperialismo, coloca uno frente al otro al proletariado mundial y al capital mundial.

Entonces habríamos hecho de esta lucha, y quizá de esta derrota, la base para la revolución después de la guerra. Entonces habríamos echado los cimientos para la victoria futura. Entonces la Internacional habría sido verdaderamente la Internacional.

Nada de todo esto ha sucedido. A causa de la ignorancia y de la pequeñez de los obreros, a causa de los engaños de los reformistas y a causa de la cobardía y de la indecisión de los radicales, la Internacional fue derrotada.

Por consiguiente, la segunda Internacional fue a la ruina porque no era internacional. No era más que un conglomerado de organizaciones nacionales, pero no un organismo internacional. Se proclamaba internacional, pero no actuaba ni pensaba internacionalmente. No era más que un complejo de organizaciones que no eran internacionales y que no actuaban internacionalmente.

Su internacionalismo no iba más allá de lo que era necesario cuando el imperialismo todavía no existía.

Mientras que el capital, con sus trusts, sus bancos, con sus asociaciones industriales mundiales, trabajaba cada vez más internacionalmente, la socialdemocracia seguía siendo nacional. Mientras que el capital, incluso si estaba dividido en partes enemigas que se hacían la guerra, emprendía una guerra mundial por la posesión del mundo, mientras que con este fin formaba grandes ligas de naciones para poder, en común, contra otras ligas, repartirse la tierra, el proletariado, nacional y replegado sobre sí mismo, continuaba ocupándose de mezquinas cuestiones nacionales.

Mientras que el capital, poderoso y en plena gloria, se planteaba el problema de saber cómo someter la tierra y sus habitantes y cómo transformarla en un sentido capitalista por la acción, la lucha y la conquista, el proletariado, mezquino e in-

significante, continuaba ocupándose sólo de los aumentos de salario, de la disminución de las horas de trabajo y de la legislación del llamado trabajo – y todo esto, en los límites de su propia nación.

Mientras que los espíritus más poderosos de la burguesía – cierto que frustrados y sólo materialistas, brutales y despreciables, y no teniendo más que un solo fin, igualmente despreciable: la ganancia – abarcan todo el universo, conciben y realizan sus planes de poder y de mercados mundiales, los espíritus de los obreros y de sus jefes se organizan en poder nacional y no internacional.

Mientras que en todas partes, en los grandes e incluso en los pequeños Estados, el capital internacional, de manera magnífica, por su exactitud, su perfección y su rapidez, y por medio de una organización incomparable que arranca la admiración universal, se preparaba para la guerra mundial entre las partes que lo componen, contra el proletariado mundial y contra los habitantes de todo el mundo, la Internacional de los obreros no pensaba ni siquiera en defenderse de esta guerra. Ni siquiera se armaba.

Si el proletariado internacional hubiese tenido solamente la centésima parte de la fuerza organizadora, de la conciencia de su propio fin y de la extrema rapidez con la que el capital se armaba en previsión de la guerra desde hacía varios años y podía realizar en dos días lo que era necesario para sus planes de conquista, la invasión de Bélgica – entonces aún habría salido bien.

Pero el proletariado no hizo nada y no previó nada.

El capital fue inmensamente activo a escala mundial. La Internacional fue pasiva. No hizo nada de lo que debía hacer y de lo que la época exigía. No se elevó a la acción mundial.

Y por consiguiente, la Internacional no fue más que lo que siempre había sido el proletariado, una masa perpleja que ha dejado caer sobre sí los grandes acontecimientos de la historia.

La Internacional estaba podrida. Era inútil y vacía de todo contenido. Se componía de partidos que no eran interna-

cionalistas. La Internacional no unía realmente a todos estos partidos más que en apariencia. Los obreros, sus miembros, eran en gran parte una masa de gentes interesadas en las reformas y que se dejaban parar y manejar por las apariencias. Eran muy pocos los que habían comprendido la verdadera evolución y querían actuar.

Ahora que conciben qué es el imperialismo y deben comenzar a comprender qué es el imperialismo, los obreros mismos deben darse cuenta de cuál es la tendencia que los habría guiado mejor.

Los obreros deban ahora preguntarse ellos mismos cómo edificar en el futuro una verdadera Internacional y cómo evitar una nueva catástrofe.

10 - EL FUTURO

Hemos visto las causas por las que se ha hundido la Internacional. Hemos ilustrado sus características, que fueron causa de su hundimiento ante el imperialismo y hemos expuesto qué cambios debe sufrir si quiere, de otra forma, alcanzar su fin. Ahora solo nos queda echar un vistazo al futuro para intentar comprender la evolución que ella deberá seguir y para indicar el camino que debe tomar.

¿Cómo se perfilará el futuro de la Internacional? ¿Cómo batirá al imperialismo nacional e internacionalmente?

¿Le será posible, a ella y a las masas, pasar a una acción autónoma?

Después de esta guerra, ¿se elevará el proletariado a un grado más alto de espíritu, de carácter, de voluntad, de conocimiento, de idealismo y de valor?

Todos estos problemas, como el devenir del capitalismo, dependen de la evolución del capitalismo; es decir, de hecho y ante todo, de las cuestiones siguientes: ¿durará el impe-

rialismo? ¿Durará la guerra? ¿Son posibles la limitación de los armamentos, el desarme y la paz?

Respondamos ante todo a estas cuestiones.

Hay en el interior del capitalismo dos movimientos que se funden en uno.

Uno es un movimiento de expansión a través del mundo en formas de producción cada vez más poderosas. Este movimiento está muy evolucionado y crece cada vez más, y cada vez más rápidamente.

El otro es la extensión del capital nacional y la fusión de los capitales nacionales en un capital internacional¹.

La tendencia de estos dos movimientos reunidos es que el capitalismo tiende a convertirse en capitalismo mundial. El capital de las naciones se funde en un capital único y toda la tierra será sometida al capital internacional mundial.

Todo el proceso evolutivo del imperialismo es el proceso de evolución del capitalismo hacia la expansión por todo el mundo y la internacionalización del capital. El imperialismo y la guerra sólo constituyen una fase de esta evolución y un medio para hacer al capital internacional, y después mundial.

Por tanto, dado que el proceso evolutivo del imperialismo es un proceso internacional e incluso mundial, nosotros consideramos el proceso evolutivo del capital por toda la tierra, primero el proceso de expansión, y después el de internacionalización del capital.

La industria se ha convertido en la fuente principal de la plusvalía. Hoy supera de lejos a la agricultura, que sólo crea poca plusvalía, y lentamente.

En los grandes países más evolucionados, en Inglaterra, en Alemania, en Francia y en Estados Unidos, cada año se produce una cantidad de plusvalía que, en las actuales condiciones capitalistas, supera con mucho las posibilidades de inversión en estos países mismos. Estas masas de capitales tienden a salir del país y, por tanto, deben ser exportadas para ser empleadas en

¹ La guerra también es hecha con el fin de realizar la internacionalización del capital; así, por ejemplo, por Alemania para forzar al capitalismo francés a unirse al capitalismo alemán.

países extranjeros con el atractivo de una ganancia enorme mucho más importante que las obtenidas en la madre patria. Estas masas de capitales se difunden, pues, por todo el mundo. Pero las condiciones y el desarrollo de la producción capitalista de los países que exportan capitales son extremadamente diferentes. Sus condiciones de producción son lo más variadas que se puede uno imaginar. Inglaterra posee ya colonias en gran cantidad, es un país casi totalmente industrializado ya, prácticamente ya no tiene agricultura y está obligado, por tanto a exportar productos industriales, emplear sus capitales en el exterior e importar productos agrícolas.

Alemania tiene pocas colonias, su industria está en pleno crecimiento y cada año es más poderosa, su agricultura pierde en importancia, aspira, pues, a conseguir más colonias para exportar sus capitales, sus productos industriales y para importar materias primas.

Francia tiene todavía una agricultura muy importante, está menos industrializada que Alemania o Inglaterra, pero posee importantes capitales bancarios. Necesita, pues, colonias y esferas de influencia para la exportación de estos capitales.

Estados Unidos se convierten en un país cada vez más industrial. Su capitalismo está creciendo de modo gigantesco. Deben extenderse y ya han comenzado.

En todos estos países, el capitalismo crece de año en año en cantidades enormes por medio de fuerzas productivas colosales, pero de manera diferente y en condiciones diferentes. He ahí cómo está la cosa en los países capitalistas más importantes. ¡Pero qué diferencia con relación a los otros países!

Rusia es un país aún casi agrario pero cuyo suelo oculta riquezas insospechadas, y posee un potente mercado interior. Todos estos factores permiten esperar un extraordinario despegue capitalista.

No olvidemos los pequeños países que, en parte, han llegado con la industria a una cierta prosperidad capitalista y, en parte, están en camino de llegar: Italia, Suiza, los Países Bajos, Bélgica, Suecia y Noruega.

De todos estos países brota una corriente de capitales que se infla rápidamente y se proyecta por el mundo para encontrar empleo en él. Pero también en estos países las condiciones de producción son muy diferentes, así como las relaciones entre la industria y la agricultura y, por tanto, por todas estas razones estos países son muy diferentes los unos de los otros.

Finalmente, están todos los países en los que son importados los capitales por los países capitalistas industriales más poderosos.

En general, son países agrarios que no disponen todavía de capitales suficientes que hubiesen sacado de su agricultura para su propia industria. Necesitan, por tanto, capitales extranjeros para industrializarse y organizarse de modo capitalista; necesitan capitales para construir ferrocarriles y canales, puertos, depósitos y fábricas. Necesitan también capitales para explotar las minas. Sin embargo, pueden exportar productos alimenticios y materias primas para la industria. Las diferencias existentes entre estos países son mucho más importantes que las existentes entre los países exportadores de capitales.

Pertenecen a todos los estadios de la evolución.

Hay que comenzar por los países que tienen un Estado que se encuentra ya en un período de transición entre el Estado principalmente agrario y el Estado principalmente industrial. Estos Estados comienzan a exportar capitales, un ejemplo de ello lo constituye el este de los Estados Unidos. Otros son todavía ante todo exportadores de productos alimenticios y materias primas, como Canadá, Australia y América del Sur. También diferentes son los países en los que hay, al lado de una pequeña agricultura intensiva, una agricultura para la exportación por medio de la cual los grandes capitalistas indígenas o los capitalistas de las naciones capitalistas más poderosas – como Inglaterra, los Países Bajos, Francia – explotan a la población e impiden que el capital llegue a las manos de los indígenas. China, las Indias británicas, francesas y holandesas pertenecen a este último grupo. Finalmente, hay que considerar esas regiones – principalmente de África central – donde no existe más que una

agricultura primitiva que alimenta al indígena y donde los capitalistas europeos se aprovisionan de materias primas.

Todos estos países a los que hoy afluyen, o comienzan a afluir, los capitales, son totalmente diferentes por sus condiciones de producción, por su grado de evolución, por su riqueza, por su accesibilidad a los capitales extranjeros, por sus condiciones políticas y por los diferentes caracteres de la población.

Semejantes en esto a los países que exportan sus capitales, estos países son muy diferentes entre sí como lo son de los primeros en cuanto a la potencia de su capital – capital constante y capital variable.

Y entre estos, hay todavía muchos que no tienen ningún poder y están indefensos, abiertos al saqueo por parte del capitalismo.

Sin embargo, en todos estos países, en los que importan los capitales, en los que los exportan y en los que no tienen ningún poder capitalista, el proceso de colaboración internacional del capital sólo está en sus comienzos. Una pequeña parte de estos países y de sus empresas es explotada con capitales internacionalmente. Sin embargo, la mayor parte de los capitales de la madre patria invertidos en las colonias y en las esferas de influencia es de **una sola** especie: son capitales homogéneos y nacionales.

Es cierto que en los jóvenes países agrarios son empleados muchos capitales extranjeros; pero son superados rápidamente, como en América del norte, por los capitales nacionales.

Es cierto que se han constituido **trusts** internacionales de sociedades nacionales, pero los capitales nacionales continúan comportándose frecuentemente como enemigos y competidores los unos de los otros, queriendo cada cual para sí la parte del león. Así ocurre en el gran trust marítimo entre Europa y América.

Es cierto que gigantescos trusts de capitales nacionales se han constituido también en unidades internacionales; sin embargo, luchan contra los trusts gigantescos de los otros países. Así el consorcio anglo-neerlandés, la “Dordrecht- Königli-

che-Shell-Gruppe” que, con su monopolio del petróleo, libra una guerra encarnizada contra la “Standard-Oil Company” americana.

Es cierto que, incluso en los pequeños Estados más débiles, entran muchos capitales extranjeros – por ejemplo, en los Países Bajos, el capital alemán; pero en todos estos Estados hay una viva aspiración a fundar su propia industria y los capitales extranjeros son una pequeña minoría.

Es cierto que en los países que necesitan capitales, se importan muchos capitales nacionales; pero una gran parte de estos capitales nacionales siguen siendo capitales nacionales en lucha contra otros capitales nacionales. Y estos capitales, internacionales o extranjeros, frente a los capitales nacionales, son tan minoritarios que desaparecen.

Y en esta confusión de países en que todos tienen grados de evolución y particularidades nacionales muy diferentes y entre los cuales hay desequilibrio, la internacionalización no es aún más que excepcional.

¿Y de qué manera es puesto en movimiento el capital en todos estos países? ¿En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Estados Unidos, en Italia, en Bélgica, en los Países Bajos, en Suiza, en España, en Noruega, en Suecia, en Dinamarca, en Rusia, en Japón, en Canadá, en Argentina, en África del Sur, en Australia, en las Indias británicas y neerlandesas, en Argelia, en Marruecos, en Egipto, en el Congo, en África británica y en África alemana, en Hong Kong y en Shanghai, en Cantón y en otras partes de China? **Por medio de la nación que ejerce allí el poder, por medio de la nación como unidad, como un todo, como potencia.**

En todos los poderosos países capitalistas de Europa y América brota y nace el capital creado por los asalariados; y, empujado por la fuerza de la nación, este capital afluye a nuevos territorios. En todos los países capitalizados todavía insuficientemente, industrializados sólo en parte, como en ciertas regiones de América del Norte, América del Sur, Australia y Japón, los capitales son guardados en la metrópoli o aumenta-

dos para hacer la nación más fuerte desde el punto de vista capitalista y para desarrollarla industrialmente.

De todos los países de Asia y África, más débiles desde el punto de vista capitalista y explotados por los capitales extranjeros, el capital que se forma en ellos se evade para enriquecer las naciones lejanas que los dominan. De este modo, los capitales salen de Persia, de la India, del Asia Central, de Marruecos y de Argelia, de Egipto y de Sudán, del Congo y de toda el África Central.

Pero todos los países, exceptuados los de esta última categoría que son demasiado débiles, intentan convertirse en países capitalistas fuertes o más fuertes, o bien conquistar el mayor poder.

Inglaterra, Alemania, Francia, y Estados Unidos aspiran a la suprema potencia capitalista; Italia, Bélgica, Suiza, Dinamarca, los Países Bajos, Suecia y Japón aspiran a un poder mayor.

Los Estados totalmente agrarios, o a medias, aspiran a convertirse en Estados capitalistas independientes con su propia industria; citemos a Rusia, Canadá, Argentina, Australia y África del Sur.

Además de todos estos países, hay otros que todavía tienen que fundar su nacionalidad sobre una base capitalista: Austria-Hungría, los Balcanes, Turquía y China.

Las mismas colonias sometidas – las Indias británicas, las Indias neerlandesas y Egipto – comienzan a aspirar a convertirse en potencias capitalistas independientes.

Pero en todas partes la nación es la fuerza motriz y al mismo tiempo la base sobre la cual y por medio de la cual se puede desarrollar el capitalismo. Y la internacionalización del capital es todavía débil en todas partes. Son justamente los países capitalistas más poderosos internacionalmente los que tienen los capitales especialmente nacionales.

Y son especialmente los países que se están convirtiendo en países capitalistas poderosos, como Estados Unidos, Rusia, Canadá, Australia, los Estados de América del Sur, los que

intentan batir a los capitales internacionales y convertirse en nacional-capitalistas².

Y en los países capitalistas más débiles, como China, Turquía, Persia, los capitales internacionales son nacionales en el sentido de que no se mezclan sino que se combaten recíprocamente (así, en Persia, los capitales inglés y ruso; en China, los capitales de todos los países, etc.).

Se observa, pues, en todas partes, una aspiración del capital a convertirse en nacional³.

² Rusia necesita capitales extranjeros, en gran parte franceses, para sus ejércitos y su imperialismo, es decir, para fundar un Estado capitalista.

³ Es la causa principal del nacionalismo y de la patriotería bajo el imperialismo. Por esta razón, el nacionalismo y la patriotería alcanzan una potencia enorme bajo el imperialismo.

En su opúsculo **La guerra y la Internacional**, página 1, Trotsky escribe: “El meollo de la guerra actual reside en la rebelión de las fuerzas productivas contra su forma de explotación nacional-estatal (...) La política del imperialismo es, ante todo, una prueba de que el antiguo Estado nacional ha caducado y ahora se presenta como un obstáculo insoportable para el desarrollo de las fuerzas productivas. La guerra de 1914 significa, ante todo, la ruina del Estado nacional como territorio económico independiente (...) La guerra anuncia el hundimiento del Estado nacional”.

Estas afirmaciones parecen ser marxismo, pero no hay nada de ello. Sólo se trata de palabrería pseudo-marxista.

La guerra actual es la lucha de las grandes empresas de las diferentes naciones para conseguir el mayor territorio para la salida de sus mercancías y para invertir en él sus capitales, especialmente en las colonias. Cuando intentan conquistar o someter, además de las colonias, otros Estados capitalistas, no lo hacen por razones económicas, sino por razones políticas y estratégicas. Así, Alemania quiere poner bajo su dependencia a Bélgica y los Países Bajos en el marco de su lucha contra Inglaterra; quiere someter a Serbia para tener en su poder la ruta de Asia. Eleva ahora sus pretensiones sobre Polonia y Francia septentrional por su riqueza en hierro y carbón... para la lucha contra Inglaterra. No necesita a estos países por razones económicas. Así, Austria intenta someter a los serbios para que no pueda ver la luz una gran Serbia. Rusia quiere el Bósforo para impedir que, en caso de guerra, puedan ser interrumpidas sus importaciones y para que sus

navíos de guerra puedan pasar al Mediterráneo. Y así sucesivamente. Hasta ahora, las colonias son buscadas, en general, por razones económicas y los territorios europeos por razones políticas.

Más que una rebelión de las fuerzas productivas contra la actual forma de explotación nacional-estatal del capitalismo, la guerra es el medio de hacer más grandes, fuertes y sólidas a algunas naciones, es el medio de utilizar a algunas naciones para el desarrollo del capitalismo mundial y permite que la lucha entre estas naciones contribuya a un fortalecimiento, a una difusión y a una profundización renovada de la producción capitalista.

La política imperialista y esta guerra demuestran que el gran Estado nacional no ha caducado todavía, sino que posee aún fuerzas gigantescas que le permiten, en su lucha contra los otros Estados nacionales, difundir la producción capitalista y hacer de ella el modo de producción mundial.

Es cierto que, tarde o temprano, algunos pequeños Estados caerán; sin embargo, los grandes no serán destruidos ni arruinados, incluso como territorios económicos independientes; y aun, por el momento, se refuerzan como territorios económicos independientes.

Es cierto que esta lucha cuesta sacrificios infinitos. Continúa siendo para el capitalismo, pero es de esta lucha de donde viene el progreso.

Que esta teoría es cierta y que la de Trotsky no lo es más que en apariencia, se ve claramente cuando se considera no sólo hechos generales sino los hechos concretos.

El Estado nacional inglés se extiende infinitamente con esta guerra puesto que se apodera de colonias y tiene más que nunca.

El Estado nacional alemán continúa desarrollándose por todos los medios y espera apoderarse de pequeñas naciones que someterá y se hará aún más poderoso.

El Estado nacional francés continúa existiendo como antes.

Los Estados que cobijan varias nacionalidades, como Austria-Hungría y Rusia, se han consolidado durante la guerra.

Los Estados Unidos continúan desarrollándose.

El Estado nacional japonés continúa desarrollándose.

Y todos estos Estados aumentan su potencia y fuerza como nación y como Estado por medio de esta guerra sometiendo, haciendo dependientes o conquistando, en Europa, en Asia y en África, países pequeños y débiles que pueden dominar como nación o como Estado nacional. Todos estos poderosos Estados actúan, pues, no como naciones

Y todas estas naciones tienen sus intereses propios que están en contraste entre sí.

Las potentes naciones capitalistas e industriales quieren, todas, exportar el máximo de capitales. Todas quieren apoderarse de los países que producen las materias primas y los productos alimenticios. Por esto entran en conflicto; todas quieren apoderarse de los países más ricos.

Las naciones que importan capitales quieren emanciparse de las naciones que exportan sus capitales; ellas mismas quieren convertirse en exportadoras de capitales. Entran, pues, en conflicto con estas naciones. Buscan también países ricos en materias primas y en productos alimenticios como Estados Unidos y Japón. Por tanto, entran en conflicto entre sí.

Las naciones que aún no están verdaderamente fundadas, como China, Turquía y los Estados balcánicos, quieren convertirse en naciones libres, quieren ser independientes de las naciones capitalistas fuertes. Entran, por tanto, en conflicto con estas naciones.

que han caducado, sino como naciones que tienen abundantes fuerzas capitalistas y como territorios económicos y nacionales.

Y después de esta guerra, estas naciones – Inglaterra, Alemania, Francia, Rusia, Austria-Hungría, Estados Unidos y Japón – comenzarán un nuevo conflicto, como nación, como Estado y como territorio económico, para conseguir la dominación del mundo; sus luchas y sus alianzas alientan y desarrollan en una medida cada vez más importante la producción capitalista.

Por tanto, estas naciones no son actualmente un obstáculo sino una palanca para la producción capitalista.

Los postulados prácticos – derecho de toda nación a la autodeterminación, Estados Unidos de Europa, sin monarquía, sin ejército permanente, sin castas feudales reinantes y sin diplomacia secreta – que Trotsky basa en este modo de ver y que formula como postulados del proletariado después de la paz son, pues, igualmente falsos.

Estos postulados se basan en una falsa representación de la realidad. Son nocivos para el proletariado y su evolución, y además el proletariado no tiene el poder de ponerlos en práctica; son, pues, utópicos y erróneos.

Y las colonias sometidas quieren convertirse en países libres y poderosos desde el punto de vista capitalista. Por tanto, sus intereses están en conflicto con los de sus explotadores.

Todas las naciones quieren llegar a ser las más poderosas, o poderosas o independientes por medio del desarrollo del capitalismo y de la sujeción de los obreros al capital.

Y así los intereses de cada nación se oponen a los intereses de todas las demás.

Tal es el espectáculo que ofrece el mundo: naciones capitalistas fuertes, naciones capitalistas débiles, naciones dependientes, naciones sometidas, naciones todavía no fundadas. Sin embargo, todas aspiran a la potencia capitalista. Además hay también naciones impotentes, como las naciones negras, que no pueden hacer nada todavía y sólo son un juguete y las víctimas del pillaje de otras poderosas.

La expansión del capital es cada vez más importante y rápida; está causada por el crecimiento enorme y sin descanso de las fuerzas productivas. Por tanto, los intereses son cada vez mayores, más poderosos y violentos; los conflictos son cada vez más numerosos y graves.

Pero, ¿cómo se ha desarrollado el capital hasta hoy? ¿Cómo se ha expandido por toda la tierra? ¿Cómo ha llegado a ser poderoso en el plano nacional?

La respuesta es la que ya hemos dado: por medio de los conflictos, de la efusión de sangre y del asesinato. El capitalismo, que aporta a la tierra la ciencia, la técnica, la conciencia social, mejores métodos de trabajo, una mayor riqueza y, al final de su vida, el socialismo, no alcanza sus objetivos sino por estos métodos: el asesinato y la guerra.

Para alcanzar sus objetivos, para realizar su misión, para difundirse sobre la tierra y hacerse internacional, el capital se divide en partes adversas que luchan entre sí y contra los pueblos débiles y contra el proletariado.

Asesina, oprime y esclaviza a los pueblos débiles, hace la guerra contra sí mismo, hace estallar la guerra contra sus miembros – tanto individuos como naciones – se desembaraza continuamente de sus miembros más débiles por medio de la

destrucción, de la guerra y del asesinato y, al mismo tiempo, asesina a los proletarios y los utiliza como asesinos.

En su lucha imperialista se revuelve contra el proletariado mundial.

Prospera en un único baño de sangre de sus propios miembros, de los individuos débiles, de los pueblos débiles y de los proletarios. Vadea un mar de sangre para llegar a sus objetivos, y esta guerra es una nueva prueba de ello.

Jamás como hoy bajo el imperialismo, el conflicto y la guerra fueron hasta tal punto los medios de la evolución del capitalismo. Y menos aún podrá ser de otra manera.

Para la evolución del capitalismo, no se descubrirá hoy ninguna otra vía ni ningún otro camino distintos a los que han sido empleados ya desde hace siglos. Ahora que la acumulación de capitales en todos los países ha llegado a ser enorme, y crece enormemente e incluso más que nunca; ahora que la voluntad de expansión ha aumentado enormemente; ahora que la internacionalización de los capitales ha comenzado ya a trastornar todas las fronteras nacionales, aun cuando sigue estando en su estadio inicial; ahora que las naciones, los gobiernos nacionales, las naciones armadas son los apoyos principales y la fuerza motriz que los capitalistas poseen, o intentan poseer, en todo el mundo, para fundar y aumentar su capital o para asegurarse la dominación exclusiva sobre toda la tierra, desde Japón hasta los Países Bajos, desde Rusia hasta África del Sur, ahora ya no puede ser de otro modo. Hoy como ayer, la evolución se realizará por medio de la guerra.

En una palabra, allí donde la lucha de intereses se ha hecho más intensa y donde la expansión se ha hecho más necesaria, la guerra no cesará.

Al contrario, como la evolución y la acumulación de capital, por medio de la técnica que se perfecciona sin parar, y por medio del proletariado que se hace más grande cada día, se realizan con una rapidez cada vez mayor, la lucha se hace más violenta, el armamento más importante, la guerra más terrible y más espantosa. He ahí nuestra conclusión.

El capitalismo crece y se difunde por todo el mundo por medio de la fuerza de las naciones.

La internacionalización del capitalismo es todavía insignificante. Frente a los capitales nacionales, los capitales internacionales son todavía ampliamente minoritarios.

Los capitales nacionales – el capital formado es dirigido por las naciones – son todavía la forma predominante y decisiva del capital. Y estas naciones y estos capitales nacionales tienen intereses diferentes.

El único medio para arreglar este conflicto de interés es el armamento, y después la guerra.

La burguesía, una gran parte de la socialdemocracia, los reformistas y los radicales, todos hacen propaganda por la paz mundial, por el desarme y por la limitación de los armamentos.

Todos aquellos que predicán la paz y el desarme deberán aportarnos la prueba de que la paz y el desarme son posibles y que los intereses de las naciones y de los capitales nacionales son idénticos. O, en su caso, deberán probar que el capital no es mayoritariamente nacional sino internacional.

Si no pueden probarlo, entonces será cierto que el desarme y la paz son aún imposibles. **Y no pueden probarlo.** Ni una sola vez han podido probarlo, ni siquiera aproximadamente.

Esta refutación es decisiva.

Lo que hemos dicho debería ser suficiente. En efecto, los intereses capitalistas opuestos de las naciones empujan a la guerra. Pero como este pequeño opúsculo no debe servir solamente para presentar a los obreros las grandes líneas de la evolución del imperialismo y de la lucha de clases, sino que también quiere proporcionar armas para la polémica y la discusión de los obreros entre sí, exponemos también algunos argumentos contra el movimiento pacifista y la consigna de desarme.

Los que aspiran a la paz, al desarme y a la limitación de los armamentos, y que hacen propaganda de ello, deben probar que estos objetivos pueden ser alcanzados.

Y esta prueba debe ser hecha no con vanas frases, con deseos y esperanzas o vagos eslóganes, sino con precisión, con ejemplos y hechos; estas gentes deben decirnos qué medio de

evolución distinto al conflicto hay bajo el capitalismo y qué principio hay distinto al poder. Los pueblos de la tierra son múltiples, todos viven en condiciones diferentes y tienen fuerzas también muy diferentes; todos desean ardientemente el poder y todos tienen intereses opuestos unos de otros, están en desequilibrio permanente tanto dentro de ellos mismos como unos respecto de otros. Los partidarios de la paz, del desarme y de la limitación de los armamentos deben probarnos cómo tales pueblos pueden coexistir armoniosamente y sin conflictos.

Deben decirnos exactamente y con documentación sacada de la práctica de la política y de la economía, cómo imaginan la organización del mundo y la distribución de las riquezas. ¿Qué partes del mundo deben tener respectivamente Inglaterra, Alemania, Rusia, Francia, América y Japón? ¿Qué partes a explotar, qué poder y qué esfera de influencia? ¿Según qué principios deberá ser repartido el mundo? ¿Y quién será el distribuidor, y quién será el árbitro?

¿Cómo se podrá establecer la confianza entre las dos grandes potencias y todas las otras, de manera que no sea necesario recurrir a armamentos cada vez más poderosos?

Todo esto es imposible desde el momento en que se hace frente concretamente a los problemas. Hasta hoy nadie ha podido indicar todavía el camino que puede conducir al desarme, a la evolución sin conflictos, a la repartición del mundo que pueda contentar a todos los Estados y al equilibrio armonioso.

Hasta hoy, bajo la dominación capitalista, el poder es el único principio que permite el reparto de la tierra y la evolución del capitalismo.

Bajo el capitalismo, en su forma contemporánea, no hay otro medio distinto a la fuerza brutal para la expansión, extensión e internacionalización.

Se habla de derecho. Pero, ¿por qué razón Alemania debe tener más derecho que Inglaterra sobre Mesopotamia? ¿Por qué uno de estos países debería tener derecho sobre Mesopotamia? El derecho es la fuerza. La violencia y la fuerza son las que deciden. Los partidarios de la limitación de los armamentos deben demostrar que hay otro derecho.

Se dice: debemos dividir China, etc., en esferas de influencia, dar un trozo a Inglaterra, a Rusia, a Alemania, a Francia, etc. Pero, aun dejando de lado que tal repartición sólo sería realizable por medio de una guerra y sólo decidiría la fuerza, las causas de fricción entre las potencias serían aún grandes, las esferas de influencia serían de potencia desigual y se convertirían rápidamente en causa, objeto y campo de batalla de nuevos conflictos.

Se habla de libertad de comercio. Pero, ¿cómo nace el comercio en los países primitivos como los del África Central? Por medio de la violencia, del asesinato y de la guerra. Sólo por el asesinato se obliga a las poblaciones débiles a producir caucho y otras mercancías similares. ¿Quién deberá cometer los asesinatos y quién deberá encargarse de la guerra, Alemania o Inglaterra? Sólo la fuerza puede decidir.

Pero el comercio está muy lejos de ser el fin más importante. Uno de los fines importantes es la exportación de capital para formar un nuevo capital. Otro es la construcción de ferrocarriles, de puertos y de fábricas. ¿Y cómo se exporta el capital a China, a Persia, a Marruecos, a Trípoli, a Asia Central, a Mongolia y a Corea? ¿Cómo se crean las premisas de la producción capitalista, la dominación del capital y la esclavización de las poblaciones indígenas? Por medio de la violencia y la expropiación. Pero los chinos, los persas, los marroquíes, etc., no quieren ni ser expropiados ni convertirse en proletarios. Por tanto, deben ser expropiados y su resistencia debe ser quebrantada. ¿Cómo debe realizarse esta expropiación? ¿Quién debe ser el expropiador?

Son la violencia y la guerra las que deciden. Los burgueses y los socialistas que hablan de paz deben demostrar cómo pueden desarrollarse sin violencia el comercio y la exportación de capitales.

Se dice: las comunicaciones. Las comunicaciones son los vínculos entre los pueblos y, efectivamente, son internacionales. Las líneas ferroviarias y las líneas de navegación unen a todas las naciones. Pero las líneas ferroviarias y las líneas de navegación están, en su mayor parte, en manos de los capitales

nacionales que son competidores, es decir, enemigos. Y además, el gran capital busca con avidez las fuentes de la plusvalía, es decir, las materias primas, los obreros asalariados y la producción de mercancías. Por esta razón hace la guerra, las comunicaciones sólo son una fuente marginal. Y los grandes capitalistas saben que conquistarán las vías de comunicaciones desde el momento en que sean dueños del territorio, de las materias primas y de los indígenas transformados en asalariados.

Pero, ¿no es ridículo buscar la unidad mientras que los intereses y la diversidad de las fuerzas son todavía tan importantes? ¿Mientras que tantos pueblos débiles pueden ser masacrados aún con tanta facilidad? ¿No es ahora ridículo?

Si Inglaterra cree poder apoderarse de todo, ¿por qué debería entenderse con Alemania? Si Inglaterra gana, ¿por qué debería repartir con Alemania? Si Alemania triunfa, ¿cómo podría no persistir en su idea de poder conseguir todavía más gracias a la guerra?

Si Rusia y los Estados Unidos se percatan de los recursos casi inagotables de su subsuelo, y que aún deberían aumentar, ¿por qué deberían unirse con otros y disminuir así su parte del botín?

Mientras Alemania crea que su militarismo puede aplastar a todos sus adversarios, ¿por qué debería dividir su poder con los demás grandes Estados?

Mientras aún haya territorios gigantescos a repartir, como China, Asia Menor, las Indias neerlandesas, partes del Asia Central y de África, mientras todavía haya pueblos débiles para aplastar, mientras se tenga confianza en su propia fuerza, se hará de la guerra y de su propio imperio el ideal de la cultura.

Se dice: se debe formar una federación de Estados. Una federación de los Estados de Europa. Pero los intereses de Alemania, de Rusia y de Inglaterra son contradictorios. Quizá haya alianzas entre Estados: Alemania con Europa Central, Alemania con Rusia, Alemania con Francia, Alemania con Inglaterra; pero en todos los casos el fin será hacer aún con más seguridad la guerra y explotar más vigorosamente a los débiles.

Se pretende que los sacrificios en dinero y en vidas humanas son demasiado importantes. Hemos mostrado ya que los miles de millones gastados por el imperialismo en las guerras de conquista de Mesopotamia, del Congo, de China, de las Indias neerlandesas, le serán reembolsados con miles de millones de intereses. Habrá que esperar muchos años; el proletariado deberá soportar sufrimientos terribles; pero los capitales serán recuperados multiplicados por cien⁴.

Además, una nueva guerra y nuevos armamentos pueden hacer aumentar de nuevo los salarios, pues mientras tanto crece la fuerza productiva.

¡Qué mal conocen la psiquis y el alma del capitalismo los que piensan que éste puede cambiar, cuando el imperialismo no está más en que sus comienzos! ¡Hemos demostrado ya que la tendencia general espiritual del capitalismo es tal que no rehúsa ni puede rehusar ningún medio para alcanzar su fin, que es la extensión del capitalismo sobre la tierra!

La naturaleza del capitalismo es la formación de plusvalía de manera que cada vez crece más. Plusvalía que, de modo siempre creciente, forma de nuevo más plusvalía. Por tanto: expansión, extensión. He ahí la naturaleza de nuestra sociedad. Todo lo que es capitalista debe obedecer, pues, a esta tendencia. El capital no existe más que gracias a la propiedad privada de los medios de producción. Y puesto que pocos los poseen, el capital lleva en su seno, necesariamente, el conflicto. Conflicto entre los individuos y entre los grupos en los que se unen los individuos: las naciones. Por tanto, el que obedece a la naturaleza del capital, debe obedecer también al principio de la propiedad privada, y debe emplearlo.

Es cierto, sin duda, que al final de esta guerra terrible amplios círculos de la burguesía sentirán el horror del imperialismo y aspirarán seriamente a la paz.

⁴ Algunos sostendrán también que, teniendo en cuenta los enormes ejércitos, la guerra se hace imposible pues ningún beligerante puede vencer y decidir. Pero la técnica y la ciencia inventarán nuevas armas y una nueva estrategia. En efecto, la expansión del capital lo exige.

Pero la cuestión es ésta: ¿podrán hacer la paz?

El problema no es lo que estos burgueses piensen, sino lo que pueden hacer. La gestión de la economía y de la política del capital está en manos de los magnates de la banca y de la industria. Ellos no temen la guerra sino que la utilizan para sus fines propios: la explotación del mundo y la esclavización de los habitantes de la tierra hasta hacer de ellos proletarios.

La guerra les permite, a largo plazo, esta explotación. Es su mejor y más enérgico instrumento, el que nunca falla. Pone en su poder la tierra y los obreros.

Y por esta razón, estos magnates de la banca y de la industria representan la potencia que permite al capitalismo alcanzar sus objetivos y la que hace fecundo al capital para siempre y en todas partes según su naturaleza. Son los realizadores y los gestores de la fuerza de expansión del capital, y todos los demás capitalistas, así como todas las demás clases que viven de este capitalismo y de esta plusvalía, no pueden hacer nada más que seguirlos y obedecerlos.

Estas fuerzas invisibles, desconocidas de la masa de los hombres, estos magnates de la gran banca, los grandes cárteles de la industria, no gobiernan el mundo por la fuerza de su potencia política y económica, sino más bien porque representan plena y perfectamente la naturaleza del capitalismo.

La fuerza de expansión del capital reside, concentrada y organizada, en las gigantescas masas de capitales de estas fuerzas invisibles. Ellas mismas obedecen a esta fuerza de expansión y a la naturaleza de sus capitales.

Y todos los hombres que viven de la plusvalía les obedecen.

Sólo el proletariado, que no tiende a la explotación sino al socialismo, a otro fin, y sólo por esto, puede oponerse al imperialismo.

Ya se ve clara y distintamente lo que sucederá cuando acabe la guerra.

Todas las naciones se cubrirán de armamentos gigantes. Toda la tierra estará cubierta de armas. Y estos arma-

mentos irán acompañados de una extraordinaria hipocresía pacifista.

Y a los parlamentos de todos los países llegarán demandas de créditos para armamentos más potentes que nunca. Y todos los miembros de los partidos burgueses, sean amigos o enemigos de la paz, darán su aprobación.

Y cuando la guerra se aproxime de nuevo, se enfrentarán ejércitos infinitamente más grandes y poderosos que los de hoy. Otra vez se reanudará la lucha, todavía más sangrienta, por la dominación del mundo.

No puede ser de otra manera. Esta guerra demuestra de nuevo que todos los individuos, los de las clases capitalistas y los que les obedecen, empujados por el instinto de autoconservación y por los instintos sociales que tienden a la conservación de la sociedad en la que se vive y con la que se forma un todo, no rehúsan sacrificar su sangre y su dinero si se trata de difundir, por medio de conflictos, el capitalismo, único factor de su existencia.

Incluso si los capitalistas quisiesen el desarme, la paz y la limitación de los armamentos, no podrían realizar su deseo. El capitalismo tiene sus propias leyes que son consecuencia de su propia naturaleza. Sus principales leyes son el conflicto y la expansión.

Una vez más: la burguesía, los reformistas y los socialistas radicales deben demostrar, o que el capital es principalmente internacional y no nacional, o que los intereses de las naciones son idénticos.

Y deben también demostrar que hoy, en las relaciones todavía existentes entre individuos y naciones, la voluntad de los capitalistas y de los miembros, en general, de la sociedad capitalista, puede desarrollar libremente el capitalismo según un modo diferente del aún actualmente prescrito por las leyes de dicho capitalismo. Sin embargo, no pueden.

Mientras que la guerra mundial aún hace estragos, los reformistas y los radicales están buscando, de acuerdo con la burguesía, un medio con el que, una vez más, puedan desviar, debilitar y engañar al proletariado después de la guerra.

Los radicales, los reformistas y la burguesía han encontrado incluso un medio por el que desviar otra vez a los obreros de la revolución e inducirles a que se confíen a la burguesía y no a sus propias fuerzas.

Este medio es el desarme.

Este medio es la paz mundial.

Muy evidentemente, hoy como ayer, y especialmente después de esta horrible guerra, la burguesía fingirá amar y desear la paz.

Durante este tiempo, todos se arman hasta los dientes. Y todo esto con el fin de adormecer al proletariado.

Y mientras que la burguesía disimula así y celebra más que nunca con palabras la paz, los reformistas encuentran de nuevo la ocasión de marchar junto con la burguesía para traficar con ella en las elecciones, para pactar compromisos, para conseguir mandatos y el poder. ¡Y todas estas bellas cosas pueden hacerse porque la burguesía quiere la paz!

He ahí para qué sirven la paz, el desarme y los reformistas. Y a su vez - ¡ya que la burguesía tiene interés en el desarme y quiere el desarme!! - los radicales acecharán la ocasión de contener al proletariado para que no ponga en obra la acción revolucionaria. He ahí para qué sirve el desarme.

Nosotros vemos ya indicios de estas maniobras en todos los países⁵.

Se los puede leer ya en los periódicos y en las revistas de los radicales. Kautsky ha lanzado ya las consignas de desarme, de cese del imperialismo y de la carrera a los armamentos⁶.

⁵ Los otros postulados de los radicales y de los reformistas – los tribunales internacionales de arbitraje, la abolición de la diplomacia secreta – sirven al mismo fin que el desarme, es decir, para adormecer al proletariado y empujarlo a marchar con la burguesía.

⁶ Se puede leer los fragmentos siguientes:

Página 7 de la **Neue Zeit** del 2 de octubre de 1914: “La socialdemocracia deberá conseguir una paz duradera suprimiendo las condiciones que causaron la guerra, es decir, las reivindicaciones imperialistas y la carrera a los armamentos”.

Aquí, como ya antes de la guerra, se da a entender al proletariado que en lo sucesivo es posible el desarme y que la socialdemocracia puede conseguirlo e incluso que puede estar en condiciones de erradicar las reivindicaciones imperialistas.

Y en la página 250 de la **Neue Zeit** del 27 de noviembre de 1914, después de haber dicho, una vez más, explícitamente, que los demócratas deben participar en la guerra cuando planeen amenazas de invasión, se proclama el objetivo de la Internacional:

“La lucha por la paz, lucha de clase en la paz”.

No se menciona la lucha contra la guerra futura ni tampoco la lucha de clases durante la guerra, tampoco se menciona la revolución después de la guerra.

Confrontemos estas afirmaciones con lo que escribía el antiguo Kautsky, el Kautsky de 1908 en “El camino del poder”, a propósito de la guerra, del imperialismo y de los armamentos:

“El equilibrio de los Estados, conseguido con tantas dificultades, comienza ya a vacilar a causa de cambios inesperados sobre los que aquellos no tienen ninguna influencia. De pronto se presentan problemas que exigen soluciones que no pueden ser pacíficas y que por esta razón van para largo.

En todas partes no hay más que agitación, desconfianza y falta de seguridad. El nerviosismo, aumentado ya terriblemente por la carrera mundial a los armamentos, ha alcanzado ahora su apogeo”.

“La guerra mundial se aproxima de manera amenazante. Pero la experiencia de los últimos años demuestra que la guerra es sinónimo de revolución, la cual tiene como consecuencia grandes desplazamientos de fuerzas políticas. En 1891, Engels pensaba todavía que para nosotros sería una gran desgracia una guerra que conllevara una revolución y nos llevara prematuramente al poder. Pensaba que el proletariado, sirviéndose de las instituciones políticas existentes, podía todavía durante algún tiempo hacer progresos más seguros que corriendo los riesgos de una revolución provocada por la guerra.

Pero la situación ha cambiado mucho desde entonces. Hoy, el proletariado está bastante fuerte para poder afrontar una guerra con una mayor serenidad”.

“La tarea más apremiante del proletariado en esta inseguridad general está muy clara. Ya la hemos expuesto. Ya no puede avanzar un solo paso a menos de transformar las instituciones fundamentales del Estado que son el terreno de sus luchas. Proseguir enérgicamente la democratización del Imperio así como la de los diferentes Estados, espe-

Serán las consignas con las que todos se entenderán. Desde Kautsky hasta el último de los reformistas, serán las consignas del futuro. Serán también las consignas para reunirse con la burguesía. Todos los que desviaron y engañaron al proletariado, todos los que dieron su consentimiento a la guerra, todos los que profanaron el socialismo se reconciliarán bajo estas consignas y se perdonarán recíprocamente sus pecados. Serán las consignas de la Internacional unificada de nuevo. Y con estas consignas, la Internacional se debilitará y todos los partidos nacionales se debilitarán.

cialmente Prusia y Sajonia, tal es en Alemania la tarea más apremiante; desde el punto de vista internacional, es la lucha contra el imperialismo y el militarismo.

No menos evidentes que esta tarea misma son los medios de que disponemos para llevarla a cabo. A los empleados hasta ahora hay que añadir la huelga general... Si ha estado algo descartada después de las gloriosas jornadas de 1905, de ello no hay que concluir más que una cosa... y es que sería insensato querer servirse de ella en todas las circunstancias”.

Cuando el imperialismo era aún un fenómeno naciente y sólo aparecía en germen, Kautsky lo percibió, lo reconoció y explicó cómo había que afrontarlo. Ahora que el imperialismo está ahí, vivo, en carne y hueso, Kautsky, y los radicales con él, han emprendido la huida.

Que el imperialismo y la guerra imperialista deben unir al proletariado mundial, Kautsky no lo había comprendido. Kautsky – y, en esto, sin duda es, hasta hoy, el intérprete de toda la socialdemocracia – sostiene que, en caso de guerra, los intereses de los proletariados de los diferentes países serían diferentes. En la página 246 de la **Neue Zeit** de noviembre de 1914 escribe:

“Dirigir los partidos en función de los puntos de vista nacionales es, indudablemente, un grave error para la Internacional... Esta dirección en función de estos criterios nacionales no es, evidentemente, tan elevada como la dirección en función de los intereses internacionales del proletariado. Pero, ante todo, en la guerra actual este internacionalismo proletario ha fracasado totalmente...”.

Se ve aquí del modo más contundente la diferencia entre Kautsky y yo. Yo sostengo que el imperialismo identifica los intereses del proletariado mundial y que esta guerra mundial es la prueba de ello.

Además de todo esto, al tiempo que la burguesía se arma hasta los dientes, también está por la paz mundial que le permitiría explotar a los pueblos más débiles de las colonias de modo infinitamente más intenso.

Si el capital pudiese, sin guerra, repartir entre sus diferentes unidades las colonias, las esferas de influencia, y Estados como China, no tendría necesidad de hacer ningún gasto para el ejército y la marina y podría consagrar toda su potencia a la explotación y el pillaje de estos países. Sólo entonces el capital podría crecer de modo gigantesco.

El imposible objetivo del movimiento pacifista es, tras todas estas bellas frases, la esclavización de la clase obrera, el sometimiento y la explotación de los pueblos débiles.

En la medida en que no es hipocresía y autoengaño, el movimiento pacifista es reaccionario.

Pero, tanto si es hipocresía y autoengaño como si es medio de esclavización y explotación reforzadas, el movimiento pacifista es el reverso de la medalla del imperialismo.

El movimiento pacifista y el imperialismo son inseparables. Son las dos caras de un mismo conjunto.

De la misma manera que la legislación social y el interés por los obreros son el reverso de la medalla de la explotación cada vez más violenta, del trabajo cada vez más intenso y de la lucha de clases cada vez más enconada, de igual modo el movimiento pacifista y el movimiento por el desarme son el reverso de la medalla del imperialismo. La única diferencia es que son aún más estériles. De la misma manera que la legislación social es el medio para combatir la lucha de clases a escala nacional, el movimiento pacifista es el medio para combatir la lucha de clases a escala internacional. El movimiento pacifista se ha convertido en la religión del mundo, la Iglesia de la sociedad, el corazón opuesto a la razón, el bien opuesto al mal. Es, con la guerra, el equívoco en esta sociedad basada en la explotación y en la cual el mal triunfa.

El movimiento pacifista es, por parte de la burguesía y de todos los que piensan como ella, el intento de poner al capitalismo en condiciones de desarrollarse por medio del imperia-

lismo, de la guerra hasta alcanzar el poder absoluto y su expansión completa por el mundo.

Es un intento de impedir al proletariado que realice su tarea y alcance el poder necesario para abolir el capitalismo y fundar el socialismo mientras que el imperialismo está ocupado todavía en su tarea de difundirse por todo el mundo.

El movimiento pacifista es el intento, puesto en marcha por la burguesía, los reformistas y los radicales, de arrojar al proletariado en los brazos del imperialismo mientras el proletariado se ve ante la alternativa de elegir entre imperialismo y socialismo.

El movimiento pacifista es el intento de la burguesía y del imperialismo de aplastar al proletariado. ¡Este proletariado es bien estúpido y falto de razón si adopta como táctica esa ilusión futura que es la paz bajo el capitalismo! ¡Qué mentirosos los que, burgueses o socialistas, consciente o inconscientemente, quieren así adormecer al proletariado! El proletariado se condenaría a la pasividad si escuchase a estas gentes. Como hoy, se dejaría estrangular de nuevo por el imperialismo y por la guerra y se dejaría aplastar por la evolución. Una vez más, no haría más que cosechar derrotas y daños.

El proletariado debe estar atento no sólo a la teoría, sino también a la realidad. Debe prestar atención a la fuerza conductora que es el gran capital. El suelo tiembla ya ante el anuncio de nuevas guerras que seguirán a ésta. Y ya se abren nuevos abismos. Ya se incuban nuevos conflictos a los que acompañarán el estrépito y el tronar de los cañones.

Estos conflictos pueden surgir si Inglaterra, Francia y Rusia se apoderan de Arabia, de Mesopotamia, de Siria y de Armenia, quizá del Bósforo y probablemente de las colonias alemanas.

Pero, a la larga, Alemania no podrá soportar tal estado de cosas. Se armará de nuevo y buscará nuevas alianzas.

Si triunfa Alemania, tomará Bélgica, Polonia, el norte de Francia, las colonias francesas y belgas, se asegurará la supremacía sobre Turquía, en Asia Menor, en Mesopotamia, en

Arabia y se apoderará así de la ruta continental de las Indias británicas. Y esto, Inglaterra no lo puede tolerar.

Se armará de nuevo. Francia y Rusia harán lo mismo. Si ninguno de estos vence, entonces todos se rearmarán aún más.

Inmediatamente después de esta guerra, el mundo asistirá a una carrera a los armamentos como nunca aún se ha visto.

Del seno de esta guerra, lo decíamos ya al comienzo de este opúsculo, está naciendo una nueva guerra, un nuevo imperialismo y una nueva y más intensa carrera a los armamentos.

Los Estados grandes y pequeños, todos los Estados capitalistas, los que llegan a serlo y los que quieren llegar, ávidos de la sangre del proletariado internacional, están al acecho como bestias feroces dispuestas a saltar sobre su presa: los pueblos débiles, y unos sobre otros.

Y cuando nos encontremos de nuevo con los conflictos que son la causa de la guerra de hoy, amenazarán nuevas guerras.

En efecto, la cuestión de los Balcanes no está arreglada aún. Las nacionalidades de Austria no están todavía real y firmemente establecidas.

Rusia no tiene todavía libre acceso al Atlántico, Alemania no es aún bastante poderosa, Inglaterra es todavía demasiado poderosa. Basta citar algunos nombres de países susceptibles de provocar nuevas causas de guerra y la certidumbre de nuevas carreras a los armamentos: Alemania y los Países Bajos, Bélgica, Rusia, Escandinavia, Austria-Hungría e Italia, los Balcanes, Grecia y Turquía, Abisinia, Egipto, Persia, Asia central, China y Mongolia, las Indias británicas, francesas y neerlandesas, África central y África meridional, Méjico y América central, quizá América meridional y finalmente, pero no los menos importantes, los gigantescos Estados capitalistas que son Estados Unidos de América, Rusia y China.

Todo está aún en estado de tensión, nada está en equilibrio. Y el capital crece. Crece la necesidad de la expansión, pero al mismo tiempo crece también la necesidad de la independencia; y en todas partes.

Y chocan todos los intereses. Todavía durante muchos años y en todas partes.

Ya no se puede dudar que el imperialismo ha hecho su entrada triunfal. La expansión capitalista de los poderosos choca con la conciencia y la voluntad de independencia de los pueblos más débiles y aún impotentes. Los diferentes capitales chocan entre sí. Se preparan violentos choques mundiales: las fuerzas capitalistas más poderosas contra las fuerzas capitalistas más débiles, los poderosos contra los débiles y, en fin, todos contra todos. Sobre todo el mundo planea la amenaza de nuevas guerras y nuevos armamentos gigantescos.

El imperialismo sigue estando en pie. La guerra sigue.

Y una vez más se plantea la cuestión: ¿qué va a hacer el proletariado? El proletariado es el único garante de la paz y el único que tiene en todas partes los mismos intereses. Es el único que, bajo el imperialismo, puede traer la paz suprimiendo el capitalismo y, con él, el imperialismo.

El proletariado, en Europa occidental y especialmente en Inglaterra y Alemania, puede elegir: imperialismo o socialismo.

¿Se negará el proletariado a servir aún al imperialismo? ¿Se negará a dejarse nuevamente estrangular y masacrar en provecho de los magnates del capital y de todos los capitalistas? ¿Qué hará el proletariado? ¿Qué harán los obreros? Mientras que el capital no es aún internacional, ¿podrán ellos acceder a la dimensión internacional? ¿Podrán acceder antes que el capital mismo?

Es posible. En efecto, aunque el capital no esté aún unificado internacionalmente, se planta como una totalidad frente a los intereses del proletariado internacional. Amenaza por igual a los proletarios de todos los países. Por tanto, el capital se hace internacional gracias al imperialismo y a la guerra pero imponiendo largos años de miseria, esclavización, decadencia, ruina y muerte. El capital debe extenderse y no puede hacerlo sino masacrando a millones de proletarios. El proletariado no puede tolerarlo. Ahí está, pues, el conflicto, ahí está la base de la revolución.

El imperialismo puede convertirse en la cadena que el capital impone a sus fuerzas productivas; él es ante todo el que debe ser roto.

La destrucción de sus propias fuerzas productivas, que se efectúa por la guerra, puede convertirse en la crisis de la que nazca la revolución.

Por tanto, el proletariado puede comenzar a actuar de manera internacional y revolucionaria.

Ahora que los príncipes y los capitalistas han masacrado a millones de obreros, ahora que en todos los países del mundo amenaza la crisis económica, una esclavización política reforzada, armamentos extraordinarios, una nueva guerra mundial y una nueva masacre, ahora que en todos los países todos los partidos dan su aprobación a esta masacre y quieren esta masacre, se presenta al proletariado mundial la ocasión de una acción revolucionaria como nunca hasta ahora ha habido.

El proletariado puede llegar a ser internacional por medio de la lucha.

Pero, a tal fin, tiene necesidad de una enorme fuerza de espíritu, de alma, de corazón, de idealismo y de organización. Pero, ¿no existe ya en gran parte esta organización?

Ahora se trata sólo de llenarla de otro espíritu, un espíritu internacional, de una nueva fuerza de alma, de una nueva fuerza de corazón.

Después de esta primera guerra mundial imperialista, después de la victoria del imperialismo que tiene como consecuencia nuevos armamentos y nuevas guerras, el proletariado se encuentra ante una alternativa⁷. Dos vías se presentan ante él.

Una es la de los reformistas y los radicales: marchar con el imperialismo y la burguesía. Por tanto, estar en la práctica por la guerra y con palabras por la paz; estar realmente por la nación y su potencia y en apariencia por la paz. En realidad

⁷ Marx no supuso que el proletariado pudiese estar confrontado a esta elección: imperialismo o socialismo. Marx no concedió suficientemente importancia tanto a la fuerza de expansión del capital como a la fuerza espiritual que necesita el proletariado para vencer. Pero no podía ser de otro modo en su época.

nacionalistas, patrioter os e imperialistas; en apariencia internacionalistas. Su programa es, pues, actuar como han actuado durante esta guerra.

El proletariado puede tomar, y quizá tome, esta vía. Si el proletariado toma esta vía, el movimiento político y económico del proletariado sufrirá un enorme estancamiento y una regresión aún más importante que aquella en la que el proletariado se había sumido antes de la guerra y en la que continúa sumiéndose más profundamente. He ahí lo sucederá ineluctablemente.

Todo Estado, íntimamente patriotero e imperialista, se arma cada vez más potentemente, ya sea para la ofensiva, ya sea para la defensa. La democracia se disuelve en el militarismo.

Puesto que todo el dinero disponible es gastado para la militarización, ya no son posibles las reformas sociales. La burguesía, los reformistas y los radicales hacen muchas promesas. El proletariado les da su confianza y sigue a la burguesía y a sus jefes; de ello se deriva que sigue estando completamente extenuado y desmoralizado.

Pero los fenómenos concomitantes del imperialismo, los grandes cárteles, las poderosas asociaciones patronales y la gran banca son la causa de los obstáculos con los que choca la lucha económica del proletariado.

Una enorme deuda pesa sobre los pueblos, cada vez son más elevadas las tasas sobre las importaciones y los impuestos, la vida es cada vez más cara, las crisis se hacen cada vez más devastadoras – a pesar de los períodos de prosperidad industrial – y el salario real disminuye. Por consiguiente, el proletariado no obtiene reformas económicas ni reformas políticas. Como se adapta al imperialismo, la lucha política pierde toda su importancia y desaparece. Al ver que la socialdemocracia no ataca al imperialismo, centro de fuerza del capital, el proletariado pierde toda confianza en sí. Se convierte en una masa, esclava de los patronos, en la que ha desaparecido toda energía e idealismo. Una masa esclava que no aspira más que a conseguir una ventaja material y que no es más que un instrumento dócil del imperialismo. Una vasta masa nacional al servicio de la nación, ca-

rente de todo socialismo y de todo internacionalismo, que no libra ninguna batalla política internacional, la cual sólo puede ser el espíritu de un proletariado socialista. A semejanza de la burguesía, el proletariado se adorna con un velo pacifista hipócrita y habla de internacionalismo y de paz al tiempo que ambos se preparan para la guerra. Nuevas amenazas de guerra continúan planeando y quizá la guerra se desarrolle pronto sobre todo el planeta o partes de él. El proletariado está moral y espiritualmente debilitado por toda esta coyuntura. Como en la historia moderna, a comienzos del siglo diecinueve en Inglaterra – aunque en una medida mucho mayor – nace un proletariado desmoralizado y carente de reflexión que tiene trabajo, que recibe una limosna y que, de repente, es precipitado a guerras destructoras.

Al contrario de un proletariado orgulloso, robusto y combativo, nace un nuevo proletariado hecho esclavo y aplastado bajo el peso de los cárteles y de la gran banca, de los gobiernos omnipotentes y del imperialismo; un proletariado sin espíritu, sin voluntad y sin corazón.

La lucha de clase es vana. De cuando en cuando, se da al proletariado una propina por la esclavitud voluntaria, propina que no hace sino desmoralizar aún más al proletariado. Todo es solamente apariencias y palabras vacías. Todo el proletariado está extenuado. Y estas condiciones son las mismas en toda Europa.

Pero el proletariado puede elegir también la otra vía.

Puede elegir la lucha contra el imperialismo.

Puede emprender la lucha contra su burguesía y contra su propio imperialismo.

Puede combatir nacionalmente el nacionalismo imperialista de la burguesía y de los obreros mismos.

El proletariado puede, antes que nada, adoptar una política nacional que esté adaptada al nuevo estadio de desarrollo del capitalismo: el imperialismo. Para hacer esto, deberá aniquilar el revisionismo y el centrismo a la Kautsky.

El proletariado puede combatir internacionalmente la guerra y el imperialismo mundial. Para hacer esto debe fundar una nueva Internacional.

Si el proletariado toma esta vía, se elevará cada vez más. Alcanzará un nivel nunca antes alcanzado y todo lo que ha realizado hasta ahora parecerá insignificante.

En efecto, mientras que el imperialismo y el capitalismo, con sus armamentos cada vez más potentes y desencadenando cada vez más conflictos, se extienden cada vez más sobre la tierra, el proletariado, por medio de su lucha, se eleva cada vez más alto.

No cediendo nunca al imperialismo, oponiéndose siempre con encarnizamiento al imperialismo y a la guerra, el proletariado obtiene, dentro del marco nacional, las reformas políticas que pueden ser obtenidas todavía.

El proletariado adquiere confianza en sí si ve que la socialdemocracia se lanza al asalto del bastión más fuerte y de la fuerza suprema del capitalismo – el imperialismo – y si ve que no le teme. Toma confianza y puede asaltar las otras defensas del capital: los cárteles, los consorcios y las ligas patronales. Entonces acrecienta la potencia de los sindicatos de oficios. A su vez, éstos obtienen las reformas que se pueden obtener.

Pero puesto que el imperialismo, los gobiernos imperialistas, los cárteles y las ligas patronales forman una totalidad que tiene una organización y una voluntad unificadas, así como un fin y una potencia propia, la lucha contra esta totalidad no puede ser más que una lucha unificada. Es el fin al que el proletariado aspiraba desde hacía mucho tiempo y que el imperialismo y la lucha indefectible contra él permite alcanzar: la absoluta unidad de la acción política y sindical. En el combate encarnizado del proletariado contra el imperialismo, incluso los desorganizados son arrastrados.

Con el tiempo, el proletariado llega a ser una gran potencia a la que la burguesía teme, y a causa de la cual teme la guerra. Y puesto que esta lucha es librada internacionalmente, la Internacional se hace absolutamente internacional, es decir, realmente organizada y unificada internacionalmente.

Y puesto que el carácter de la masa y de los obreros individuales es liberado de toda mezquindad, por medio de la acción de masa y de la acción internacional, el proletariado se

eleva a una altura ante la cual palidecen las más altas cimas de los más grandes períodos revolucionarios burgueses.

Y puesto que el capitalismo no puede soportar que su expansión imperialista sea detenida por el proletariado, la lucha internacional del proletariado se convierte en sí misma en una lucha por la sociedad socialista.

¿Y quién podría resistirse entonces?

El proletariado se eleva irresistiblemente si elige una segunda vía y crea una nueva Internacional para combatir al imperialismo.

Esta guerra, lo repetimos, es el fuego del que debe nacer la nueva Internacional.

Esta nueva Internacional debe ser creada.

Esta nueva Internacional debe nacer.

Nosotros, los marxistas, haremos todo para que nazca.

La creación de la nueva Internacional es posible. Es necesaria porque nace de la evolución de la lucha de clase y de la evolución del capitalismo, como podemos comprobarlo hoy.

Con el tiempo, aprendemos a distinguir cada vez más netamente dos fases en el capitalismo moderno. La primera fase era la de la libre competencia. Se forman los Estados nacionales, los capitalistas explotan a los obreros de su país, y las colonias no sirven más que para el comercio.

Frente a esta situación, los obreros se unen nacionalmente en partidos y en sindicatos de oficios. Las cuestiones coloniales e internacionales no les interesan. Es la fase que queda a nuestras espaldas.

La segunda fase es la fase del monopolio. La competencia desaparece, la gran banca dirige la industria, el comercio y la agricultura.

Cada vez se hace más internacional, aunque, al principio, lentamente. El capital se extiende por toda la tierra. Se forman cárteles, trusts y consorcios. Como consecuencia de ello, la lucha de clase se hace más aguda. Las ligas patronales se hacen todopoderosas, la legislación social sufre un frenazo.

Durante esta fase, las ligas obreras deben formar grandes alianzas industriales y la lucha política de la clase obrera

asume formas cada vez más importantes y agudas. La acción de las masas se pone en movimiento contra las ligas patronales, los sindicatos de oficios y los gobiernos.

Esta acción es, al comienzo, sólo nacional y dirigida contra el estancamiento de la legislación social y la agravación nacional de las condiciones de vida.

Pero ahora el imperialismo crece con la aspiración de los Estados más poderosos a hacer más grande su territorio. El imperialismo, aunque parece nacionalista y sólo en lucha contra su proletariado nacional, es en realidad la unión de todos los países imperialistas de todo el mundo que están todos en competición por la dominación del mundo; por tanto, como totalidad, hace la guerra al proletariado mundial. Y para responder a esta acción común del capital mundial contra el proletariado mundial, éste debe, por primera vez, poner en obra una acción a escala internacional.

Los años precedentes vieron la primacía del sindicato nacional contra los patronos separados en oficios y en naciones; contra las ligas patronales, la liga nacional sindical; contra el gobierno nacional, el partido nacional.

Ahora, en esta nueva fase del capitalismo, frente a su nueva organización, frente a los trusts internacionales y al capital bancario internacional, debe fundarse una federación sindical mundial; frente al imperialismo y a la política de todos los Estados, hay que fundar un nuevo partido internacional.

Frente a las dimensiones nacional e internacional del imperialismo, se necesita la acción de las masas. He aquí la fase en la que vivimos. El reflejo de esta nueva teoría, la traducción de esta teoría en los hechos, la práctica de esta teoría: he ahí lo que debe ser la nueva Internacional que debe nacer de la vieja Internacional y de esta guerra.

Todos los obreros que comprenden que, frente a todos los nuevos fenómenos de nuestro tiempo, al lado de la lucha sindical revolucionaria y de la lucha parlamentaria revolucionaria, son necesarias esta nueva Internacional verdaderamente nueva y la acción de las masas, todos estos obreros deben co-

operar a la creación de esta nueva Internacional y adherirse al ala del movimiento obrero que la quiere.

La acción revolucionaria de las masas proletarias mundiales contra el capital mundial, he ahí lo que debe ser el programa, el espíritu, la voluntad y la acción de la nueva Internacional.

Todos los jefes y todos los revolucionarios de los partidos internacionalistas del mundo que comprenden, reconocen y saben que debe ser creada la Internacional nueva, deben unirse y deben formar juntos una organización para propagar esta teoría y organizar esta acción tanto a escala nacional como internacional. El programa de esta nueva organización debe ser el siguiente:

Mientras el imperialismo y la guerra mundial amenazan al proletariado y mientras no esté asegurada la pacífica evolución de la lucha de clase

En primer lugar, no hacer compromisos o alianzas con ningún partido burgués, el proletariado no debe asumir ningún puesto de responsabilidad.

Hacer del imperialismo el eje, el pivote de la política nacional e internacional.

Rechazar, incluso en caso de guerra, todos los créditos al militarismo y al imperialismo.

Combatir el imperialismo y todos los fenómenos concomitantes del imperialismo como obstáculos a la lucha sindical, como estancamiento de la legislación social, como negación o pérdida de derechos políticos; y, precisamente, combatir el imperialismo con métodos distintos a los habituales de la lucha sindical y de la lucha parlamentaria, por la acción nacional de masas.

Combatir el imperialismo y la guerra por la acción masiva del proletariado internacional.

Invitamos al proletariado internacional a tomar esta vía.

Anton PANNEKOEK

EL DESARROLLO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL Y LA TÁCTICA DEL COMUNISMO¹

“Pero la teoría se convierte también en una fuerza material desde el momento en que penetra en las masas. La teoría prende en las masas... desde el momento en que se hace radical.”

Marx

I

Dos fuerzas, que tienen su fuente la una en la otra, una espiritual y otra material, provocan la transformación del capitalismo en el comunismo. La evolución material de la economía crea el conocimiento, y éste produce la voluntad de la revolución. De las tendencias evolutivas generales del capitalismo ha nacido la ciencia marxista que constituye la teoría del partido, socialista primero, y comunista después, y que confiere al movimiento revolucionario una intensa fuerza espiritual unitaria. Mientras que esta teoría penetra lentamente en una parte del proletariado, la experiencia personal desarrolla en las masas el reconocimiento práctico del carácter insostenible del capitalismo. La guerra mundial y la rápida debacle económica crean

¹ Este artículo, que fue escrito hace ya algún tiempo, es indudablemente una contribución preciosa al análisis y a la crítica de la táctica comunista, a pesar de que esté en contradicción con las directrices del Comité Ejecutivo de Moscú. Conforme a la tarea que se ha fijado nuestra revista – ser un punto de encuentro para la discusión de los problemas de la Internacional Comunista – lo publicamos con ocasión de la sesión del segundo Congreso de la Internacional. Indiquemos, además, que este artículo aparecerá próximamente en folleto aparte (nota de **Kommunismus**).

ahora la necesidad objetiva de la revolución antes incluso de que las masas hayan comprendido espiritualmente el comunismo; y de esta contradicción nacen los contrastes, las vacilaciones, los retrocesos, los cuales hacen de la revolución un proceso largo y atormentado. Pero incluso si la teoría toma ahora un nuevo impulso y prende en las masas aceleradamente, no lo hace hasta el punto de ir al compás del crecimiento gigantesco y súbito de las tareas prácticas.

Para Europa occidental, el desarrollo de la revolución está determinado principalmente por dos fuerzas motrices: la debacle de la economía capitalista y el ejemplo de la Rusia de los Soviets. No es éste el lugar para examinar las razones por las que, en Rusia, el proletariado pudo vencer con una relativa rapidez y facilidad: la debilidad de la burguesía, la alianza con los campesinos, la explosión de la revolución en el curso de la guerra. El ejemplo de un Estado, en el que el pueblo trabajador que está en el poder, ha eliminado el capitalismo y está atareado en edificar el comunismo, debía ejercer una gran influencia en el proletariado de todo el mundo. Naturalmente, este ejemplo no habría sido suficiente por sí solo para despertar a los trabajadores de los demás países para hacer la revolución proletaria. El espíritu humano se mueve fundamentalmente bajo la influencia del ambiente material circundante; por consiguiente, si el capitalismo indígena hubiese conservado su forma antigua, las noticias de la lejana Rusia no habrían podido nada contra él. “Plenas de admiración y de veneración, pero también de terror pequeño-burgueses, sin valor para salvarse a sí mismas, a Rusia y a la humanidad”: así encontró Rutgers a las masas cuando regresó a Europa occidental. Al acabar la guerra, se esperaba sobre todo la reactivación inmediata de la economía, mientras que la prensa mentirosa describía a Rusia como el lugar del caos y de la barbarie; por eso las masas tenían repugnancia a seguir ese ejemplo. Pero después, por el contrario, el caos se ha adueñado de los países de civilización antigua mientras que el orden nuevo muestra en Rusia su fuerza creciente. En adelante, también entre nosotros, las masas se ponían en movimiento.

La debacle económica es la principal fuerza motriz de la revolución. Alemania y Austria están ya totalmente aniquiladas económicamente y empobrecidas; Italia y Francia se encuentran en una decadencia persistente, Inglaterra es sacudida violentamente y es dudoso que los intentos vigorosos de reconstrucción por parte de su gobierno puedan evitar la ruina, y en América aparecen ya los primeros síntomas amenazantes de crisis. Y sobre todo – más o menos por el mismo orden – las masas comienzan a agitarse; se defienden del empobrecimiento por medio de grandes huelgas que sacuden aún más la economía; estas luchas se desarrollan poco a poco hasta convertirse en una lucha consciente y revolucionaria. Y las masas, sin ser comunistas, se comprometen cada vez más por la vía que les es indicada por el comunismo. Pues la necesidad práctica les empuja a ello.

Producida de modo concordante por esta necesidad y esta tendencia de los espíritus, crece en estos países la vanguardia comunista, que reconoce claramente los fines y se adhiere a la Tercera Internacional. El síntoma y la prueba de este revolucionarismo creciente son la profunda separación espiritual y organizativa del comunismo de la socialdemocracia. En los países de Europa central, sumergidos inmediatamente en una crisis económica aguda por el tratado de Versalles y en los que, para salvar al Estado burgués, era necesario un gobierno socialdemócrata, esta separación está hecha desde hace mucho tiempo. La crisis es tan irremediable y profunda que la masa de los trabajadores socialdemócratas radicales (Partido socialdemócrata independiente), aunque fieles todavía en gran medida a los antiguos métodos, a las antiguas tradiciones, a las viejas fórmulas y a los antiguos jefes de la socialdemocracia, tiende enérgicamente hacia la adhesión a Moscú y se declara por la dictadura del proletariado. En Italia, todo el partido socialdemócrata se ha adherido a la III Internacional; a través de una mezcla teórica de concepciones socialistas, sindicalistas y comunistas, se percibe en él una orientación de las masas, clara, revolucionaria y lista para la lucha, que se manifiesta en una guerrilla permanente contra el gobierno y la burguesía. En Francia, hace poco que se

han desligado del partido socialdemócrata y del movimiento sindical grupos comunistas: Se encaminan hacia la formación de un partido comunista. En Inglaterra, la profunda influencia de la guerra sobre las relaciones tradicionales del movimiento obrero ha dado nacimiento a un movimiento comunista, todavía compuesto por múltiples grupos y partidos de origen diverso, y a nuevas organizaciones. En América, dos partidos comunistas se han separado del partido socialdemócrata, mientras que este mismo partido se ha declarado a favor de Moscú.

La inesperada fuerza de resistencia de la Rusia de los Soviets contra los asaltos reaccionarios, obligando a la Entente a negociar – así opera siempre el éxito – ha ejercido una nueva y poderosa fuerza de atracción sobre los partidos obreros de Europa occidental. La II Internacional se hunde y hacia Moscú se establece un movimiento general de grupos intermediarios empujado por la creciente orientación revolucionaria de las masas. Pero estos grupos, dándose el nombre de comunistas sin transformar mucho sus concepciones tradicionales fundamentales, transportan a la nueva Internacional los puntos de vista y los métodos de la antigua socialdemocracia. De síntoma de que tales países se habían hecho más maduros para la revolución, esto se convierte en el índice de un fenómeno inverso. Por su entrada en la III Internacional, o por su reconocimiento de los principios de ésta (como se ha visto ya en el caso de los Independientes alemanes), se ha atenuado de nuevo la separación rigurosa entre comunistas y socialdemócratas. Por más que se pueda intentar mantener a tales partidos alejados formalmente de la III Internacional, a fin de no renunciar en nada a toda coherencia de los principios, ellos consiguen, no obstante, en cada país, infiltrarse en la dirección del movimiento revolucionario y, a través de la adhesión superficial a las fórmulas nuevas, conservan su influencia sobre las masas que entran en acción. Toda capa dominante actúa así: en vez de dejarse eliminar por las masas, ella misma se hace “revolucionaria” para debilitar cuanto sea posible la revolución por su influencia. Y muchos comunistas están dispuestos a ver en ello un aumento de fuerzas y no un aumento de debilidades.

Podría parecer que la revolución proletaria hubiese adquirido un aspecto simple, un fin claro, con la aparición del comunismo y con el ejemplo ruso. En realidad ahora surgen, al mismo tiempo que las dificultades, las fuerzas que hacen de la revolución un proceso muy complicado y rudo.

II

Los problemas y las soluciones, los programas y la táctica no nacen de principios abstractos. Están determinados por la experiencia, por la práctica real de la vida. Los puntos de vista de los comunistas acerca del fin y de los caminos que conducen a él, debían y deben formarse sobre la base de la práctica revolucionaria que se ha desarrollado hasta el presente. La revolución rusa y el curso de la revolución alemana constituyen el material práctico de los hechos de que podemos disponer ahora para determinar las fuerzas motrices, las condiciones y las formas de la revolución proletaria.

La revolución rusa dio el poder político al proletariado a través de una arremetida tan rápida que sorprendió completamente ya en su momento al observador occidental y que ahora, comparada con las dificultades que encuentra en Europa occidental, continúa pareciendo maravillosa, aunque sus causas sean claramente reconocibles. El primer efecto debía ser necesariamente el subestimar, con el primer entusiasmo, las dificultades de la revolución en el resto del mundo. La revolución rusa ha puesto ante los ojos de todo el proletariado los principios del nuevo orden en su pura y resplandeciente fuerza: la dictadura del proletariado, el sistema soviético como nueva democracia, la organización nueva de la industria, de la agricultura y de la educación. En muchos aspectos, ha dado una imagen tan simple, clara y evidente, casi idílica, de la naturaleza y del contenido de la revolución proletaria, que nada podía aparecer más simple que seguir este ejemplo. Pero que no era tan simple ha quedado demostrado por la revolución alemana; y las fuerzas

que han entrado en acción en ella, están representadas también en gran parte en el resto de Europa.

Cuando se hundió el imperialismo alemán en noviembre de 1918, la clase obrera estaba absolutamente falta de preparación para una dominación proletaria. Destrozada espiritual y materialmente por la larga guerra, enredada en las tradiciones socialdemócratas, no pudo adquirir, en el transcurso de las primeras y breves semanas de poder gubernamental efímero, una clara conciencia de sus propias tareas, como tampoco pudo la intensa, aunque breve propaganda comunista, compensar una deficiencia tan grande. La burguesía alemana supo aprovechar mejor que el proletariado el ejemplo ruso; maquillándose de rojo para adormecer a los trabajadores, se puso a reconstruir en seguida los órganos de su poder. Los consejos obreros dejaron caer espontáneamente de sus manos el poder en favor de los jefes socialdemócratas y del parlamento democrático. Los trabajadores, todavía armados como soldados, no desarmaron a la burguesía sino a sí mismos: los grupos más activos de trabajadores fueron masacrados por los guardias blancos de reciente formación, y la burguesía fue armada en forma de milicias cívicas. Con la ayuda de las direcciones de los sindicatos, los trabajadores, ya sin armas, fueron defraudados paulatinamente de todas las ventajas que habrían podido obtener en sus condiciones de trabajo. Así, se cerró el camino al comunismo con una alambrada de espino para que el capitalismo pudiese sobrevivir, es decir, hundirse cada vez más profundamente en el caos.

Sin duda, no se puede transportar, tal cual, esta experiencia de la revolución alemana a los otros países de Europa occidental, donde la evolución seguirá en cada caso líneas diferentes. Aquí no caerá el poder político de manera imprevista, por efecto de una catástrofe político-militar, en las manos de las masas faltas de preparación; el proletariado deberá luchar ásperamente para conquistarlo y, por tanto, habrá alcanzado ya, tras la conquista, un elevado estadio de madurez. Lo que sucedió febrilmente en Alemania después de la revolución de noviembre, se examina tranquilamente en los otros países: la burguesía saca sus conclusiones de la revolución rusa. Se prepara militar-

mente para la guerra civil al mismo tiempo que pone en escena el fraude político del proletariado por medio de la socialdemocracia. Pero a pesar de estas diferencias, la revolución alemana muestra algunos rasgos generales y ofrece algunas enseñanzas de importancia general. Nos muestra claramente, y por intermedio de qué fuerzas, que la revolución en Europa occidental debe ser un proceso más largo y lento.

La lentitud – aunque sólo es relativa – del desarrollo revolucionario en Europa occidental, ha dado origen a una oposición de tendencias tácticas, en lucha una contra otra. En los períodos de desarrollo revolucionario rápido, las diferencias tácticas son superadas rápidamente en la práctica o ni siquiera llegan a ser conscientes; la agitación intensa de los principios esclarece los espíritus, mientras que al mismo tiempo afluyen las masas y la praxis de la actividad revolucionaria las concepciones antiguas. Pero cuando tiene lugar un período de marasmo; cuando las masas dejan que todo suceda y no reaccionan, y la fuerza de atracción de las soluciones revolucionarias parece paralizada; cuando las dificultades parecen multiplicarse por todos lados y el adversario parece salir más grande de cada lucha; cuando el partido comunista sigue siendo todavía débil y no cosecha más que reveses, entonces se dividen las opiniones y se buscan nuevas vías y nuevos medios tácticos. Es principalmente por esta razón por la que se enfrentan entonces dos tendencias, que se pueden reconocer en cada país, a pesar de las particularidades locales. Una de estas tendencias quiere esclarecer y revolucionar los espíritus con la palabra y por la acción y, en consecuencia, intenta oponer del modo más tajante los principios nuevos a las ideologías antiguas; la otra intenta ganar para la acción práctica a las masas que aún se mantienen al margen y pretende, en la medida de lo posible, evitar lo que puede contrariarlas y, más que las diferencias, pone siempre de relieve lo que puede unir. La primera aspira a la distinción clara y precisa, la segunda a la reunión de las masas; se debería designar a la primera radical, a la segunda oportunista. Teniendo en cuenta la situación actual en Europa – donde, por un lado, la revolución choca con una resistencia poderosa mientras que,

por otro, la fuerza inquebrantable de la Rusia de los Soviets contra los intentos de aplastamiento por parte de la Entente produce una fuerte impresión en las masas y, por tanto, se puede contar con un aflujo importante de los grupos obreros que vacilaban hasta ahora hacia la III Internacional - el oportunismo llegará a ser indudablemente una fuerza poderosa en la Internacional Comunista.

El oportunismo no implica necesariamente una moderación y un pacifismo más grande en el contenido y en el lenguaje, en oposición a una tonalidad radical más resuelta. Muy al contrario, con demasiada frecuencia, la ausencia de principios tácticos claros se oculta detrás de palabras vehementes y rabiosas, y es precisamente una característica de su naturaleza, en una situación revolucionaria, esperar todo, de una sola vez, del gran hecho revolucionario. Su naturaleza consiste en considerar sólo el momento, y no el desarrollo ulterior, en quedarse en la superficie de los fenómenos en lugar de preocuparse por las causas determinantes profundas. Cuando no se tienen fuerzas suficientes para realizar de inmediato un objetivo, el oportunismo no intenta hacer que las fuerzas se robustezcan sino que estudia el medio de realizar el objetivo por otras vías, rodeando las dificultades. Puesto que su fin es el éxito momentáneo, el oportunismo le sacrifica las condiciones de un éxito futuro y duradero. Proclama que con frecuencia es posible – por medio de la alianza con otros grupos “progresistas”, por concesiones a opiniones atrasadas – conquistar el poder o, al menos, debilitar al enemigo, escindir la coalición de la clase capitalista y, por tanto, obtener condiciones de lucha más favorables. Pero en tales casos resulta siempre que este poder es solamente la apariencia del poder, un poder personal de algunos líderes pero no el poder de la clase proletaria, y este contraste conlleva la disgregación, la corrupción, la lucha. El poder gubernamental conquistado, sin que tras él se encuentre una clase obrera plenamente madura para la dominación, está destinado a ser perdido de nuevo o a tener que hacer tantas concesiones a las opiniones reaccionarias que se pudrirá interiormente. Una división de la clase enemiga – fórmula predicada por el reformismo – no

impide la unidad y la cohesión burguesas, mientras que frente a ella el proletariado sigue estando burlado, extraviado, debilitado. Por supuesto, puede ocurrir que la vanguardia comunista del proletariado pueda adueñarse del poder antes de que se cumplan las condiciones normales; pero solamente lo que se adquiere entonces como claridad, perspicacia, cohesión, autonomía de las masas, será lo que tenga valor duradero como base de la evolución ulterior hacia el comunismo.

La historia de la Segunda Internacional está llena de ejemplos de esta política oportunista; y estos ejemplos comienzan ya a manifestarse en la Tercera. En la época de la II Internacional, el oportunismo consistía en el esfuerzo por realizar objetivos socialistas con la ayuda de las masas de trabajadores no socialistas, o de otras clases. Esto trajo la corrupción de la táctica y, finalmente, provocó la catástrofe. Ahora, en la III Internacional, las condiciones son esencialmente diferentes; en efecto, el tiempo del desarrollo tranquilo del capitalismo mientras la socialdemocracia no podía hacer, en el mejor de los casos, más que una política de propaganda de los principios como preparación para futuras épocas revolucionarias, ese tiempo ha pasado. El capitalismo se hunde; el mundo ya no puede esperar hasta que nuestra propaganda haya proporcionado a la mayoría una concepción clara del comunismo. Las masas deben actuar enseguida, y con la mayor rapidez posible, para salvarse de la ruina a sí mismas y al mundo. Pero, ¿qué puede hacer un partido tan pequeño, además tan rígidamente apegado a los principios, cuando son necesarias las masas? El oportunismo, que quiere reunir a las masas rápidamente, ¿no es ahora un imperativo de la necesidad?

De la misma manera que un pequeño partido radical no puede hacer una revolución, de igual modo tampoco puede hacerla un gran partido de masas o una coalición de partidos diversos. Aquella surge espontáneamente de las masas; las acciones decididas por un partido revolucionario, a veces pueden dar el impulso (aunque esto sucede raramente), pero las fuerzas decisivas se encuentran en otro lugar, en los factores psíquicos, en el fondo del subconsciente de las masas y en el fondo de los

grandes acontecimientos de la política mundial. La tarea de un partido revolucionario consiste en divulgar por adelantado nociones claras, de manera que en todas partes dentro de la masa se encuentren elementos que sepan lo que deben hacer en tales momentos y sepan juzgar por sí mismos la situación. Y durante la revolución, el partido debe determinar los programas, las soluciones, las directrices que sean reconocidas justas por la masa - que actúa espontáneamente - porque encuentra en ellas en forma perfecta sus propios objetivos y se eleva hacia ellos por una claridad mayor; es así como el partido llega a ser un guía en la lucha. Mientras las masas permanezcan amorfas, puede parecer que semejante trabajo es ineficaz; pero la claridad de los principios actúa interiormente en muchas personas que primeramente se mantienen alejadas de la revolución, y muestra su fuerza activa dándoles una directriz clara. Si, por el contrario, se intenta formar un gran partido edulcorando los principios, haciendo coaliciones y concesiones, cuando llega la revolución se da a elementos dudosos la posibilidad de adquirir influencia sin que las masas puedan percatarse de su insuficiencia. La adaptación a los puntos de vista tradicionales es un intento de conseguir el poder sin que se verifique la condición previa, la subversión de las ideas. Esto actúa, pues, en el sentido de retener el curso de la revolución. Además, es una ilusión, pues las masas, cuando se ponen en revolución, no pueden sino captar las ideas más radicales; por el contrario, mientras la revolución no llega, no captan más que las ideas moderadas. Una revolución es, al mismo tiempo, un período de conmoción profunda de las ideas de las masas; crea las condiciones de tal conmoción y está condicionada, a su vez, por ella; y es por esto, por la fuerza de los principios claros que han de transformar a todo el mundo, por lo que la dirección de la revolución recae en el partido comunista.

En vez de manifestar firme y resueltamente los nuevos principios que separan al comunismo de la socialdemocracia (sistema soviético y dictadura), el oportunismo de la Tercera Internacional se apoya, en la medida de lo posible, en las formas y métodos transmitidos por la Segunda Internacional. Des-

pués que la revolución rusa substituyese el parlamentarismo por el sistema de los Soviets y basase el movimiento sindical en las empresas, la primera tendencia de Europa occidental fue seguir ese ejemplo. El partido comunista de Alemania boicoteó las elecciones a la Asamblea nacional e hizo propaganda para la salida inmediata o progresiva de los sindicatos. Pero cuando en 1919 la revolución retrocedió y se estancó, la dirección del partido comunista alemán adoptó otra táctica, basada en el reconocimiento del parlamentarismo y en el apoyo a las ligas sindicales antiguas contra las Uniones. El argumento más importante para defender esa táctica es que el partido comunista no puede perder el contacto con las masas, todavía imbuidas de ideas parlamentarias y a las que se puede atraer sobre todo gracias a la lucha electoral y los discursos parlamentarios y que, por su entrada masiva en los sindicatos, han elevado los afiliados a éstos a 7 millones. El mismo pensamiento fundamental se manifiesta en Inglaterra en la actitud del B.S.P. (British Socialist Party): no quiere desligarse del Labour Party a pesar de que éste pertenece a la Segunda Internacional para no perder contacto con las masas laboristas. Estos argumentos son reunidos y formulados del modo más riguroso por nuestro amigo Karl Radek, cuyo escrito, compuesto durante su cautividad en Berlín, “La evolución de la revolución mundial y las tareas del partido comunista”, debe ser considerado como el escrito programático del oportunismo comunista. En él se explica que la revolución proletaria en Europa occidental será un proceso de larga duración durante el cual el comunismo deberá utilizar todos los medios de propaganda, en el que el parlamentarismo y el movimiento sindical deberán seguir siendo las principales armas del proletariado, y añadiendo como nuevo fin de la lucha la realización del control obrero en las empresas.

La exactitud de nuestra posición será demostrada por el examen de las causas, de las condiciones y de las dificultades de la revolución proletaria en Europa occidental.

III

Se ha hecho varias veces la observación de que en Europa occidental la revolución debe ser más larga porque aquí la burguesía es más fuerte que en Rusia. Analicemos la esencia de esta fuerza. ¿Consiste en el mayor número de individuos que pertenecen a esta clase? Pero las masas proletarias son relativamente más importantes. ¿Consiste en el poder de la burguesía sobre toda la vida económica? Sin duda, esto es un elemento considerable de poder. Pero este dominio se le escapa, y en Europa occidental la economía está en plena quiebra. ¿Consiste, finalmente, en que la burguesía tiene a su disposición el Estado con todos sus medios de violencia? De hecho, ella ha reprimido siempre a las masas por este medio y, por esto, la conquista del poder de Estado era el primer objetivo del proletariado. Pero en noviembre de 1918 el poder de Estado, en Alemania y en Austria, cayó sin dificultad de manos de la burguesía. Los instrumentos de la violencia del Estado estaban totalmente paralizados. Las masas eran las dueñas. Y sin embargo, la burguesía pudo reconstruir este poder de estado, pudo someter de nuevo a los trabajadores. Esto demuestra que aún había para la burguesía otra fuente secreta de poder, que había quedado intacta y que le permitió, cuando todo parecía perdido, restaurar su poder. Este poder oculto es la influencia espiritual de la burguesía sobre el proletariado. Como las masas proletarias estaban aún completamente dominadas por la ideología burguesa, restauraron con sus propias manos, tras la catástrofe, la dominación de la burguesía.

Esta experiencia alemana nos pone precisamente ante el gran problema de la revolución en Europa occidental. En estos países, el viejo sistema burgués de producción y la cultura burguesa altamente desarrollada que de él se deriva, han impregnado totalmente, durante muchos siglos, el pensamiento y el sentir de las masas populares. Por eso, el carácter espiritual, íntimo, de las masas populares es totalmente diferente del de los países orientales, que no han conocido este dominio de la cultura burguesa. Y es sobre todo de aquí de donde se deriva la diferencia

entre el curso de la revolución en Oriente y en Occidente. En Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, Alemania, Escandinavia, existía desde la Edad Media una burguesía poderosa basada en una producción pequeño-burguesa y capitalista primitiva; al ser abatido el feudalismo, se desarrolló también en el campo un campesinado poderoso, independiente, dueño, como aquélla, en sus pequeñas explotaciones. Sobre esta base, la vida espiritual burguesa se desarrolló hasta convertirse en una sólida cultura nacional, sobre todo en los Estados costeros, Francia e Inglaterra, que comenzaron la evolución capitalista antes que los otros. En el siglo 19, el capitalismo, sometiendo a su poder toda la economía y atrayendo al círculo de la economía mundial los centros rurales más alejados, favoreció esta cultura nacional, la refinó y, a través de sus medios espirituales de propaganda, escuela, prensa, Iglesia, la grabó sólidamente en los espíritus tanto de las masas que había proletarizado y empujado a las ciudades como de las que había dejado en el campo. Esto vale no sólo para los países de origen del capitalismo, sino también, aunque bajo formas un tanto diversas, para América y Australia, donde los europeos fundaron Estados nuevos, así como para los países de Europa central adormecidos hasta entonces, Alemania, Austria, Italia, donde la nueva evolución capitalista pudo soldarse a una pequeña economía agraria antigua y en estancamiento, y a una cultura pequeño-burguesa. El capitalismo encontró un material y tradiciones muy diferentes cuando llegó a las regiones orientales de Europa. Allí, en Rusia, Polonia, Hungría, y en los territorios al este del Elba, no había una poderosa clase burguesa que hubiese dominado la vida espiritual desde tiempo atrás. Las relaciones agrícolas primitivas, con la gran propiedad de la tierra, el feudalismo patriarcal y el comunismo aldeano, determinaron la vida espiritual. Por consiguiente, allí, frente al comunismo, se encontraron las masas primitivas, simples, abiertas, impresionables como la cera virgen. Algunos socialdemócratas de Europa occidental expresaron frecuentemente con burla su extrañeza ante el hecho de que los rusos “ignorantes” pudiesen ser los campeones del nuevo mundo del trabajo. Respondiéndoles, un delegado inglés en la conferencia

comunista de Ámsterdam caracterizó muy justamente la diferencia de esta manera: los rusos pueden haber sido ignorantes, pero los trabajadores ingleses están imbuidos de prejuicios hasta el punto que hacen mucho más difícil entre ellos la propaganda comunista. Estos “prejuicios” son sólo el aspecto exterior del modo burgués de pensamiento, que penetra en las masas proletarias de Inglaterra, de toda Europa occidental y de América.

El contenido de esta mentalidad, opuesta a la concepción proletaria y comunista del mundo, es tan complejo que difícilmente puede ser resumido en algunas frases. Su primer rasgo distintivo es el individualismo, que se deriva de las formas anteriores del trabajo campesino y pequeño-burgués; y sólo poco a poco cede el lugar al sentimiento colectivista proletario nuevo y a la necesaria disciplina voluntaria. En los países anglosajones este rasgo está impreso de la manera más fuerte tanto en la burguesía como en el proletariado. Su perspectiva se circunscribe a su lugar de trabajo y no se extiende a toda la sociedad; prisionero del principio de la división del trabajo, el hombre considera la política, la dirección de toda la sociedad, no como el interés particular de cada uno, sino como un monopolio de una capa dominante, como una rama particular de especialistas, de los políticos. La cultura burguesa, tras siglos de comercio material y espiritual, por medio de la literatura y el arte, ha sido inculcada profundamente en las masas proletarias y crea un sentimiento de comunidad nacional – arraigado más profundamente en el subconsciente precisamente cuando se manifiesta en forma de indiferencia hacia el exterior o, incluso, bajo forma de internacionalismo aparente – que puede expresarse en una solidaridad nacional de clase y hace difícil el internacionalismo de hecho.

La cultura burguesa vive en el proletariado ante todo como tradición espiritual. Las masas que son prisioneras de ella piensan ideológicamente más bien que de manera realista; el pensamiento burgués fue siempre ideológico. Pero esta ideología, esta tradición, no es unitaria; los reflejos espirituales que se derivan de las innumerables luchas de clase de los siglos pasa-

dos, transmitidos en forma de sistemas de pensamiento político y religioso, dividen al antiguo mundo burgués y, por tanto, al proletariado mismo que ha surgido de él, en grupos, Iglesias, partidos divididos según puntos de vista ideológicos. Y así, en segundo lugar, el pasado burgués perdura en el proletariado como tradición organizativa que cierra el paso a la unidad particular de clase del orden nuevo. En estas organizaciones, los proletarios constituyen el segundo plano, el séquito de una vanguardia burguesa. Los jefes inmediatos de estas luchas ideológicas son proporcionados por la intelectualidad. Ésta – curas, maestros, literatos, periodistas, artistas, políticos – forma una clase abundante que tiene como función alimentar, formar y propagar la cultura burguesa. Estos intelectuales la transmiten a las masas y juegan el papel de intermediarios entre la dominación del capital y los intereses de las masas. La dominación del capital está ligada a la preponderancia de estos intelectuales sobre las masas. En efecto, si las masas se rebelaron frecuentemente contra el capital y sus órganos, sólo lo hicieron bajo la dirección de estos jefes inmediatos; cuando, más tarde, estos jefes se pasan abiertamente al lado del capitalismo, la estrecha ligazón y disciplina adquiridas en estas luchas comunes se convierten en el más firme apoyo del sistema. De esta manera es como se manifiesta la ideología cristiana de las capas pequeño-burguesas decadentes que, como expresión de la lucha de estas capas contra el Estado moderno capitalista, había llegado a ser una fuerza viva y que, a continuación, lo más frecuentemente, se convierte en un sistema de gobierno reaccionario y conservador de gran valor como, por ejemplo, el catolicismo en Alemania después de la Kulturkampf. Se puede decir más o menos otro tanto de la socialdemocracia, aunque en las cuestiones teóricas haya proporcionado una contribución muy valiosa para la destrucción y expulsión de la vieja ideología del seno de la clase obrera, para sublevarse. Sin embargo, la socialdemocracia dejó persistir la dependencia espiritual de las masas respecto de los jefes políticos o de otra especie, a los cuales, en tanto que especialistas, las masas confiaron la dirección de todos los grandes intereses de clase, en lugar de ocuparse de ello ellas

mismas. Las relaciones estrechas y la disciplina que se habían forjado en la lucha de clases, a menudo encarnizada, de medio siglo, no enterraron al capitalismo. En efecto, esas relaciones significaban el poder de la organización y de la capa dirigente sobre las masas, las cuales, a causa de ello, se convirtieron en agosto de 1914 y noviembre de 1918 en un instrumento poderoso de la burguesía, del imperialismo y de la reacción. El poder espiritual del pasado burgués sobre el proletariado significa en muchos países de Europa occidental (como en Alemania y Holanda) escisiones del proletariado en grupos separados ideológicamente que impiden la unidad de clase. La socialdemocracia había querido originalmente realizar esta unidad de clase, pero sin lograrlo, en parte a causa de su táctica oportunista que ponía la acción puramente política en el lugar de la política de clase. No ha hecho más que añadir un nuevo grupo a los antiguos.

La dominación de la ideología burguesa sobre las masas no puede impedir que en tiempos de crisis, que empujan a estas masas a la desesperación y a la acción, la fuerza de tales tradiciones quede ahogada temporalmente, como ocurrió en Alemania en noviembre de 1918. Pero después resurgió la ideología y causará otra vez la pérdida de la victoria temporal. El ejemplo alemán revela las fuerzas concretas que nosotros sintetizamos con la expresión de la dominación de las concepciones burguesas: la veneración por las fórmulas abstractas como la de "democracia", la fuerza de las costumbres mentales antiguas y de los viejos puntos programáticos, como la realización del socialismo gracias a los jefes parlamentarios y por un gobierno socialista; falta de confianza del proletariado en sí mismo, que se puede reconocer en la influencia de la enorme ola cenagosa de noticias mentirosas sobre Rusia, falta de fe en su propia fuerza; pero, por encima de todo, la confianza en el partido, en las organizaciones, en los jefes, que durante décadas habían sido la personificación de la lucha del proletariado, de sus objetivos revolucionarios, de su idealismo. La potente fuerza espiritual, moral y material, de las organizaciones, esas máquinas gigantescas construidas por las masas mismas durante largos

años de trabajo perseverante, que representan la tradición de las formas de lucha de un período en que el movimiento obrero era un miembro del capitalismo en desarrollo, ahoga en el presente todas las tendencias revolucionarias que se despertaban en el seno de las masas.

Este ejemplo no será único. El contraste entre la inmadurez espiritual, el poder de la tradición burguesa sobre el proletariado y la debacle rápida del capitalismo – lo que no es un contraste fortuito, pues mientras el capitalismo florece, el proletariado no puede adquirir madurez para el poder y la libertad –, este contraste no puede resolverse más que en el proceso revolucionario de la evolución, en la sucesión de levantamientos espontáneos, conquistas del poder y retrocesos. Esto determina un curso de la revolución tal que, durante un largo período, el proletariado se lanza, siempre en vano, con los antiguos y los nuevos medios de lucha, contra la fortaleza del capital, hasta que es finalmente conquistada, y entonces definitivamente, al menos según toda probabilidad. Y así cae también la táctica del asedio prolongado y complicado, expuesto en las consideraciones de Radek. El problema de la táctica no consiste en investigar de qué modo se puede conquistar el poder lo más rápido posible, pues en tal caso sólo puede ser un poder aparente – y éste caerá suficientemente rápido en manos de los comunistas – sino en cómo deben formarse en el proletariado los fundamentos de un poder duradero. Ninguna “minoría resuelta” puede resolver los problemas que sólo pueden ser resueltos por la actividad de toda la clase; y cuando la población deja, con una indiferencia aparente, que se lleve a cabo tal toma de poder, de hecho no es una masa realmente pasiva sino que, en cuanto no está ganada para el comunismo, es capaz en todo instante de revolverse contra la revolución, como continuación activa de la reacción. Incluso una “coalición con la horca inmediatamente después” sólo sería un paliativo insuficiente para semejante dictadura de partido. Si el proletariado, por un levantamiento violento, destruye el poder burgués en bancarrota, y su vanguardia más consciente, el partido comunista, asume la dirección política, sólo tiene entonces un deber: poner en obra todos

los medios para extirpar las causas de la debilidad del proletariado y acrecentar sus fuerzas a fin de capacitarlo al más alto nivel para las luchas revolucionarias futuras. Entonces hay que empujar a las masas a la actividad más grande, estimular sus iniciativas, reforzar su confianza en sí mismas a fin de que se den cuenta por sí mismas de las tareas que recaen en ellas, pues solamente así podrán realizarlas. Para alcanzar ese objetivo es necesario acabar con la preponderancia de las formas tradicionales de organización y de los viejos jefes – y, por tanto, en ningún caso formar con ellos una coalición gubernamental, que sólo puede debilitar al proletariado –, es necesario construir las formas nuevas, reforzar las defensas materiales de las masas; sólo así será posible dar una nueva organización a la producción, defender verdaderamente la revolución contra los asaltos del capitalismo provenientes del exterior, y esto es la primera condición para impedir la contrarrevolución.

El poder que la burguesía tiene todavía en la hora presente está basado en la servidumbre espiritual y la falta de independencia del proletariado. El desarrollo de la revolución corresponde al proceso de auto-liberación del proletariado de tal dependencia y de la tradición de los tiempos pasados; y esto sólo es posible a través de su propia experiencia en la lucha. Allí donde el capitalismo es ya antiguo y donde la lucha del proletariado contra él dura ya varias generaciones, el proletariado tuvo que crear en cada período los métodos, las formas y los instrumentos de lucha que en cada caso se adaptaron al grado preciso de la evolución del capitalismo; pero bien pronto, estos métodos, formas e instrumentos no fueron considerados en la realidad como necesidades limitadas en el tiempo sino que, por el contrario, fueron supervaloradas como formas eternas, absolutamente buenas, divinizadas ideológicamente y, por tanto, se convirtieron más tarde en obstáculos para la evolución, obstáculos que hay que derribar. Mientras que la clase se ve sometida a una transformación, en una evolución cada vez más rápida, los jefes se quedan en un estadio determinado, como representantes de una fase determinada, y su influencia considerable puede obstaculizar el movimiento; las formas de acción son elevadas

al rango de dogmas y las organizaciones se convierten en fines en sí mismas, lo que hace difícil una orientación nueva y la adaptación a nuevas condiciones de lucha. Esto vale también para ahora; cada fase evolutiva de la lucha de clases debe superar la tradición de las fases precedentes a fin de poder reconocer claramente sus objetivos propios y alcanzarlos; sólo que, en la hora presente, la evolución progresa a un ritmo mucho más acelerado. Así es como la revolución se desarrolla en el proceso de la lucha interna. En el seno del proletariado mismo crecen las resistencias que debe remontar. Al remontarlas, el proletariado supera su propia limitación y crece hacia el comunismo.

IV

En la época de la Segunda Internacional, las dos formas principales de lucha fueron el parlamentarismo y el movimiento sindical.

La primera asociación internacional de los trabajadores puso en sus Congresos las bases de esta táctica cuando, de acuerdo con la teoría marxista de la sociedad y en oposición a las concepciones primitivas de la época precapitalista, pequeño-burguesa, estableció el carácter de la lucha de clases como una lucha incesante contra el capitalismo por las condiciones de vida del proletariado, hasta la conquista del poder político. Una vez cerrada la época de las revoluciones burguesas y de las insurrecciones armadas, esta lucha política tuvo que desarrollarse dentro de los límites de los estados nacionales de formación nueva o antigua, y, la lucha sindical, en límites todavía más estrechos. La Primera Internacional hubo de hundirse, pues; y la lucha por la táctica nueva que no podía poner en obra, la hizo disolverse, mientras que la tradición de las viejas concepciones y de los viejos métodos de lucha permanecía viva en el anarquismo. Dejó en herencia la táctica nueva a aquellos que podían realizarla prácticamente, es decir, a los partidos socialdemócratas surgidos por todas partes, y a los sindicatos. Cuando de ellos surgió la Segunda Internacional en forma de una federación con

vínculos flojos, todavía tuvo que luchar contra las tradiciones del período precedente representadas por el anarquismo; pero el legado de la Primera Internacional constituía ya su base táctica autónoma.

Hoy, todo comunista sabe por qué razones, en esta época, fueron necesarios estos métodos de lucha. La clase obrera que hace su aparición con el capitalismo no puede concebir, de un solo golpe, la idea de crear los órganos por medio de los cuales le será posible dominar y regular la sociedad. Su vanguardia, el partido socialdemócrata, debe desvelar, por su propaganda, la esencia del régimen y, proponiendo las reivindicaciones de clase, debe mostrar a las masas cuáles son sus objetivos. Con este fin, era necesario que sus representantes penetrasen en los parlamentos, esos centros del poder burgués, elevasen su voz y participasen en las luchas políticas de los partidos.

Pero las cosas cambian en el momento en que la lucha del proletariado entra en un estadio revolucionario. Nosotros no nos ocupamos aquí de las razones por las que el parlamentarismo, en tanto que sistema de gobierno, no se adapta al autogobierno de las masas y debe ceder el lugar al sistema de los soviets, sino de la utilización del parlamento como medio de lucha para el proletariado. En cuanto tal, el parlamentarismo es la forma típica de lucha por medio de los jefes, mientras que las masas tienen un papel subordinado. La práctica del parlamentarismo consiste en el hecho de que los diputados, personas individuales, llevan el combate esencial; y, en consecuencia, esto debe despertar en las masas la ilusión de que otros pueden combatir por su cuenta. Hubo un tiempo en que se creyó que los jefes podrían obtener en el parlamento reformas importantes para los trabajadores; o bien, se tuvo la ilusión de que los parlamentarios podrían realizar la transformación hacia el socialismo por medio de leyes. Hoy, se oye el argumento según el cual los diputados pueden hacer grandes servicios a la propaganda comunista en el parlamento². Pero incluso en esta acep-

² Recientemente, se ha propagado en Alemania el argumento según el cual los comunistas deberían entrar en el Parlamento a fin de persuadir a los trabajadores de su inutilidad. Sin embargo, no se toma un camino

ción, la preponderancia pertenece siempre a los jefes; y al ser determinada la política ya sea por especialistas, ya sea bajo el hábito democrático de las discusiones y deliberaciones de los Congresos, se comprende fácilmente que la historia de los partidos socialdemócratas es una serie ininterrumpida de vanos esfuerzos para dejar a los miembros mismos determinar su política. Desde el momento en que el proletariado lucha en el terreno parlamentario, todo esto es inevitable, mientras las masas no han creado todavía ningún órgano de acción autónoma, es decir, que la revolución está todavía por venir. Desde el momento en que las masas entran en acción ellas mismas, en que actúan y, por tanto, pueden decidir, los inconvenientes del parlamentarismo se hacen preponderantes.

Como decíamos más arriba, el problema de la táctica consiste en poner en obra el medio por el cual se pueda borrar en las masas proletarias la ideología burguesa tradicional que paraliza sus fuerzas; todo lo que da una fuerza nueva a las concepciones tradicionales es nocivo.

El elemento más tenaz y sólido de esta ideología es la falta de independencia de las masas respecto de los jefes, a quienes se deja decidir sobre las cuestiones generales y la dirección de los intereses de clase de las masas. El parlamentarismo tiende inevitablemente a obstaculizar la actividad específica necesaria a la revolución. Se pueden pronunciar bellos discursos para incitar a la acción revolucionaria; ésta no depende de tales discursos, sino de la dura y cruda necesidad, cuando ya no queda otro camino.

La revolución exige incluso algo más de lo que requiere el acto combativo de las masas que abate un sistema de gobierno y del cual sabemos que no está determinado por los jefes, sino que sólo puede surgir del impulso profundo de las masas. La revolución exige que se afronten los grandes problemas de la reconstrucción social, que se tomen graves decisiones, que todo el proletariado se lance a un movimiento creador, y esto no es

equivocado para demostrar que es falso, se prefiere ir enseguida por el buen camino (nota de A.P.).

posible más que si la vanguardia primeramente, y después una masa cada vez mayor, se hace cargo de todas estas cuestiones, sabe tomar la responsabilidad de ello, investiga, hace propaganda, lucha, reflexiona, se atreve, actúa y ejecuta. Pero todo esto es difícil y penoso. Por eso, desde el momento en que la clase laboriosa crea distinguir un camino más fácil dejando que los demás actúen por su cuenta - llevando a cabo la agitación desde una tribuna elevada, dando las señales para la acción, haciendo las leyes - la masa dudará y permanecerá pasiva bajo la influencia de los viejos hábitos de pensamiento y de las debilidades antiguas.

Si, por un lado, el hecho de dar importancia al parlamentarismo refuerza la preponderancia de los jefes sobre las masas, actuando por tanto en un sentido contrarrevolucionario, por otro lado, este hecho tiende a corromper a los jefes mismos. Si la habilidad personal debe compensar lo que falta en las masas, entonces se sigue una diplomacia minuciosa; el Partido, incluso si está movido por otras perspectivas, debe intentar conquistar un terreno legal, crear para él una base de poder parlamentario; de suerte que, al final, se invierte la relación entre medios y fines y el parlamento no sirve ya como medio para alcanzar el comunismo, sino que el comunismo, como fórmula de cebo, está al servicio de la política parlamentaria. Pero así el partido comunista reviste otro carácter: en lugar de ser una vanguardia que reúne tras de sí a toda la clase para la acción revolucionaria, se convierte en un partido parlamentario, con la misma posición legal que los otros, maniobrando de la misma manera que los otros, es decir, una edición nueva de la antigua socialdemocracia con fórmulas radicales nuevas.

Mientras que, en lo que concierne a la naturaleza interna, no hay ninguna diferencia esencial entre la clase obrera revolucionaria y el partido comunista y es impensable un antagonismo entre ellos, pues el partido personifica de alguna manera la conciencia de clase más clara y sintética, así como la unidad creciente del proletariado, el parlamentarismo, por el contrario, rompe esta unidad y crea la posibilidad de tal antagonismo: en lugar de abarcar a toda la clase, el comunismo se

convierte en un nuevo partido, con sus jefes de partido, que se alía a los otros partidos y perpetúa así la división política del proletariado. Y se presentarán situaciones en las que el partido intentará con todas sus fuerzas destruir la fuerza y la compacidad de la clase por medio de concesiones, de compromisos y otros pretextos.

Sin duda, todas estas tendencias serán eliminadas próximamente por el desarrollo revolucionario de la economía; pero sus primeros indicios sólo pueden dañar al movimiento proletario impidiendo la evolución espiritual hacia una clara conciencia de clase, y si la situación económica toma temporalmente una dirección contrarrevolucionaria, semejante política emprenderá la lucha para desviar la revolución a las aguas de la reacción.

Lo que hay de grande y de verdaderamente comunista en la revolución rusa es, ante todo, el hecho de haber despertado la actividad específica de las masas y haber desarrollado en ellas una energía psíquica y física tal que las hace aptas para fundar y representar la sociedad nueva. Este despertar de las masas a semejante conciencia de sus fuerzas y a una potencia semejante no se consigue de golpe, sino gradualmente; el rechazo del parlamentarismo es una etapa en el camino que conduce a la autonomía y la auto-liberación. El nuevo partido comunista de Alemania decidió en diciembre de 1918 boicotear la Asamblea Nacional, no bajo el efecto de una ilusión prematura en una victoria fácil y rápida, sino por necesidad de liberarse de la sujeción espiritual hacia los parlamentaristas – reacción necesaria contra la tradición socialdemócrata – porque en lo sucesivo se creía abierta ante sí la ruta de una acción independiente por la creación del sistema de los Consejos. Pero una parte de los que entonces estaban juntos, es decir, los que han permanecido en el K.P.D. (Spartakusbund), tras el retroceso de la revolución han adoptado de nuevo el parlamentarismo; con qué consecuencias, lo veremos a continuación y se ha visto ya en parte. En otros países también están divididas las opiniones de los comunistas y muchos grupos se niegan a utilizar el parlamentarismo, incluso antes del estallido de la revolución. De suerte que, probable-

mente, en un próximo futuro la discusión sobre el parlamentarismo como método de lucha será uno de los puntos de táctica más controvertidos en la 3ª Internacional.

Por otro lado, todos están de acuerdo en estimar que esto sólo constituye un punto secundario de nuestra táctica. La Segunda Internacional pudo desarrollarse mientras no había extirpado y aclarado el punto central de la táctica nueva, que es el siguiente: el proletariado no puede vencer al imperialismo más que con el arma de la acción de las masas. Pero en lo sucesivo ya no podía emplear este arma; hubo de hundirse a partir del momento en que la guerra mundial hubo colocado la lucha revolucionaria de clases sobre bases internacionales. El resultado alcanzado por la Internacional precedente constituye naturalmente la base de la nueva, y la acción de masas del proletariado hasta la huelga general y la guerra civil constituye el terreno táctico común de los comunistas. En la acción parlamentaria, el proletariado está dividido en secciones nacionales y no es posible una acción internacional efectiva; en la acción de las masas contra el capital internacional, las divisiones nacionales se derrumban y cada movimiento, a cualquier país que se extienda o se restrinja, es una parte de la única lucha mundial común.

V

De igual modo que el parlamentarismo personifica el poder espiritual de los jefes sobre las masas laboriosas, de la misma manera el movimiento sindical representa su poder material. En régimen capitalista, los sindicatos constituyen las organizaciones naturales con vistas al agrupamiento del proletariado; y bajo este aspecto, Marx resaltó muy pronto su importancia. En el período del capitalismo desarrollado y, más aún, en la época del imperialismo, estos sindicatos se han convertido cada vez más en ligas gigantescas que presentan las mismas tendencias evolutivas ya determinadas en el cuerpo del Estado burgués mismo. En ellos se ha formado una clase de funcionarios, una burocracia, que dispone de todos los medios de poder

de la organización: dinero, prensa, nombramiento de los funcionarios subalternos; con frecuencia tiene poderes todavía más amplios, de manera que de servidora de la colectividad, se ha convertido en la dueña y se identifica incluso con la organización. Y los sindicatos se corresponden también con el Estado y su burocracia porque, a pesar de la democracia que reina en ellos, los miembros no pueden hacer valer su voluntad contra la burocracia; toda rebelión, antes incluso de poder conmocionar las cúspides, se estrella contra el aparato artificioso de los reglamentos y estatutos. Sólo con una tenacidad obstinada logra a veces una oposición, después de años, obtener un éxito modesto que se limita, como máximo, a un cambio de personas. Por esto, en los últimos años, tanto antes como después de la guerra, en Inglaterra, en Alemania, en América, han tenido lugar frecuentemente revueltas de los afiliados, que se pusieron en huelga por su propia iniciativa contra la voluntad de los jefes o las decisiones de las asociaciones mismas. Que esto haya ocurrido y haya sido considerado como una cosa natural, demuestra ya que la organización no es el conjunto de los que están organizados, sino algo que es extraño a ellos; que los trabajadores no se identifican con su asociación, sino que ésta se mantiene por encima de ellos como un poder externo, contra el cual pueden rebelarse, aunque haya salido de ellos, es decir, una vez más, igual que ocurre con el Estado. Apenas ha sido apaciguada la revuelta, la dominación antigua es restablecida. A pesar del odio y del rencor impotente de las masas, aquélla consigue mantenerse apoyándose en la indiferencia de éstas, en su falta de visión clara y de voluntad unitaria y continua y en la necesidad interna del sindicato como único medio para los trabajadores de encontrar una fuerza en los conflictos contra el capital.

El movimiento sindical, en la medida en que luchaba contra el capital, contra las tendencias absolutistas y generadoras de miseria del capital, conteniéndolo y haciendo así posible una existencia obrera limitada a su función en el marco del capitalismo, el sindicato, pues, era a su vez un miembro de la sociedad capitalista. Pero con la llegada de la revolución, cuando el proletariado, de miembro de la sociedad capitalista se

convierte en destructor de esta sociedad, el sindicato entra en conflicto con el proletariado.

El sindicato se hace legalista, apoyo declarado del Estado y reconocido por él, o bien presenta como consigna la “reconstrucción de la economía antes que la revolución”, es decir, el mantenimiento del capitalismo. En Alemania, millones de proletarios que hasta este momento no se habían atrevido a hacerlo a causa del terrorismo ejercido desde arriba, afluyen ahora a los sindicatos con una mezcla de veneración timorata y deseo de lucha. Ahora, el parentesco entre las asociaciones sindicales, que abarcan a la casi totalidad de la clase obrera, y el organismo de Estado, se ha estrechado aún más. Los funcionarios sindicales están de acuerdo con los funcionarios del Estado no sólo en cuanto, por su poder, tienen en sus manos a la clase obrera en provecho del capital, sino también porque su “política” tiende cada vez más a engañar a las masas por medios demagógicos y ganárselas únicamente con miras a su acuerdo con los capitalistas. Además, el método cambia según las circunstancias: grosero y brutal en Alemania, donde los jefes de los sindicatos imponen a los obreros, por la fuerza y la mentira hábil, el trabajo a destajo y la prolongación del tiempo de trabajo; astutamente refinado en Inglaterra, donde esta burocracia sindical – al igual que el gobierno – aparenta dejarse llevar a regañadientes por los trabajadores cuando en realidad sabotea sus reivindicaciones.

Por consiguiente, lo que Marx y Lenin han precisado a propósito del Estado debe valer también para las organizaciones sindicales, es decir, que a pesar de la democracia formal, su organización imposibilita hacer de ellos un instrumento de la revolución. La fuerza contrarrevolucionaria de los sindicatos no puede ser debilitada y destruida por un cambio de personas, por la substitución de dirigentes sindicales o “revolucionarios” en lugar de los jefes reaccionarios. Es justamente la forma de esta organización la que hace a las masas poco menos que impotentes y les impide hacer de los sindicatos órganos de su voluntad.

La revolución no puede vencer más que destruyendo esta organización, transformando, por así decir, la forma de la

organización para hacer de ella algo radicalmente nuevo: el sistema de los soviets. Su instauración está en condiciones de extirpar y eliminar no sólo la burocracia estatal, sino también la del sindicato; no sólo formará los órganos políticos nuevos del proletariado en oposición al parlamento, sino también las bases de los sindicatos nuevos. En las luchas de los partidos en Alemania, con frecuencia se ha ironizado sobre la afirmación de que una forma organizativa dada puede ser revolucionaria, cuando esto depende solamente de los sentimientos revolucionarios de los hombres, de las organizaciones. Pero si el contenido más importante de la revolución consiste en el hecho de que las masas mismas toman en sus manos sus propios asuntos, la dirección de la sociedad y de la producción, entonces es contrarrevolucionaria y dañina toda forma de organización que no permite a las masas dominar y gobernar por sí mismas; en consecuencia, debe ser reemplazada por otra forma que es revolucionaria en cuanto permite a los trabajadores decidir activamente por sí mismos acerca de todo. Esto no debe significar que, dada una clase obrera aún pasiva, se debe ante todo crear y perfeccionar esta forma nueva en la que después puede ser activado el espíritu revolucionario de los obreros. Esta nueva forma organizativa no puede crearse, a su vez, sino en el curso del proceso revolucionario por los trabajadores que comienzan a estar en revolución. Pero el reconocimiento de la significación de la forma organizativa actual determina la actitud que los comunistas deben asumir frente a los intentos, que se manifiestan ya, de debilitar o suprimir tal forma.

En el movimiento sindicalista, y aún más en el movimiento de los sindicatos “industriales”, se manifiesta ya la tendencia a restringir lo más posible el aparato burocrático y buscar todas las fuerzas en la actividad de las masas. Por esto los comunistas se han pronunciado, en su mayoría, por el apoyo a estas organizaciones contra las asociaciones centrales. Pero mientras el capitalismo siga dominando, tales formaciones nuevas no pueden alcanzar gran importancia; la importancia de la organización americana I.W.W. proviene de la circunstancia especial de la existencia de un proletariado numeroso, poco

instruido, de origen extranjero las más de las veces, y fuera de las viejas asociaciones. El sistema de los soviets está mucho más cerca del movimiento de los Shop-Committees y los Shop-Stewards en Inglaterra, que son los órganos de la masa en oposición a la burocracia, y que provienen de la práctica de la lucha. Modeladas de manera aún más precisa según la idea de los soviets, pero débiles por el estancamiento de la revolución, en Alemania tenemos las Uniones. Cada formación nueva de este género, que debilita las asociaciones centralizadas y su compacidad interna, quita un obstáculo a la revolución y debilita el poder contrarrevolucionario de la burocracia sindical. Sin duda sería una idea seductora hacer entrar estas fuerzas revolucionarias de oposición dentro de esas viejas organizaciones a fin de poder conquistar la mayoría dentro de ellas y poder transformarlas. Pero, en primer lugar, sería una ilusión, de la misma manera que sería ilusoria la idea parecida de conquistar el partido socialdemócrata, pues la burocracia conoce bien el arte de limitar una oposición antes de que llegue a ser peligrosa; en segundo lugar, la revolución jamás se desarrolla según un programa uniforme. Las explosiones elementales de los grupos que actúan apasionadamente juegan en ella un papel importante en tanto que fuerza popular. En consecuencia, si los comunistas se opusiesen a tales fuerzas, por consideraciones oportunistas con miras a éxitos inmediatos, para provecho de las asociaciones centrales, reforzarían los obstáculos que se opondrían a ellos más tarde, con una energía más grande.

La creación, por parte de los trabajadores, de sus propios órganos de poder y de acción, los Soviets, implica ya la dislocación y la disolución del Estado. Al ser el sindicato una organización mucho más joven, moderna, nacida espontáneamente, se mantendrá un poco más de tiempo pues tiene sus raíces en una tradición de relaciones que se han creado y desarrollado de manera autónoma y que, en consecuencia, conserva aún un lugar en la ideología del proletariado, incluso después que este último ha superado ya las ilusiones democrático-estatales. Pero lo mismo que los sindicatos han salido del proletariado mismo como producto de su propia creación, también

habrá siempre en este dominio formaciones nuevas en tanto que intentos de adaptar cada vez los sindicatos mismos a las relaciones nuevas; en este dominio, siguiendo el proceso de la revolución, se crearán, según el modelo de los Soviets, formas nuevas de lucha y de organización en continua transformación y evolución.

VI

La concepción según la cual la revolución proletaria en Europa occidental puede ser comparada a un asedio en toda regla de la fortaleza capitalista que el proletariado, agrupado por el partido comunista en un ejército bien organizado, asalta con ataques repetidos siguiendo sus métodos bien experimentados hasta que el enemigo se rinde, mientras que, al mismo tiempo se ha conquistado paso a paso el control de la industria, todo esto es una concepción neo-reformista que ciertamente no responde a las condiciones de lucha en los países de capitalismo antiguo. En ellos pueden producirse revoluciones y tomas de poder abocadas de nuevo al fracaso, conquistando la burguesía el poder pero arruinando así todavía más desesperadamente la economía; pueden aparecer formas políticas intermedias, destinadas únicamente a prolongar el caos por su incapacidad. El proceso revolucionario consiste, ante todo, en la disolución de las condiciones antiguas, que deben existir en toda sociedad, pues ellas hacen posible el proceso global de la producción y de la vida en común y que, por una larga práctica histórica, han recibido la fuerza sólida de costumbres espontáneas y de normas morales (sentimiento del deber, de aplicación celosa, de disciplina). La destrucción de estas condiciones es un fenómeno concomitante necesario a la disolución del capitalismo mientras que, al mismo tiempo, no son todavía bastante fuertes las relaciones que caracterizan la nueva organización comunista del trabajo y de la sociedad - cuyo nacimiento observamos en Rusia. Por esto es inevitable un período transitorio de caos social y político. Allí donde el proletariado conquista rápidamente el poder y sabe mantenerlo firmemente en sus manos, como en Rusia, este pe-

riodo de transición puede ser breve y acabar rápidamente por el trabajo positivo de reconstrucción. Pero en Europa occidental el proceso de destrucción será mucho más lento. En Alemania vemos a la clase obrera dividida en grupos en los que esta evolución se ha producido con una amplitud diversa y que, por tanto, no pueden llegar todavía a una unidad activa. Los síntomas del último movimiento revolucionario muestran que todo el Estado alemán – y, en general, toda Europa central – se disloca; que las masas populares se dividen en categorías y en regiones, actuando inmediatamente cada una de ellas según su propia iniciativa: aquí, logrando armarse y adueñándose más o menos del poder político, allí, paralizando por las huelgas el poder burgués; en un lugar, encerrándose en una república campesina, en otro, convirtiéndose en una fuerza de apoyo de los Guardias Blancos o abatiendo los restos del feudalismo por medio de revueltas agrarias elementales. Es evidente que la destrucción de las fuerzas del mundo antiguo debe ser total antes de que se pueda hablar de una edificación efectiva del comunismo. Por consiguiente, la tarea del partido comunista no consiste en enseñar esta revolución ex cátedra o en hacer vanos intentos de encerrarla en la camisa de fuerza de las formas tradicionales sino, por el contrario, en apoyar por todas partes las fuerzas del movimiento proletario, englobando todas las acciones espontáneas para darles conciencia de su conexión con el marco inmenso de la revolución a fin de preparar así la unificación de las acciones aisladas y colocarse de esta manera a la cabeza de todo el movimiento.

En los países de la Entente, donde la dominación del capitalismo no ha sido estremecida todavía, percibimos la primera fase de su disolución, es decir, la introducción de este proceso disolutivo, bajo la forma de un descenso irresistible de la producción y de la moneda, de una oleada de huelgas y de una fuerte repugnancia al trabajo por parte del proletariado. La segunda fase, el período de contrarrevolución, es decir, la dominación política de la burguesía en plena época revolucionaria, significa una debacle económica completa; podemos estudiarla mejor que en cualquier otro lugar en Alemania y en el resto de

Europa central. Si inmediatamente después del derrocamiento político hubiese habido un sistema comunista, entonces, incluso a pesar de los tratados de Versalles y de Saint-Germain, a pesar del agotamiento y de la miseria, podía comenzar una reconstrucción orgánica. Pero los Ebert-Noske no pensaban en la reconstrucción organizada más de lo que lo hacían los Renner-Bauer: dejaron las manos libres a la burguesía y consideraron que su única tarea era reprimir al proletariado. La burguesía actúa, es decir, todo capitalista actúa como lo requiere su naturaleza de burgués: cada cual pensaba solamente en obtener la máxima ganancia posible, en salvar personalmente para él mismo lo que todavía podía ser salvado del desastre. Por supuesto que en los periódicos y en los manifiestos se hablaba de la necesidad de restaurar la vida económica por un trabajo ordenado, pero esto sólo estaba destinado a los trabajadores con el fin de ocultarles con frases bonitas la dura coerción al trabajo intensivo, a pesar de su agotamiento. Naturalmente, ningún burgués se preocupaba en realidad de la reconstrucción en tanto que interés general del pueblo, sino solamente desde el punto de vista de su ganancia personal. Primeramente, como en la prehistoria, el medio más importante de enriquecerse fue el comercio, pues la pulverización de la moneda hacía oportuna la venta al extranjero de todo lo que habría sido necesario a la reconstrucción económica o, incluso, a la simple existencia de las masas: materias primas, medios de subsistencia, productos, medios de producción, en fin, las fábricas mismas y los títulos de propiedad. La usura reinó en todas las capas burguesas, favorecida por la corrupción desenfrenada de la burocracia. Así, todo lo que había sido preservado de la antigua riqueza y que no hubo de ser entregado como indemnización de guerra, fue expedido al extranjero por los “dirigentes de la producción”. Y de la misma manera, en el dominio de la producción, entró en escena la codicia de la ganancia privada, que destruye la vida económica por su indiferencia hacia el bien común. Para imponer a los proletarios el trabajo a destajo o la prolongación de la jornada de trabajo, o para librarse de los elementos proletarios rebeldes, se encerró a éstos y se cerraron las fábricas, sin preocuparse del marasmo

que esto producía en el resto de la industria. A todo esto se añadió la incapacidad de la dirección burocrática de las empresas estatales, que se convirtió en una dejadez total al faltar la mano vigorosa del gobierno. Cobró actualidad la limitación de la producción, viejo medio primitivo de subir los precios, irrealizable a causa de la competencia cuando el capitalismo es floreciente. En las cotizaciones de la Bolsa el capitalismo parece volver a florecer, pero los dividendos elevados no representan más que el despilfarro de los restos del patrimonio anterior y son disipados en gastos de lujo. Lo que se observa en el transcurso de los últimos años en Alemania no es un hecho accidental sino el efecto del carácter general de la burguesía como clase. Su fin único es, y ha sido siempre, la ganancia personal. Pero mientras que en los períodos normales del capitalismo este impulso mantiene la producción en acción, en el capitalismo moribundo produce la destrucción total de la economía. Y lo mismo ocurrirá en otros países; una vez que la producción es desquiciada hasta cierto estadio y la moneda se debilita fuertemente, entonces, si se deja libre curso a la sed de ganancia de la burguesía – y ese es el sentido de la dominación política de la burguesía bajo la máscara de cualquier partido no comunista – el resultado será, igualmente, la ruina completa de la economía.

Las dificultades de reconstrucción que el proletariado europeo debe afrontar en tales circunstancias son inmensamente más grandes de lo que lo fueron en Rusia: la devastación posterior de las fuerzas productivas industriales por Kolchak y Denikin da una ligera idea de ello. El proletariado no puede esperar a que sea instaurada una nueva organización política sino que debe comenzar la reconstrucción ya durante el curso del proceso revolucionario, pues en todas partes donde se adueñe del poder debe poner en orden enseguida la producción y suprimir el poder de decisión de la burguesía sobre los elementos materiales de la vida. El control de la fábrica puede servir para vigilar en los lugares de trabajo el empleo de las mercancías, pero es evidente que, por sí mismo, no puede permitir dominar todos los artificios empleados por la burguesía en detrimento de la comunidad. Para ello es necesario todo el poder político arma-

do, así como su utilización más severa. Allí donde los usureros, sin ningún miramiento por el bienestar común, saquean el bien del pueblo, allí donde la reacción armada asesina y destruye a ciegas, el proletariado debe entrar en acción sin contemplaciones y luchar para defender el bien común y la vida del pueblo.

Las dificultades de la reorganización de una sociedad completamente destruida son tan grandes que, al principio, parecen insuperables, lo mismo que es absolutamente imposible establecer de antemano un programa de reconstrucción. Pero estas dificultades deben ser superadas y el proletariado las superará con el ilimitado espíritu de sacrificio y abnegación, con la fuerza infinita de alma, con las inmensas energías morales y psíquicas que la revolución es capaz de despertar en su cuerpo débil y martirizado.

Hay que examinar brevemente dos cuestiones. La cuestión de los empleados técnicos de la industria no presentará dificultades más que momentáneamente. En efecto, aunque tengan una mentalidad netamente burguesa y sean profundamente hostiles a la dominación proletaria, acabarán por someterse. El funcionamiento de la distribución y de la industria será sobre todo una cuestión de aprovisionamiento de materias primas; y esta cuestión coincide con la de los medios de subsistencia. Este problema de los víveres es la cuestión central de la revolución en Europa occidental pues la población, fuertemente industrializada, ya no podía vivir bajo el capitalismo sin importar del extranjero. Pero la cuestión de los víveres en la revolución está ligada de la manera más estrecha a toda la cuestión agraria, y los principios de una organización comunista de la agricultura deben tener ya influencia en las medidas destinadas, durante la revolución, a hacer frente al hambre. Los bienes de la aristocracia terrateniente (Junkers), la gran propiedad de la tierra, están maduros para la expropiación y el cultivo colectivo. Los pequeños campesinos serán liberados de toda explotación capitalista y serán guiados hacia un cultivo intensivo gracias al apoyo, por todos los medios, de la ayuda estatal y la cooperación. El campesino medio, que en Alemania occidental y meridional posee la mitad del suelo y que tiene sentimientos fuerte-

mente individualistas y, por tanto, anticomunistas, pero que ocupa una posición económica que no se puede atacar todavía y que, por consiguiente, no puede ser expropiado, será mantenido en el círculo de todo el proceso económico por medio de la organización del intercambio de los productos y el desarrollo de la productividad; el comunismo sólo introducirá en la agricultura esa evolución hacia una productividad superior y esa eliminación del individualismo que, en la industria, han sido producidas por el capitalismo. De ello resulta que los trabajadores deben considerar a los grandes propietarios terratenientes como una clase enemiga; a los trabajadores de la tierra y a los pequeños campesinos como a sus aliados en la revolución, al tiempo que no tienen motivos para enemistarse con los campesinos medios por muy hostiles que éstos puedan ser a priori. Esto significa que mientras no se lleve a cabo un intercambio regular de bienes, en el período caótico del principio, no pueden hacerse requisiciones de productos alimenticios entre estas capas campesinas salvo en caso de necesidad urgente, como repartición absolutamente inevitable del hambre entre la ciudad y el campo. La lucha contra el hambre debe llevarse a cabo principalmente por medio de importaciones. La Rusia de los Soviets, con sus ricas fuentes de productos alimenticios y materias primas, salvará y alimentará la revolución de Europa occidental. Especialmente por esto la clase obrera de Europa occidental tiene el mayor y particular interés en conservar y apoyar la Rusia de los Soviets. Aunque el problema de la reconstrucción económica sea extremadamente difícil, no es el primero que debe ser afrontado por el partido comunista. Las masas proletarias lo resolverán si despliegan su mayor fuerza intelectual y moral. La primera tarea del partido comunista consiste en despertar y poner en movimiento estas fuerzas. Debe erradicar todas las ideas tradicionales que hacen al proletariado inseguro y vacilante; debe oponerse a todo lo que despierta en los obreros las ilusiones de una vida más holgada y los aleja de las medidas más radicales; debe combatir enérgicamente todas las tendencias que se detienen a medio camino o a la búsqueda de compromisos. Y aún hay muchas tendencias semejantes.

VII

El paso del capitalismo al comunismo no se efectuará según el esquema simple: conquista del poder político, introducción del sistema de los consejos, supresión de la economía privada, aunque esta sea precisamente, de modo general, la línea de evolución. Esto sería posible sólo si se pudiese construir uniformemente en terreno libre. Pero las formas de trabajo y de organización nacidas del capitalismo tienen raíces sólidas en la conciencia de la masa y no pueden ser derrocadas más que por un proceso de revolución política y económica. Entre las formas de trabajo, mencionemos las formas agrarias, que están sometidas a una evolución particular. Bajo el capitalismo, según los países, han nacido en la clase obrera diversas formas de organización que representan una gran fuerza y que no pueden ser eliminadas súbitamente y, por consiguiente, están destinadas a jugar un papel importante en el curso de la revolución.

Esto se aplica sobre todo a los partidos políticos. El papel de la socialdemocracia en la crisis actual del capitalismo es suficientemente conocido, pero se acabará pronto en Europa central. Incluso sus fracciones más radicales (como el partido socialdemócrata independiente de Alemania) ejercen una influencia nefasta, no sólo porque dividen al proletariado sino, sobre todo, porque sus ideas socialdemócratas – como la preponderancia de los jefes políticos, que dirigen la historia del pueblo por medio de sus acciones y sus maniobras – perpetúan la confusión en las masas y las alejan de la acción. Y si un partido comunista se constituye en tanto que partido parlamentario que, en lugar de la dictadura de clase, quiera ejercer la dictadura de partido, es decir, la dictadura de los jefes de partido, entonces también él puede convertirse en un obstáculo a la evolución. La actitud del partido comunista de Alemania durante el movimiento revolucionario de marzo, cuando declaró que el proletariado no estaba aún maduro para la dictadura y que por eso se comportaría como “oposición leal” si se constituía un gobierno “puramente socialista”, es decir, que habría desviado al proleta-

riado de una lucha de clase más ruda contra un gobierno semejante, esta actitud ha sido criticada ya desde diferentes lados³.

En el curso de la revolución puede aparecer un gobierno de jefes de partidos socialistas como forma de transición en la que se manifiesta la relación momentánea entre las fuerzas burguesas y revolucionarias. Semejante partido tiene tendencia a mantener y eternizar como resultado final de la revolución la relación momentánea entre la destrucción de lo antiguo y la creación de lo nuevo. Se podría decir que se trata de una reedición radical del gobierno Ebert-Haase-Dittman. Lo que se puede esperar de semejante gobierno resulta de las bases sobre las que se apoya: equilibrio aparente de las clases enemigas pero con predominio de la burguesía, mezcla de democracia parlamentaria con una especie de sistema de Consejos para los trabajadores, socialización limitada por el veto del imperialismo de la Entente y por el mantenimiento de la ganancia capitalista, intentos vanos para impedir que los conflictos de clases se hagan más agudos. En tal sistema, los engañados son siempre los trabajadores. Semejante gobierno no sólo no puede hacer nada para la reconstrucción, sino que ni siquiera puede intentarla pues su único fin es parar a medio camino el curso de la revolución. Y como se esfuerza en impedir la disolución ulterior del capitalismo al igual que la constitución del pleno poder político del proletariado, actúa directamente de manera contrarrevolucionaria. Los comunistas no pueden hacer otra cosa sino combatir tal gobierno sin el menor miramiento.

Si en Alemania la socialdemocracia era la organización dirigente del proletariado, lo mismo ocurría en Inglaterra con el movimiento sindical, que tiene raíces muy profundas en la clase obrera gracias a una historia casi centenaria. Allí, hace ya mucho tiempo que el ideal de los jóvenes jefes radicales de los sindicatos – del tipo Robert Smillie – es que la clase obrera domine la sociedad por medio de la organización de los sindicatos. De igual modo, los sindicalistas revolucionarios y los jefes

³ Remitimos a la crítica detallada del camarada Kolosvary en la revista semanal vienesa **Kommunismus** (nota de A.P.).

de los I.W.W. de América, aunque estén adheridos a la IIIª Internacional, se imaginan preferentemente la dominación futura del proletariado bajo una forma así. Los sindicalistas radicales consideran el sistema de los Soviets no como la forma más pura de la dictadura proletaria, sino más bien como un gobierno de políticos e intelectuales construido sobre bases formadas por organizaciones obreras. Para ellos, por el contrario, la organización de clase del proletariado, natural y creada espontáneamente, es el movimiento sindical en el cual el proletariado se gobierna por sí mismo y debería dominar todo el mundo del trabajo. Si se realiza el viejo ideal de la “democracia obrera” y si el sindicato es dueño de la fábrica, entonces el órgano común de los sindicatos, su Congreso, asume la función de dirigir y administrar toda la economía. El Congreso de los sindicatos es entonces el verdadero “Parlamento del trabajo”, que asume el lugar del antiguo parlamento burgués. En estos ambientes, con frecuencia se manifiesta repugnancia contra una dictadura de clase unilateral e ilegal, considerada como un atentado a la democracia: el trabajo debe dominar, pero los demás no deben ser privados de derechos. Y por tanto, al lado del Parlamento del trabajo, que gobierna la base de toda vida, es decir, el trabajo, debería haber una segunda Cámara elegida por sufragio universal en tanto que representación de todo el pueblo y ejerciendo una influencia sobre las cuestiones públicas, cultural y de política general.

Esta concepción de un gobierno por los sindicatos no debe ser confundida con el “laborismo”, con la política del “Labour Party” que dirige ahora a los sindicatos. Esta política consiste en la tendencia de los sindicatos a introducirse en el parlamento burgués actual, formando un “Partido del trabajo” con el mismo título que los otros partidos, e intentando suplantarlos como partido de gobierno. Un tal partido es completamente burgués, y no hay ninguna diferencia entre Henderson y Ebert. Desde el momento en que la presión amenazante ejercida por abajo imponga su necesidad, suministrará a la burguesía inglesa la posibilidad de proseguir su vieja política sobre bases ampliadas, debilitando y desviando a los trabajadores por el hecho de

que sus jefes son admitidos en el gobierno. Un gobierno del partido del trabajo – que aparecía próximo hace un año por la posición revolucionaria de las masas, pero que después ha sido rechazado bien lejos por los jefes mismos a causa de su oposición a la corriente radical – sería únicamente, como el gobierno de Ebert en Alemania, un gobierno en provecho de la burguesía. Pero aún está por ver si la astuta y previsora burguesía inglesa no tendrá más confianza en sí misma antes que en esa burocracia obrera para llevar a cabo ese trabajo de aturdimiento y contención de las masas.

Un verdadero gobierno de sindicatos, según la concepción radical, es respecto a esta política del partido del trabajo, de este “laborismo”, como la revolución es respecto a la reforma. No podría ser introducido más que por una revolución real de las relaciones políticas, ya sea violenta, ya sea realizada según el antiguo modelo inglés, y entonces, en la conciencia de las masas, se trataría precisamente de la conquista del poder por el proletariado. Pero, no obstante, esto es completamente diferente del fin del comunismo. En efecto, tal concepción se basa en la ideología estrecha que se desarrolla en el transcurso de la lucha sindical y en la cual se tiene ante sí, no el capital mundial como un todo, bajo sus formas variadas y complejas de capital financiero, bancario, agrario, colonial, sino únicamente su forma industrial. Esta concepción se apoya en la economía marxista – que es estudiada hoy seriamente en el mundo inglés del trabajo – en cuanto muestra en la producción un mecanismo de explotación, pero sin la profunda doctrina social del marxismo, sin el materialismo histórico. Esta concepción sabe que el trabajo constituye la base del mundo y quiere, por tanto, que el trabajo domine el mundo; pero no ve que todos los dominios abstractos de la vida política y espiritual están condicionados por el modo de producción y, en consecuencia, tiene tendencia a abandonar estos dominios a la intelectualidad burguesa con tal de que ésta reconozca el predominio del trabajo. En realidad, un gobierno así sería un gobierno de la burocracia sindical, ayudada por la fracción radical de la antigua burocracia de Estado a la cual dejaría, como a especialistas, los dominios especiales de la

cultura, de la política, etc. Y aun cuando es previsible que su programa económico corresponda a la expropiación comunista, se orientará únicamente hacia la expropiación del gran capital, del capital usurario de los bancos y de los propietarios terratenientes, mientras que la honesta ganancia de los pequeños empresarios despojados y dominados por el gran capital será respetada. Es igualmente dudoso que, en la cuestión colonial, ese nervio vital de la clase dominante inglesa, dicho gobierno acepte el punto de vista de la libertad completa para las Indias, que forma parte esencial del programa comunista.

No se puede prever de qué modo, en qué medida y con qué pureza se realizará una forma política semejante; sólo se pueden reconocer las fuerzas motrices y las tendencias, los tipos abstractos, pero no las formas concretas, siempre distintas, y las combinaciones en que se realicen. La burguesía inglesa siempre tuvo el arte de eludir, en el momento oportuno, los fines revolucionarios por concesiones parciales. Si es posible, y en qué medida, seguir esta táctica en el futuro, eso dependerá sobre todo de la amplitud de la crisis económica. Si la disciplina sindical fuese rota por abajo, por revueltas industriales desordenadas, los dirigentes sindicalistas reformistas y radicales se pondrían de acuerdo en una posición intermedia; si la lucha estuviese dirigida de modo riguroso contra la antigua política reformista de los dirigentes, entonces los sindicatos radicales y los comunistas marcharían de pleno acuerdo.

Estas tendencias no están limitadas a Inglaterra. En todos los países, los sindicatos constituyen las organizaciones obreras más poderosas; bastará que un choque político abata el poder antiguo, para que pase de modo natural a manos de la potencia mejor organizada e influyente que exista. En Alemania, en noviembre de 1918, los estados mayores de los sindicatos constituyeron la guardia contrarrevolucionaria que estaba tras Ebert; y, en el transcurso de la última crisis de marzo, aparecieron en el primer plano de la escena política en un intento de conquistar una influencia directa en la formación del gobierno. Con este apoyo al gobierno de Ebert sólo se trataba de timar una vez más astutamente al proletariado con el engaño de un

“Gobierno bajo el control de la organización obrera”. Pero de nuevo aparece aquí la misma tendencia que en Inglaterra. Y aun cuando los Legien y los Nauer estuviesen demasiado comprometidos en una orientación contrarrevolucionaria, nuevos responsables, más radicales, de la tendencia del partido independiente, ocuparían su lugar, de la misma manera que los Independientes de Dittmann conquistaron ya el último año la dirección de la gran Liga de los metalúrgicos. En el caso en que un movimiento revolucionario abatiese el gobierno de Ebert, esa potente fuerza organizada de siete millones de miembros intentaría sin duda adueñarse del poder político, al lado del partido comunista o contra él.

Semejante “gobierno de la clase obrera” por medio de los sindicatos no puede ser estable, pues incluso si pudiese mantenerse mucho tiempo, suponiendo un lento proceso de descomposición económica, no puede existir en un período de revolución aguda más que como estado de transición vacilante. Su programa, tal como lo hemos esbozado más arriba, no puede ser radical. Una tendencia que no admite esas disposiciones como formas provisionales de transición, como sí hace el comunismo, que las desarrolla conscientemente con miras a una organización comunista, sino que por el contrario las considera como un programa definitivo, esta tendencia debe acabar necesariamente oponiéndose y luchando contra las masas; y eso es así porque, en primer lugar, no reduce completamente a la impotencia a los elementos burgueses, sino que les deja cierta posición de fuerza en la burocracia y, quizá, en el parlamento, donde pueden continuar llevando adelante la lucha de clases. La burguesía se esforzará en reforzar estas posiciones de fuerza, mientras que el proletariado, al no poder abatir de esta manera a la clase adversa, debe intentar realizar el verdadero sistema soviético como órgano de su dictadura. En esta lucha entre dos poderosos adversarios, será imposible la reconstrucción económica⁴. En segundo lugar, un tal gobierno de jefes de sindicatos

⁴ La falta de manifestación visible de violencia por parte de la burguesía en Inglaterra, despierta de vez en cuando la ilusión pacifista de que ya no sería necesaria una revolución violenta y de que se ocuparía de

no puede resolver los problemas planteados por la sociedad. Éstos no pueden ser resueltos más que por la iniciativa propia y por la actividad de una masa proletaria impulsada por una abnegación y un entusiasmo que únicamente el comunismo puede suscitar por su perspectiva de libertad completa y de extrema elevación espiritual y moral. Una tendencia que quiere suprimir la pobreza material y la explotación, pero que se limita a esto conscientemente y no toca en absoluto la superestructura burguesa, no sabe transformar al mismo tiempo todo el modo de ver, toda la ideología del proletariado, y no puede liberar esas poderosas energías de las masas; por eso será incapaz de resolver el problema material de la reconstrucción económica y eliminar el caos.

Al igual que el gobierno “puramente socialista”, el gobierno de los sindicatos intentará conservar y estabilizar el resultado momentáneo del proceso revolucionario, en un estadio, sin embargo, mucho más avanzado puesto que ya ha sido destruido el predominio de la burguesía y le ha sucedido cierto equilibrio entre las clases bajo la preponderancia del proletariado, por el hecho de que ya no puede conservarse toda la ganancia capitalista sino sólo su forma pequeño-capitalista menos chocante; porque ya no se tenderá hacia la restauración burguesa sino, seriamente, a la construcción socialista, aunque con medios insuficientes. Por tanto, este gobierno tiene el significado de ser el último refugio de la clase burguesa en el caso en que la burguesía, bajo el asalto de las masas, no pudiese ya mantenerse en la línea Scheidemann-Dittmann-Merrheim. Si no pudiese ya engañar al proletariado por medio de “trabajadores” en un gobierno burgués o socialista, podría aún desviar al proletariado de sus fines radicales extremos por medio de un “gobierno de las organizaciones obreras”, a fin de conservar así una parte de su posición privilegiada. El carácter de un tal gobierno

todo una formación construida partiendo de la base (como los shop-committees). Es cierto que el arma más poderosa de la burguesía inglesa hasta hoy ha sido no la violencia, sino el hábil engaño; pero si es necesario, esta clase, que domina a escala mundial, sabrá recurrir también a una gran violencia (nota de A.P.).

es contrarrevolucionario por cuanto intenta contener a mitad de camino el desarrollo necesario de la revolución, con vistas a destruir completamente el mundo burgués, con la vista puesta en el comunismo integral. Hacer propaganda de semejante tendencia es un acto contrarrevolucionario, porque intenta desviar al proletariado, por una fórmula bien tramada, de proseguir hacia sus fines más grandes y claros. Actualmente, la lucha de los comunistas puede parecer con frecuencia que es paralela a la de los sindicalistas radicales, pero sería una táctica nefasta no poner de relieve los contrastes flagrantes que hay en los principios y en los objetivos. Y estas consideraciones son importantes también con relación a la actitud que los comunistas deben tener frente a las asociaciones sindicales actuales: todo lo que contribuye a reforzar su compacidad y fuerza consolida esta potencia que, en el futuro, se atravesará en el camino del progreso de la revolución.

El comunismo, al llevar a cabo una lucha de principio enérgica contra estas formas políticas de transición, es el representante de las tendencias revolucionarias vivas del proletariado. La acción revolucionaria del proletariado, al romper el aparato burgués del poder y al abrir la vía a la dominación de la burocracia sindical, empuja inmediatamente las masas a la creación de sus propios órganos, los Consejos, los cuales minan enseguida por la base el mecanismo burocrático de los sindicatos. La organización del sistema de los Soviets representa al mismo tiempo la lucha del proletariado para sustituir la forma imperfecta de la dictadura por su forma perfecta. Pero teniendo en cuenta el trabajo intenso requerido por estos intentos incessantes de dar a la economía una “nueva organización”, una burocracia de dirigentes podrá conservar todavía durante mucho tiempo un gran poder, y la capacidad de las masas para desembarazarse de él sólo irá creciendo lentamente. Estas formas y fases diversas de la evolución no se suceden por orden, del modo abstractamente regular en que las exponemos lógicamente, una tras la otra, como expresión de los diversos estadios de madurez de la evolución. Sino que estas formas y fases se desarrollan una al lado de la otra, se mezclan y se entrecruzan co-

mo un caos de tendencias que se completan, se combaten y se neutralizan y cuya lucha contiene todo el desarrollo de la revolución. “Las revoluciones proletarias – decía ya Marx – se critican a sí mismas constantemente, interrumpen continuamente su propio curso, vuelven a lo que aparentemente ya era perfecto, para volver a comenzar; se burlan con una severidad radical de las medias medidas, de las debilidades y de las vacilaciones de sus primeros intentos; parecen abatir a sus enemigos sólo para que éstos puedan extraer de la tierra fuerzas nuevas y levantarse de nuevo, desmesuradas, contra ellas...”. Los poderes que surgen del proletariado como expresión de su fuerza todavía insuficiente deben ser sobrepasados en el proceso del desarrollo de esta fuerza, desarrollo por antagonismos y, por tanto, catastróficos, por medio de la lucha. Al principio hubo acción. Pero ésta no es más que el principio. Abatir una dominación requiere un solo momento de voluntad unitaria; pero sólo la unidad permanente – posible únicamente si se tiene una visión clara – puede hacer que la victoria se mantenga. Si no, sobreviene el retroceso, no como un retorno de los antiguos dueños, sino como un poder nuevo, bajo una forma nueva, con personas e ilusiones nuevas. Cada fase nueva de la revolución hace aparecer una capa nueva de dirigentes aún no utilizados, en tanto que representantes de formas determinadas de organización. Y la superación de esta capa significa, a su vez, un estadio más elevado en la auto-liberación del proletariado. La fuerza del proletariado no es la fuerza ciega de la acción momentánea, que expulsa al enemigo, sino el poder espiritual que remonta la sujeción espiritual antigua y, así, sabe conservar fuertemente agarrado lo que se conquistó en el impulso del asalto. El crecimiento de esta fuerza en el curso de las diversas etapas de avance y retroceso de la revolución es el crecimiento de la libertad del proletariado.

VIII

Mientras que en Europa occidental el capitalismo se descompone cada vez más, en Rusia, a pesar de las dificultades

enormes, la producción se organiza bajo un nuevo orden. La dominación del comunismo no significa que toda la producción se realice de modo comunista – esto no es posible más que después de un largo proceso evolutivo – sino que la clase obrera dirige la producción hacia el comunismo con una determinación consciente⁵. En ningún momento, tal evolución puede ir más allá de lo que permite el substrato técnico y social existente, y tiene que presentar formas de transición en las que aparecen restos del antiguo mundo burgués. Por lo que sabemos en Europa occidental sobre la situación rusa, esas formas se encuentran allí en acción.

Rusia es un gigantesco país de campesinos en el que la industria no se ha desarrollado como en Europa occidental hasta convertirse en una “manufactura” del mundo y hacer de la exportación y de la expansión una cuestión vital; se ha desarrollado justo lo suficiente como para permitir la formación de una clase industrial capaz, en tanto que clase evolucionada, de hacerse cargo de la dirección de la sociedad. La agricultura da ocupación a la masa del pueblo, y las grandes explotaciones modernas son allí una minoría, de gran interés, no obstante, para la evolución comunista. La parte principal está constituida por pequeñas explotaciones – no pequeñas empresas miserables y explotadas - sino empresas capaces de garantizar el bienestar a los campesinos y a las que el gobierno de los Soviets intenta ligar cada vez más al conjunto, por medio de suministros de materias auxiliares e instrumentos, al igual que a través de una enseñanza intensiva, cultural y técnica. Dicho esto, se comprende que esta forma de explotación produzca cierto espíritu individualista, extraño al comunismo, que en los campesinos ricos se convierte frecuentemente en un sentimiento hostil, netamente

⁵ La concepción del derrocamiento gradual del modo de producción que pretende eliminar progresivamente, a través de lentas reformas, el capitalismo y la explotación, se encuentra en oposición aguda con la concepción socialdemócrata. La supresión inmediata de toda ganancia del capital, y de toda explotación, por el proletariado victorioso es la condición primordial para que el modo de producción emprenda el camino del comunismo (nota de A.P.).

anticomunista. Sin duda alguna, la Entente ha especulado con esta circunstancia en sus proyectos de comercio con las cooperativas, a fin de suscitar un movimiento burgués de oposición, atrayendo a estos elementos al círculo de la avidez burguesa de ganancia. Pero el miedo a la reacción feudal, actuando como un poderoso interés, les une al gobierno actual. Tales intentos están destinados al fracaso y, si se hunde el imperialismo de Europa occidental, este peligro desaparecerá totalmente.

La industria es una producción donde no hay explotación, regulada en su mayor parte de modo centralizado; es el corazón de la organización nueva, y la dirección del Estado se basa en el proletariado industrial. Pero incluso esta producción se encuentra en un período de transición; los funcionarios técnicos y administrativos ejercen, en la fábrica y en el Estado, un poder más grande que el compatible con un comunismo en desarrollo. La necesidad de acrecentar rápidamente la producción y, más aún, la necesidad de crear un buen ejército contra los asaltos de la reacción, constriñe a poner remedio, en un tiempo muy acelerado, a la escasez de fuerzas dirigentes; la amenaza del hambre y los asaltos enemigos no permitieron volcar todas las fuerzas en la elevación, a un ritmo más lento, de la capacidad general y del desarrollo de todos como base de una comunidad (Gemeinwesen) comunista. De manera que de los nuevos jefes y funcionarios ha tenido que salir una burocracia nueva que absorbe en sí los restos de la antigua y cuya existencia es considerada a veces con preocupación como un peligro para el orden nuevo. Este peligro sólo puede ser alejado por un profundo desarrollo de las masas, y se pone atención en ello con un celo inflamado, pero la base duradera de tal desarrollo sólo puede estar constituida por la abundancia comunista, gracias a la cual el hombre deja de ser esclavo de su trabajo. Únicamente la abundancia crea la condición material de la igualdad y de la libertad; mientras la lucha contra la naturaleza y contra las potencias del capital es aún una lucha enconada, seguirá siendo necesaria una especialización excesiva.

Según nuestro análisis, es notable que el curso diferente de la evolución en Europa occidental – donde la prevemos sólo

en el desarrollo ulterior de la revolución – y en Rusia engendre la misma estructura político-económica: una industria organizada de modo comunista en la que los consejos obreros constituyen el elemento de la administración autónoma, bajo la dirección técnica y la dominación política de una burocracia obrera; mientras que, al mismo tiempo, en las numerosas explotaciones pequeñas y medianas, la agricultura conserva un carácter individualista y pequeño-burgués. Sin embargo, esta coincidencia no es extraña puesto que una estructura social semejante no está determinada por la historia política pasada, sino por las condiciones técnico-económicas fundamentales –el grado de desarrollo de la técnica industrial y agrícola, al igual que la cultura de las masas– que son idénticas en un lugar y en otro⁶. Pero al lado de esta coincidencia, hay también una gran diferencia de significación del objetivo. En Europa occidental, esta estructura político-económica constituye un estado de transición en el que la burguesía intenta, en última instancia, detener su ruina, mientras que en Rusia se intenta conscientemente dirigir la evolución hacia el comunismo. En Europa occidental, esta estructura constituye una fase de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía; en Rusia, una fase de la nueva organización económica. Bajo formas externas idénticas, Europa occidental se encuentra en la línea descendente de una civilización moribunda; Rusia, en el movimiento ascendente de una civilización nueva.

Cuando la revolución rusa era todavía joven y débil y esperaba su salvación del estallido rápido de la revolución europea, predominaba otra concepción sobre su importancia. Se decía entonces: Rusia no es más que una avanzadilla de la revolución en la que, por un venturoso azar de circunstancias, el proletariado ha podido adueñarse del poder tan rápidamente, pero este proletariado es débil e inculto y casi desaparece entre la masa infinita de campesinos. El proletariado de la Rusia atrasada económicamente no puede marchar en cabeza más que

⁶ Se encuentra un ejemplo conocido de un tal desarrollo convergente en la estructura social al final de la Antigüedad y en el comienzo de la Edad Media (ver Engels, “El origen de la familia, etc.”, capítulo VIII) (nota de A.P.).

temporalmente; pero desde el momento en que las masas enormes del proletariado de Europa occidental se hayan levantado, con sus conocimientos y su preparación cultural, con su instrucción técnica y organizativa, y hayan tomado el poder en países industriales más desarrollados, de civilización antigua y rica, entonces se asistirá al florecimiento del comunismo, a cuyo lado el meritorio comienzo ruso parecerá débil y pobre. Allí donde el capitalismo despliega su mayor fuerza: en Inglaterra, en América, en Alemania, y allí donde ha preparado el nuevo modo de producción, allí se encuentra el núcleo y la fuerza del nuevo mundo comunista.

Este modo de ver no tenía en cuenta las dificultades de la revolución en Europa occidental. Allí donde el proletariado no alcanza sino lentamente una dominación sólida, y donde la burguesía sabe reconquistar aquí y allá el poder, o una parte del poder, no se llega a una organización de la economía. Una reconstrucción capitalista es imposible. Cada vez que la burguesía tiene las manos libres, crea un nuevo caos y destruye los fundamentos que habrían podido servir para construir una producción comunista. Por la reacción sanguinaria y la devastación, continúa impidiendo la consolidación del orden proletario nuevo. Esto se produjo también en Rusia: la destrucción de las instalaciones industriales y mineras en los Urales y en el Donetz por Kolchak y Denikin, al igual que, y sobre todo, la necesidad de emplear en la lucha contra ellos a los mejores trabajadores y la parte principal de la fuerza productiva, ha quebrantado profundamente la economía. Ha dañado gravemente y arrasado el edificio comunista, y aun cuando la reanudación de las relaciones comerciales con América y Europa occidental puede provocar un fuerte y nuevo desarrollo, será necesaria la mayor y más heroica abnegación de las masas de Rusia para reparar completamente los estragos. Pero – y ahí está la diferencia – en Rusia la república de los Soviets permanece firme y sólida como centro organizado de una fuerza comunista que había adquirido ya una gran solidez interna. Se destruirá y se matará otro tanto en Europa occidental, y aquí también serán aniquiladas en la lucha las mejores fuerzas del proletariado. Pero aquí falta la fuente de

una fuerza constituida por un gran Estado soviético organizado ya sólidamente. En la devastadora guerra civil, las clases se agotan recíprocamente, y mientras no pueda llevarse a cabo la reconstrucción, el caos y la miseria reinarán. Así ocurrirá en los países donde el proletariado no haya visto su tarea claramente y con una voluntad unitaria, en los países donde las tradiciones burguesas debilitan y dividen a los trabajadores, ensombrecen su vida y envilecen sus corazones. Se necesitarán años antes de que en los países capitalistas antiguos la influencia apesada y paralizante de la civilización burguesa sobre el proletariado sea superada. Y, mientras tanto, la producción seguirá estancada y el país se convertirá en un desierto económico.

Al mismo tiempo que Europa occidental sale penosamente de su pasado burgués y se estanca económicamente, en Oriente, en Rusia, la economía arranca en el orden comunista. Lo que distinguía a los países de capitalismo evolucionado del Oriente rezagado era la posesión inmensa de medios de producción materiales y espirituales: una densa red de vías férreas, de fábricas, de barcos, una población densa e instruida técnicamente. Pero en la catástrofe del capitalismo, durante la larga guerra civil, en el período de marasmo, cuando se produce demasiado poco, esta posesión se pierde, consumida o destruida. Las fuerzas productivas indestructibles, la ciencia, las capacidades técnicas, no están ligadas a estos países; sus representantes encuentran una nueva patria en Rusia donde, a través del comercio, aún podrá encontrar refugio una parte de la riqueza material y técnica de Europa. El acuerdo comercial de la Rusia de los Soviets con Europa occidental, si se realiza seria y poderosamente, tiende a reforzar esta posición porque promueve la reconstrucción económica de Rusia, mientras que en Europa occidental la catástrofe es diferida, la ruina es contenida. Esto da al capitalismo un momento de respiro y paraliza la fuerza de acción revolucionaria de las masas, no se sabe por cuánto tiempo ni en qué medida. Esto se manifestará políticamente en la apariencia de estabilidad, que podrá revestir una forma de gobierno burgués o una de las otras formas descritas más arriba y, al mismo tiempo, por el dominio del oportunismo en el movi-

miento comunista; los partidos comunistas de Europa occidental tomarán una posición legal, reconociendo los viejos métodos de lucha, participando en el trabajo parlamentario y en la oposición leal en los viejos sindicatos, como ya hizo la socialdemocracia y, frente a esto, la corriente sindical, revolucionaria, será reducida a la minoría. Pero un verdadero resurgir del capitalismo es totalmente inverosímil; el interés privado de los capitalistas que comercian con Rusia se preocupará poco de la economía general y, en busca de la ganancia, enviará a Rusia elementos fundamentales de producción, y el proletariado no podrá ser sometido de nuevo. Así la crisis se irá arrastrando; una mejora duradera es posible y se verá siempre frenada; el proceso de la revolución y de la guerra civil es diferido y alejado, la dominación completa del comunismo y el comienzo de un nuevo desarrollo es aplazado a un futuro lejano. Durante este tiempo, en Oriente, la economía se pone en pie por un desarrollo vigoroso y sin trabas, abre vías nuevas apoyándose en una ciencia de la Naturaleza más elevada – que Occidente no sabe utilizar – unida a la ciencia nueva de la sociedad, por la conquista reciente del poder de las fuerzas sociales por la humanidad. Y estas fuerzas, centuplicadas por las energías nuevas surgidas de la libertad y de la igualdad, harán de Rusia el centro del nuevo orden comunista mundial.

Ciertamente, no será la primera vez en la historia, en el paso a una forma nueva de producción – o en una de sus fases – que el centro del mundo se desplaza a otras regiones del mundo. En la Antigüedad, esto comenzó en Asia Menor hacia la Europa del Sur; en la Edad Media, de la Europa meridional hacia la Europa occidental; con la llegada del capital colonial y comercial, España se convirtió en el país dirigente, después Holanda e Inglaterra; con el advenimiento de la industria, le llegó la vez a Inglaterra. Las causas de estas migraciones deben ser comprendidas desde un punto de vista general; allí donde las formas económicas anteriores han alcanzado el desarrollo más grande, las fuerzas materiales y espirituales, las instituciones político-jurídicas que garantizan la existencia de estas formas y son necesarias para su despliegue completo, se han solidificado hasta

tal punto que representan un obstáculo casi insuperable para la evolución de nuevas formas. Así, al final de la Antigüedad, la institución de la esclavitud se convirtió en un obstáculo para el desarrollo de la organización feudal; así, los estatutos gremiales actuaron de tal forma en las grandes y ricas ciudades medievales, que la manufactura capitalista posterior sólo pudo desarrollarse en otros lugares, que hasta entonces no eran importantes; así, la organización política del absolutismo francés que, bajo Colbert, impulsaba la industria, más tarde, en el siglo 18º, impidió la introducción de la nueva gran industria, que hizo de Inglaterra un país industrial. En la naturaleza orgánica hay también una ley equivalente que, en oposición a la “supervivencia” darwiniana del “más apto”, podría llamarse “survival of the unfitted”, “supervivencia del no-apto”. Cuando un tipo de animal – los saurios de la era secundaria, por ejemplo – se ha especializado y diferenciado en una riqueza de formas que están plenamente adaptadas a las condiciones de vida de la época, entonces se ha hecho incapaz de evolucionar hacia un tipo nuevo: todas las aptitudes y posibilidades de evolución se pierden y ya no se vuelven a encontrar. La formación de un tipo nuevo proviene de formas primitivas originales que, al estar indiferenciadas, han conservado todas las posibilidades de evolución y desaparece la incapacidad de adaptación del tipo antiguo. El fenómeno del que la ciencia burguesa se desembaraza imaginando un “agotamiento de la fuerza vital” de una nación o de una raza, debe ser considerado como caso particular de esta ley orgánica que hace pasar continuamente, en el transcurso de la historia de la humanidad, la dirección de la evolución económica, política, cultural, de un pueblo, o de un país, a otro.

Ahora podemos columbrar las razones por las que el predominio de Europa occidental y América – que la burguesía atribuye gustosamente a una superioridad intelectual y moral de su raza – se hace evanescente, y a qué lugares es previsible que emigre. Países nuevos en los que las masas no están intoxicadas por los humos de la concepción burguesa del mundo, en los que un comienzo de desarrollo industrial arrancó los espíritus de la inercia antigua y despertó un sentimiento comunista de la colec-

tividad; en los que existen las materias primas que permiten acoplar la técnica más elevada, heredada del capitalismo, a una renovación de las formas productivas tradicionales; en los que la presión ejercida desde arriba es lo suficientemente fuerte como para empujar a la lucha y a la formación de virtudes combativas, pero donde una burguesía preponderante no pueda ya impedir esta renovación: estos países serán los centros del nuevo mundo comunista. Rusia, que, con Siberia, forma por sí sola una parte del mundo, está ya en primera línea. Pero las mismas condiciones existen también, más o menos, en otros países de Oriente: India, China. Aun cuando haya otras causas de inmadurez, estos países no deben ser olvidados cuando se considera la revolución comunista mundial.

La revolución mundial no puede ser percibida en toda su importancia universal si se la considera únicamente desde el punto de vista de Europa occidental. Rusia no es sólo la parte oriental de Europa, sino también, en mayor medida, la parte occidental de Asia, y no sólo en el aspecto geográfico, sino también en el aspecto económico. La antigua Rusia tenía pocas cosas en común con Europa; era la parte situada más a Occidente entre las formaciones político-económicas que Marx calificaba de “despotismo oriental” y a las que pertenecen todos los gigantescos imperios asiáticos antiguos y nuevos. En el interior de estos países, sobre la base de la comunidad rural, de un campesinado, por así decir, uniforme en todas partes, se erigía un poder ilimitado de la nobleza y de los príncipes, apoyado en un tráfico comercial relativamente restringido, aunque importante y con un pequeño artesanado. El capital europeo ha penetrado en cada parte de este sistema de producción que se reproducía siempre de la misma manera en el transcurso de los siglos a pesar de los cambios de poder en la superficie. Lo ha disuelto, sometido, explotado, empobrecido, a través del comercio, del avasallamiento y del pillaje directo, explotando sus riquezas naturales, construyendo vías férreas y fábricas, concediendo empréstitos de Estado a los príncipes, exportando productos alimenticios y materias primas, es decir, por medio de lo que se entiende bajo la denominación de política colonial. Mientras

que la India, con sus riquezas inmensas, fue, ya tempranamente, conquistada, saqueada y proletarizada e industrializada, los otros países sólo cayeron más tarde en las redes del capital financiero gracias a la política colonial moderna. De igual modo, Rusia, aunque desde 1700 apareció exteriormente como una potencia europea, se convirtió en una colonia del capital europeo; gracias a sus relaciones guerreras inmediatas con Europa, emprendió antes y más rápidamente el camino por el que más tarde la seguirían Persia y China. Antes de la última guerra, el 70% de la industria siderúrgica, el 90% de la producción de platino, el 75% de la industria del petróleo, se encontraban en manos de los capitalistas europeos que, además, a través de las enormes deudas de Estado del zarismo, explotaban a los campesinos rusos hasta los límites del hambre. Mientras que la clase obrera trabajaba en Rusia en condiciones parecidas a las de la clase obrera de Europa, lo que permitió una comunidad de ideas revolucionarias marxistas, Rusia era, por su situación económica compleja, el más occidental de los imperios asiáticos.

La revolución rusa es el comienzo de la gran revuelta de Asia contra el capital europeo occidental concentrado en Inglaterra. Aquí normalmente se considera su influencia sobre Europa occidental, donde los revolucionarios rusos se han convertido, por su alta formación teórica, en los maestros del proletariado en rebelión para acceder al comunismo. Pero tan importante es su acción sobre Oriente. De hecho, las cuestiones asiáticas dominan casi más la política de la república de los soviets que las cuestiones europeas. Desde Moscú, a donde llegan las delegaciones de las razas asiáticas una tras otra, es lanzado, a través de toda Asia⁷, el grito de libertad y de autodeterminación

⁷ Aquí se encuentra el fundamento de la posición de Lenin en 1916, en la época de Zimmerwald, en oposición a la de Radek que defendía el punto de vista de los comunistas de Europa occidental. Estos últimos insistían en el hecho de que la solución del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos – que predicaban los socialdemócratas, al igual que Wilson – era solamente un engaño para el pueblo porque este derecho, bajo el imperialismo, sólo es una apariencia, una mentira, y por eso se debía combatir esa solución. Lenin vio en este punto de

de todos los pueblos; el llamamiento a la lucha contra el capital europeo. A partir de la república soviética turania se establecen lazos entre la India y los países musulmanes; en el sur de China, los revolucionarios intentan imitar la constitución de soviets; el movimiento panislámico bajo dirección turca, y que va creciendo en el Próximo Oriente, intenta apoyarse en Rusia. Aquí está el contenido esencial del combate mundial entre Rusia e Inglaterra, protagonistas de dos sistemas de sociedad. Esta lucha no puede, a pesar de pausas provisionales, acabar en una paz real, porque el proceso de fermentación se amplía cada vez más en Asia. Los políticos ingleses que miran un poco más lejos que el pequeño burgués demagogo Lloyd Georges, ven muy bien el peligro que amenaza la dominación mundial de Inglaterra y, por ahí mismo, a todo el capitalismo. Dicen, con toda razón, que Rusia es más peligrosa que jamás lo fue Alemania. Pero no pueden afirmarlo enérgicamente porque el movimiento revolucionario que comienza a agitar al proletariado inglés no consiente siquiera otro gobierno que el de la demagogia pequeño-burguesa.

Los asuntos de Asia son los propios asuntos de la humanidad. En Rusia, en China, en la India, en la llanura ruso-siberiana, en los fértiles valles del Ganges y del Yant-Tse-Kiang, viven 800 millones de hombres, más de la mitad de la población de la Tierra, casi tres veces más que en los países capitalistas de Europa. Dejando aparte Rusia, se presentan, ante todo, como gérmenes de revueltas: de un lado, poderosos movimientos de huelga susceptibles de inflamarse allí donde los proletarios industriales están establecidos, como Bombay y Hangkeu, por ejemplo; por otro, movimientos nacionales que acceden difícilmente a una comprensión nacional. En la medida en que las poco abundantes noticias de prensa inglesa, pasablemente silenciosa, permiten afirmarlo, la guerra mundial ha reforzado los movimientos nacionales, reprimidos enseguida vio-

vista la tendencia de los socialistas de Europa occidental a rehuir la guerra de liberación nacional de los pueblos asiáticos; el medio a través del cual podrían sustraerse a la lucha radical contra la política colonial de su gobierno (nota de A.P.).

lentamente, al tiempo que la industria se encuentra en un auge repentino tan poderoso que el oro fluye en masa de América hacia el Extremo Oriente. Cuando la ola de la crisis alcance a estos países – Japón parece tocado ya - habrá que contar con un nuevo combate. Hay que plantear la cuestión de saber si se debe apoyar los movimientos puramente nacionalistas que intentan llegar a un gobierno nacional capitalista, teniendo en cuenta que se comportan como enemigos frente al movimiento de liberación propiamente proletario. Pero es probable que el desarrollo no tome este camino. Es cierto que la comprensión creciente de la burguesía indígena está orientada hacia el nacionalismo europeo y que propaga la idea de un gobierno nacional burgués sobre el modelo europeo occidental. Pero con la ruina de Europa, este ideal palidece y sin ninguna duda pasará bajo la fuerte influencia espiritual del bolchevismo ruso. Por ahí, se encontrará el medio de fundirlo en el movimiento de huelga y en el movimiento insurreccional del proletariado. Así, el movimiento de liberación nacional de Asia quizá acepte más rápidamente de lo que se podía esperar hasta ahora, según las apariencias, el sólido terreno material de una lucha de clase de los obreros y de los campesinos contra la opresión bárbara del capital mundial, el de un pensamiento mundial y de un programa comunista.

Al igual que en Rusia, no es un obstáculo que estos pueblos sean campesinos en su mayoría. Las comunidades (Gemeinwesen) comunistas no consisten en una multitud compacta de ciudades industriales. La agricultura deberá ocupar un gran lugar en ellas pues aquí deja de existir la separación capitalista entre regiones industriales y regiones agrícolas. Ante todo, el predominio del carácter agrícola hará la revolución más difícil porque la disposición espiritual es más difícil en este caso. Sin duda será necesario un largo período de subversión espiritual y política en estos países. En ellos, las dificultades son muy distintas que en Europa: menos activas que pasivas. Residen menos en la fuerza que habrá que oponer, que en la lentitud del despertar a la actividad, no en remontar el caos interior como en la formación de una fuerza homogénea para expulsar al explotador extranjero. No tomaremos aquí en consideración las dife-

rencias específicas de estas dificultades: dispersión religiosa y nacional en la India, carácter pequeño-burgués en China. De cualquier modo que se desarrollen las formas políticas y económicas, el problema principal que se debe resolver primero es la destrucción de la dominación del capital euro-americano.

La lucha difícil para la destrucción del capitalismo es la tarea común que tienen que realizar los trabajadores de Europa occidental y de Estados Unidos de América, pero codo con codo con millones de asiáticos. Si la revolución alemana toma un giro decisivo y se une a Rusia, si las masas revolucionarias combatientes irrumpen en Inglaterra y en América, si la revolución se pone en movimiento en la India, si el comunismo desplaza sus fronteras hasta el Rin y el Océano Índico, la revolución mundial entrará entonces en su fase más cercana y poderosa. Con sus vasallos de la Sociedad de Naciones y sus aliados japoneses y americanos, la dominación mundial de la burguesía, atacada desde el interior y desde el exterior, su potencia mundial amenazada por la guerra de liberación nacional, paralizada en el interior por la huelga y la guerra civil, se verá obligada a poner en pie ejércitos de mercenarios contra sus dos enemigos. Si la clase obrera inglesa, apoyada por el proletariado europeo, ataca a su burguesía, lucha por el comunismo de dos maneras: despejando el camino para éste en Inglaterra y ayudando a Asia a liberarse. Inversamente, podrá contar con el apoyo de la principal potencia comunista cuando los mercenarios armados de la burguesía intenten ahogar su lucha en la sangre; pues Europa y la isla que la precede no son más que una mitad del territorio que es prolongación del complejo territorial ruso-asiático.

El combate común contra el capital unificará las masas proletarias de todo el mundo. Y cuando los trabajadores europeos, profundamente agotados, se encuentren, finalmente, al cabo del duro combate, en la clara luz matinal de la libertad, saludarán en Oriente a los pueblos liberados de Asia y se darán la mano, en Moscú, la capital de la humanidad nueva⁸.

⁸ Este artículo fue publicado en **Kommunismus**, órgano teórico de la I.C. para Europa del Sureste, el 1-8-1920. En **II Soviet** nº 22-23-25-26-27-28-29-30-31-32 y 33 apareció una traducción incompleta. Esta-

ba precedida por una nota irónica e impertinente que, a priori, no hay ninguna razón para no atribuirle a Bordiga mismo, y que no figurará, evidentemente, ni en el tomo 2 de la Historia de la Izquierda Comunista ni en el lamentable texto (que, sin embargo, contiene afirmaciones notables y esclarecedoras, por ejemplo, sobre la naturaleza y la función del partido según Bordiga) de 1960 sobre el opúsculo, que sin duda hay que calificar de infame, de Lenin sobre “la enfermedad infantil del comunismo”. He aquí esta nota:

“Como se sabe, el camarada Lenin, en su admirable actividad, ha encontrado últimamente tiempo para dedicarse, en un opúsculo especial escrito en la víspera del Congreso de Moscú, al movimiento radical dentro del comunismo internacional, definiéndolo como enfermedad infantil del comunismo. En este opúsculo son puestos de relieve especialmente nuestro infantilismo y el de nuestro periódico; y, tras las azotainas del padre, nos hemos resignado a soportar pacientemente las puyas de los queridos hermanos de nuestra casa que no nos faltarán.

*Pero de la misma manera que a los niños impertinentes a los que se ha castigado no les falta nunca un tío protector que los consuele con alguna golosina, he aquí que a nosotros también nos ha llegado una golosina en forma de un largo artículo – que será editado también en opúsculo – publicado con el título indicado más arriba, del camarada Anton Pannekoek, en el número 28-29 de **Kommunismus**.*

Creemos oportuno recordar que Pannekoek afirmó netamente desde 1912, antes que Lenin, lo que se ha convertido en el punto de referencia del comunismo internacional: la destrucción del Estado democrático-parlamentario como primera tarea de la revolución proletaria. Recordaremos también que un testigo competente y poco sospechoso, Karl Radek, ha definido a Pannekoek como “el espíritu más claro del socialismo occidental”.

Desgraciadamente, la traducción del texto de Pannekoek no fue publicada de modo completo en **Il Soviet**, y las circunstancias curiosas de esta no-publicación no dejan de ser interesantes. La última parte traducida fue publicada, en efecto, en el número 1, fechado el 6 de enero de 1921, todavía titulado **Il Soviet, órgano de la fracción comunista abstencionista del Partido Socialista Italiano**; pero después de la fundación del Partido Comunista de Italia en Liorna, aparece otro número 1 el 6 de febrero de 1921 (punto de partida de una nueva numeración) bajo el título **Il Soviet, órgano del Partido Comunista de Italia** y con grandes caracteres “el Partido Comunista de Italia se

ha constituido! El proletariado italiano tiene el instrumento de su liberación”, pero sin la continuación del texto de Pannekoek, sacrificado, sin duda, sin ninguna explicación al lector, para complacer a los dirigentes bolcheviques y a la Internacional Comunista, ¡lo mismo que se había aceptado, de modo semejante, hacer desaparecer toda referencia al abstencionismo!

En una versión aparecida también en 1920 en Austria, este texto de Pannekoek comporta un post scriptum; helo aquí:

Post scriptum

“Las ideas desarrolladas más arriba fueron escritas en abril y enviadas enseguida a Rusia para que, si era posible, pudiesen servir de material a las decisiones tácticas del Comité Ejecutivo y del Congreso. Mientras tanto, la situación ha cambiado allí de tal manera que el Comité Ejecutivo de Moscú y los camaradas dirigentes en Rusia se han colocado enteramente del lado del oportunismo, de suerte que han dado a esta tendencia la preponderancia en el segundo Congreso de la Internacional Comunista. Esta política apareció primero en Alemania por la voluntad de Radek de imponer a los comunistas alemanes, por todos los medios intelectuales y materiales de que disponía gracias a la dirección del KPD, su táctica del parlamentarismo y del apoyo a los sindicatos centralizados, táctica que dividió y debilitó al movimiento comunista. Después que Radek ha sido nombrado secretario del Comité Ejecutivo, esta política se ha convertido en la política de todo el Comité Ejecutivo. Los intentos, vanos hasta entonces, de hacer que los Independientes alemanes se adhiriesen a Moscú, se prosiguieron con insistencia; por el contrario, los comunistas antiparlamentarios del KAPD, que, como nadie puede dudar, pertenecen naturalmente a la I.C., fueron tratados con frialdad; se ha dicho que se habrían opuesto a la Tercera Internacional en todas las cuestiones importantes y que no podrían ser tolerados en ella más que bajo condiciones particulares. El Buró de Ámsterdam, que ella había admitido y tratado como su equivalente, ha sido cesado. Se discutió de adhesión con los delegados del centro del P.S. francés. Lenin explicó a los comunistas ingleses que no sólo debían participar en las elecciones parlamentarias, sino que también debían unirse al “Labour Party” – ese agrupamiento político de la mayoría de los dirigentes sindicales reaccionarios – que pertenece a la Segunda Internacional. En todas estas tomas de posición, lo que se manifiesta es la aspiración de los camaradas dirigentes rusos a establecer una alianza con las grandes organizaciones obreras de Europa Occidental que no son todavía comunistas. Mientras

que los comunistas de izquierda ponen en obra una política destinada a hacer a las masas obreras más conscientes y revolucionarias a través de la lucha de principios más encarnizada contra las tendencias burguesas, social-patriotas e indecisas, y contra sus representantes, la dirección de la Internacional intenta conseguir que se adhieran masivamente a Moscú, sin que para ello sea necesario que cambien completamente sus concepciones fundamentales.

Lo que resalta del folleto de Lenin que acaba de aparecer, “La enfermedad infantil del comunismo (el ‘izquierdismo’)”, es exactamente lo contrario de lo que los bolcheviques rusos, en otros tiempos maestros de la táctica de izquierda por sus acciones, aconsejaron a los comunistas de izquierda de Europa Occidental. Su importancia no reside en su contenido, sino en la persona de su autor. En efecto, sus argumentos no proponen prácticamente nada nuevo; en su mayoría son los mismos que ya han sido utilizados también por otros; pero lo llamativo es que hoy son utilizados por Lenin. Por eso, no se trata de combatirlos – sus defectos descansan en su mayoría en que se pone en el mismo plano las condiciones, los partidos, las organizaciones, la práctica parlamentaria, etc., de Europa Occidental y las de Rusia – u oponerles otros argumentos, sino de comprender que aquí aparecen como emanación de una política determinada.

Se puede descubrir sin dificultad el fundamento de esta política en las necesidades de la República de los Soviets. Mientras que los esfuerzos para la guerra paralizaban el desarrollo vigoroso de la producción, los levantamientos reaccionarios de Kolchak y Denikin destruyeron las bases de la siderurgia rusa. Para su reconstrucción económica, Rusia tiene una necesidad apremiante de máquinas, de locomotoras, de herramientas que únicamente puede entregarle la industria que ha quedado intacta en los países capitalistas. Para esto le son necesarias relaciones comerciales pacíficas con el resto del mundo, y más precisamente con los países de la Entente, los cuales, recíprocamente, dependen de las materias primas y de los productos alimenticios de Rusia si quieren impedir el hundimiento de su

capitalismo. Por tanto, la República soviética rusa debe – obligada como está por la lentitud del desarrollo revolucionario en Europa Occidental – buscar un modus vivendi con el mundo capitalista, ceder una parte de sus riquezas naturales para poder comprar, y renunciar a alentar directamente la revolución en otros países. No hay nada que objetar a este acuerdo, que es reconocido como una necesidad por ambas partes; pero no sería sorprendente si este sentimiento de necesidad, y el comienzo de la puesta en práctica de un acuerdo con el mundo burgués, originasen una predisposición intelectual a la moderación en las maneras de ver. La Tercera Internacional, en tanto que unión de los partidos comunistas que prepara la revolución proletaria en todos los países, debería permanecer formalmente fuera de la política gubernamental de la República rusa y realizar sus misiones de modo completamente independiente de ella. Pero, en la realidad, esta separación no existe. De igual manera que el PC constituye la columna vertebral de la República soviética, el Comité Ejecutivo, por la persona de sus miembros, está unido del modo más estrecho a los órganos de dirección de la República de los Soviets y constituye así un instrumento gracias al cual estos órganos dirigentes intervienen en la política europeo-occidental. Por tanto, es completamente comprensible que la táctica de la Tercera Internacional – cuando esta táctica es determinada unitariamente y dirigida centralmente para todos los países capitalistas por un congreso – esté influenciada no sólo por las necesidades de la propaganda comunista en sus países, sino también por las necesidades políticas de la Rusia de los Soviets.

Así pues, las potencias mundiales enemigas, las del capital y el trabajo, Inglaterra y Rusia, necesitan ambas intercambiar de manera pacífica mercancías para reconstruir su economía. Pero estas necesidades directamente económicas no son lo único que determina su política; hay también la profunda contradicción económica entre burguesía y proletariado, la cuestión del futuro que se manifiesta en que poderosos grupos capitalistas intentan impedir todo acuerdo por su hostilidad de principio efectiva. El gobierno soviético sabe que no puede contar con la

comprensión de Lloyd Georges y la necesidad de paz de Inglaterra, pues éstas son la consecuencia inevitable de la fuerza invencible del Ejército Rojo, por un lado y, por el otro, de la presión que los trabajadores y los marinos ingleses ejerzan sobre su gobierno. Sabe que la amenaza del proletariado de la Entente representa una de sus armas más importantes para paralizar los gobiernos imperialistas y obligarlos a negociar. Por eso debe fortalecer lo más posible este arma. Para eso, lo que necesita no es un partido comunista de izquierda que prepare una revolución radical para el futuro, sino una gran fuerza proletaria organizada que intervenga a favor de Rusia y a la que su propio gobierno tenga que tener en cuenta. En lo inmediato, necesita masas más importantes, incluso si no son totalmente comunistas. Si las gana para sí, entonces su adhesión a Moscú es una señal para el capital mundial de que ya no es posible la guerra a ultranza contra Rusia y de que, por consiguiente, son ineluctables la paz y las relaciones comerciales.

Por esta razón se debe defender en Moscú una táctica comunista para Europa Occidental que no contradiga demasiado violentamente las concepciones y los métodos tradicionales de las grandes masas obreras organizadas, que son determinantes. De la misma manera, habría que intentar reemplazar lo más rápidamente posible en Alemania el gobierno de Ebert, que se ha dejado utilizar como un instrumento de la Entente contra Rusia, por un gobierno orientado al Este; y sólo porque el PC, en cuanto tal, era demasiado débil, era posible servirse de los Independientes. Una revolución en Alemania habría reforzado enormemente la posición de la Rusia soviética frente a la Entente. Sin embargo, una tal revolución, en su desarrollo más amplio, podría llegar a ser incómoda para la política de paz y de acuerdo con la Entente, dado que una revolución proletaria radical equivaldría a romper el tratado de Versalles y a reanudar la guerra; los comunistas de Hamburgo tenían la intención de prepararse activamente por adelantado para esta guerra. Después de esto, Rusia sería arrastrada también a la guerra y, aunque su potencia exterior se acrecentaría por este hecho, su reconstrucción económica y la eliminación de su miseria serían

remitidas a un futuro más lejano. Es posible prevenir estas consecuencias, pero a condición de que la revolución alemana sea contenida dentro de ciertos límites, de manera que aumentaría fuertemente el poder de los gobiernos obreros coaligados contra el capital de la Entente, sin que esto les obligase, no obstante, a entablar de manera imperiosa una guerra inmediata. Lo que se necesitaría para esto no es la táctica de izquierda del KAPD, sino un gobierno de los Independientes, del KPD y de los sindicatos bajo la forma de una organización de consejos según el modelo ruso.

Pero esta política tiene perspectivas más amplias todavía que la simple obtención de una posición más favorable para negociaciones inmediatas con la Entente. Su objetivo es la revolución mundial; pero es evidente que el carácter particular de esta política debe corresponder también a una concepción particular de la revolución mundial. La revolución, que actualmente avanza por el mundo, que pronto cubrirá a Europa central y después a Europa occidental, es impulsada por el hundimiento económico del capitalismo; si el capital no logra provocar un desarrollo de la producción, las masas deberán recurrir a la revolución si no quieren perecer sin hacer nada. Pero, al tiempo que necesitan hacer la revolución, las grandes masas se encuentran todavía en la dependencia intelectual de las antiguas concepciones, de las antiguas organizaciones y de los antiguos jefes, y son éstos en primer lugar los que se adueñarán de su fuerza. Por esta razón hay que establecer la diferencia entre la revolución aparente, que destruye el poder de la burguesía y hace imposible el capitalismo, y la revolución comunista que se realiza durante un largo proceso, que transforma las masas en su fuero interno, y en la cual la clase obrera, liberándose de todas sus cadenas, toma firmemente en sus manos la construcción del comunismo. Es deber del comunismo desenmascarar las fuerzas y las tendencias que quieren detener la revolución a mitad de camino, indicar a las masas la vía de esta revolución y, librando la lucha más encarnizada por sus objetivos lejanos, por su pleno poder, despertar en este proletariado la fuerza que le permitirá llevar la revolución más lejos. No puede hacer esto más que si

desde ahora libra este combate contra las tendencias de los jefes, las cuales frenan el proceso, y contra el poder de los jefes. El oportunismo quiere asociarse con ellos y participar en el nuevo poder; cree poder conducirlos por la vía del comunismo, pero de hecho son ellos los que lo comprometen. Al declarar que esta táctica es la táctica comunista oficial, la Tercera Internacional pone el sello de la “revolución comunista” a la toma del poder por las organizaciones que han llegado a él y por sus jefes, consolida el poder de estos jefes, y hace más difícil la continuación de la revolución.

Desde el punto de vista de la salvaguarda de la Rusia soviética, esta concepción del objetivo de la revolución mundial es, sin ninguna duda, inatacable. Si en los otros países de Europa hay un sistema político similar al que existe en Rusia: poder de una burocracia obrera que se apoya en la base de un sistema de consejos, entonces el poder del imperialismo mundial es vencido y derrocado, al menos en Europa. Rusia, rodeada de repúblicas obreras ligadas con ella por la amistad, puede entonces, sin temor a una guerra de agresión reaccionaria, poner en obra tranquilamente la edificación económica del comunismo. Se comprende, pues, que lo que nosotros consideramos como una forma de transición temporal, insuficiente, que hay que combatir con todas nuestras fuerzas, es para Moscú la realización de la revolución proletaria, el objetivo de la política comunista.

De ello se derivan igualmente consideraciones críticas que, desde el punto de vista del comunismo, se pueden emitir contra esta política. Residen sobre todo en el efecto intelectual retroactivo que tiene sobre Rusia misma. Si la capa dominante en Rusia fraterniza con la burocracia obrera europeo-occidental – que está corrompida por su situación, por su oposición a las masas, por su asimilación al mundo burgués – y se apropia su espíritu, puede perderse la fuerza que Rusia debe continuar ejerciendo por el camino de la revolución; si se apoya en el campesinado propietario de sus tierras contra los obreros, no serían imposibles una desviación del desarrollo hacia formas agrarias burguesas y, a continuación, un estancamiento de la

revolución mundial. Residen además en el hecho de que este mismo sistema político, que para Rusia nació como forma de transición práctica hacia la realización del comunismo – y que no podía cristalizar en una burocracia sino bajo ciertas condiciones – significa, en Europa Occidental, desde el principio, un obstáculo reaccionario para la revolución. Ya hemos subrayado que un tal “gobierno obrero” no podrá desencadenar las fuerzas necesarias a la construcción del comunismo. Puesto que, tras esta revolución, las masas burguesas y pequeño-burguesas (incluidos los campesinos) representan todavía una fuerza enorme – en proporción distinta a la de Rusia después de la revolución de Octubre –, la ausencia de esta construcción volverá a sacar adelante la reacción con bastante facilidad mientras que, al mismo tiempo, las masas proletarias deberían hacer nuevos esfuerzos para desembarazarse de este sistema.

Pero se puede uno preguntar si esta política de una revolución mundial insulsa puede alcanzar su objetivo y si, más bien al revés, como toda política oportunista, no reforzaría a la burguesía. En efecto, jamás se hace avanzar la revolución cuando la oposición más radical, en lugar de impulsar esta revolución adelante por medio de una lucha despiadada, se asocia de antemano con la oposición más moderada, con vistas a repartirse el poder; la fuerza ofensiva global de las masas se debilita por ello de tal modo que frena y hace difícil el hundimiento del sistema dominante.

Las verdaderas fuerzas de la revolución no se encuentran en la táctica de los partidos y en la política de los gobiernos, sino en otro lugar. A pesar de todas las negociaciones, no puede haber paz real entre los mundos imperialistas y comunistas: mientras que Krasin negociaba en Londres, los ejércitos Rojos aplastaban al ejército polaco y alcanzaban las fronteras de Alemania y Hungría. De este modo la guerra se desplaza hacia Europa central; y las contradicciones de clase, que se han intensificado aquí hasta lo insoportable, el hundimiento económico interno completo, que hacen la revolución inevitable, la miseria de las masas, la rabia de la reacción armada, todo esto hará que se inflame la guerra civil en estos países. Pero si las masas se

ponen en movimiento en esta zona, su revolución no se dejará arrinconar dentro de los límites que la política oportunista de sus jefes prudentes le prescribe; debe ser más radical y profunda que en Rusia, pues hay que remontar resistencias mucho más poderosas. Frente a las fuerzas desencadenadas y caóticas de la naturaleza que saltarán de las profundidades de tres pueblos arruinados y que darán un nuevo impulso a la revolución mundial, las conclusiones del Congreso de Moscú no tienen más que una importancia secundaria.

Viena, 1920

Una traducción incompleta de este texto ha sido publicada en la antología de los escritos de Pannekoek realizada por Serge Bricianer, Pannekoek y los consejos obreros (EDI); una traducción completa ha aparecido en *Invariance* nº 7, serie 1, aunque sin el post scriptum del que Bricianer daba extractos. Finalmente, este post scriptum ha sido traducido en el volumen 4 de los “Textos del movimiento obrero revolucionario” (*Invariance*, octubre de 1996). Es, pues, la primera vez que este texto se publica íntegramente en francés.

(Esta nota es de (DIS)CONTINUITÉ)

ÍNDICE I

Anton PANNEKOEK

LUCHA DE CLASE Y NACIÓN

	Página
Introducción	3
I. La nación y sus mutaciones	4
<i>Concepción burguesa y concepción socialista</i>	4
<i>La nación como comunidad de destino</i>	6
<i>La nación campesina y la nación moderna</i>	9
<i>Espíritu humano y tradición</i>	14
<i>Nuestra tarea</i>	18
II. La nación y el proletariado	20
<i>El antagonismo de las clases</i>	20
<i>La voluntad de constituir una nación</i>	23
<i>La comunidad de cultura</i>	25
<i>La comunidad de la lucha de clase</i>	30
<i>La nación en el Estado del futuro</i>	36
<i>Las transformaciones de la nación</i>	39
III. La táctica socialista	43
<i>Las reivindicaciones nacionales</i>	43
<i>Ideología y lucha de clase</i>	47
<i>El separatismo y la organización del partido</i>	52
<i>La autonomía nacional</i>	58

ÍNDICE II

Herman GORTER

EL IMPERIALISMO, LA GUERRA Y LA SOCIALDEMO- CRACIA

	Página
Advertencia.....	63
1 - El imperialismo	64
2 - La guerra mundial.....	68
3 - El proletariado.	
El trabajo mundial frente al capital mundial.....	73
4 - El nacionalismo del proletariado	81
5 - El ejemplo de Alemania.	
Las razones del nacionalismo proletario y su refutación	85
6 - Las causas del nacionalismo en el seno del proletariado	
a - La ignorancia frente al imperialismo	
b - El reformismo.....	118
7 - La acción nacional de masas	139
8 - Las causas del nacionalismo en el proletariado	
c - Los radicales y Kautsky.....	143
9 - La tendencia marxista revolucionaria	
La acción nacional e internacional de las masas	175
10 - El futuro.....	187

ÍNDICE III

Anton PANNEKOEK

EL DESARROLLO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL Y LA TÁCTICA DEL COMUNISMO

	Página
I	221
II	225
III	232
IV	239
V	244
VI	249
VII	255
VIII	263
Post scriptum.....	278

Derechos humanos, derechos de la mujer, derechos del niño; derecho de autodeterminación de los pueblos, tribunales internacionales, desarme general, paz; protección de la capa de ozono, protección de los bosques tropicales, protección de los océanos; perdón de la deuda a los países pobres, lucha contra el hambre, contra el sida, contra el cáncer, contra la malaria... y así una lista inacabable. Son algunas de las propuestas que se nos hacen continuamente desde todos los medios. Pero nadie señala el verdadero origen de todos los desastres y calamidades que padece la humanidad: **el capitalismo**. Mientras haya capitalismo, la lucha contra cualquier mal es estéril pues aquel vuelve a reproducirlos todos, y a escala ampliada. Hay que ir a la raíz. Hay que destruir el capitalismo y luchar por una sociedad sin clases, sin explotación. Ésa es la tarea.



*Barricadas en las calles de Berlín.
La revolución espartaquista es aplastada.*